



HISTORIA MILITAR DE CHILE

D-20

BIBLIO DEL O



BIBLIOTECA DEL OFICIAL

Relación de Obras Publicadas

- * Vol. N° I.—Táctica General según las experiencias de la Gran Guerra. Tomo I. Por el Coronel F. Culmann.
- * Vol. N° II.—Táctica General según las experiencias de la Gran Guerra. Tomo II. Por el Coronel F. Culmann.
- * Vol. N° III.—Tratado de Guerra de Montaña. Tomo I. Por el General Dosse.
- * Vol. N° IV.—Tratado de Guerra de Montaña. Tomo II. Por el General Dosse.
- * Vol. N° V.—Servicio de Intendencia durante la movilización, concentración para el primer despliegue estratégico y durante la campaña. Por el General Hans von Kiesling.
- * Vol. N° V.a. Ensayo de Pedagogía Militar. Por el Tte. Coronel Emilio Mayer.
- * Vol. N° VI.—Operaciones en la alta montaña. Por el General Hans von Kiesling.
- * Vol. N° VII.—Empleo de la Caballería conforme a las enseñanzas que deben deducirse de la Historia Militar. Por W. Brenken.
- * Vol. N° VIII.—La Conquista del Imperio. Por el Mariscal E. de Bono.
- * Vol. N° IX.—El Arte de Mandar. Por A. Gavet.
- * Vol. N° X.—La Filosofía del Mando. Psicología individual. Por el Capitán Julio Campo S.
- * Vol. N° XI.—El Plan de Guerra y su comprobación histórica. Por el Tte. Coronel José M. Menéndez.
- * Vol. N° XII.—Manual de Criptografía. Por el Tte. Coronel Arturo Fuentes.
- * Vol. N° XIII.—Filosofía del Mando. Lógica aplicada. Por el Capitán Julio Campo S.
- * Vol. N° XIV.—Éxito estratégico. Éxitos tácticos. Por el Coronel L. Loizeau.
- * Vol. N° XV.—Baquedano. Por el General de Brigada Jorge Carmona Yáñez.
- * Vol. N° XVI.—La Guerra. Su conducción política y estratégica. Por el Coronel Manuel Montt M.
- * Vol. N° XVI.a.—Historia de la Artillería. Por el Tte. Coronel (R) Pablo Barrientos Gutiérrez.
- * Vol. N° XVII.—Tropas Aerotransportadas. Por el Coronel checoslovaco F. O. Miksche.
- * Vol. N° XVIII.—El Arte de la Guerra de hoy y de mañana. Por el Coronel de Estado Mayor Hermann Foerstich.
- * Vol. N° XIX.—Historia del Estado Mayor General del Ejército. Por el Tte. Coronel (R) Pablo Barrientos Gutiérrez.
- * Vol. N° XX.—Las Fuerzas Blindadas Terrestres. Por el Capitán Oscar Hurtado Manríquez.
- * Vol. N° XXI.—Los Errores Estratégicos de Hitler. Por el Coronel checoslovaco F. O. Miksche.
- * Vol. N° XXII.—La Segunda Guerra Mundial. La política y la estrategia. Por el Tte. Coronel Julio Campo S.
- * Vol. N° XXIII.—La Campaña de Arequipa a través de la correspondencia del Coronel José Velásquez B. Depto. Publicaciones E.M.G.E.
- * Carrera y la Patria Vieja. Por el General (R) Jorge Carmona Yáñez.
- * Vol. N° XXIV.—La Guerrilla en la Guerra. Por el Mayor Borivoje S. Radulovic.
- * Vol. N° XXV.—Conflicto en Indochina y ardides de guerra de guerrillas. Por el Mayor Borivoje S. Radulovic.
- * Vol. N° XXVI.—Historia y Glorias de la Caballería chilena. Por el Mayor (R) Edmundo González Salinas.
- * Vol. N° XXVII.—Estatuto Jurídico del personal de las Fuerzas Armadas. Por Aminodow Feller Nickelsberg y Fernando Lyon Salcedo.
- * Vol. N° XXVIII.—Encina contra Encina. Por el Coronel (R) L. Alfredo Arenas Aguirre.
- * Vol. N° XXIX.—Soldados Ilustres del Ejército de Chile. Por el Tte. Coronel (R) Edmundo González Salinas.
- * Vol. N° XXX.—Compás de Espera. Por el Tte. Coronel Renato Laso Jarpa.
- * Vol. N° XXXI.—La Segunda Gran Guerra. Por el Coronel Joao Baptista Peixoto.
- * Vol. N° XXXII.—Soldados Ilustres del Reyno de Chile. Por el Tte. Coronel (R) Edmundo González Salinas.
- * Vol. N° XXXIII.—Polemología Básica. Por el General de División (R) Bernardino Parada Moreno.
- * Vol. N° XXXIV.—Geopolítica. Diferentes etapas para el Estudio Geopolítico de los Estados. Por el Coronel de Estado Mayor Augusto Pinochet Ugarte.
- * Vol. N° XXXV.—Geopolítica. Leyes que se deducen del Estudio de la Expansión de los Estados. Por el Mayor Julio César von Christmar Escuti.
- * Vol. N° XXXVI.—Historia de la Geografía y de los Descubrimientos en el Reyno de Chile. Tomo I. Por el Tte. Coronel (R) Edmundo González Salinas.

- * Vol. N° XXXVII.—Historia de la Geografía y de los Descubrimientos en el Reyno de Chile. Tomo II. Por el Tte. Coronel (R) Edmundo González Salinas.
- * Vol. N° XXXVIII.—Historia Militar de Chile. Tomo I. E.M.G.E.—Dir. Instr.
- * Vol. N° XXXIX.—Historia Militar de Chile. Tomo II. E.M.G.E.—Dir. Instr.
- * Vol. N° XL.—Historia Militar de Chile. Tomo III. E.M.G.E.—Dir. Instr.
- * Vol. N° XLI.—La Guerra. Su conducción política y estratégica. 2ª Edición. Por el General de División (R) Manuel Montt Martínez.
- * Vol. N° XLII.—Conflagración en el Medio Oriente. La Guerra de los Seis Días y la Crisis Actual. Por el General de Brigada (R) René Álvarez Marín.
- * Vol. N° XLIII.—Reflexiones sobre el Mando. Tomo I. Por el Coronel Luis Gazzoli.
- * Vol. N° XLIV.—Reflexiones sobre el Mando. Tomo II. Por el Coronel Luis Gazzoli.
- * Vol. N° XLV.—Análisis de la Situación Político - Militar en el Medio Oriente. Por el General de Brigada (R) René Álvarez Marín.
- * Vol. N° XLVI.—Guerra del Pacífico 1879. Primeras Operaciones Terrestres. Por el General de División Augusto Pinochet Ugarte.
- * Vol. N° XLVII.—El Arte de Mandar. 2ª Edición. Por André Gavet.
- * Vol. N° XLVIII.—Vigilia de Armas. Por el Capitán Tobías Barros. 2ª Edición.
- * Vol. N° XLIX.—Utilización de Ríos Internacionales para fines industriales y agrícolas en América. Por Gaspar I. Lueje V.
- * Vol. N° L.—Brasil, un país que aceptó el desafío del desarrollo. Por el Teniente Coronel Herbert Orellana Herrera.
- * Vol. N° LI.—Empleo de la Violencia Urbana por la subversión. Por el Teniente Coronel de Caballería D.E.M. Federico Quintero Morente.
- * Vol. N° LII.—Manual de Fronteras y Límites del Estado. Dirección de Fronteras y Límites del Estado (DIFROL).
- * Vol. N° LIII.—La Política y Relaciones Internacionales. Introducción a su Estudio. Por el Tte. Coronel Herbert Orellana Herrera.
- * Vol. N° LIV.—Seguridad - Política - Estrategia. Por el General Edgardo Mercado Jarrín.
- * Vol. N° LV.—La Influencia decisiva del Comandante. Por el Tte. Coronel (R) Edmundo González Salinas.
- * Vol. N° LVI.—La Defensa, Aplicación de la Teoría. Por el Coronel Gerardo Cortés R.
- * Vol. N° LVII.—El Arte de Mandar (3ª Edición). Por André Gavet.
- * Vol. N° LVIII.—La Función Política del Ejército. Por Hermann Oehling.
- * Vol. N° LIX.—Baquedano.—(2ª Edición). Por el General Jorge Carmona Yáñez.
- * Vol. N° LX.—El Toqui Pelantaru - Guerrero de la Conquista. Por el Subteniente (Res.) Carlos Valenzuela Solís de Ovando.
- * Vol. N° LXI.—Monografías de Comandantes en Jefe y Jefes del Estado Mayor, durante la Guerra del Pacífico (en prensa). Por el Teniente Coronel Rafael Poblete Manterola.
- * Vol. N° LXII.—Ensayo sobre un estudio preliminar de una geopolítica de Chile en el año 1965. Por el General de Ejército Augusto Pinochet Ugarte.
- * Vol. N° LXIII.—1879, la gran lección. Por el TCL. (E.M.) Sergio Rodríguez R.
- * Vol. N° LXIV.—Dialogando con Argentina. Por el TCL. (I.P.M.) Manuel Hormazabal G.
- * Vol. N° LXV.—Héroes y soldados ilustres del Ejército de Chile (1810 - 1891). Academia de Historia Militar.
- * Vol. N° LXVI.—La partida de ajedrez. Por el CRL. (E.M.) Jorge Muñoz P.
- * Vol. N° LXVII.—"El Día Decisivo". Por el Capitán General Augusto Pinochet Ugarte.
- * Vol. N° LXVIII.—"La cuestión de las Islas Falkland". Por el Sr. Oscar Espinosa Moraqa.
- * Vol. N° LXIX.—"Historia Militar de Chile" (2ª Edición). I y II Tomos. Por el TCL. (R) Edmundo González Salinas.

* Agotado.



HISTORIA MILITAR DE CHILE

Es propiedad
Derechos Reservados para todos los países
Min. Def. Nac.
E. M. G. E.
Inscripción Nº 59.143
1984

HISTORIA MILITAR DE CHILE

(3ERA. EDICION)

TOMO II

COMANDANTE EN JEFE DEL EJERCITO

Augusto Pinochet Ugarte
Capitán General

JEFE DEL ESTADO MAYOR GENERAL DE EJERCITO

Rafael Villarroel Carmona
Mayor General

SECRETARIO GENERAL DEL EJERCITO

Jaime Lepe Orellana
Brigadier

JEFE DEL DEPARTAMENTO COMUNICACIONAL DEL EJERCITO

J. Miguel Fuente-Alba Poblete
Coronel

JEFE DE RELACIONES INTERNAS DEL EJERCITO

Eduardo Fuenzalida Helms
Mayor

BIBLIOTECA MILITAR

1997

QUINTA PARTE

GUERRA CONTRA LA CONFEDERACION PERU-BOLIVIANA

I.—ANTECEDENTES.

A.—Causas de la guerra.

1.—*Reales o Lejanas.*

La causa precisa de la guerra fue el afán hegemónico del mariscal D. Andrés de Santa Cruz en el continente y la oposición del Ministro Portales a esta insólita concepción, a fin de evitar que Chile fuera absorbido por ella.

Manifestaciones de este afán hegemónico del Protector de la Confederación fueron:

- a) Creación de la Confederación Perú-Boliviana;
- b) Intención de anexión de Quito, de Chile y del Norte Argentino;
- c) Labor subterránea de descomposición política de los pueblos chileno y argentino, especialmente en el seno de sus gobiernos y de sus Ejércitos;
- d) Estímulo del Gobierno del Perú a la organización de la expedición Freire contra Chile.

A estas manifestaciones se agregaron otras de carácter secundario:

- a) Sentimiento despectivo del pueblo peruano hacia Chile;
- b) Razones económicas.

Analizamos a continuación *las causas reales o lejanas.*

a) *Creación de la Confederación Perú-Boliviana.*

En 1834 era elegido Presidente del Perú, por el Congreso y como sucesor del general D. Agustín Gamarra, el general D. Luis José de Orbegoso. Meses más tarde, en febrero de 1835, el general don Felipe Santiago Salaverry se pronunciaba en El Callao, se apoderaba de Lima y luego era proclamado Presidente de la República. El golpe había sido aconsejado por destacados personeros de la política nacional, alarmados por los tratos e inteligencias que con el Presidente de Bolivia —mariscal D. Andrés de Santa Cruz— había iniciado Orbegoso. No satisfecho con

ello, planeó este último una serie de operaciones destinadas a derribar a Salaverry del poder. Pero las cosas ocurrieron de otro modo, pues la victoria se pronunció precisamente en favor del último de los nombrados. Orbegoso quedó dueño solamente de Arequipa, respaldado allí por el poderoso Ejército que el país del Altiplano mantenía en la frontera.

Fue entonces cuando Santa Cruz ideó una jugada maestra. Tenía a Gamarra en su poder desde que, al huir de Orbegoso, habíase visto obligado a buscar asilo en La Paz. Lo dejó libre, con la promesa de ganar el sur del Perú para la Confederación; el sur respondió a la campaña separatista de Gamarra y le permitió, además, organizar en breve tiempo una división de 2.000 hombres.

Orbegoso, mientras tanto, seguía solicitando la intervención de Santa Cruz y el mariscal no demoró mucho en atravesar, con sus tropas, el Desaguadero y alcanzar la ciudad de Puno. Fue convocada, en el acto, una asamblea de los departamentos del sur "con el fin de fijar las bases de su nueva organización y decidir de su suerte futura". Orbegoso delegó en Santa Cruz el poder de que estaba investido.

El general boliviano se lanzó, ahora, contra Gamarra y lo derrotó en Yanacocha. Seguido de unos cuantos oficiales y soldados, Gamarra se dirigió a Lima con la intención de ponerse tardíamente a las órdenes de Salaverry con miras a combatir al enemigo común. Salaverry declaró la guerra a muerte contra el invasor y se proclamó el defensor de la independencia de su patria. Santa Cruz despachó una división para reforzar sus tropas en Arequipa y despachó, también, al general Morán con la misión de ocupar la zona norte del país, como igualmente las ciudades de Lima y El Callao. Orbegoso, que acompañaba a Morán, entró triunfalmente a Lima el 8 de enero de 1836 y todo el norte del Perú quedó en poder de las fuerzas bolivianas, bajo la máscara de gobierno nacional de Orbegoso.

El siempre victorioso dictador venció a Salaverry en Socabaya. So pretexto de algunos actos de crueldad del mandatario vencido, lo hizo fusilar poco después. (18 de febrero de 1836).

"La Confederación no fue popular en el Perú. No sólo por el sacrificio de Salaverry —que representaba el anhelo nacionalista y romántico— sino porque a ella entraba el país desmedrado". (Luis A. Sánchez). Efectivamente, mientras Bolivia mantenía su unidad en el conjunto, el Perú pasaba a constituirse en dos Estados —Norte y Sur peruanos— uno de los cuales, el último, habría de experimentar considerable influencia boliviana.

Chile se vio obligado a combatir a la Confederación por el peligro que, para su soberanía, significaba la presencia de un poder político y militar de grandes proporciones al norte y noreste de sus fronteras. Santa Cruz pretendía realizar su antiguo sueño de restaurar el Imperio de los Incas, con una modalidad política y económica más moderna, naturalmente.

b) *Intención de anexión de Quito, de Chile y del norte argentino.*

El centro de gravedad del plan de confederación del mariscal Santa Cruz lo constituía el restablecimiento del Imperio Incásico, adaptado a las características de la civilización europea. Su primer paso iba encaminado al afianzamiento de la unión de los tres países confederados, mediante el orden, la reconstitución financiera y el sometimiento a las mismas leyes. El siguiente, a la expansión lenta y gradual, de acuerdo con las circunstancias.

Tres eran las direcciones hacia las cuales debía dirigir su mirada. En cuanto al norte, Santa Cruz podía apoderarse del Ecuador en el momento que lo estimara conveniente, vale decir cuando consolidara la situación interna y no alarmara el hecho al vecino del sur. Al sureste se encontraba D. Juan Manuel de Rosas, a la cabeza de un gran poder aparente. Había iniciado allí, hacía tiempo, la campaña de descomposición interna correspondiente. En su impotencia para devolverle la mano en idéntica forma, Rosas sentíase dispuesto a unirse a los demás enemigos externos de la Confederación. Esta hostilidad no le preocupaba al Protector, pues las campañas de la Independencia habían demostrado que, con las comunicaciones de la época, Bolivia era invulnerable en esa dirección a los ataques argentinos. El era el más fuerte por lo demás, y, tan luego como consiguiese asentar su predominio interior, se preocuparía del problema.

Quedaba Chile. El Perú no tomaba en cuenta entonces a este pueblo pobre y rústico, cuyas fuerzas de defensa nacional estaban reducidas a la más mínima expresión. Santa Cruz había advertido, sin embargo, el notable valer del soldado chileno. Aun cuando creía que nuestro país carecía de vitalidad para agredir al Perú y a Bolivia unidos, estimaba, sí, empresa temeraria su invasión. Aplicaría sus propósitos de hegemonía sobre Chile a través del debilitamiento de su economía, con el cierre de los mercados peruanos y la usurpación del comercio de depósito radicado en Valparaíso. Intervendría gradualmente en las disensiones intestinas, hasta disolver el sentimiento de nacionalidad y le ofrecería después el orden y el bienestar económico mediante su ingreso en la *Gran Confederación*.

La concepción de Santa Cruz, como puede observarse, era esencialmente expansiva. Su materialización tropezaba, empero, con la existencia de un vecino resuelto y valiente en el extremo austral del continente. El Ministro Portales, en cambio, concebía un estado orgánico fuerte, económicamente asentado sobre una vigorosa expansión comercial en el Pacífico. El choque sería, pues, fatal e ineludible.

c) *Labor subterránea de descomposición política.*

A comienzos de 1833 Santa Cruz había acreditado en Santiago a D. Manuel de la Cruz Méndez. Su misión consistía en remitir pertrechos de guerra a Orbegoso y al propio Santa Cruz y —especialmente— tomar contacto con los descontentos del Gobierno de Prieto. De acuerdo con sus instrucciones secretas, Méndez dejó correr el tiempo sin hacer nada por la ratificación del tratado de amistad y comercio pactado ese año. Se

ponía en relación, entre tanto, con los enemigos del Gobierno y con los conspiradores profesionales, a fin de encauzarlos en la dirección que a él le interesaba.

Hasta ese momento, las conspiraciones habían tenido carácter interno y estrellábase contra la lealtad del Ejército de línea a Prieto, en Santiago y a Bulnes, en Concepción. Pero desde 1836 las cosas empezaron a cambiar. El trabajo se realizaba, ahora, de preferencia dentro de las filas militares. Cesaron los ataques a Prieto y se concentraron, en cambio, en D. Diego Portales. Comenzó por difundirse la especie de que el Ministro, en su calidad de civil, despreciaba al Ejército y que era su propósito aplastarlo y substituirlo por la Guardia Nacional. Que había ideado un expediente diabólico con miras a tal fin: la guerra contra la Confederación Perú-Boliviana. Esta no perseguía otro propósito que concluir con lo más granado del Ejército chileno en los campos de batalla y en los desiertos peruanos que debía atravesar. Santa Cruz buscaba, precisamente, la cooperación de nuestro Ejército a fin de evitar la guerra y desembarazarse de tirano semejante.

La propaganda tenía su origen en Lima y llegaba a los militares y civiles enemigos del gobierno a través de dos canales: el de los desterrados chilenos en Lima, que veían en la caída de Portales su última esperanza y el de Riva Agüero y Méndez, en Santiago. Estos últimos se procuraron agentes en todo el país y muchos de ellos —la mayoría— empezaron a obrar, sugestionados, de buena fe. En ningún momento creyeron que traicionaban a su Patria y sólo veían en Santa Cruz un aliado que deseaba para Chile la paz y la prosperidad. Antes de su expulsión, Méndez alcanzó a dejar organizada la propaganda en forma que su continuación y aun los motines pudieran ser dirigidos desde afuera.

d) *Expedición Freire.*

El general D. Ramón Freire y otros desterrados chilenos en Lima encontraron toda clase de facilidades para sus intentos de derribo del Gobierno en Santiago. A ello se sumó el interés de Santa Cruz de apresurar la caída de Portales y la descomposición política de Chile, para evitar el choque armado que no entraba en sus planes. Aun cuando éste pudiese ser favorable, lo exponía a lo imprevisto, inclusive una alianza de Chile, Argentina y Ecuador. Por lo demás, los informes que llegaban a su conocimiento respecto de una serie de motines y conspiraciones que el Gobierno chileno había conseguido sofocar, no dejaban dudas —a su entender— sobre la inestabilidad que se ocultaba bajo el orden y tranquilidad aparentes.

Las noticias sobre las gestiones de los desterrados chilenos para organizar una expedición armada contra el Gobierno llegaron a Santiago en 1834 y la Cancillería los hizo vigilar. Se supo, así, que D. Ramón Freire había solicitado al Ministro de Guerra del Perú —por intermedio de algunas personalidades influyentes— se le facilitara un buque y 1.000 fusiles para realizar la susodicha expedición armada. Dos años más tarde los

empeños de los desterrados en la capital del Perú en este mismo sentido entraron en un período de manifiesta actividad.

A la animadversión de Orbegoso respecto de nuestro Gobierno y al convencimiento de Santa Cruz de que Portales miraba con profunda desconfianza la Confederación, se añadió un nuevo factor, que llegó a precipitar los sucesos. D. José María Novoa, que viajaba continuamente entre Santiago y Lima por asuntos de familia y de negocios, advirtió la posibilidad de obtener el concurso del Gobierno peruano para derribar a Prieto y decidió aprovecharla. Tomó en sus manos la planificación y, dejando a Freire el rol meramente decorativo de caudillo, trabó amistad con Riva Agüero y redobló sus esfuerzos por convencer a Orbegoso de la situación inestable del Gobierno de Santiago.

Santa Cruz, resuelto a cooperar en la empresa, autorizó el paso y, de acuerdo con sus instrucciones, Orbegoso facilitó al general los elementos que éste le solicitó.

La expedición zarpó de El Callao el 7 de julio de 1836 y alcanzó San Carlos de Ancud el 4 de agosto. Conocemos el fin desastroso que ella tuvo, la prisión de Freire y partidarios y su destierro a Australia y a Tahití, en plena Oceanía.

A las causas enumeradas en las letras a) a d) debemos agregar —advertimos— las siguientes manifestaciones de carácter secundario:

a) *Sentimiento despectivo del pueblo peruano hacia Chile.*

El pueblo peruano de la época exteriorizaba manifiestamente un sentimiento despectivo respecto de los otros países del continente. La explicación podríamos encontrarla en la hegemonía que el virreynato había ejercido en Sudamérica en los días de la Colonia y en la cultura superior y en las riquezas acumuladas durante dicha era. Hacia 1810 Lima tenía más de 8.000 habitantes que, en su casi totalidad, conocían los agra- dos de la vida fácil, como consecuencia de la riqueza que producían las minas. Surtía de azúcar y tabaco a Chile y a las provincias andinas del Río de la Plata y firmas poderosas tenían a su cargo el comercio con Europa y con las Filipinas. Tenía magníficos colegios y contaba con muchos hombres de ilustración superior.

En lo político no había renunciado el pueblo peruano a la hegemonía moral sobre Quito, el Alto Perú y Chile.

b) *Razones económicas.*

Se refieren todas ellas a rivalidades comerciales. Efectivamente, en 1832, en los días de la administración del Presidente Gamarra, el Perú inició una serie de medidas en contra de la importación de mercaderías chilenas. Nuestro gobierno respondió en forma similar, con respecto a la internación de azúcar peruano e inició, además, intercambio comercial con el Brasil. En tal situación, Perú no tenía mercado para su azúcar ni Chile para su trigo.

En 1835, durante la administración del general Salaverry, se llegó

a un convenio de arreglo comercial entre ambos países. Pero, derrotado Salaverry en Socabaya, el general Orbegoso —el nuevo gobernante— se apresuró a desconocer dicho convenio, según acuerdo previo con el mariscal Santa Cruz.

2.—*Inmediatas o aparentes.*

El golpe de mano de Garrido

El gobierno de Chile estimó la expedición del general D. Ramón Freire como una declaración de guerra de hecho por parte del gobierno del mariscal D. Andrés de Santa Cruz. No podía, en consecuencia, quedarse con los brazos cruzados y procedió a devolver el golpe. Su enviado, el ciudadano español D. Victorino Garrido, hombre astuto y audaz, apresó en El Callao a tres embarcaciones peruanas, que condujo, en seguida, a Chile. Esta hazaña increíble, sumada al malestar producido por la expedición Freire, "creó entre los dos países un abismo de separación, que fue colmado más tarde con los cadáveres de 4.000 víctimas". (G. Bulnes).

II.—SITUACION DE LOS BELIGERANTES AL INICIARSE LA GUERRA.

A.—Situación política interna y externa.

Al referirse a la Canción de Yungay, manifiesta el historiador peruano D. Jorge Basadre: "Símbolo de un pueblo homogéneo, disciplinado y tenaz".

Tal era el pueblo de Chile que, en los años de 1837 a 1839, enfrentó victoriosamente a la Confederación Perú-Boliviana.

Es claro que, a fin de ser más exactos, habría que añadir que la opinión pública, en general, era desfavorable a la guerra en un comienzo y que numerosos motines estallaron en algunos puntos del país. Las razones las conocemos. El más grave y doloroso fue, sin duda alguna, el de Quillota (6 de junio de 1837), que costó la vida al eminente hombre público D. Diego Portales. Pero después de este alevoso asesinato, la situación cambió completamente. La casi totalidad de la clase dirigente pedía la guerra, ante el convencimiento absoluto de que el mariscal Santa Cruz había tenido injerencia en el asunto.

En cuanto a la Confederación, sabemos ya que estaba constituida por tres Estados: el Norte-peruano, el Sur-peruano y Bolivia, que no solidarizaban por completo entre ellos. Por otra parte, numerosos exiliados peruanos en Chile y en Ecuador atacaban implacablemente al gobierno de Santa Cruz y sugerían una acción armada de estos países contra él.

B.—Situación económica.

El aspecto más grave que la empresa guerrera presentaba para Chile, era el de los recursos. Dada la férrea organización del país, no era imposible reunir un Ejército de 8 a 10.000 hombres, capaz de enfrentar airoosamente a las fuerzas de Santa Cruz.

Pero era menester armarlo, vestirlo y equiparlo y proveer a su transporte y abastecimiento por el término de algunos meses. Las rentas fiscales excedían apenas de los dos millones de pesos y D. Diego Portales no quería exigir sacrificios demasiado grandes a la economía del país, no repuesta aún de los serios quebrantos que le infligieran la guerra de la Independencia y la Expedición Libertadora del Perú.

A fin de subvenir los gastos de una corta expedición —unos 3.000 hombres— bastaban los recursos ordinarios de la nación, aumentados por un expediente ideado por el Ministro Rengifo. Por ley de 17 de noviembre de 1835 se reconocieron sus créditos a varios acreedores del Estado, pero sin consultar fondos para el servicio de intereses y amortización. Por decreto de 22 de febrero de 1837 se exigió a estos acreedores un nuevo préstamo del 10% sobre el capital reconocido, en cambio del abono de un 3% de interés y del 1½% de amortización sobre el total de sus créditos.

Del Perú, expresamos anteriormente que era un país rico en recursos, de manera que no insistiremos.

C.—Situación Militar.

1.—Chile.

Organización:

Las dotaciones del Ejército permanente y de la Armada Nacional habían sido fijadas por ley de 23 de octubre de 1835: para el Ejército, 3.000 plazas, y para la Armada, un bergantín y una goleta. Estaba dispuesto también que, si fuese de urgencia aumentar las fuerzas y no hubiere lugar para pedir la aprobación del Congreso, por no encontrarse reunido, el Gobierno podría hacerlo a base de la Guardia Nacional y de ello debería informarse, en seguida, a las Cámaras.

Los 3.000 hombres del Ejército estaban distribuidos en 3 batallones de infantería, 2 regimientos de caballería y 1 regimiento de artillería. Existía, además, la Guardia Nacional, creada por D.S. de 4 de octubre de 1825 y que en Santiago contaba con los batallones N^{os} 1 y 2. Sobre la base de este decreto de 1825 fueron sucesivamente organizados los demás batallones de milicias y la Constitución de 1833 vino a dar vida legal a esta institución que tan importantes servicios prestara, entonces y posteriormente, a la República. Contaba con 4.500 plazas al iniciarse la campaña.

Instrucción:

En esta época la única instrucción que recibían los oficiales la proporcionaba la Academia Militar y era, casi toda ella, de carácter teórico. La práctica suplía en parte este vacío, al haber sido adquirida en las campañas de la Independencia y en la Guerra a Muerte.

En abril de 1823 se nombró una comisión compuesta del Comandante General de Armas y de los coroneles Benjamín Viel, Rafael Elizalde, Luis José Pereyra y Cáceres, que se encargaría de "acordar la táctica de infantería más ventajosa y menos complicada". Al mismo tiempo, el gobierno dispuso adoptar la táctica francesa, de acuerdo con un folleto traducido al español en 1817. Esta táctica —que de tal no tenía sino el nombre— se componía de tres partes: la primera comprendía las formaciones, organización, método de instrucción y definiciones de las voces más usadas. La segunda, la instrucción del batallón (cambios de frente, despliegues, etc.), y la tercera, los cambios de formaciones del regimiento. Se trataba, en resumen, de un simple reglamento de evoluciones.

La misma comisión sugirió se adoptara el reglamento de caballería traducido del francés y que fue aprobado por D.S. de 1º de mayo de 1823. Era un reglamento de equitación y de evoluciones.

La artillería carecía de reglamento de instrucción y su modalidad de empleo continuaba siendo la misma de los días de la Independencia.

Alto Mando:

La organización de las altas reparticiones militares estaba basada en la Constitución Política del Estado y en las Ordenanzas españolas. Al Ministerio de Guerra le correspondía la organización, inspección, disciplina, instrucción y distribución del Ejército, como asimismo aquellas materias relacionadas con fortificación, intendencia, etc. Dependían directamente del Ministerio de Guerra el Inspector General del Ejército, con las atribuciones que le confería la Ordenanza respectiva y el General en Jefe del Ejército del Sur, que tenía bajo sus órdenes las fuerzas destacadas en la Frontera araucana. Sus atribuciones eran las correspondientes a las del General en Jefe del Ejército en campaña.

El Estado Mayor General del Ejército, aunque creado en calidad de permanente por D. S. de 15 de septiembre de 1820, funcionaba sólo en los tiempos de guerra o de emergencia nacional. Terminadas éstas, el E. M. G. pasaba automáticamente a la calidad de repartición en receso.

Armamento y equipo:

La infantería estaba dotada del fusil de chispa con bayoneta y baqueta de acero; calibre 16 mm.; alcance efectivo 200 mts. y máximo, de 400 a 500 mts. La caballería usaba lanza y pistola. La artillería contaba con obuses, morteros y culebrinas. Como munición era utilizada la bomba envuelta en tierra y apisonada.

El equipo estaba constituido por cinturón, cartucheras, saco, mochila y frasco para la pólvora y cebo.

Escuadra:

De la flota organizada por O'Higgins, Zenteno y Cochrane, después de las jornadas victoriosas de Chacabuco y Maipo, no quedaban en 1836 sino dos pequeñas embarcaciones: el bergantín *Aguiles* y la goleta *Colo-Colo*. El año citado los buques de guerra peruanos *Monteagudo* y *Orbegoso*, que condujeron a su bordo la expedición Freire, pasaron a poder de Chile, de la manera que hemos visto más atrás.

2.—*Confederación.*

Derrotado Salaverry en Socabaya, el 7 de febrero de 1836, el Ejército peruano quedó disuelto, a fin de dar cabida en su organización y en su comando a la voluntad omnipotente del mariscal don Andrés de Santa Cruz. Para mantener su Protectorado, organizó éste un Ejército de 12.000 hombres, que quedaron distribuidos en Bolivia y en los Estados Nord y Surperuanos. Su organización y dotaciones de equipo y armamento se encontraban en un pie admirable, debido a que los dos tercios de las entradas nacionales las destinaba el mandatario a los departamentos de Guerra y Marina.

Obligado a atender a la defensa de un extenso territorio, se vio en la necesidad de fraccionar su Ejército en varias divisiones, cuyo mando confiaba a los generales más adictos a su persona. La oficialidad tenía su origen en el elemento civil de la población, a causa de la inexistencia de establecimientos militares de instrucción y porque era necesario premiar con esos empleos los servicios prestados en cada pronunciamiento o cuartelazo. En cuanto a los jefes, la mayor parte había hecho su carrera en las campañas de la Independencia.

El reclutamiento de la tropa se hacía por medio de levás forzosas. La casi totalidad de este elemento era de origen quechua o aimará y justo es reconocer su valor y, especialmente, su notable resistencia a las fatigas de la campaña. Su instrucción había sido, en cierto modo, relegada a segundo término, atento como estaba el mariscal a consolidar y extender su sistema político.

A manera de conclusión en la materia, interesante nos parece transcribir la opinión que D. Gonzalo Bulnes expresara —en el capítulo de su obra relativa a la campaña en el Callejón de Huaylas— respecto a los Ejércitos beligerantes. “Los Ejércitos que iban a decidir la lucha —dice— no guardaban relación entre sí, por su número ni por su composición. La mayor parte de los batallones chilenos no tenía más experiencia de guerra que la que había podido adquirir en los meses transcurridos desde su desembarco en el Perú. Los batallones del enemigo, por el contrario, eran veteranos y aguerridos. La mayor parte de ellos había hecho la campaña contra el general Salaverry y soportado el fuego de los grandes combates que señalaron la conquista del Perú. Los oficiales superiores y muchos individuos de tropa habían pertenecido a los Ejércitos de la Independencia, y por eso era común ver en las formaciones un gran número de soldados

y jefes con el pecho reluciente con las medallas que habían conquistado en Ayacucho, en Junín, en Yanacocha, en Socabaya”.

“El Ejército... había sido atendido por Santa Cruz de un modo preferente. El lujo de su vestido, la calidad de sus armas, la abundancia de sus bagajes, contrastaban con la pobreza de los batallones chilenos, provistos de armas ordinarias y antiguas, sin más equipaje que la mochila vacía que colgaba de sus fornituras, que muchas veces no eran sino un pedazo de cuero cruzado en las espaldas sobre una manta descolorida. Su pobreza... llegó al extremo de que había soldados que carecían de zapatos en las marchas de la Sierra, y que no tenían más abrigo que la casaca que llevaban en el cuerpo, para protegerse del frío en esas glaciales alturas”.

“En todo sentido, el Ejército chileno era inferior al del enemigo. La mayor parte de la tropa se había enrolado en los momentos que se preparaba la partida. Hubo batallón, como el Santiago, que se completó a bordo de los buques que lo llevaban al Perú, con los *voluntarios* que recogía lo policía y que conducía *voluntariamente* a Valparaíso, con las manos atadas a la espalda y en grupos rodeados de soldados. Otro, como el Aconcagua, se formó con los batallones cívicos de la provincia y la composición de la mayor parte de los demás corría a parejas con las de aquellos”.

D.—Conclusiones de carácter político - estratégico.

1.—La Seguridad Nacional

Tal vez, en toda la historia de nuestro país no existe una mayor prueba de preocupación por la seguridad nacional que la demostrada por el gobierno del general Prieto y de su Ministro Portales. Esta aseveración se basa en la circunstancia de que entonces no sólo se vibró por la situación nacional presente sino que se miró nuestra conveniencia como Estado libre y soberano muy hacia el futuro.

En lo inmediato, la Confederación no significaba un peligro para Chile y tal vez no lo habría significado antes de una década como mínimo; sin embargo, Diego Portales supo visualizar la influencia que ella no tardaría mucho en llegar a la zona del Pacífico y el evidente perjuicio político y económico que ello significaría para Chile.

Una carta de Diego Portales escrita el 10 de septiembre de 1836 al almirante Manuel Blanco Encalada, puede considerarse como un excelente ejemplo de la forma como todo gobierno debe adelantarse a los acontecimientos políticos internacionales para auscultar lo que del futuro pueda afectar la seguridad nacional.

“La posición de Chile frente a la Confederación Perú-Boliviana —advierete— es insostenible. No puede ser tolerada ni por el pueblo ni por el gobierno porque ello equivaldría a su suicidio”.

“El éxito de Santa Cruz consiste en no dar ocasión a una guerra antes que su poder se haya afirmado; entrará en las más humillantes tran-

sacciones para evitar los efectos de una campaña, porque sabe que ella despertará los sentimientos nacionales que ha dominado, haciéndolos perder en la opinión. Por todos los medios que están a su alcance ha prolongado una polémica diplomática que el gobierno ha aceptado únicamente para ganar tiempo y para armarnos, pero que no debemos prolongar ya por mas tiempo, porque sirve igualmente a Santa Cruz para prepararse a una guerra exterior. Está pues en nuestro interés terminar con una ventaja que damos al enemigo".

"La Confederación debe desaparecer para siempre jamás del escenario de América..."

2.—La iniciativa político-estratégica

Cuando el gobierno chileno se convenció del peligro que representaba la Confederación, asumió la iniciativa política-estratégica, buscando formar una alianza en contra de Santa Cruz.

Esta alianza, sin embargo, no pudo materializarse debido a que el gobierno argentino, después de la derrota de sus fuerzas en Yacuíba, no insistió en su ofensiva y a que el gobierno ecuatoriano, en poder del general Flores, se negó a participar en el conflicto debido a que "tenía el poder suficiente para no temer a Santa Cruz".

Al respecto, Portales manifestó en una carta al señor Ventura Lavalle:

"Chile ha solicitado, sin mendigar, la cooperación del Ecuador para derrocar el poder ominoso de un conquistador cuya ambición amaga más al Ecuador que a Chile. Si el señor general Flores dice que nada tiene que temer a Santa Cruz porque abunda en recursos para repeler una agresión suya, nosotros tendríamos que temer menos porque al menos nos favorece más nuestra situación geográfica. No queremos poner un puñal en los pechos a ningún gobierno para hacerlo nuestro aliado. Siempre hemos hecho el ánimo de sostener solos la lucha si nos dejaban solos los que son tan interesados como nosotros en ella..."

Así, ante la certidumbre de que la expedición fracasada del general Freire había sido instigada por Santa Cruz, el gobierno chileno asumió la iniciativa por medio de la decidida acción de Victorino Garrido. En este sentido, debe reconocerse que si bien fue acertado proceder en esa forma y en esa oportunidad, no lo fue el hecho de lanzarse a una guerra sin la adecuada preparación militar mínima; más que audacia fue una temeridad basada en antecedentes erróneos que interesados emigrados peruanos dieron en Chile sobre la situación política inestable de Santa Cruz.

Sin tratar de obtenerse mayores informaciones se organizó una expedición militar sin medios suficientes, sin una adecuada preparación y sin un mínimo entrenamiento. Ello vendría a repercutir en el primer fracaso.

3.—*La conquista del dominio del mar*

La audaz empresa de Garrido logró conquistar para Chile el dominio del mar, lo que permitió el traslado de las fuerzas al Perú, la retirada expedita después del desgraciado tratado de Paucarpata y el nuevo traslado de la expedición Bulnes hacia Lima.

Es decir, la conquista y mantención de este dominio del Pacífico, fue uno de los factores que mayor influencia tuvieron en la victoria final.

III.—PRIMERA EXPEDICION RESTAURADORA

A.—Organización

En desacuerdo a lo que imaginaba Santa Cruz, después del cobarde asesinato del Ministro Portales, el Gobierno chileno prosiguió imperturbable los preparativos para llevar a su realización la empresa restauradora del Perú. "Esta determinación reflejaba la voluntad del 90% a lo menos de la clase dirigente". (Encina).

La expedición zarpó de Valparaíso el 15 de septiembre de 1837, en 16 transportes comandados por el capitán de navío D. Carlos García del Postigo. Era convoyada por 7 buques de guerra a las órdenes del capitán de fragata D. Roberto Simpson. El Ejército expedicionario estaba integrado en la siguiente forma:

General en Jefe: almirante D. Manuel Blanco Encalada
 Jefe del E. M. G.: general D. Santiago Aldunate
 Batallón de Infantería Portales
 Batallón de Infantería Valparaíso
 Batallón de Infantería Colchagua
 Batallón de Infantería Valdivia
 Regimiento de Caballería Cazadores a caballo
 Escuadrón de Caballería Lanceros
 Compañía de Caballería Húsares de la Guardia del General.
 Compañía de Artillería (6 piezas).

Contábase, además, con la llamada Columna Peruana, compuesta de cuadros de infantería y caballería, con 402 hombres y 210 caballos. Esta columna, que los emigrados del Perú en nuestro país habían conseguido equipar —parte a su costa y parte por el gobierno de Chile— llevaba un repuesto de 3.000 fusiles y 2.000 piezas de vestuario de paño y de brin. De acuerdo con el estado oficial que se elaboró en Valparaíso el 25 de agosto de 1837, el número de oficiales y empleados civiles de la columna llegaba a 82. En cuanto a los individuos de tropa, los más de ellos fueron reclutados entre elementos chilenos. La composición de estas fuerzas, que sus jefes creían poder transformar en un Ejército de varios miles de plazas en el Perú, era la siguiente:

- Batallón Cazadores.
- Batallón N° 2.
- Escuadrón Coraceros de Junín.

El efectivo total de la expedición, según el primer ayudante del General en Jefe, alcanzaba a los 3.300 hombres. El equipo de la división chilena era bien modesto, pues —según testimonio del almirante Blanco— la infantería no tenía sino una casaca de paño usada (de la cual carecía el batallón Colchagua) y pantalones de brin y, por abrigo, un mal poncho. "Debemos también dejar sentado —comentaba D. Antonio José de Iriarri, asesor político del General en Jefe— el hecho de que de los cuatro batallones que trajo el Ejército de Chile, sólo el *Portales* . . . era veterano, pues el *Valparaíso* y el *Colchagua* no podían considerarse sino como reclutas".

B.—Planes de operaciones

Hubo ciertas premisas falsas en la concepción de la empresa. El Gobierno chileno, contrariamente a la idea de D. Diego Portales, creía que el amago del general Alejandro Heredia desde la frontera argentina amarraría a lo menos la mitad de las fuerzas de línea confederadas. Los emigrados peruanos habían logrado convencer a nuestro Alto Mando de que, apenas pisara la expedición suelo del Perú, el Ejército Restaurador doblaría sus efectivos con los ex soldados y desertores enemigos de Santa Cruz.

Le habían dado la seguridad, además, de que la aparición de las fuerzas expedicionarias sería, también, señal de numerosos levantamientos en puntos distintos del Perú y de Bolivia, que neutralizarían los planes de resistencia del Protector.

Por esos mismos días Blanco Encalada recibió misivas del general Francisco López Quiroga, prefecto del departamento de Moquegua, que lo informaba de su intención de unirse a la columna expedicionaria con los 900 hombres que tenía bajo su mando. Fue esta circunstancia la que decidió la elaboración de su plan de operaciones. Este pasó a ser discutido en una junta de guerra que se reunió en Valparaíso, con asistencia del almirante Blanco, generales Santiago Aldunate y Modesto Lafuente, de D. Felipe Pardo y de D. Victorino Garrido, gobernador militar del Puerto. Lafuente, el que mejor conocía el teatro de operaciones, sostuvo la conveniencia de un desembarco en los departamentos del norte. Reinaba, entonces, en estos últimos, un fuerte descontento contra la Confederación, pues el espíritu de nacionalidad era allí más acentuado. Se obligaría, por otra parte, a Santa Cruz a distanciarse enormemente de su base de operaciones.

Pero el almirante Blanco tenía ya decidido su plan: engrosar sus fuerzas con las de López Quiroga; ocupar a Arequipa y, desde allí, darse la mano con las fuerzas argentinas que operaban en la frontera con Bolivia y con las bolivianas que se pronunciaron contra el mariscal. Lafuente cedió a la opinión del General en Jefe, pero a condición de que el desembarco en la costa de Arequipa se realizaría a manera de tentativa, a fin de llamar la atención del enemigo, conocer la opinión de esos pueblos y, en caso de ser desfavorable —como él afirmaba— proseguir hacia el norte.

En cuanto a Santa Cruz, el coronel Dellepiane expresa que, "con sus tropas repartidas en todo el territorio, contaba con la solidez de su poder, que había conquistado pacientemente durante largos años, consolidándolos en los últimos por su irreprochable administración; además, sabía que sus tropas eran capaces de cualquier esfuerzo y que, a pesar de su separación inicial, podían concentrarse con rapidez a la primera orden en la zona de operaciones que el enemigo escogiera. Pronto, en efecto, apercibió cerca de 4.000 hombres frente a Arequipa, para desalojar de allí al invasor". ("Historia Militar del Perú").

C.—Traslado y desembarco

La expedición zarpó de Valparaíso el 15 de septiembre de 1837, el día 22 tocó en Iquique y el 24 llegó a Arica. Las autoridades se retiraron y la población recibió fríamente a los expedicionarios. Desde allí el General en Jefe tomó contacto con su aliado, el general Quiroga. Al cabo de una serie de entrevistas, este último le manifestó la imposibilidad de proceder al pronunciamiento, le suministró informaciones completas sobre la situación militar del Protectorado y le aconsejó desembarcarse en Islay, en la seguridad de que contra Santa Cruz se pronunciarían el batallón Arequipa y los pueblos del Cuzco y Puno.

Juntamente con ello, Quiroga informó a Santa Cruz de las pretensiones del almirante chileno.

Este siguió a Islay, llegó allí el 29 de septiembre y, en vista de las dificultades que presentó el desembarco, resolvió continuar a Chilca, una milla más al norte. Efectuó el desembarco en este punto el 4 de octubre, luego de vencer las grandes dificultades que oponían la naturaleza del puerto y la ausencia de elementos.

D.—Marcha hacia Arequipa

Ya las tropas en tierra, fue preciso hacer marchar 30 kilómetros a la caballada de las unidades montadas para darle agua. Se había desembarcado en una región desértica y Blanco Encalada sólo pensó, en consecuencia, en llegar cuanto antes a Arequipa. El Ejército expedicionario emprendió la marcha el 5 de octubre.

El naufragio de la goleta *Carmen* —días antes en Huata— había significado la pérdida de todo el calzado, de modo que la tropa, con un solo par de zapatos, alcanzó su objetivo en la más lamentable condición que cabe imaginar. La pérdida de una cantidad considerable de ganado retardó también la operación y debieron enviarse pequeñas fracciones de finetes para requisar animales de silla... que los arequipeños habían conducidos a lugares bastante alejados. Habían recogido, también, víveres, forrajes y demás recursos logísticos, a fin de obligar a los expedicionarios a vivir sólo de los escasos elementos que pudieran conseguir por su cuenta. El avance por las cuevas Colorada y de Vitor condujo a la pérdida de algunos efectivos y, por otra parte, la peste de viruela que se declaró en las filas llevó contagio a 300 y tantos hombres. Por último,

el General en Jefe rebajó los efectivos de la columna, al dejar 100 soldados con la Escuadra y destacar jinetes sobre Camaná y Chuquibamba para buscar caballos. Vióse forzado a enviar a pie a su escolta, por el valle de Tambo, con la orden de que procediera allí a remontarse.

Antes de llegar a Arequipa la vanguardia tuvo que luchar con una partida de montoneros y vencer resistencias pasivas de todo género. Hecho inesperado, porque "los emigrados peruanos, para recobrar su posición política en el Perú —advierde el coronel Dellepiane— habían engañado a los chilenos haciéndoles consentir que los pobladores y hasta las tropas confederadas se unirían a los expedicionarios. En justicia, se debe advertir que los mismos emigrados se engañaron, pues creyeron que sus amigos políticos les serían fieles, así como los soldados que habían servido bajo sus órdenes".

El Ejército entró a la ciudad de Arequipa el 12 de octubre, al cabo de una penosa marcha de siete días, en medio de la indiferencia glacial de los habitantes. La ciudad estaba semidesierta; las autoridades, funcionarios y casi todas las familias pudientes la habían abandonado, juntamente con el mariscal Cerdeña, comandante de las fuerzas y con la guarnición de la plaza.

E.—Ocupación de Arequipa

Ocupada Arequipa, los caudillos peruanos que acompañaban al Ejército Restaurador consiguieron reunir en la plaza un comicio de pequeñas proporciones, que designó al general Lafuente como Presidente Provisional de la República del Perú.

La situación de los invasores se hacía cada vez más difícil. El pueblo les negaba toda clase de elementos de subsistencia y los hostilizaba en forma continuada y permanente. Hubo días en que no se pudo alimentar a la tropa y el ganado tenía que hacer prolongadas marchas para conseguir forraje, pues no podía pastar en la campiña: Santa Cruz ofrecía un buen premio al individuo que presentara un caballo y con esto se obtuvo que desaparecieran varios de ellos en los primeros días. Ni siquiera se pudieron conseguir herraduras para reemplazar a las que se perdieron en el naufragio de la *Carmen*. En vista de la escasez de subsistencias se dispuso que el rancho fuera entregado en dinero, a razón de un real diario por soldado; pero un decreto de Santa Cruz, que declaraba sin valor la plata chilena, quitó a ésta todo poder adquisitivo.

F.—Movimiento de las fuerzas confederadas

El Ejército Restaurador desembarcó en Chilca en el momento más difícil para Santa Cruz y el Protectorado. Cerdeña contaba sólo con 2.300 hombres y de éstos, 900 estaban inmovilizados en Tacna, a 40 leguas, a las órdenes del general López de Quiroga. En atención a la inquietud reinante en el estado nord-peruano, no era aconsejable desguarnecer Lima a fin de reforzar el Ejército del Sur. El Protector no estaba en condi-

ciones, pues, de reunir más de 1.000 a 1.500 hombres para la defensa de Arequipa.

Santa Cruz necesitaba uno o dos meses de plazo para afianzar la situación política interna y para concentrar contra Blanco Encalada fuerzas numéricamente superiores, cortarle las comunicaciones con la Escuadra y aniquilarlo en una guerra de recursos o batirlo en condiciones favorables. Resolvió, en consecuencia, permitir el avance del General en Jefe chileno hasta Arequipa, a fin de prevenir un repliegue hacia la costa y reembarque hacia el norte que habría constituido el golpe de gracia al Protectorado. Lo entretendría en Arequipa, con noticias que lo llevasen a la creencia en el próximo derrumbe de la Confederación y con negociaciones dilatorias.

Efectivamente, el general Ramón Herrera —Jefe provisional del estado sur peruano— se presentó personalmente en Arequipa en la tarde del 23 de octubre. De regreso, Herrera llevó a Santa Cruz una proposición concreta de Blanco; para el caso de no ser aprobada, convinieron en una solución sugerida por el jefe chileno; un combate entre igual número de tropas escogidas de ambos Ejércitos, cuyo resultado se tendría por desenlace de la campaña. Con este acuerdo, Blanco descuidó enteramente los preparativos para el retiro a Quilca y Santa Cruz dispuso de un mes para reunir las tropas que era posible desplazar desde Lima y extraídas las fuerzas de Braun en la frontera argentina.

Mientras tanto, con miras a desmoralizar al Ejército Restaurador, los generales bolivianos hacíanle llegar noticias de falsos movimientos o se dejaban ver fracciones de tropas que inducían a nuestro Mando a destacar fracciones de reconocimiento y, aun, a mover todo el Ejército.

El 7 de noviembre Blanco fue informado que la vanguardia de las fuerzas enemigas (500 hombres) bajaba los cerros próximos a Tingo y movió, entonces, sus tropas en esa dirección. Entre tanto, Santa Cruz —sin aguardar los cuerpos que aún venían en camino— avanzó con su Ejército desde Puquina hasta Pexi. Confundido con las noticias falsas y con este avance, Blanco volvió a Arequipa, dispuesto a esperar la aceptación de las proposiciones que pendían de Santa Cruz y, en su defecto, el desafío convenido.

Al cabo de trece días de incertidumbre, llegó a Arequipa un parlamento de Herrera (8 de noviembre). Se convino en reabrir las negociaciones y se estipuló un armisticio por el tiempo que ellas durasen. El 12 de noviembre Herrera escribía a Irisarri que Santa Cruz aceptaba varias de las contraproposiciones y lo invitaba a proseguir la negociación. La paciencia de Blanco se agotó y el 13 ordenó a Irisarri comunicara a Herrera que las condiciones propuestas excedían la autorización que le dio el gobierno de Chile y no estaba dispuesto a modificarlas ni a perder tiempo en nuevas discusiones. Si el Protector no las aceptaba en su totalidad, debería pronunciarse sobre "las condiciones del combate parcial, que ya había aceptado solemnemente". A continuación redactó Blanco una carta para Herrera, en la cual fijó los detalles del evento. Este se realizaría en los llanos de Socabaya y combatirían por cada bando 600 infantes y 200 jinetes. Llegó pronto una carta del general O'Connor a

nuestro almirante, en la cual le comunicaba que Santa Cruz había desaprobadado el pacto, porque no constituía ella una manera de probar la ciencia militar, sino la fuerza física.

G.—Tratado de Paucarpata

El día 14 supo Blanco Encalada que el Protector se dirigía con sus fuerzas hacia Cangallo, dos leguas al norte de Arequipa. Al anochecer del 15 pudo presenciar el desfile del Ejército Protectoral que, en vez de atacarlo o de detenerse, proseguía su marcha hacia Paucarpata (una legua al sur este de Arequipa) a ocupar una posición inexpugnable que allí había. A mediodía llegaba un parlamentario a invitarlo, en nombre de Santa Cruz, para que pasara a Paucarpata y momentos después fue informado por el coronel Espinoza —destacado en Chuquibamba— que se replegaba a Arequipa en razón de la presencia de fuerzas muy superiores de la división del general Vigil, del Ejército de Lima.

El almirante abrió, al fin, los ojos y advirtió que, desde el día de su llegada allí —hacia un mes— Santa Cruz había concentrado contra él las fuerzas anteriormente dispersas desde Lima a la frontera argentina. Recibido en Paucarpata por el general confederado, regresó a medianoche a su cuartel general. En la mañana siguiente convocó a una junta de guerra, a la cual asistieron los comandantes de unidades e Irisarri, el plenipotenciario. Expuso la peligrosa situación en que estaba colocado el Ejército chileno, sin víveres y sin elementos de transporte e instalado en su frente el Ejército adversario con doble número de combatientes. Habían fallado, además, la cooperación esperada del pueblo peruano, las promesas de auxilio del gobierno de Chile y la campaña del Ejército argentino. Pero, por otra parte, el Protector —a pesar de las ventajas innegables de su posición— estaba dispuesto a tratar en términos equitativos y honrosos para ambos países.

Los jefes y el Ejército entero recibieron las proposiciones “con sombrero y silencioso descontento”. Pero se impuso la disciplina y optaron por aceptar la proposición del señor almirante Blanco Encalada.

En la mañana del 17 de noviembre se anunció el acuerdo por media de un bando y fueron echadas a vuelo las campanas de Arequipa. Los expedicionarios, en completa libertad para retirarse del país dentro de un plazo de seis días, se embarcaron en Quilca el 25 de noviembre y llegaban, a mediados de diciembre, a la bahía de Valparaíso.

H.—Conclusiones de carácter militar

1.—Apreciación errada.

Esta primera expedición resultó, política y militarmente, un fracaso debido fundamentalmente a una errada apreciación político-estratégica.

Este error se produjo por basar el Plan de Campaña en presunciones

totalmente inseguras y que, finalmente, no llegaron a cumplirse. Las principales de estas falsas presunciones fueron:

a) Que el Ejército argentino lograría amarrar una gran parte del boliviano y aun atraerlo hacia su frontera sur, impidiéndole concurrir hacia el Perú.

Al respecto, cabe recordar que el esfuerzo argentino por atacar a Santa Cruz fue mínimo. El dictador Rosas que gobernaba Argentina tenía demasiados problemas internos para poder enfrentar un conflicto internacional.

Las débiles fuerzas argentinas fueron fácilmente derrotadas en Yacuiba, sin que los bolivianos tuvieran que distraer mayores fuerzas del Oeste.

b) Que gran número de peruanos se plegaría bajo las banderas restauradoras proporcionando, además, toda clase de recursos. Esta premisa también resultó totalmente errada. Pese a todos los esfuerzos de los dirigentes peruanos emigrados que acompañaban al Ejército, sólo un número mínimo de hombres se incorporó a las filas; la cooperación prometida por algunos generales no se materializó, por cuanto su tropa no los acompañó y la población peruana, en general, demostró más hostilidad que simpatía hacia la causa de la restauración.

c) Que el Estado sur-peruano era el más apto para operar con la fuerza restauradora. De acuerdo al resultado obtenido, esto era totalmente inefectivo; en el sur, Santa Cruz tenía un poder totalmente consolidado y, por otra parte, la situación geográfica permitió un mayor acercamiento a Bolivia.

2.— *Inactividad del Comandante en Jefe chileno.*

Ya se expresó que lo que Santa Cruz necesitaba era ganar tiempo y ello lo logró plenamente dada la inactividad de Blanco Encalada.

Durante todo el mes de octubre, permaneció inmóvil en Arequipa, dispersando sus tropas en esfuerzos secundarios y esperando lograr una solución pacífica con Santa Cruz. Posiblemente, el Protector se aprovechó de la incertidumbre del Comandante en Jefe chileno y aún supo fomentar su quijotesca proposición de realizar un combate singular.

La situación en que finalmente se vio envuelto el Ejército Confederado fue el fruto de la inactividad de Blanco Encalada y de las extraordinarias condiciones político-estratégicas de Santa Cruz.

IV.—SEGUNDA EXPEDICION RESTAURADORA

A.—Desconocimiento del tratado de Paucarpata

Junto con el Ejército Restaurador, llegaron a Chile las informaciones sobre la inexplicable inactividad suya durante cuarenta días en Arequipa y los detalles de las negociaciones, inclusive, los honores rendidos

al Protector de la Confederación por dos regimientos chilenos. Los habitantes de Valparaíso, en masa, desde el Intendente hasta el más humilde de sus pobladores, protestaron en términos violentos contra el tratado, que consideraban ignominioso y ofrecieron sus personas y sus bienes para lavar la afrenta.

La digna actitud de Valparaíso se propagó, con asombrosa rapidez, a la capital y al país entero. Seis meses antes casi todos los enemigos del Gobierno eran partidarios de Santa Cruz y el grueso de la opinión se mostraba indiferente a los acontecimientos. Ahora, en cambio, la situación era diametralmente opuesta.

El Gobierno, por su parte, dictaba el 18 de diciembre un decreto que, luego de algunos considerandos, declaraba que "desaprueba el antedicho tratado (el de Paucarpata) y que después de ponerse esta resolución en noticia del gobierno del general D. Andrés Santa Cruz, deben continuar las hostilidades contra el expresado gobierno y sus sostenedores en la misma forma que antes de su celebración".

El Senado rechazó el susodicho pacto por aclamación y la Cámara de Diputados, por 27 votos contra 3.

B.—Operaciones marítimas.

Mientras el Ejército Restaurador permanecía en Arequipa y la Escuadra Chilena estaba detenida en las costas del Perú ante la necesidad de resguardar los transportes y las eventualidades de la campaña, una escuadrilla compuesta del bergantín *Congreso* y de las corbetas *Socabaya* y *Confederación*, a las órdenes del general Trinidad Morán, ponía rumbo a los mares chilenos (19 de octubre de 1837). Se apoderó de las islas de Juan Fernández y libertó o incorporó a sus filas a los presidiarios que quisieron seguirle. Merodeó, en seguida, por el continente, hasta que —rechazado con algunas bajas— sucesivamente en Talcahuano y San Antonio, dio la vuelta al Perú, llevando como presas la fragata *Fretes* y la goleta *Feliz Inteligente*, cargada de madera.

En las costas del Perú se desarrollaron, después del tratado de Paucarpata, operaciones navales sin mayor trascendencia. El 31 de diciembre de 1837 salía de Valparaíso al mando del capitán de fragata D. Roberto Simpson, una escuadrilla compuesta de cinco buques. Conforme a lo estipulado en el pacto, entregó a las autoridades de Arica el oficio por el cual el Gobierno chileno lo desaprobaba. Prosiguió al norte y el 18 de enero de 1838 la *Libertad* (capitán Santiago Jorge Banyon), después de un corto combate apresó a la corbeta peruana *Confederación*, que conducía al general Ballivián desde El Callao hasta un puerto de intermedios. Garrido, gobernador militar de Valparaíso le dio la ciudad por cárcel y lo hospedó en su propia casa. Dos días más tarde se fugaba para asilarse en la fragata francesa *Androméde*.

Una nueva escuadrilla, que salió de Valparaíso en abril de 1838, al mando de García del Postigo, con orden de bloquear El Callao, no pudo hacerlo porque se lo impidieron los comandantes de las escuadras inglesa y norteamericana.

C.—El nuevo Ejército Restaurador.

El nuevo Ejército Expedicionario estaba listo para embarcarse a fines de mayo. Su organización era la siguiente:

General en Jefe: general don Manuel Bulnes.

Jefe E. M. G.: general don José M. de la Cruz.

Subjefe E. M. G.: coronel don Pedro Godoy.

Comandante General de la Caballería: coronel Fernando Baquedano.

Comandante General de la Artillería: teniente coronel Marcos Maturana.

Batallón de Infantería Voluntarios de Aconcagua.

Batallón Carampangue

Batallón Valdivia

Batallón Portales

Batallón Valparaíso

Batallón Santiago

Batallón Colchagua

Regimiento Cazadores a caballo

Regimiento Granaderos a caballo

Escuadrón Lanceros

Escuadrón Carabineros de la Frontera

Escuadrón de Artillería.

TOTAL: 5.400 hombres, 667 caballos y 6 piezas de artillería.

D.—La campaña de Lima.

1.—Partida de la Expedición.

A comienzos de junio de 1838 los cuerpos se pusieron en marcha para Valparaíso y el 4 de julio quedaban todos embarcados en 16 transportes, que convoyaban 4 buques de guerra con 79 cañones. Entretanto, García del Postigo, con el resto de la Escuadra observaba en las costas del Perú los movimientos de las naves enemigas.

El 4 y 5 de julio recibía Bulnes los pliegos de instrucciones del gobierno. En el primero se le señalaba el objetivo de la expedición. "Buscar su propia seguridad (la de Chile) y la de las demás repúblicas limítrofes, en la destrucción del poder colosal que ha adquirido el general Santa Cruz con la usurpación del Perú". . . y "restituir a esta última república su independenciam, para que sus habitantes se constituyan y organicen del modo que mejor convenga a sus intereses". El segundo pliego contenía instrucciones reservadas para el caso de que el general Orbegoso se pronunciase contra el mariscal Santa Cruz.

El 10 de julio el convoy zarpó de Valparaíso, con rumbo a Coquimbo. Se detuvo en este puerto cuatro días, a fin de refrescar a la gente, completar la organización del Ejército y dictar las normas que debían observarse en los desembarcos, las marchas, el reposo, etc. "Por una orden general comunicada al Ejército el 21, dice Plasencia, (1) se organizó

1.—Ver pág. 28, líneas 6 a 8 y anexo al final de la 5ª parte.



GENERAL MANUEL BULNES

**General en Jefe del Ejército de Chile en
la 2ª Campaña Restauradora de Perú.**

éste en tres divisiones... Se prescribió el sistema de marchas, el orden de campaña y de conducirse al frente del enemigo; se establecieron reglas para el servicio de campaña, para mantener el orden, vigor de la disciplina y para la conducta particular del soldado en lo relacionado a su salud y bienestar." (G. Bulnes).

El día 20, cuando navegaba a la altura de Las Hormigas —unas 20 millas al sur de El Callao— se le reunió la goleta *Fama*, que había sido despachada desde Valparaíso para tomar noticias de la Escuadra que bloqueaba ese puerto. Venía de regreso y conducía al coronel Antonio Plascencia, militar español que iba a ser el brazo derecho del general Cruz en la campaña, al coronel Mendiburu y al periodista don Antolín Rodolfo, el agente enviado por el gobierno chileno a conferenciar reservadamente con Orbegoso.

Los tres pasaron inmediatamente a la goleta *Confederación* a transmitir sus informaciones al General en Jefe. Según éstas, el total de las fuerzas peruanas ascendía el 11 de julio a 4.136 hombres, distribuidos así: 2.036 en Lima, 900 en El Callao y 1.200 en Pativilca.

De acuerdo con estos antecedentes, Bulnes resolvió desembarcar en Ancón, a fin de cortar la línea enemiga y despachó a la *Janequeo* para prevenir a García del Postigo de su determinación. Al día siguiente volvía la goleta con la noticia de que el Estado Nord peruano había proclamado su independencia de la Confederación.

2.—Acciones preliminares

Mientras tanto, había surgido con cierta fuerza en el norte el deseo de reconstituir al antiguo Estado peruano, mediante la unión con los departamentos del sur. El primer paso sería independizarse de la tutela de Bolivia. Los generales Domingo Nieto y Francisco Vidal encabezaban este movimiento; pero necesario es advertir que éstos odiaban a Chile con tal intensidad, que preferían soportar el yugo de Santa Cruz antes que quitárselo de encima con auxilio chileno.

Cuando Orbegoso tuvo noticias de los preparativos de Chile para combatir a Santa Cruz, resolvió —en consecuencia— aplazar el pronunciamiento para después de rechazada la expedición chilena. Dejó a Nieto al frente de la división peruana y lo conservó en el cargo de jefe de los departamentos situados al norte de Lima. En conocimiento del próximo arribo del Ejército chileno, le ordenó concentrar sus fuerzas en Chancay, para la defensa de la capital.

El día 30 dictó Orbegoso un decreto que contenía las siguientes declaraciones: "1º—El Estado Nord peruano se declara independiente y libre de toda dominación extranjera; 2.— Se convoca la representación nacional en los términos que en seguida se acordarán; 3.—El Estado Nord-peruano existe en guerra con la República de Chile entre tanto no se haga la paz..."

La noticia del pronunciamiento del Estado Nord-peruano y las protestas amistosas de Orbegoso al gobierno chileno, que alcanzó a recibir en Las Hormigas, hicieron concebir a Bulnes la esperanza de ser recibido como aliado. De acuerdo con tal idea, había navegado con rumbo a El

Callao, a fin de desembarcar cuanto antes sus fuerzas y su caballada, que había debido soportar una prolongada navegación. Ancló en el puerto en la noche del 6 de agosto. Envió a Lima a D. Victorino Garrido, para que tratara con Orbegoso y lo felicitara por su pronunciamiento contra Santa Cruz. Resolvió, al mismo tiempo, desembarcar en Ancón, sin aguardar el resultado de las negociaciones. Se siguieron las entrevistas y cambios de notas entre ambos personajes, que Orbegoso sostuvo sólo para mejorar su situación militar. El jefe chileno las aceptó sólo para dar a su Ejército el descanso que necesitaba y para cumplir con el deber de exteriorizar al pueblo peruano sus propósitos, que eran salvarlo y volverlo al seno de su patria. Al pueblo peruano, empero, no le interesaba la expedición restauradora ni quería ser liberado por ella. Por lo demás, la conferencia entre Garrido y Orbegoso no condujo a ningún resultado.

El 6 de agosto Bulnes, que no podía permanecer por más tiempo en la playa de Ancón, ocupó con 2 batallones de infantería, 2 escuadrones de caballería y 4 piezas de artillería, el valle de Copacabana. El día 14 Orbegoso declaró rotas las hostilidades con el Ejército de Chile, en los mismos momentos en que Nieto —por encargo de Orbegoso— acudía a entenderse con Santa Cruz.

3.—Batalla de Guta

Nieto se había situado en una buena posición defensiva, en Chacra Cerro, a un cuarto de legua de Copacabana, con un total aproximado de unos 3.200 hombres. Croquis N° 43

Bulnes desfiló por la derecha (E) de la posición y pasó al reposo en la hacienda de Collico. Nieto se desplazó hacia el sur, hacia la posición inexpugnable de Aznapuquio, utilizada por los realistas en 1821. Bulnes concibió un plan audaz: salió a las 11 de la mañana del día 16 de Collico y desplegó sus fuerzas delante de Aznapuquio. Al cabo de 45 minutos continuó su marcha hacia el Naranjal, sin conseguir que Nieto lo atacara, pese a todo lo que puso de su parte para que así ocurriera. "Este movimiento tan atrevido y sin duda uno de los más difíciles que se practican en la guerra, dice Plasencia, al frente y a la vista de un enemigo, dio a conocer al General en Jefe que no se había engañado en sus cálculos y que debía contar con la victoria más completa sobre un rival que no sabía aprovechar las coyunturas fugitivas que se presentan en campaña, y que según se llegó a expresar en tono enfático y burlesco, "no entendía tales movimientos, ni la táctica nueva que traían los miserables chilenos". (G. Bulnes).

En su intento de aproximarse a la costa, a fin de poder comunicarse con la Escuadra, Bulnes llegó a estacionarse en Bocanegra (N. W. de Lima). El 18 por la mañana llegó a informarlo García del Postigo que, en la noche anterior, él había entrado a El Callao, hundido el bergantín *Congreso* y capturado la *Socabaya* y 4 lanchas cañoneras. Esa misma tarde el jefe chileno estableció el Cuartel General en La Legua, entre Lima y El Callao y allí permaneció los días 19 y 20. Por los informes de Postigo y por un reconocimiento que realizó, Bulnes se cercioró de que El Callao y Lima estaban casi desguarnecidos. Se encontraba, en

consecuencia, en condiciones de ocupar ambas ciudades sin combatir. Mas, como tenía al norte la amenaza de las fuerzas de Nieto (en Aznapuquio) no quiso hacerlo: ocupado El Callao con unos 500 hombres, habría tenido que dirigirse en seguida contra Nieto, lo que le habría significado el dividir sus fuerzas.

Orbegoso, que había acudido a los alrededores de Lima, desde el campamento de Nieto, reunió en seguida sus fuerzas. Estas fueron distribuidas en la amplia carretera que une La Legua con la Portada de El Callao, en una sola línea: de derecha a izquierda (E. a W.), los batallones 2º de Ayacucho, Legión y Nº 4. La caballería, detrás y en las alas del batallón Legión. El puente principal de Lima fue ocupado por 200 hombres del batallón Serenos, que se ocultaron en los techos de las casas y en el arco ornamental que existía sobre el puente. Al otro lado del río y en parte de las antiguas murallas de la ciudad, a la altura de Monserrate, el batallón 1º de Ayacucho, bajo el mando inmediato del general Nieto. Las alturas de la derecha (E) fueron ocupadas por una compañía de granaderos.

Al iniciarse la acción, Orbegoso ordenó que la tropa de Monserrate atravesara el río y se reuniera al grueso. La orden fue reiterada por tres veces; pero las tres veces fue desobedecida abiertamente.

El día 21 avanzó Bulnes hacia Lima, con amistosas comunicaciones para Orbegoso, Nieto y Vidal. A fin de no chocar con el Ejército peruano, avanzó hacia Palao y la Portada de Guía. En esta forma quedaba libre a los vencidos la retirada a El Callao. Las tropas de su mando estaban organizadas en la siguiente forma:

Vanguardia: compañías de cazadores de todos los batallones; 1 escuadrón de Cazadores a caballo, escuadrón Lanceros, general Ramón Castilla (520 hombres).

I. División: batallones Portales, Valparaíso, Colchagua y Carampangue; 2 piezas de artillería, general José M. de la Cruz.

II. División: batallones Valdivia, Santiago, Aconcagua, escuadrón de Carabineros de la Frontera; 2 piezas de artillería. Coronel Pedro Godoy. (A esta división se le denominaba también de *Reserva*).

Luego de haber salvado un largo desfiladero, la vanguardia chilena alcanzó una zona pedregosa a las 2.30 de la tarde. Iba precedida por una descubierta de 25 cazadores a caballo y, tanto ésta como la vanguardia, se vieron atacadas por un número considerable de guerrilleros. Orbegoso, sin dar oídos a la recomendación de Nieto de que convenía más ir a reunirse con Santa Cruz, ordenó a su vez a sus soldados—ocultos detrás de los árboles, los accidentes del terreno y los edificios— rompieran también el fuego contra la citada vanguardia. Envió además contra ella 500 jinetes de caballería. La vanguardia habría sucumbido al no llegar oportunamente en su ayuda el escuadrón Lanceros y el escuadrón de Cazadores que le estaban agregados. Prosiguió su avance hasta la puerta de Guía y, al cabo de hora y media de lucha, quedó sin municiones.

En esos momentos llegaban el Carampangue y el Colchagua, que—con el apoyo de 2 piezas de artillería— cargaron sobre el centro de la línea peruana. La lucha fue de una violencia extraordinaria, pues las

tropas chilenas eran fusiladas por el frente, por los flancos y aun desde los edificios que iban dejando atrás. Como al anochecer la situación prosiguiera indecisa, Bulnes dispuso que el Portales y el Valparaíso (también de la I. División) se adelantaran por el costado derecho (W) y que una compañía del Carampangue coronase una altura de la izquierda (E), a fin de quebrantar la porfiada resistencia del adversario. A las 5 de la tarde —expresa Dellepiane— “la caballería de Orbegoso, después de fallar en sus cargas, emprendió la retirada hacia Lima, dispersándose. Este abandono del campo de batalla quebrantó la moral de los defensores que comenzaron a ceder el terreno, replegándose lentamente al Puente de Piedra de Lima”. Al finalizar el día se desplazaron hacia la plaza mayor, donde se encontraba Nieto con el batallón Ayacucho. Con miras a impedir que se rehicieran o retiraran, el General en Jefe ordenó al coronel Godoy que, forzando el puente que une a Malambo con la capital, los persiguiera con la II. división. Esta cumplió su misión y a las 8.30 de la noche ocupaba la plaza de Lima; pero Nieto se retiró a El Callao con el batallón de Arequipa intacto.

Las bajas en el Ejército del Perú fueron de alrededor de 1.000 hombres, entre muertos, heridos y prisioneros. Las bajas chilenas fueron de 40 muertos y 141 heridos.

4.—*Después de la batalla.*

Ocupada Lima por las fuerzas restauradoras, el general Gamarra se hizo cargo del poder supremo de la nación. Junto con ello inició la organización del Ejército peruano. Llamó al servicio a los oficiales y soldados que se encontraban dispersos, especialmente a los vencidos de Guía, a los cuales conservaría sus grados y les prometía olvido de lo pasado. Pero el general Torrico, encargado de organizar la Legión Peruana y el coronel Isidro Frisancho, de Cazadores del Perú, en los primeros días de septiembre —al cabo de mes y medio— apenas habían reunido entrambos 500 hombres, distribuidos en 4 compañías. Del resto, unos se habían refugiado en El Callao, otros se habían retirado a sus hogares y muchos se habían transformado en montoneros.

La lealtad de Lima a Orbegoso explica, hasta cierto punto, el fracaso de las diligencias puestas en juego para formar allí un Ejército. Para los efectos del reclutamiento en el norte, Castilla se había dirigido a Chancay, a fin de recoger a los dispersos de Guía y proseguir al norte a reunirse con el general Vidal, con cuyo concurso contaba. Siete días más tarde el general Lafuente —nombrado General en Jefe del Ejército— se embarcó en Chorrillos con rumbo al departamento de La Libertad, acompañado —lo mismo que Castilla— de unidades chilenas.

Por su lado, Nieto logró dirigirse desde El Callao a Supe, con la esperanza de reunir en el mismo norte un nuevo Ejército.

Y Santa Cruz había despachado agentes encargados de prevenir a la opinión pública contra los chilenos, en primer término y de Orbegoso y Nieto, en seguida. La circunstancia de ser solicitados simultáneamente por Gamarra, Santa Cruz y Orbegoso, unida al cansancio, produjo en los norteños un retraimiento general, al paso que las influen-

cias y las intrigas entrecruzadas determinaban sublevaciones y cambios, que no es del caso referir en el presente trabajo. El general Vidal fue proclamado, en Huaraz, Jefe Supremo de la República y luego, por acuerdo de una junta de notables del departamento de Huaylas (An-cash), puso sus fuerzas a disposición de Gamarra.

No se había logrado, en resumen, el propósito de reunir en el norte un Ejército de 5 a 6.000 hombres, como se pretendía; pero los extensos departamentos de La Libertad y de Huaylas quedaban incorporados al Gobierno de Gamarra e iban a servir de refugio al Ejército Restaurador en su retirada a Lima.

Bulnes y Gamarra hacían frente, entretanto, a tres problemas de difícil solución: el sitio de El Callao, la lucha contra los guerrilleros y el aumento del Ejército, con la formación de unidades peruanas. El general chileno pudo haber ocupado El Callao antes de marchar sobre Lima y, aún, el mismo 21 de agosto —día de la acción de Guía— con lo cual habría evitado el repliegue de los vencidos sobre aquel puerto. Explicó posteriormente su omisión como consecuencia de consideraciones políticas: en el primer caso, a fin de no molestar a Orbegoso y el día 21, con la intención de evitar el choque con las fuerzas de Nieto.

El Ejército chileno permanecía a la expectativa en la capital y sin poderla abandonar, a fin de evitar que cayera en manos de la guarnición de El Callao. Santa Cruz, por su parte, quedaba en libertad de esperar que el clima lo aniquilara o de atacarlo con fuerzas superiores, en medio de un pueblo hostil y con una guarnición de 1.200 hombres a su espalda. De allí que Bulnes situara, el mismo 22, al general Cruz entre el Callao y Lima, con la misión de evitar la entrada a la plaza de los vencidos de Guía, que no lo habían hecho durante la noche con Nieto. Pero a esas horas los 500 hombres de la guarnición habían sido reforzados con los 700 del batallón Arequipa. Estas fuerzas, comandadas por el enérgico coronel don Manuel Guarda, estaban en condiciones de resistir ventajosamente un asalto exterior. El bloqueo marítimo, por otra parte, no cumplía su modalidad de tal, ya que los buques de guerra extranjeros surtos en la bahía facilitaban el aprovisionamiento de la plaza fortificada. El suelo húmedo y los pantanos influían negativamente en el estado sanitario de nuestros soldados y el número de enfermos alcanzó un grado alarmante. No quedó otro camino al mando chileno que disponer la suspensión del bloqueo de El Callao y la evacuación de Lima (8 de noviembre de 1838).

5.—*Concentración de las fuerzas confederadas.*

El mariscal Santa Cruz avanzaba rápidamente por la sierra, con la intención de aproximarse a Lima y tomar contacto con el adversario. Al abandonar sus campamentos en el sur, dejó en Bolivia una fuerte división a las órdenes del general Velazco y otra, en la región Cuzco-Arequipa, del general Cerdeña.

A comienzos de octubre abandonó el Cuzco para reunir en su marcha a Lima, a las unidades que —desde hacía tiempo— tenía escalonadas en la sierra, listas para acudir a los puntos amagados. A fines del

mismo mes alcanzó Jauja y prosiguió hacia Tarma, para descender poco después por la quebrada de Huarochiri y alcanzar Santa Eulalia, en las proximidades de Chosica, el 3 de noviembre.

6.—*Combate de Matucana.*

Santa Cruz resolvió poner más dinamismo en la actividad de los guerrilleros —formados, en gran parte, por los vencidos de Guía— y para ello entregó su dirección al general don Guillermo Miller, prestigioso oficial inglés de la época de la Independencia.

En conocimiento de este hecho, el mando chileno ordenó la salida hacia San Pedro Mama —en el camino de la sierra— de una compañía del batallón Coichagua, 12 jinetes de caballería y de la compañía que había organizado el coronel Frisancho. Ocupado San Pedro Mama, los coroneles Torrico y Plasencia regresaron a la capital y dejaron allí al coronel Frisancho y su compañía peruana.

Se recibieron informes en Lima de que la división protectoral, acantonada en Tacna, se aprestaba para descender sobre aquella y que el general Miller había reunido un número considerable de guerrilleros en la quebrada de Matucana (81 Kms. de la capital). Bulnes decidió destacar, en el acto, una fracción de tropa que se estacionara en el camino que el enemigo habría de recorrer. Los comandantes eran el teniente coronel don José Sessé, con 200 hombres y el coronel Torrico, con 60.

La columna llegó al pequeño pueblo de Matucana, un pobre villorrio perdido entre las altas montañas de la región y fue recibida con grandes demostraciones de regocijo por los habitantes y autoridades. Se procedió, en el acto, a proclamar la independencia y —con miras a dar mayor solemnidad al acto— se dispuso un Tedéum, que se celebraría en la iglesia parroquial al día siguiente (18 de septiembre). El comandante Sessé ordenó que su gente concurriera a la iglesia con sus armas cargadas con tiros a fogueo a fin de disparar las descargas de ordenanza. Torrico y Plasencia no se opusieron a las disposiciones de Sessé; pero, con más experiencia de guerra, ordenaron a los 60 soldados de la compañía peruana cargar sus fusiles con munición de guerra y apostaron un centinela en las alturas que dominaban el camino.

En los precisos instantes en que las tropas chilenas salían de la iglesia, se presentó el centinela a anunciar que una gruesa columna de infantería se aproximaba al pueblo.

El general Otero había concentrado en Chicla, cerca de San Mateo, 4 compañías de los batallones Pichincha, Arequipa, 2º y 4º de Bolivia, con un efectivo de 480 a 500 soldados de línea. Ante el temor de que la columna chilena se retirara, a causa de haberla alarmado con noticias exageradas, por intermedio de los guerrilleros y los espías, háblele hecho transmitir —en la noche del 17— la seguridad de que todo el Ejército se encontraba aún en Tacna y conseguido un pacto de alianza a través del montonero Jiménez. Entretanto, se aproximaba a Matucana, para caer allí el 18 a mediodía, en los momentos en que las tropas chilenas se encontraban en el Tedéum.

Torrico se adelantó a detener las fuerzas asaltantes a la cabeza de

60 soldados de la Legión peruana. Los cazadores bolivianos —reforzados por los guerrilleros de Jiménez, el flamante aliado de la noche anterior— empujaron a las escasas fuerzas de Torrico hasta un sitio eriazo delante del templo. Los reclutas del Santiago recibieron la carga a pie firme y agredieron a la bayoneta con tal decisión, que los asaltantes se detuvieron y empezaron a desplazarse, al amparo de los edificios, con la intención de envolver el batallón chileno. El coronel Plasencia dejó una pequeña reserva al abrigo de la iglesia; dispuso que Sessé, con una compañía de granaderos, cargara sobre el flanco derecho enemigo; que 2 compañías de granaderos incompletas atacaran frontalmente y él mismo —al frente de la compañía de cazadores y pasando por detrás de la iglesia— se lanzó sobre el flanco izquierdo. “Jamás se ha visto, dice el coronel Plasencia, refriega más sangrienta y en que se haya disputado con tanto furor el terreno. Se luchó algún rato cuerpo a cuerpo, se allanaron las casas, en que por grupos se habían parapetado y todos los esfuerzos de sus oficiales no bastaron a rehacerlos y menos a disiparles el terror pánico que se les había sabido inspirar”. (G. Bulnes).

Aunque en completo desorden, los soldados confederados se parapetaron en los edificios y opusieron una resistencia tan tenaz, como breve había sido el ímpetu de la carga.

El comandante boliviano ordenó el repliegue a una altura contigua al puente de madera que cruzaba el Rimac. La llegada de la pequeña reserva chilena que había quedado en la iglesia, significó la retirada del enemigo “al otro costado del río, donde reunió sus despedazados restos sobre las alturas inexpugnables que dominan el cauce del río Rimac”. Dejó en el campo unos 50 cadáveres y 120 fusiles. El número de prisioneros fue de 30. El parte oficial chileno habla de 15 muertos y 28 heridos.

El combate de Matucana fue “una acción reñida y de heroicos episodios, que si no tuvo resultados decisivos en la campaña de la restauración, contribuyó a fortalecer la moral del Ejército chileno y a abatir, en proporción, el orgullo desmedido de los vencedores de Yanacocha y de Socabaya”. (G. Bulnes). Tuvo, por otra parte, una trascendencia desproporcionada con su importancia material, en el campo adversario. Reservadamente, Santa Cruz reprendió a Herrera, a Otero y a las tropas participantes por los resultados obtenidos. “En su manifiesto de Guayaquil —observa Dellepiane— Santa Cruz censura la operación ideada por Otero, tildándola de mal preparada y peor dirigida”.

7.—Ocupación de Lima por los confederados.

Al finalizar el mes de octubre, la permanencia del Ejército chileno en Lima se había hecho imposible. Las razones las hemos dado anteriormente, de modo que no insistiremos.

Santa Cruz, por su parte, tenía la iniciativa en sus manos. O dejaba que el adversario se consumiera en la capital, como había sido su intención primitiva o lo atacaba con 7 u 8.000 hombres. Nuestro Ejército que —descontadas las guarniciones del norte— no alcanzaba las 4 ó

5.000 plazas, tenía que dejar una agrupación de 1.000 frente a la fortaleza de El Callao, cuya guarnición estaba convenida con el Protector en atacar tan pronto se le indicase. Por añadidura, "el temperamento de Lima obraba en sus filas con más eficacia que sus cañones. Nada sería capaz de dar idea del quebranto en que se hallaba la salud del Ejército". (G. Bulnes). Alarmado ante este estado de cosas e informado que el Ejército Protectoral concentrado en Tarma no excedía de 3.700 hombres, Gamarra propuso al General en Jefe pasar a la ofensiva. Desgraciadamente no era ésta la realidad: las fuerzas confederadas reunidas en esa ciudad sobrepasaban las 6.000 plazas y, para llegar hasta allí, era preciso recorrer un camino de subida de muy difícil topografía y sin recurso alguno. Olvidaba, por último, el general Presidente que la guarnición de El Callao se habría apoderado de la capital, reforzándose con las fuerzas obtenidas de ella y operando de concierto con el mariscal Santa Cruz. Bulnes rehusó cortésmente la sugerencia...

En la noche del 29 de octubre se celebró en el Palacio de Gobierno una junta de guerra, a la cual asistieron el Presidente Gamarra, el general Bulnes, el general Cruz, don Victorino Garrido, los generales Castilla y Torrico y el coronel Plasencia. Se rechazó unánimemente la opinión de esperar al enemigo en Lima y se acordó, en cambio, abandonar la capital y retirarse a los departamentos de Huaylas y La Libertad, en el norte. Al amparo de las excelentes posiciones defensivas al norte de la capital —como Aznapuquio, por ejemplo— se podía esperar la llegada de los 2.000 soldados pedidos a Chile y tomarse el tiempo necesario para instruir y disciplinar el Ejército peruano de 3.000 hombres que se estaba organizando.

El 2 de noviembre practicó Plasencia un reconocimiento y pudo comprobar que el Ejército enemigo no se reunía aún en Santa Eulalia. Ello significaba que disponían de unos 6 días los restauradores para efectuar su retirada. Se ordenó a Torrico levantara el sitio de El Callao y se dirigiera el día 7 a Aznapuquio y, a García del Postigo, tuviera los transportes listos para el embarque de la infantería y de la artillería.

En la tarde del día 8 el Ejército emprendió la marcha en dirección a su objetivo. El 11 se embarcó en Ancón la artillería y la infantería y la Escuadra puso proa rumbo a Huacho. La caballería siguió por tierra, al mando de Castilla y de Cruz hasta Chancay, donde la esperaba Gamarra con víveres y forraje y de allí prosiguió hacia el norte, a fin de reunirse con el grueso en Huacho.

El día 10 de noviembre entraba a Lima el general Santa Cruz en medio del regocijo general de sus pobladores. A continuación el Protector dispuso el avance de sus tropas hacia Ancón; pero éstas llegaron solamente hasta Chacra Cerro y regresaron a Lima.

Otra de sus primeras actividades fue la ocupación de El Callao. Sin ella, su Ejército —como le ocurriera a Bulnes— estaría obligado a inmovilizar una división. De allí que, antes de entrar a la capital, enviara al general Necochea a los fuertes de El Callao, para pedirle a Orbegoso el batallón Ayacucho y 8 piezas de artillería. Orbegoso se negó; pero como Santa Cruz le advirtiera que sólo esperaba este auxilio para ba-

tir a los chilenos, cedió al fin. "Luego que el Protector recibió ese refuerzo, se negó a cumplir sus compromisos con el Presidente Orbegoso y tampoco persiguió a los chilenos que el 10 estaban ya fuera de su alcance, embarcándose en Ancón. Los confederados se movieron sobre Ancón sólo al día siguiente, 11, cuando la infantería del enemigo estaba ya a bordo y la caballería, que siguió por tierra, en plena marcha a Chancay".

"Santa Cruz dejó, pues, escapar al enemigo, preocupándose más de desarmar a Orbegoso que de abatir a aquel que, durante el día 10, se encontraba fraccionado y efectuando la ardua operación del embarque". (Dellepiane).

Plasencia opina que esta actitud de Santa Cruz "prueba hasta la evidencia que temió medir sus fuerzas con las del Ejército unido... El reembarque de un Ejército, a corta distancia de otro enemigo, es una de las operaciones más difíciles que se practican en la guerra, y que no podemos suponerlo tan estúpido que ignore la historia militar moderna, en que se refiere cómo Soult marchó sobre el Ejército inglés... que se embarcaba en La Coruña"...

8.—Acciones navales.

Combate naval de Casma.

Antes de salir de Lima en persecución de las fuerzas restauradoras en retirada, Santa Cruz dejó organizada una escuadrilla corsaria de tres naves, la fragata *Smack* y las goletas *Edmond* y *Perú*. Esta escuadrilla, equipada con cañones, fusiles y municiones del Gobierno y el concurso pecuniario de un grupo de extranjeros —en su mayoría franceses— estaba comandada por Jean Blanchet. La oficialidad se había completado con aventureros de todas las nacionalidades, atraídos por el incentivo de los grandes premios en caso de destruir a la Escuadra chilena.

El 27 de noviembre los corsarios salieron de El Callao en busca de dicha Escuadra, que se encontraba entre Supe y Santa. En el primero de estos puertos lograron capturar el *Arequipeño* y se dirigieron, en seguida, hacia el puerto de Santa. Como encontraran allí la mayor parte de la Escuadra chilena, emprendieron el regreso de El Callao.

El 12 de enero de 1839 los corsarios sorprendieron a la escuadrilla del almirante Simpson, formada por la *Confederación*, la *Santa Cruz* y la *Valparaíso*, que cargaban leña en el puerto de Casma. La atacaron con gran denuedo con cuatro buques. Después de hora y media de combate, la muerte de Blanchet determinó el retiro de los buques corsarios, que abandonaron el *Arequipeño* que fue recuperado por la Escuadra chilena.

Después de la batalla de Yungay, los corsarios desarmaron sus buques y los condujeron a Guayaquil, con bandera francesa.

9.—Conclusiones militares

a) Organización y planificación

Las experiencias de la primera expedición llevaron al Gobierno chileno a organizar en mejor forma el nuevo Ejército, para lo cual:

- Se eligió un general menos crédulo y confiado.
- Se aumentaron las plazas.
- Se confió menos en las promesas de los refugiados peruanos.

En el nuevo Plan de Campaña se consideró acertadamente actuar en el estado del norte, en el cual Santa Cruz tenía un menor dominio y que estaba más alejado de Bolivia, centro principal de la Confederación. La circunstancia de estar más alejado de Chile no significaba un mayor problema, por cuanto se poseía el dominio del mar.

El lugar de desembarco fue bien seleccionado, ya que desde él era factible avanzar sobre Lima. La acción misma del desembarco se coordinó con una acción de buques de la Escuadra sobre El Callao, lo que permitió alcanzar un grado máximo de seguridad.

b) La marcha hacia Lima

Fue bien concebida y ejecutada; las diferentes posiciones peruanas no consideraron un importante principio defensivo que expresa que toda posición debe estar ubicada de tal manera que el adversario se vea obligado a atacarla o que su rodeo demande un tiempo considerable.

El Ejército, al mando del general Bulnes, pudo rodear hábilmente las posiciones de Chacra Cerro y de Aznapuquio, lo que permitió caer directamente sobre Lima sin haberse empeñado en acciones secundarias que habrían disminuido su potencia.

c) La batalla de Guía

Por parte del Ejército Restaurador fue bien concebida y ejecutada. Sus aspectos favorables fueron:

- Correcta determinación de un centro de gravedad, que permitió lograr una superioridad local en la parte más vulnerable del dispositivo enemigo.
- Selección de una conveniente aplicación del centro de gravedad, de tal manera de buscar un aniquilamiento al cortar la retirada enemiga hacia Lima.
- Resoluciones tácticas del Comandante en Jefe tomadas con rapidez y precisión permitieron aprovechar las circunstancias favorables que se presentaron durante el desarrollo de la batalla.
- Capacidad combativa y resistencia de las tropas restauradoras, que pudieron mantener, sin interrupciones, una acción ofensiva prolongada.

Sin embargo, no se puede desconocer que existió una gran falla en la conducción restauradora, falla que dio base para un futuro reagrupamiento de las fuerzas de Santa Cruz: ella fue la de no realizar una persecución tenaz y a fondo. Sin esta acción, las tropas enemigas pudieron evitar un aniquilamiento total, retirándose para reforzar la guarnición de El Callao y para constituir las bases en la organización de nuevas fuerzas que más tarde entrarían a actuar en contra del Ejército Restaurador.

Por parte de las fuerzas orbeguistas, el terreno para la batalla fue bien seleccionado y con su flanco derecho suficientemente apoyado en las alturas de San Jerónimo; sin embargo, el frente era excesivamente amplio para la cantidad total de fuerzas de que se disponía. El mayor error de la conducción de Orbegoso consistió en no emplear oportunamente su reserva.

d) *La ocupación de Lima y su evacuación*

Se realizó sin mayores dificultades, pero la necesidad de mantener la ocupación militar en la capital permitió a Santa Cruz reorganizar sus fuerzas e iniciar una serie de acciones de guerrillas que obligaron al Comandante en Jefe restaurador a dispersar sus fuerzas, lo que le habría significado su destrucción.

La presencia de una fuerza considerable enemiga en El Callao, ciudad que no fue posible conquistar ni por un sitio terrestre ni un bloqueo naval, significó un constante peligro para las tropas que ocupaban Lima.

Las circunstancias de que el clima de Lima afectaba notoriamente a las tropas del general Bulnes y de que el Protector se aproximaba con una fuerza bien organizada, movieron al Mando chileno a estudiar la evacuación de la capital conquistada, medida que se estima acertada. Una mayor permanencia habría significado el fracaso total de la expedición y, por lo tanto, la pérdida del objetivo político-estratégico que se había tenido en vista al realizarla.

Tanto la evacuación como el traslado del Ejército hacia Huacho fueron bien planeados y ejecutados. Santa Cruz no supo aprovechar las condiciones favorables que se le presentaban y que pudieron permitirle una victoria, al menos de carácter parcial.

E.—La Campaña del Norte

1.—*Planes de operaciones*

El 15 de noviembre se celebró en Huacho una junta de guerra. El Presidente Gamarra opinó que era preciso marchar al Callejón de Huaylas, a fin de proceder a la reorganización de las fuerzas. En los cálculos de éste y de Bulnes influía mucho la idea de atraer a su adversario a un terreno favorable para la defensa, que le permitiera equilibrar sus fuerzas con las numéricamente superiores de Santa Cruz. Además, los

batallones peruanos, se trasladarían al departamento de La Libertad, lindante con el de Huaylas, a fin de completar sus efectivos hasta 3.000 hombres completamente instruidos y disciplinados. Estimándose probables, además, movimientos subversivos en el Estado sur peruano o en Bolivia, podría pasarse a la contraofensiva.

A los confederados no les quedaría otra solución que partir en busca de Bulnes. Por la costa no podrían hacerlo, en razón de la aridez de la región, por estar amenazados por la Escuadra expedicionaria (que era dueña del mar) y porque esa línea caía a Trujillo, donde se encontraba el general Lafuente dispuesto a cerrarles el paso, mientras el grueso podría caer sobre su flanco. Podían también permanecer a la defensiva; pero tal actitud era opuesta a los deseos de la opinión pública y al objetivo mismo de la guerra. El prestigio del mariscal sería puesto en la picota, con gran contentamiento de sus enemigos. Precisamente, ya llegaban de Bolivia noticias alarmantes sobre intentos revolucionarios y movimientos contrarios a la Confederación y a su líder.

2.—*Movimientos en el departamento de Huaylas*

Conforme a lo acordado en la junta de guerra del 15 de noviembre, Croquis N° 44 el Ejército Restaurador abandonó Huacho y se dirigió al valle de Huaylas, por el camino Supe, Pativilca, Huaricanga, Julcán y Marca. "La marcha fue lenta y el andar trabajoso. El pobre soldado encontró muchas veces su tumba en esa decoración majestuosa, que un momento antes arrebató su admiración y su espíritu". (G. Bulnes). Atravesaron la cordillera andina y prosiguieron por Ramadones y Recuay hasta la ciudad de Huaraz, que alcanzaron el 3 de diciembre. La travesía de la Cordillera Negra había sido bastante accidentada.

A los efectos patológicos de la puna en las partes más altas y de las emanaciones deletéreas —que costaron la vida a varios soldados—, se unió la escasez de vestuario y de calzado. El general Vidal, con 30 infantes peruanos y 65 jinetes chilenos, recibió la misión de vigilancia sobre la costa y mantener expeditas las comunicaciones. A Chiquián, en la entrada sur del Callejón de Huaylas, fue destacado el coronel Torrico, al frente de los batallones Carampangue y Portales y 50 carabineros.

A comienzos de diciembre, el Ejército Restaurador ocupaba los siguientes puntos: batallones Colchagua y Santiago, la artillería y escuadrón Lanceros, Huaraz; el Aconcagua, la aldea de Caruchas; Cazadores a caballo, Yungay; Carabineros y Granaderos a Caballo, Caraz; el Valparaíso, Recuay, como protección de las fuerzas de Torrico, ubicado —como se dijo— en Chiquián.

Días antes, el 24 de noviembre, el mariscal Santa Cruz había dispuesto se iniciara la campaña, en vista de haber sido rechazadas sus proposiciones de paz y antes que los chilenos se repusieran de sus quebrantos, recibieran refuerzos de su Patria y fueran reforzados con unidades peruanas. Esta resolución se debía a dichas razones y a exigencias de orden político. Desde el destierro de Orbegoso —en los primeros días de noviembre—, las simpatías del pueblo peruano habían abandonado a

Santa Cruz y en poco tiempo un ambiente hostil había sustituido al entusiasta recibimiento de los primeros días. Las noticias de Bolivia eran cada vez más alarmantes, aun cuando los rumores del pronunciamiento de Ballivián resultaron infundados; pero si una nueva división chilena desembarcara en el sur "casi seguramente ese general, cuya ambición era conocida, y otros militares de segunda fila, que sólo esperaban la derrota del Protector para sublevarse, lo harían aún antes que se produjera. Sólo una gran victoria sobre el Ejército chileno podía afianzarlo en el poder, y cada día que tardase, las posibilidades de triunfo disminuían" (Encina).

La marcha de los confederados se efectuó hacia Huaraz en varias columnas, que tomaron caminos distintos para reunirse en Chiquián. Una fracción suya batió el 19 de diciembre a una reducida fracción estacionada en Chavín Llaclla y el día 16, el coronel Morán, comandante de la vanguardia, se enfrentaba a la agrupación de 600 hombres de Torrico, en Chiquián. De acuerdo con órdenes previas, este último se replegó hacia Recuay y en la noche del 19 se incorporaba al grueso en Huaraz, "guardando en sus marchas y en la colocación de sus cuerpos el plan que le trazara el inteligente Plasencia" (G. Bulnes).

Sabedores de que la masa del Ejército Protectoral había alcanzado Chiquián, Bulnes y Plasencia comprendieron que el mariscal buscaba una solución inmediata y que se internaría en el callejón por ese portezuelo, con la intención de batir al Ejército chileno (que conocía reducido a 3.800 plazas) o expulsarlo del único valle donde podía mantenerse. El General en Jefe resolvió aceptar el desafío y pidió a Gamarra, a la sazón en Santa, le enviase todos los enfermos en estado de combatir, las tropas peruanas en formación, munición y otros elementos. Con la cooperación de Victorino Garrido, Gamarra desplegó una actividad admirable: remitió 500 convalecientes chilenos, 4 cañones de artillería, 100.000 cartuchos y marchó él mismo a reunírsele con los batallones peruanos (unos 1.000 hombres). Bulnes logró juntar, así, 5.000 hombres.

Santa Cruz, retenido en Lima por una enfermedad, partió a reunirse con su Ejército, situado en las posiciones de Chiquián, sólo el 24 de diciembre. El 3 de enero de 1839 penetraba en el Callejón de Huaylas.

Ambos beligerantes quedaron, pronto, a una jornada de distancia. Al emprender Santa Cruz la marcha sobre Huaraz, asiento del Cuartel General restaurador, había en ese punto sólo 3.200 hombres. La caballería se encontraba en el valle de Yungay, a unas 8 leguas al norte; la artillería, en el campamento de San Miguel, a 10 kilómetros, y los batallones peruanos Huaylas y Cazadores del Perú, en Caraz, a 12. Esta dispersión peligrosa no era sino la consecuencia de la idea fija de presentar batalla en las posiciones defensivas de San Miguel.

Impuesto de esta dispersión, en vez de detenerse en Recuay a fin de dar descanso a su tropa, Santa Cruz realizó una jornada doble. Bulnes, que lo suponía en Recuay, despachó su infantería a Yungay, a reunirse con la caballería, y él mismo —rendido de cansancio— se recostó en una habitación del cuartel. Poco después un centinela anunciaba que fraccio-

nes adelantadas del enemigo entraban en Huaraz. Bulnes saltó, medio dormido aún, sobre su caballo, y cuando las fuerzas adversarias entraban en la plaza por el costado sur, él la abandonaba por el costado norte, con una cuadra escasa de ventaja. "Hubo un instante en que la plaza de Huaraz, que apenas tiene una cuadra de ancho, estuvo ocupada por fuerzas de los dos ejércitos." (G. Bulnes).

3.—*Combate de Buin.*

A las 8 de la mañana del día siguiente (6 de enero) el Ejército Confederado salía de Huaraz con rumbo a Carhuaz. Las dos divisiones del Ejército Restaurador marchaban hacia el norte notablemente distanciadas. El coronel Zavala, edecán del mariscal Santa Cruz, capturó a la patrulla de observación despachada por Bulnes y su comandante —conducido a presencia del Protector— le suministró información relativa a efectivos y modalidad de marcha de las divisiones chilenas. En conocimiento de la imprudente separación de éstas, Santa Cruz resolvió aniquilar a la II. Ordenó a Morán amarrarse al enemigo antes de salir de Carhuaz, a fin de dar tiempo para la llegada de las unidades que marchaban más atrás. Y que el general De la Guarda atacase por el costado izquierdo (W), el coronel Guillarte por el derecho (E) y Morán sobre la espalda. Un oficial de la patrulla capturada, que logró escapar, informó a Bulnes sobre el avance de la columna Morán. Bulnes resolvió ocupar una posición con sus batallones dispersos e informar al general don José María de la Cruz sobre la situación.

El enemigo lo alcanzó en los momentos que cruzaba el río Buin, generalmente seco, pero que ese día venía transformado en un verdadero torrente. En circunstancias en que el General en Jefe chileno, reunía sus tres batallones (1.400 hombres), se desencadenó una tormenta de severos contornos. "Al agua —relata don Gonzalo Bulnes— sucedió el granizo, y a éste, un temporal de viento y de truenos que todo lo confundía y lo desbarataba. La fuerza del agua y del granizo desbandaba las filas e inundaba los caminos, mientras el cielo, cubierto con negros nubarrones, se iluminaba a cada instante con los relámpagos y el zigzag de los rayos". La dispersión era cada vez mayor y el camino estaba obstruido por los grupos de soldados que no podían avanzar. Fue necesario, pues, hacer un alto en la ribera sur del río, a fin de lograr la reunión.

En esos momentos, las tres columnas de Morán asomaban por las quebradas, con las compañías de cazadores de los diversos cuerpos a la cabeza. "Jamás estuvo el Ejército chileno más cerca de una pérdida total". (G. Bulnes).

La tormenta había dificultado, también, el avance del adversario y sólo se divisaban las fracciones más adelantadas. Bulnes desplegó al Valdivia y, bajo su protección, atravesaron el puente el Carampangue y el Portales y se desplegaron inmediatamente en una pequeña planicie al lado norte del río. El Valdivia empezó a cruzar el puente por pelotones y aparecieron las columnas enemigas coronando las alturas de la ribera sur del río Buin.

A las 3.30 de la tarde se trabó un furioso combate por la posesión del puente: el objetivo y la estrechez del valle anularon, por largas horas, la superioridad numérica de Santa Cruz. La división Guarda, que atacó con singular decisión, debió retroceder con su general herido y dejar el campo sembrado de cadáveres.

Morán se colocó a la cabeza del denodado Ayacucho, sin lograr mejores resultados. Al caer la tarde llegó al campo de batalla el Valparaíso, que formaba parte de la división Cruz y esta circunstancia permitió el relevo del Valdivia, que estaba muy fatigado y que había agotado sus municiones. Ya de noche, llegó el Colchagua, en los precisos momentos en que el adversario se replegaba detrás de las lomas de la cuesta de Huaullán, llevándose unos 70 muertos y unos 150 heridos. Las fracciones que el General en Jefe chileno había dejado al sur del río para reforzar la defensa del puente, sufrieron numerosas bajas. Al término de la acción repararon el puente y el subteniente Colipi, de origen mapuche, al mando de una de ellas, lo cortó por iniciativa propia.

Las bajas chilenas ascendieron a 93 muertos y 220 heridos, o sea el 20% de las tropas que se batieron. "Estas cifras reflejan con más elocuencia que todas las relaciones, el heroísmo desplegado por los tres batallones chilenos y la energía del ataque enemigo".

D. Gonzalo Bulnes comenta: "Tal fue el combate de Buin; lucha desesperada y sangrienta que costó numerosas víctimas al Ejército chileno y un número proporcional al enemigo. Todo conspiraba ese día contra él: su inferioridad numérica y los preliminares del combate habrían llevado el terror a cualquier otro Ejército de espíritu menos arrogante y levantado. Sus aspiraciones, dirigidas no a vencer sino a contener las fuerzas enemigas para no ser vencidas, fueron coronadas de éxito, pues consiguió realizar el movimiento audaz y salvador que lo hizo ganar la opuesta orilla del Buin, en su principio, e impedir al enemigo el paso del puesto en su fin. En cambio, el Ejército Protectoral obrando con mayor audacia y mejor suerte, pudo terminar la guerra aquel día, o por lo menos, destruir la reducida división que la casualidad ponía a su alcance".

4.—Batalla de Yungay.

Después del combate de Buin, Bulnes prosiguió su retirada durante la noche y, a mediodía del 7, llegaba al campamento de San Miguel, delante de Caraz. Se reunió allí al grueso del Ejército y se realizaron en seguida los reconocimientos hacia el enemigo y los trabajos de fortificación consiguientes. Transcurrieron varios días y hubo uno que otro reconocimiento por parte de los confederados. Empezaron, en cambio, a aparecer partidas de guerrilleros por todos lados y a dificultar el aprovisionamiento del Ejército.

En la junta de guerra convocada el 12 de enero, todos los presentes estuvieron de acuerdo en que el mariscal Santa Cruz no atacaría, sencillamente porque no necesitaba hacerlo. Estuvieron también de acuerdo en que era imposible mantenerse en San Miguel por muchos días y en

que la retirada hacia el norte —la única posible— o el reembarco, constituirían un desastre. No había en el Perú otro valle que reuniera los recursos y el clima del que se había entregado al Protector, al obligarlo a avanzar hacia la región septentrional.

Bulnes y Cruz se mostraron resueltos a pasar al ataque. Gamarra y los demás jefes peruanos, aun cuando reconocían la imposibilidad de mantenerse a la defensiva, se manifestaron más reservados. Al día siguiente, el mariscal Santa Cruz —sabedor de lo tratado en la junta de guerra— ocupaba una posición en la zona Yungay-río Ancash. El río Ancash corre de este a oeste, al norte de la población de Yungay. Aun cuando su caudal no es considerable, constituye un obstáculo importante debido a la pendiente abrupta de sus riberas, especialmente la del costado sur. Desagua al oeste en el río Santa, que desliza sus aguas en dirección norte-sur. Existían en el Ancash dos lugares de paso: uno al centro, cruzado por el camino carretero, y el otro, en su desembocadura casi, cruzado por un sendero en muy malas condiciones.

Al N. E. se yergue el cerro Punyán. Una estribación suya hacia el S. W. forma un montículo casi aislado, sumamente escarpado y conocido como Cerro Pan de Azúcar. El terreno desciende, en general, hacia el N. W.

El día 16 una gruesa columna confederada se aproximó hasta unos tres cuartos de legua: se trataba de un reconocimiento dirigido personalmente por Santa Cruz. Al día siguiente, en una nueva junta de guerra, el General en Jefe y su Jefe de Estado Mayor insistieron en la idea de atacar en el acto a las fuerzas adversarias. Gamarra y los demás generales peruanos representaron que, a su juicio, las posiciones del enemigo eran inexpugnables para un ejército inferior en número y que contaba con 500 soldados convalecientes y con 1.000 reclutas peruanos aún no *fogueados*. Como no hubiera otra solución, estuvieron llanos —sin embargo— a aceptar la decisión de sus camaradas chilenos “y salvada su responsabilidad, rivalizaron con ellos en coraje y en empuje, y más de uno regó con su sangre las fortificaciones de Ancash”.

En la mañana del 20 de enero el Ejército Protectoral —6.100 hombres— ocupaba la posición elegida. El general Anselmo Quiroz, con 5 compañías (600 plazas) en el cerro Pan de Azúcar (3 de ellas, en la pequeña plazoleta de la cumbre y las 2 restantes en las lomas vecinas de Punyán). La línea principal corría paralela al Ancash y estaba protegida por la barranca de 15 metros de altura que bordea su ribera sur y por la muralla de piedra y barro que había ordenado construir Santa Cruz. Formaba el ala derecha (E) la división boliviana del general Ramón Herrera, apoyado su flanco derecho en los cerros de Ancash, con 2 batallones en primera línea y 2 en segunda línea. El ala izquierda (W) estaba constituida por la división del general Tristán Morán, con dos y medio batallones en primera línea y uno, en segunda. Su extrema izquierda tocaba en el río Santa, entonces invadeable. La caballería (600 jinetes) fue ubicada a la espalda de la infantería, en la planicie situada entre la ribera sur del Ancash y el pueblo de Yungay. Santa Cruz se ubicó atrás, en una loma que le permitía abarcar el desarrollo de la batalla y dirigirla.

A las 5 de la mañana del citado día salió el Ejército Restaurador en dirección al Ancash. Bulnes ordenó al comandante Pablo Silva, del batallón Aconcagua, despejara las alturas y laderas del Punyán. Las dos compañías que las ocupaban se replegaron sobre el Pan de Azúcar, luego de un breve tiroteo. Al enfrentar el Ejército el Pan de Azúcar y las casas de Punyán, Bulnes envió una columna de 400 hombres (4 compañías de cazadores de infantería) a las órdenes del comandante del Carampangue, coronel Jerónimo Valenzuela, en dirección al citado Pan de Azúcar. Los soldados emprendieron la difícilísima ascensión del cerro, casi todos a gatas, con ayuda del fusil y teniendo que enfrentarse a las galgas (piedras) que rodaban desde lo alto y las descargas de fusilería de los bolivianos. "Las compañías, obedeciendo la voz de sus respectivos oficiales, llegaron por fin a la cumbre del cerro, cuyos bordes destilaban la preciosa sangre de tantos ilustres chilenos. Trabóse allí la lucha con mayor ardor y mayor resolución; cruzáronse las columnas a la bayoneta; peleóse con un encarnizamiento de que la historia presenta raros ejemplos. Las compañías chilenas, diezmadas todas, reducidas algunas a poco más de la mitad de su número, muertos en otras casi todos sus oficiales, mandadas algunas —como la del Carampangue por su sargento 2º— por haber perecido todos sus superiores jerárquicos, se enredaron en lucha desesperada con los soldados de Quiroz..." (G. Bulnes). Reducidos a los dos tercios, los asaltantes seguían subiendo. Alcanzaron las pircas de piedra, que los defensores desplomaron sobre ellos y los que quedaron vivos llegaron hasta la plazoleta de la cumbre disminuidos en la mitad. En sus filas había marchado la cantinera Candelaria Pérez, que ese día se batió como el más intrépido de los soldados del Ejército Restaurador.

El sargento del batallón Valparaíso José 2º Alegría clavó el tricolor nacional en la cumbre del disputado cerro. "Las cinco compañías que guardaban el Pan de Azúcar —manifiesta el parte oficial de Bulnes— perecieron todas y con ellas el general Quiroz que las mandaba y sus oficiales". Eran las 10 de la mañana.

Santa Cruz ordenó que el batallón Nº 4 cruzase el Ancash y atacase a las fuerzas chilenas por la espalda. Advertido de esta maniobra, Bulnes dispuso que le saliera al encuentro el Colchagua. El comandante Urriola dispuso a su gente al abrigo de unos matorrales, recibió al batallón enemigo con una descarga colectiva y eliminó la tercera parte de sus efectivos. El Nº 4 armó la bayoneta y cargó con tal ímpetu sobre el Colchagua, que fue necesario reforzar a este último con 5 compañías del Portales. El batallón boliviano se vio obligado a retroceder y a lanzarse sobre las aguas del Ancash, mezclado con sus perseguidores hasta la ribera opuesta.

Envueltas por todos lados, las fuerzas chilenas debieron replegarse y repasar el río con grandes pérdidas. Capturado el Pan de Azúcar, el General en Jefe dispuso un ataque frontal a la posición. Los batallones Carampangue, Colchagua, Portales, Aconcagua, Valdivia, Cazadores del Perú y medio batallón Huaylas se precipitaron al cauce profundo del Ancash. Los atacantes, ya diezmados en la difícil ascensión de la barranca del río, eran el blanco de las descargas de los fusiles enemigos apostados detrás de las tapias. Los nuestros habrían sufrido un desca-

labro mayúsculo a no ser por la notable actuación de la artillería propia. Efectivamente, mientras los disparos de la protectoral pasaban por alto, los 5 cañones del coronel D. Marcos Maturana —emplazados en la altura del Punyán— demolian la pirca que servía de abrigo a la infantería enemiga. El otro cañón estaba en la extrema derecha, a las órdenes del general Castilla.

A pesar de las enormes pérdidas de la infantería, el general Cruz consiguió mantener su moral hasta las 2.30 de la tarde, al reemplazar los batallones más batidos por el fuego con aquellos que se encontraban en mejores condiciones. Llegó el momento, empero, en que el Portales —que soportaba desde hacía más de cuatro horas la violencia de la lucha— empezó a ceder. El batallón N^o 3 de Bolivia saltó la tapia y se trabó en rudo y ventajoso combate a la bayoneta con aquél. Los demás cuerpos chilenos, extenuados, procedieron a ceder también en toda la línea. La infantería Perú-boliviana se lanzó en masa fuera de sus trincheras y su caballería se adelantó presurosa a cortar la retirada de los abatidos restos de las fuerzas restauradoras, que se precipitaban al Ancash en una confusión indescriptible.

Pero allí estaba Bulnes, que conservaba toda su presencia de ánimo y que contaba con la caballería y con dos y medio batallones de infantería en la reserva. Condujo personalmente al Valparaíso a través del Ancash, en auxilio del Portales, y despachó al Santiago y a la mitad del Huaylas en apoyo de los sobrevivientes del Carampangue, que aún luchaban. Repasó el río y, dando orden a la caballería —situada en el extremo oeste de la línea— lo siguiera, se arrojó el primero al cauce, seguido por el coronel D. Fernando Baquedano. Al frente del primero de los escuadrones que pudo reunir, cargó con ímpetu sobre la caballería adversaria, que atacaba a la maltrecha infantería restauradora. La mitad del escuadrón fue materialmente destrozada por los 600 jinetes del general Pérez de Urdininea. He aquí cómo describe este episodio de la batalla el parte oficial: "El intrépido coronel del regimiento Cazadores a caballo D. Fernando Baquedano, puesto a la cabeza del primero de los expresados escuadrones, cargó con el mayor denuedo a la infantería enemiga con las primeras mitades que pudo formar. El vivo fuego de los contrarios y la escabrosidad del terreno, lleno por todas partes de zanjas y de cercas, desordenaron este escuadrón que se vio obligado a retirarse, porque también un escuadrón enemigo acudió en protección de su infantería. A este tiempo el escuadrón Lanceros y Granaderos, mandado por el capitán Palacios, había logrado vencer el desfiladero y con este auxilio el 1.º escuadrón de Cazadores se rehizo al momento, y ambos cargaron al enemigo poniéndolo en fuga. Apoyado éste por una gruesa reserva de ambas armas, obligó a los nuestros a replegarse sobre el flanco derecho del 2º escuadrón de Cazadores y de Carabineros de la Frontera, mandado por el valeroso comandante García, y tercero de aquel regimiento, que había recibido también la orden de cargar y vencido ya el paso del zanjón".

"La simultaneidad, prontitud y arrojo con que todos estos cuerpos, puestos a la carga, ejecutaban sus movimientos en los instantes en que por todas partes se esparcía la muerte, llenaron de espanto al enemigo".

“El terror se apoderó enteramente de ellos cuando vieron atacada su reserva, y mezclada nuestra caballería con sus tropas de ambas armas. Entonces nuestra infantería que había ya flanqueado su izquierda, redoblando sus esfuerzos, saltó por los atrincheramientos enemigos, rompió sus filas y los puso ya en completa y desordenada fuga, contribuyendo eficazmente a este brillante triunfo el escuadrón Granaderos a caballo, al mando de su comandante Jarpa, que había quedado de reserva en la casa de Punyán, y que cargó oportunamente”.

“La persecución fue tan valiente, que la caballería enemiga entraba mezclada con nuestros soldados por las calles de Yungay, y en esta disposición siguieron hasta tres leguas, quedando el campo sembrado de cadáveres contrarios”.

Terminada la acción partía con rumbo a Huacho el coronel Urriola, con una comunicación al Ministro de Guerra de Chile que expresaba: “¡Viva Chile! Sobre el campo de batalla en que he vencido completamente al enemigo en fuerza de seis mil hombres mandados por el mismo Santa Cruz, sólo tengo tiempo para decir a V. S. que la Confederación ha quedado disuelta de hecho en cinco horas de un combate reñidísimo y sangriento y que los valientes que tengo el honor de mandar y cuyo heroísmo no tiene ejemplo, han arrancado al enemigo, de posiciones casi inaccesibles, su artillería, parque y todo”.

“A esta hora, que son las cuatro de la tarde, se continúa la persecución de los poquísimos que alrededor de sus generales huyen en varias direcciones”.

“El coronel Urriola, cuyo jefe recomiendo a la consideración del gobierno, instruirá a V. S. de los pormenores de esta gloriosa jornada, interín tengo tiempo de dar a V. S. el parte circunstanciado”.—*Manuel Bulnes*.

Las bajas de ambos bandos fueron las siguientes: en el Ejército Protectoral, 1.400 muertos y 1.600 prisioneros, en su casi totalidad heridos. En el Restaurador, 807 muertos y 735 heridos.

Croquis N° 46 El Mando del Ejército vencedor dispuso la marcha hacia el sur, por divisiones, a fin de “capturar dispersos e impedir toda reorganización de las fuerzas enemigas. Pocos días después, los perseguidores habían recorrido veinte leguas, capturando prisioneros e impidiendo la reunión de los dispersos. Las poblaciones del tránsito, hostiles desde mucho antes a la causa de Santa Cruz, pusieron toda clase de obstáculos a la marcha de los fugitivos y auxiliaron con datos y recursos a los llamados restauradores”. (Dellepiane).

El mariscal Gamarra marchó sobre Huacho y se reunió allí con el general Lafuente, el 7 de febrero. Otra columna, desprendida de Yungay, batió en el valle de Chancay al general Morán y al escuadrón de caballería que lo escoltaba. Morán escapó a Lima y tomó el mando de los castillos de El Callao.

El general Torrico, que había seguido por la sierra —luego de desbaratar en el camino todo amago de reorganizar tropas confederadas—

alcanzó cerca de Jauja a la división del general Otero. En su retirada hacia la costa optó este último por pasarse al bando de Gamarra.

Gamarra entró a Lima el 27 de febrero y fue recibido con notable entusiasmo por la población. Bulnes y el general Castilla emprendieron la marcha por Cerro de Pasco a Jauja, donde permanecieron hasta el momento del embarque para Chile de nuestro Ejército: una parte en junio y el resto, en octubre. El General en Jefe lo hizo con la segunda fracción.

5.—Conclusiones Militares.

a) *La apreciación estratégica de la campaña.*

Ante el fracaso de la ocupación de Lima, quedaban al Ejército Restaurador tres posibles cursos de acción:

- Retirada definitiva y regreso a Chile.
- Intentar una nueva ofensiva hacia la capital peruana.
- Atraer a Santa Cruz hacia el norte, para obligarlo a alejarse de los estados sur-peruanos y bolivianos en los cuales tenía sus mejores recursos.

Los dos primeros cursos de acción se desecharon ya que con uno no se cumpliría el objetivo estratégico y significaría declarar vencedor a Santa Cruz y con el otro se corría el seguro riesgo de una derrota.

El tercer curso de acción permitía realizar una nueva campaña por la región costera o por la región serrana. Aun cuando en la costa podría contarse con un mejor apoyo de la Escuadra, las condiciones de salubridad no permitían la supervivencia de las tropas. Así, la resolución fue la de obligar a Santa Cruz a combatir en la sierra, particularmente en el Callejón del río Huaylas, atrayéndolo hacia el norte en el cual las condiciones políticas le eran adversas.

b) *Plan del Ejército Restaurador.*

De acuerdo a lo expuesto en el punto anterior, el plan aprobado por el general Bulnes se basó en las siguientes premisas:

- El departamento de Huaylas era muy feraz y de clima mucho mejor que el de la zona costera y, especialmente, más apropiado para las tropas chilenas.
- En la parte norte del Perú imperaba bastante descontento hacia el Protector Santa Cruz por lo cual era seguro que el Ejército podría recibir mayor apoyo de la población en hombres y elementos materiales y de vida.
- Teniendo el dominio del mar, era posible mantener expeditas las líneas de comunicación marítimas; las terrestres entre la costa y la sierra era muy difícil que fueran afectadas por los confederados

ya que de hacerlo, estarían obligados a actuar en un terreno muy difícil y a exponerse a que les fuera cortada su retirada hacia Lima.

—Santa Cruz se vería obligado a operar ofensivamente, a gran distancia de sus bases de operaciones, en un territorio hostil y sin posibilidades de incrementar sus esfuerzos para mantener la potencialidad de su procedimiento estratégico.

c) *Ejecución de las operaciones preliminares.*

La forma como se realizó la operación de retirada del Ejército Restaurador fue apropiada; se logró atraer efectivamente a Santa Cruz que en su deseo de buscar una rápida victoria avanzó mucho más de lo que las circunstancias político-estratégicas y la capacidad de sus medios se lo permitían.

La mejor oportunidad de Santa Cruz estuvo en el río Buin, donde pudo alcanzar el aniquilamiento de una división restauradora. Las condiciones climáticas adversas, la heroica resistencia del subteniente Colipí y la falta de energía en la conducción le impidieron haber obtenido una victoria de trascendencia.

d) *La batalla de Yungay.*

(1) *La planificación de la batalla.*

Aun cuando, en San Miguel, el Ejército Restaurador tenía condiciones defensivas favorables, el general Bulnes decidió dar una batalla ofensiva para asumir la iniciativa estratégica y buscar el aniquilamiento del adversario.

A pesar del avance del mariscal Santa Cruz hasta el río Ancash, Bulnes resolvió, aun en contra de la opinión del general Gamarra, atacar a la brevedad a fin de no dar tiempo al Ejército Confederado para reforzar sus posiciones.

La resolución de atacar y la oportunidad en hacerlo, fueron medidas acertadas que marcaron el comienzo de la futura victoria restauradora.

(2) *El desarrollo de la acción táctica.*

La acción táctica durante la batalla fue materializada por una serie de combates en los cuales se impuso la mayor pujanza de las fuerzas atacantes.

La conducción del general Bulnes se caracterizó por los siguientes factores:

- Correcta aplicación del esfuerzo principal y de los secundarios.
- Selección adecuada de los objetivos tácticos que se debían ir conquistando, sucesivamente.

- Adopción de resoluciones rápidas, audaces y bien concebidas.
- Adecuado y oportuno empleo de la reserva.
- Organización de una persecución adecuada y que permitió alcanzar el aniquilamiento total del adversario.

La conducción del mariscal Santa Cruz no estuvo a la altura de sus antecedentes militares; no aprovechó circunstancias favorables que se le presentaron y permanentemente tuvo que reaccionar antes que accionar, con lo cual entregó toda iniciativa a los restauradores.

V.—CONCLUSIONES FINALES DE CARACTER POLITICO-ESTRATEGICO.

A.—Consecuencias de la guerra.

1.—*Inmediatas.*

a) Disolución de la Confederación Perú-Boliviana. Perú pudo continuar su vida independiente y unificado, lo que hubiera sido imposible ante la mantención en el poder del mariscal Santa Cruz.

b) Solución de las quebrantadas relaciones chileno-peruanas, especialmente en lo que respecta a lo comercial. Sin embargo, para muchos peruanos, la victoria de las tropas restauradoras fue considerada como una intromisión injustificada.

c) Chile adquirió gran prestigio en el exterior, lo que si bien es cierto fue un factor favorable para el país, significó también que, en el futuro, fuera mirado con cierto recelo por sus vecinos del este y aún del mismo Perú.

d) Acrecentamiento político del prestigio del general Bulnes, que fue considerado como el más lógico sucesor del Presidente Prieto en el sillón presidencial.

2.—*Futuras.*

a) Chile alcanzó la hegemonía en el Pacífico sur, lo que le permitió un extraordinario desarrollo en su comercio exterior y el hecho de pasar a constituirse en el país rector, política, económica e intelectualmente, de la costa oeste de Sudamérica.

b) Se impidió la formación de un Estado Perú-boliviano que habría sido un constante peligro para Chile y aun para otros países sudamericanos.

Esta es, sin lugar a dudas, la consecuencia de mayor peso. Sin la victoriosa campaña del norte, que destruyó las aspiraciones imperialistas de Santa Cruz, es muy posible que la situación político-estratégica de Sudamérica hubiera sido muy diferente. Ecuador, en primer lugar, Co-

lombia, Chile, Paraguay e incluso Argentina hubieran sentido el efecto de una Confederación suficientemente poderosa en lo material y regida por un caudillo de extraordinarias dotes políticas y de una desmedida ambición.

B.—La situación de los beligerantes después de la guerra.

1.—Perú.

Alcanzó su total independencia de la influencia boliviana y logró reafirmar su unificación política. Desde su iniciación a la vida independiente, este país había venido sufriendo la acción política disolvente de diferentes caudillos que sólo pensaban en sus personales conveniencias. Posteriormente, es cierto, hubo otros caudillos que lograron adueñarse del poder, pero que, al menos, mantuvieron intacto el principio de unidad y la soberana determinación de libertad.

2.—Bolivia.

Caído Santa Cruz, único hombre de valía del Altiplano, el país se vio envuelto en una serie continuada de desórdenes políticos que lo llevaron a una decadencia general. Perdida toda la influencia que en cierta época tuvo sobre la costa del Pacífico por el territorio peruano, vio aumentar su aislamiento geográfico.

Las ambiciones de Santa Cruz, que en ciertos momentos llevaron a Bolivia a una situación de prestigio exterior en el cuadro político sudamericano, arruinaron su naciente desarrollo político y económico por lo que, en el futuro, pasó a constituir un estado en continua convulsión interna.

3.—Chile.

Ya se expresó, en las consecuencias de la guerra, las ventajas que el país obtuvo con su victoria militar. Sólo se podría agregar a lo anterior el hecho de que una vez más se demostró que Chile no aceptaría influencias foráneas en el desarrollo de su vida interna y que continuaría constituyendo un ejemplo de orden, respeto a las leyes y de apoyo incondicional a la libertad nacional e internacional.

Las victorias de Guía y de Yungay demostraron que eran efectivas las afirmaciones que sobre este país hiciera Simón Bolívar: "El reino de Chile está llamado por la naturaleza de su situación, por las costumbres inocentes y virtuosas de sus moradores, por el ejemplo de sus vecinos, los fieros republicanos del Arauco, a gozar de las bendiciones que derraman las justas y dulces leyes de una república. Si alguna permanece largo tiempo en América, me inclino a pensar que será la chilena. Jamás se ha extinguido allí el espíritu de libertad...".

A N E X O

EL GENERAL BULNES Y EL CORONEL PLASENCIA

Con fecha 20 de enero de 1839 y, por encargo del Presidente de la República del Perú don Agustín Gamarra, el general Castilla dirigió al Gobierno de Chile un oficio relacionado con la magnífica victoria de Yungay y las actuaciones destacadas de algunos jefes y oficiales del Ejército chileno. "A pesar que el Presidente Provisorio de la República peruana don Agustín Gamarra, ha concurrido en persona a todos los sucesos de la campaña, y estuvo también presente en la batalla que ha restituido al país su independencia y derechos, sin embargo, el Presidente me manda declarar paladinamente ante las repúblicas americanas y ante el mundo entero, que todo es debido a los talentos, práctica en la guerra y genio previsor del Gran Mariscal de Ancash, General en Jefe del Ejército Unido (general Bulnes). Bien está que el Presidente se reservó siempre la suprema dirección de la guerra, conforme a la constitución del país; pero quiso de propósito dejar desarrollarse y brillar las admirables prendas militares de aquel ilustre Jefe; y ninguna mira privada tiene S. E. cuando confiesa, en honor al mérito relevante y al valor, que una sola disposición, un solo paso, no ha sido dado por el General en Jefe en todo el curso de la campaña que no haya merecido su más completa aprobación; en una palabra, señor Ministro, es la espada victoriosa del general Bulnes la que ha demolido el trono de hierro del ominoso Protector de la Confederación Perú-Boliviana."

En su *Historia de la Campaña del Perú en 1838*, juntamente con transcribir el oficio cuya parte pertinente presentamos inmediatamente arriba al lector y una serie de comunicaciones oficiales que celebraban el feliz resultado de la campaña y alababan los méritos del general Bulnes, don Gonzalo —su hijo— tuvo la nobleza de dar a conocer la destacada actuación que, en el magno acontecimiento, le cupo al coronel Plasencia.

"Era este último —expresa en la página 127 de su obra— un hábil militar español al servicio del Perú, que unía la inteligencia a una gran instrucción militar. Su conocimiento del territorio, de los recursos y de los hombres del Perú fueron de la mayor utilidad en el curso de la campaña".

"Táctico hábil, de un talento militar superior, su presencia en el ejército fue más que útil, indispensable, como ha sido para la posteridad el *Diario Militar* de la campaña, escrito por él, día a día, que será siempre consultado, como un manantial de datos, de informaciones verídicas, de apreciaciones acertadas, aunque no justicieras, porque inclinó con demasiada frecuencia el fiel de la balanza por halagar los intereses y la vanidad de la nación a que servía. Los servicios de Plasencia fueron tan notorios en esta campaña, que se nos hace preciso dar a conocer más detalladamente su vida y su carácter".

"Cedemos gustosos la palabra —prosigue don Gonzalo Bulnes— al inteligente coronel don Nicolás José Prieto, de cuyos preciosos apuntes sobre la Campaña del Perú sacamos el siguiente retrato:

"He querido cerrar la anterior revista, con la memoria de un benemérito y modesto personaje que, de todos los jefes peruanos, fue el que prestó más útiles y más importantes servicios al Ejército Restaurador en el curso de la campaña; pero por desgracia de los peruanos, ese personaje no había nacido en el Imperio de los Incas: era español. El coronel don Antonio Plasencia, Ayudante General del E.M.G. del Ejército, muy adicto a los chilenos y en particular a su inmediato jefe el general Cruz, de quien mereció siempre la mayor estimación, era medio ingeniero, un hombre incansable para el trabajo, a pesar de su edad ya avanzada".

"Conocedor de la topografía del país y de su último rincón; conocedor de los hombres así como del carácter y costumbres de los diferentes pueblos del Perú, era el llamado para todos los reconocimientos y exploraciones, que generalmente eran indicadas por él mismo y para suministrar todo género de noticias. Este jefe estaba siempre a caballo, siempre listo y siempre dispuesto para toda clase de comisiones. El dirigía las vanguardias, establecía los puestos avanzados, servía de guía y trazaba los itinerarios y las etapas de las tropas, disponía o hacía preparar los alojamientos, así como el rancho del ejército en los puntos precisos. A él lo conocían todos los gobernadores, alcaldes y vecinos de los pueblos del interior; en fin, allanaba todas las dificultades y era el preciso consultor para todo por su larga experiencia y conocimiento de las localidades. El coronel Plasencia llevó el diario de la campaña y tanto el jefe del E. M. G. como el General en Jefe, lo ocupaban y lo consultaban constantemente. En una palabra, dicho coronel era, lo que en otro tiempo se llamó Cuartel Maestro General, y algo más que esto, porque era el brazo derecho del general Cruz; era ingeniero, proveedor, zapador, en suma un comodín o un estuche. Olvidados sus servicios y sus méritos por el gobierno que él contribuyó a constituir, vivió lleno de pesadumbre, arrinconado en su humilde hogar y al fin murió poco menos que en la miseria".

BIBLIOGRAFIA

- 1.—*Historia de la Campaña del Perú en 1838*. Gonzalo Bulnes.
- 2.—*Historia de Chile (T. XI.)*. Francisco A. Encina.
- 3.—*Historia Militar de Chile (T. II.)*. Indalicio Téllez.
- 4.—*Historia Militar del Perú (T. II.)*. Carlos Dellepiane.
- 5.—*Estudio Crítico de la Campaña de 1838-39*. Fabio Galdames Lastra.
- 6.—*Chile, Perú y Bolivia Independientes*. Jorge Basadre.
- 7.—*Historia de América (T. II.)*. Luis Alberto Sánchez.

S E X T A P A R T E

REVOLUCION DE 1851

I.—Las medidas del Gobierno.

El 19 de septiembre de 1851 fue informado el Gobierno del levantamiento de Concepción, como protesta por el hecho de que D. Manuel Montt hubiera llegado a ocupar el solio de los Presidentes de Chile. Se informó, también, que General en Jefe de las tropas rebeldes había sido designado el general de división D. José María de la Cruz. Aun cuando no se conocían mayores antecedentes, se imponía —desde ya— el nombramiento del general D. Manuel Bulnes, quien acababa de entregar el Mando Supremo a su sucesor, como General en Jefe de las fuerzas destinadas a restablecer el orden. Su prestigio y conocimiento de la región lo aconsejaban.

En una reunión celebrada en la mañana del 20, en la Presidencia de la República, se acordó: declarar en estado de asamblea las provincias de Maule, Ñuble y Concepción; preparar los recursos necesarios para la campaña; enviar el batallón Chacabuco al sur; organizar en Valparaíso un batallón de línea y en Colchagua, el escuadrón Lanceros.

A las 2.30 de la madrugada salía Bulnes de Santiago con una escolta de 50 granaderos a caballo a las órdenes del capitán D. Manuel Baquedano, el futuro vencedor de la contienda de 1879-83. El 25 alcanzaba Talca y, al llegar a Camarico, a través de un nuevo oficio del intendente de Ñuble, se impuso que el gobernador de Los Angeles, coronel D. Manuel Riquelme, había conseguido salvar de caer en manos de los revolucionarios el 3.er escuadrón de Cazadores a caballo y otro de milicias de caballería de La Laja.

En contestación a una consulta del Gobierno, Bulnes le manifestó que las fuerzas listas para proseguir a Coquimbo —que también se había levantado en armas— debían por ahora concentrarse en Talca. Solicitó el envío del batallón Buin, de una brigada de artillería de 6 piezas, 150.000 tiros de infantería, 2.000 fusiles, 2.000 sables, 200 carabinas, etc.

El 21 de octubre Bulnes pasaba revista a sus tropas en Chocoa a

3.845 hombres: 1.909 de infantería, 1.330 de caballería y 9 piezas de artillería, con 106 sirvientes. Los cuerpos de caballería eran Cazadores a caballo (180 jinetes), Granaderos a caballo y Lanceros de Colchagua. El 2 de noviembre abandonó el campamento de Chocóa y partió en demanda del enemigo. El día 9 llegaba a San Carlos, el 16 tomó el camino de Chillán y el 18 acampó en las casas de Peña para dar descanso a su tropa. El general Cruz se encontraba con su Ejército (1.800 infantes, 1.000 jinetes de caballería, 5 piezas de artillería con 150 sirvientes) enfrente del vado de Cocharcas, con la intención de cerrar el paso al adversario. Cuando supo que éste oblicuaba hacia el oriente, en vez de marchar paralelamente por la ribera sur del Ñuble para batirlo, resolvió tomar posición en Los Guindos, protegida su tropa por fosos y trancherías, entre el Ñuble y el Cato. Intención: obstruir el paso de los gubernamentales hacia Chillán.

2.—Acción de Monte de Urra.

En la mañana del día 19 Bulnes desfilaba por el camino que conduce a Chillán, a ocho cuadras del campamento de Los Guindos, presentando el flanco izquierdo al enemigo y teniendo, al otro costado, un barranco profundo. En vez de atacarlo, y aniquilarlo, De la Cruz envió un parlamentario a invitarlo a una tregua, mientras el país decidía de sus destinos políticos en nuevas elecciones.

Sin hacer caso del llamamiento de su rival, el general gobiernista prosiguió tranquilamente su marcha hasta el lugar denominado Monte de Urra, a sólo nueve cuadras de los arrabales de Chillán nuevo. Al observar que los revolucionarios salían de sus posiciones a la carrera, ordenó al coronel D. José F. Gana colocara a la infantería en posición y a la caballería en ambas alas. El general De la Cruz ordenó hacer alto a sus batallones y los ubicó a unas doce cuadras enfrente de las fuerzas gobiernistas. El General en Jefe de estas últimas, con 9 horas de marcha a su haber, que no había tenido tiempo de efectuar los reconocimientos previos y que disponía de la ciudad de Chillán para pernoctar, resolvió permanecer en su posición.

Se trabó un duelo de artillería, sin mayores consecuencias para ninguno de los bandos. El coronel Puga, comandante de la caballería del ala izquierda de De la Cruz, ante el temor de que la puntería de los cañones enemigos mejorara, se replegó a una quebrada a su espalda. Bulnes interpretó este movimiento como un refuerzo para el flanco derecho del enemigo, destinado a golpear su ala izquierda (de Bulnes), integrada por escuadrones milicianos. En tal evento ordenó al coronel D. Manuel García se trasladara con su caballería desde el flanco derecho al citado flanco izquierdo. En vez de realizar el desplazamiento por detrás de la propia línea, García lo hizo por delante y obligó, así, a los cañones a suspender el fuego y pasó a llevar a la propia infantería, que estaba en po-

sición. Más aún, sin orden previa y sin efectuar el reconocimiento de rigor, cargó con el regimiento Granaderos a caballo, un escuadrón de Cazadores a caballo y el escuadrón Lanceros de Colchagua, sobre dos escuadrones de milicias de caballería ubicados en el flanco derecho de Cruz. Los obligó a retroceder y se empeñó imprudentemente en su persecución hasta más allá de la zona de la reserva enemiga. Cuando la dispersión de la caballería de García era casi completa, como consecuencia de esta persecución, los dragones de la Frontera (comandante Eusebio Ruiz) cayeron sobre su flanco izquierdo. El coronel García ordenó su repliegue, a fin de proceder a su reorganización. Más de 100 jinetes, en su mayoría granaderos, quedaron cortados y —mientras García, ya rehecho, daba la segunda carga— los jinetes de Ruiz, los indios y el resto de la caballería crucista se dedicaron a una verdadera carnicería de los dispersos. Sobrevino una nueva carga de los escuadrones de Cazadores a caballo y Granaderos a caballo, que los dragones de Ruiz no pudieron resistir. Mas, cuando los regimientos gobiernistas se abrieron paso hasta la espalda de Cruz, para libertar a los lanceros y granaderos cortados de su base —que aún se defendían—, cayó sobre ellos la caballería de Puga, procedente desde el ala izquierda. Trabóse, nuevamente, un violento combate al arma blanca, que se mantuvo indeciso por más de 20 minutos.

Bulnes dispuso, entonces, que el comandante Videla Guzmán interviniese con la reserva. El 3.er escuadrón de Cazadores a caballo, en impetuosa carga, pasó a llevar cuanto obstáculo encontró a su paso, y la caballería enemiga, desmoralizada, dio media vuelta y se desbandó. Cruz ordenó cargar al escuadrón de reserva que le quedaba... pero éste prefirió abandonar el campo.

En la mañana del 20 de noviembre Bulnes intentó sacar a Cruz de sus posiciones en Los Guindos, pero éste no se movió. El general gobiernista, convencido de la inutilidad de su empeño, se posesionó de la ciudad de Chillán y se instaló en el amplio claustro de San Francisco.

3.—Batalla de Loncomilla.

En la madrugada del 29 de noviembre el general Bulnes salió de Chillán con su Ejército, rumbo al poniente. Ya de noche, alcanzó el vado del Huaqui, 50 cuadras más abajo de la posición ocupada por Cruz, e inició el paso del río. La operación se realizó con grandes dificultades. En la noche del 4 de diciembre entró en el fértil valle de Loncomilla. En la tarde del 5 pasó al reposo en el cerro de Bobadilla (ribera S. del Maule), legua y media al N. de las casas de Reyes. El general Cruz, que lo seguía a jornada y media de distancia, llegó a las 8 de la noche a las citadas casas de la hacienda de Reyes, una legua al N. del molino de Loncomilla. El día de la batalla el Ejército rebelde contaba con 3.411 hombres y el Ejército leal, con 529 veteranos de calidad y 790 milicianos de caballería.

A las 3 de la madrugada del día 8 de diciembre el Ejército de Bulnes tomó el camino real que conduce al sur. El general Cruz, que no se

había acostado esa noche, pudo observar —entre 4 y 5 de la madrugada y a la luz de la luna— el avance de esta columna. Los comandantes de unidades desplegaron, por propia iniciativa, sus tropas, con frente al poniente, vale decir, con frente al río Loncomilla y al camino de marcha de los gobiernistas: en primera línea y delante de las casas de Reyes, el grueso del batallón Carampangue, reforzado por 4 piezas de artillería; a la izquierda (hacia el S.), 4 compañías del batallón Guías, reforzadas también por 4 piezas de artillería. Más a la izquierda (extremo S.), los cuerpos de caballería del general D. Fernando Baquedano. En segunda línea; compañías de cazadores del Carampangue y del Guías (extremo oriente de las casas). En la ramada, en el interior de las mismas, el batallón Alcázar; al pie de la pared sur, el batallón Lautaro. La reserva (5 compañías de infantería), al oriente de las casas, detrás de las compañías de cazadores.

Al llegar a las casas de Reyes, Bulnes dispuso la ejecución del siguiente plan: a) Ataque frontal con el grueso de la infantería reforzado por los cañones de artillería; b) Maniobra envolvente por el N. (con 2 batallones de infantería y escuadrón Lanceros), en dirección al abra existente entre las casas de Reyes y el cerro del mismo nombre situado a S. E. El plan se cumplió en todas sus partes. Luego de una porfiada resistencia, la primera línea crucista corrió a refugiarse en dichas casas.

El general Bulnes ordenó una carga general de caballería y sus 900 jinetes se precipitaron como un alud. Al llegar al profundo barranco de Barros Negros, empujados por las filas que les seguían, los jinetes y caballos delanteros fueron a dar al fondo. Bulnes pasó por el espacio que había dejado libre la extrema izquierda (S) de la deshecha infantería crucista y acuchilló implacablemente a las masas arremolinadas de la caballería enemiga. De sus jinetes, 200 fueron hecho prisioneros, unos 150 murieron aplastados por sus caballos o al filo de los sables gobiernistas. Los 550 restantes se arrojaron a las aguas profundas del Loncomilla, donde pereció aproximadamente la mitad, unos ahogados y otros, víctimas del fuego de fusilería de la columna Silva Chávez.

Minutos después de las 11 del día, al cabo de cuatro horas de rudo combatir, Cruz había perdido la totalidad de su caballería y el 25 al 30 por ciento de su infantería quedaba encerrado en las casas de Reyes, como consecuencia de su defectuosa defensa.

El 14 de diciembre —una semana más tarde— quedaba redactado en Loncomilla el tratado que ponía fin a la guerra civil en el sur y dos días más tarde lo subscribieron los generales D. Manuel Bulnes y D. José María de la Cruz, en Santa Rosa (Purapel).

4.—La revolución en el norte.

La revuelta se extendió hasta las provincias del norte, en especial a la provincia de Coquimbo. Se enviaron expediciones al Huasco, a fin de apoderarse de 2.000 fusiles de propiedad del general boliviano Ballivián y de \$ 30.000 que se creía encontrar en la tesorería de la Aduana.

El movimiento fracasó, pues la guardia cívica de Atacama se pronunció por el Gobierno y nada pudieron conseguir los coquimbanos.

D. Benjamín Vicuña Mackenna logró reunir una partida de 150 fusileros y 172 jinetes. Fue batido en el caserío de Cuzcuz por fuerzas de línea despachadas desde San Felipe. Mientras tanto, D. José Miguel Carrera Fontecilla y el coronel D. Justo Arteaga —que se había puesto a sus órdenes— habían conseguido organizar en Ovalle una división de 600 hombres de las tres armas. Pero ésta fue batida por una columna de 450 soldados de línea, comandada por el coronel D. Juan Vidaurre-Leal, en los alrededores de Hierro Viejo (Petorca). Con este fracaso la revolución del norte perdió su fuerza expansiva y quedó reducida a un foco aislado y circunscrito a La Serena.

Después del combate de Petorca, Vidaurre se embarcó en Papudo con una agrupación de 313 hombres y La Serena cayó en su poder el 31 de diciembre.

5.—Conclusiones militares.

1.—*En el sur:*

a) Por parte del Gobierno, el comandante era el general D. Manuel Bulnes, cuyas condiciones de militar y de jefe habían sido probadas a lo largo de toda una vida y afirmadas en una larga experiencia de guerra, incluyendo la campaña contra la Confederación Perú-Boliviana. Además, el general Bulnes recién entregaba el mando después de un decenio de Presidente, y su estado físico era óptimo.

b) Por su parte, el general D. José María de la Cruz también tenía una larga y brillante hoja de servicios. Conocía bien a Bulnes, de quien era primo, y además fue su Jefe de Estado Mayor en el Ejército Restaurador (Guerra 1838/1839). Su prestigio estaba bien cimentado entre sus conciudadanos, tanto por su desempeño en cargos militares, como políticos. Sin embargo, al iniciarse la Revolución de 1851, la salud de De la Cruz estaba seriamente afectada, lo que, sin duda, influyó negativamente en sus actuaciones.

c) Bulnes enfocó la campaña como problema militar. Por tanto, fue directamente en demanda del objetivo de destruir las fuerzas armadas del adversario.

d) El general De la Cruz, en cambio, se vio obligado a considerar aspectos políticos junto con los propiamente bélicos. Trataba de conseguir una unión de todos los chilenos tras de su bandera. Esto dio a su mando vacilaciones que se tradujeron en pérdida de oportunidades. Por ejemplo, al desfilar el Ejército de Bulnes ante el campamento de Los Guindos, donde estaban las fuerzas de De la Cruz, éste no atacó. Perdió así la posibilidad de aniquilar a su adversario.

e) Tanto en la escaramuza de Monte de Urra como en la batalla de Loncomilla, la actuación de las tropas, en ambos bandos, fue decidida y tenaz en lo individual.

f) Una diferencia marcada se pudo apreciar en la forma de mandar de ambos generales:

(1) Bulnes mandó con resolución, aun en inferioridad de medios. Fuera de este aspecto, tuvo una concepción general de la batalla, en Loncomilla. Esto le permitió hacer actuar sus medios en forma coordinada, tras un objetivo común, que fue la victoria.

(2) D. José María de la Cruz, en cambio, actuó con una prudencia que no se conciliaba con su superioridad material. Por otra parte, no afrontó la batalla de Loncomilla con una concepción general, un plan con el fin de conquistar la victoria. Se limitó a reaccionar ante los movimientos de Bulnes, sin tratar siquiera de imponerle su voluntad y se entregó a la iniciativa de sus propios comandantes subalternos. Estas fueron las razones fundamentales de que Loncomilla fuera una refriega sangrienta, en la que el valor personal de la gente de De la Cruz no bastó para lograr la victoria.

g) Por ambos bandos había fuerzas del Ejército regular, muy agueridas y reforzadas por milicianos. Por eso, en esta lucha fratricida, en que se enfrentaban compañeros, obtuvo la victoria el bando cuyo jefe tuvo una mayor capacidad creadora operativa y táctica y mayor energía y audacia para materializar su idea.

2.—*En el norte:*

a) En el sur se enfrentaron unidades y jefes del Ejército regular. En el Norte, en cambio, se vio una fuerza improvisada mandada por un civil, D. Benjamín Vicuña Mackenna. Paralelamente surgió como jefe otro civil, D. José Miguel Carrera Fontecilla, a cuyas órdenes se colocó el coronel D. Justo Arteaga.

b) La organización de una agrupación armada de 600 milicianos, más los 150 fusileros y 172 jinetes de Vicuña Mackenna, fue toda una hazaña, considerando los escasos medios materiales disponibles en la zona.

c) Sin quitar méritos a lo expuesto en el párrafo anterior, es necesario destacar que los insurgentes fueron derrotados en Hierro Viejo (Petorca) por el coronel D. Juan Vidaurre-Leal, al mando de sólo 450 hombres. La victoria lograda por Vidaurre se explica en gran parte por la mejor calidad profesional, tanto del mando como de los soldados gubernamentales.

d) A raíz de las operaciones de Bulnes en el sur, había sido destruida la masa que representaba el centro de gravedad de la revolución. Además, el Gobierno había reconquistado la zona que había servido de base a la insurgencia: Concepción, Maule y provincias vecinas.

En consecuencia, era poco probable que se pudiera alzar otro foco importante rebelde en el norte. Es preciso tomar en cuenta que los jóvenes Carrera Fontecilla y Vicuña Mackenna no eran caudillos que pudieran arrastrar con su prestigio, como era en el Sur el caso del general D. José María de la Cruz.

Podemos resumir las conclusiones así:

- a) Esta revolución, llevada a cabo, en su parte más importante, por militares profesionales y con unidades del Ejército regular por ambos bandos, se ciñó a las reglas de la guerra convencional.
- b) Importancia del jefe, sus condiciones de carácter, prestigio, salud física y decisión. Como ejemplo positivo de esto tenemos a Bulnes. Como ejemplo negativo, en parte, al general De la Cruz.
- c) Ventaja de los Ejércitos regulares sobre los improvisados en una guerra convencional y de corta duración.
- d) Importancia de no dispersar los medios. Es decir, aplicar en forma apropiada lo que se ha llamado la ley de masa y principios derivados: economía de las fuerzas —centro de gravedad en la ofensiva—, reunión de los medios, etc. Esta buena aplicación contribuyó al éxito de las fuerzas gubernamentales en esta Revolución de 1851.

SEPTIMA PARTE

REVOLUCION DE 1859

1.—La caída de Talca.

Fue el origen de esta revolución lo que sus autores llamaron el autoritarismo del Presidente D. Manuel Montt. El plan rebelde se encuadró en un pie forzado: el triunfo debía obtenerse en la capital y en las provincias centrales. En Copiapó habría sólo un movimiento auxiliar. El fenómeno debía producirse simultáneamente en San Felipe, Valparaíso y Concepción y más tarde se incluyó a Talca.

El 20 de enero de 1859 llegaba a La Moneda un estafeta proveniente de Molina, portador del oficio en que el gobernador de Lontué comunicaba la ocupación de Talca por los insurgentes. El Gobierno despachó inmediatamente, por tierra, un escuadrón del Regimiento Cazadores a caballo, a las órdenes del teniente coronel D. Vicente Villalón y a él se agregarían, en el camino, 2 compañías de infantería de línea. Villalón tomó a su paso algunos destacamentos cívicos en las provincias de O'Higgins, Colchagua y Curicó. El 26 de enero llegó a los suburbios de Talca, tomó una posición defensiva en los cerrillos de Baeza, al E. de la ciudad y, desde allí, contuvo las salidas de los defensores y procuró mantener expeditas las comunicaciones con el sur, hasta el momento que recibiera refuerzos de infantería y artillería.

El 4 de febrero llegó el general D. Manuel García al campamento de Baeza y se hizo cargo del sitio de la plaza. Al día siguiente se le incorporó el intendente de Maule D. José Antonio Arellano, con un destacamento de 2 compañías del 2º de línea, 2 piezas de artillería, 158 milicianos de infantería y 50 cívicos de caballería.

La acción se inició el día 7, con la ocupación gradual de las manzanas que quedaban fuera del recinto fortificado y el bombardeo de las torres de las iglesias y de los edificios detrás de los cuales se refugiaba el enemigo. Al anochecer del día 7, Ramón Antonio Vallejos —comandante de la defensa— quedaba encerrado por el N. en el recinto forti-

ficado de la plaza. El 8 se estrechó el sitio por el poniente y el 10 se realizó un avance desde el E.

García resolvió esperar la llegada de las tropas y cañones que iban en camino para dar un asalto general en los cuatro costados de la plaza. El día 13 recibió la noticia de que se habían reunido en las casas de Chocoa alrededor de 300 hombres y dispuso que el sargento mayor D. Joaquín Vela marchara contra ellos. Este jefe, al frente de 30 infantes, 50 granaderos a caballo y 50 cazadores a caballo, atravesó el Maule por Duao y cayó sobre la columna enemiga en el campamento de Chocoa de manera sorpresiva.

Recibidos los refuerzos por las tropas gobiernistas, los defensores de Talca estimaron que la prosecución de la resistencia no tenía objeto y el 22 de febrero se rendían al general García y a sus fuerzas.

2.—Los Loros y Cerro Grande.

A través de un golpe armado, D. Pedro León Gallo, rico minero de Copiapó, se hizo proclamar Intendente de la provincia y General en Jefe de las fuerzas destinadas a apoderarse de Santiago (5 de enero de 1859). Antes de dos meses disponía de un Ejército fuerte en 2.000 plazas, bien equipado e instruido, y al frente de él se dirigió a La Serena. Derrotó al teniente coronel D. José María Silva Chávez en el lugar denominado Los Loros (14 de marzo).

El Gobierno, que había subestimado, en un comienzo, el movimiento encabezado por D. Pedro León Gallo, decidió enviar una división de 3.000 soldados a Copiapó. Estaba integrada por la mitad del batallón Buin, 5 batallones de infantería, escuadrones de Cazadores a caballo, Granaderos a caballo y Carabineros y se dio su mando al general D. Juan Vidaurre-Leal.

El encuentro se produjo en Cerro Grande el 29 de abril. Las fuerzas de Gallo habían ocupado una posición defensiva al pie del citado cerro, entre la bahía de Coquimbo y La Serena, detrás del cauce de Peñuelas, con frente al sur. Después de algunas horas de lucha, la infantería gobiernista pasó al asalto, "cayó sobre sus parapetos (del enemigo) y los tomó a viva fuerza, haciéndole huir en el mayor desorden". Simultáneamente, la caballería cargó sobre el ala derecha rebelde y ello apresuró la derrota de sus fuerzas.

Tal fue la última acción bélica de la abortada revolución de 1859.

3.—Conclusiones militares.

a) Esta revolución partió con un plan grande. El estallido debía producirse simultáneamente en San Felipe, Valparaíso, Concepción y Talca. En Copiapó, sólo un movimiento auxiliar. A simple vista, este plan no estaba de acuerdo con las posibilidades efectivas de los presuntos insurgentes.

En realidad, sólo estalló el movimiento en Talca y en Concepción.



Centinela (jinete de Cazadores a caballo en 1859).

Oleo de Pedro Subercaseaux

El general D. Manuel García obtuvo la rendición de los rebeldes de Talca, con lo cual quedó rápidamente pacificada la zona sur del país.

b) En Copiapó, D. Pedro León Gallo, hombre de gran prestigio en esa zona y muy decidido, logró hacerse proclamar Intendente de la Provincia y General en Jefe de las fuerzas destinadas a apoderarse de Santiago.

c) D. Pedro León Gallo, con 2.000 hombres, derrotó en Los Loros al teniente coronel D. José María Silva Chávez, quien contaba con medios muy inferiores.

d) Posteriormente, el general D. Juan Vidaurre-Leal, con fuerzas apropiadas para el caso, enfrentó a los revolucionarios en Cerro Grande y los derrotó.

Podemos resumir las conclusiones así:

a) En la planificación de un conflicto es indispensable adaptar los objetivos a los medios reales de que se dispone para conquistarlos. Los objetivos muy ambiciosos sólo conducen a dispersión de los medios y al consiguiente fracaso.

b) Por parte de los jefes de un conflicto, debe existir la flexibilidad suficiente, basada en previsiones lógicas, para aprovechar el éxito en una parte, volcando en ese punto los medios disponibles. En esta revolución de 1859, la acción en Copiapó, considerada como una diversión y que se convirtió de hecho en el centro de gravedad insurgente, no fue aprovechada por los jefes revolucionarios.

c) Nuevamente en este conflicto apreciamos la importancia de la personalidad del jefe, D. Pedro León Gallo; por sus condiciones de carácter y su fortuna personal, se destacó como líder de las fuerzas insurgentes de la zona norte.

d) En esta revolución se aprecia la ventaja que llevan las unidades del Ejército regular sobre milicianos y tropas improvisadas, cuando se trata de operaciones de guerra convencional, y de corta duración.

En una guerra larga, la situación puede variar. En esta variación pueden influir razones políticas. También pueden tener influencia la calidad de combatientes de tropas y mandos insurgentes, que pueden ir mejorando a medida que van adquiriendo experiencia de guerra durante el desarrollo del conflicto mismo.

OCTAVA PARTE

GUERRA DEL PACIFICO

I.—ANTECEDENTES

A.—Causas de la guerra

1.—*Reales o lejanas*

a) *¿Hubo problemas limítrofes con Bolivia?*

I

Nuestros textos de Historia patria citan, generalmente, como una de las causas principales de la contienda de 1879-83 la imprecisión de los límites entre Chile y Bolivia al término del período colonial. Agregan que, de acuerdo con el *uti possidetis* de 1810, el límite entre ambas naciones lo constituirá el desierto de Atacama límite vago e impreciso —según los citados textos— en atención a que dicho desierto tiene una extensión latitudinal de unos 600 kilómetros.

Lo cierto es que jamás Chile ha limitado al norte con Bolivia. Su vecino septentrional ha sido siempre el Perú. Abundantes son los antecedentes de carácter histórico, geográfico y administrativo respecto del hecho de que la frontera septentrional del reino de Chile coincidiera —en toda su extensión— con la frontera meridional del virreynato del Perú. Ello equivale a decir, en consecuencia, que jamás la provincia de Charcas (actual Bolivia) tuvo acceso al mar, según y como se demostrará a través de los documentos que, a continuación, se citan:

1.—*La recopilación de las Leyes de Indias* que, en 1680, recogió y refundió orgánicamente las principales normas promulgadas por la Corona de España, a partir del descubrimiento del Nuevo Mundo, dispuso en las partes que se expresan:

a) Ley 5^a. Que la Audiencia de Lima “tenga por distrito la costa que hay desde la dicha ciudad hasta el reino de Chile exclusive, y hasta el puerto de Paíta exclusive...”.

b) La ley 9^a. Que la provincia de los Charcas “tenga por distrito la provincia de los Charcas, y todo el Callao, desde el pueblo de Ayavire, por el camino de Burcosuyo, desde el pueblo de Assillo, por el camino

de Humasuyo, desde Atuncana por el camino de Arequipa, hacia la parte de los Charcas, inclusive con las provincias de Sangabana, Carabaya, Juríes y Diaguitas, Moyos y Chunchos, y Santa Cruz de la Sierra, partiendo términos: por el septentrión con la real audiencia de Lima y provincias no descubiertas: por el mediodía con la Real Audiencia de Chile; y por el levante y poniente, con los dos mares del Norte y del Sur y línea de demarcación entre los reynos de Castilla y de Portugal, por la parte de la provincia de Santa Cruz del Brasil”.

Como se ve, hay un trozo de la citada ley que expresa que la Audiencia de Charcas confina “por el levante y poniente con los dos mares del Norte y del Sur”. El señor Jaime Eyzaguirre explica esta curiosa disposición, advirtiendo que “la línea que corre” desde Atuncana por el camino de Arequipa hasta la parte de los Charcas “corresponde al punto culminante y adyacente por el poniente con el mar del Sur”. Atuncana está a 21° sur y dista ocho leguas de la costa. Arequipa, por su parte, se halla a 16° 12' sur y a unas 13 leguas del mar. La provincia de Charcas se encuentra al este, es decir, al interior, y no tiene ningún punto hacia el oeste del camino que une estos lugares. Entre dichos caminos y la costa hay una amplia faja de territorio que siguió siempre en poder de la Audiencia de Lima. Si esto no fuera así, imposible sería explicarse la ley 15 de la Recopilación citada, que dispone: “Que el Corregidor de Arica, aunque sea del distrito de la Audiencia de Lima cumpla los mandamientos de la de Charcas”. Fue necesario apuntar de manera expresa esta servidumbre de Arica a Charcas, no obstante corresponder el puerto a la provincia de la Audiencia de Lima, por que Charcas no tenía acceso a la costa. En esta forma, Arica, que está situada en 18° 28', o sea, entre los paralelos de Atuncana y Arequipa, le hubiera pertenecido naturalmente”.

“La afirmación de la ley 9ª de que la Audiencia de Charcas linda “por el levante y el poniente con los mares del Norte y del Sur”, tiene así sólo el sentido de indicar una dirección geográfica, pero no puede inferirse de ella que el territorio de Charcas poseyó costa en esos mares. De este último alcance sería contraponerla a la expresa letra de la ley 5ª, ya citada anteriormente, que concede a la Audiencia de Lima “por distrito la costa que hay desde dicha ciudad hasta el reyno de Chile exclusive, sin interrupción alguna”.

“En fin, parece inoficioso añadir que cuando la ley 9ª de Recopilación alude a la demarcación de Charcas “por el mediodía con la Real Audiencia de Chile”, lo hace bien, pues Charcas colindaba al sur con la provincia de Cuyo, entonces perteneciente a Chile”.

2.—En su obra *Descripción y población de las Indias*, escrita en 1605 para el Conde Lemus, Presidente del Consejo de Indias, Fray Reginaldo de Lizárraga señaló el morro Moreno, en 23° 31', como frontera de Chile y Perú.

3.—El cronista Santiago de Tesillo, en su *Epítome Chileno*, editado en 1646, en Lima, afirma que Chile “es costa de norte a sur”, continuada desde el Perú hasta el Estrecho de Magallanes, señalasele por el término o por jurisdicción desde 20 grados, hasta 47, al otro polo de la equinoccial. . . Ascendiendo por grados comienza lo habitable desde Copiapó. . .”.

4.—Cartografía del siglo XVIII:

a) Cabe citar en primera línea, por su especial importancia, el *Mapa de la América Meridional*, confeccionado por el geógrafo D. Juan de la Cruz Cano y Olmedilla, de acuerdo con lo dispuesto por el ministro marqués de Grimaldi y que contó con el máximo de facilidades de todo orden para la ejecución de su labor. Quedó terminado en 1775 y el límite norte de Chile lo fijó en los 21° 27' Lat. S. (desembocadura del río Loa).

b) *Plano general del reyno de Chile en la América Meridional*, elaborado en 1793 por el cosmógrafo Andrés Baleato, por orden del virrey D. Francisco Gil de Taboada Lemos y Villamarín. Fija el límite norte en 21° 30' esto es, en la desembocadura del río Loa y agrega que la parte poblada por los españoles se extiende desde los 24° de latitud en el desierto de Atacama".

c) "*Carta esférica de las costas del reyno de Chile comprendida entre los paralelos de 30 y 22 grados de latitud sur, levantada de orden del Rey en el año de 1790 por varios oficiales de su Real Armada; y presentada a S. M. en 1799 por mano del Excmo. señor don Juan de Lángara, Secretario de Estado y del despacho universal de Marina*".

Este interesante trabajo fue el resultado de la expedición naval que, en 1789, salió de Cádiz a las órdenes del capitán de fragata D. Alejandro Malaspina y constituida por personal especialmente seleccionado. Uno de los objetos de ella era reconocer la costa de la América Hispana, desde el cabo de Hornos hasta Acapulco. Se le franquearon todos los documentos de Indias existentes en los archivos de España y se impartieron órdenes para que se hiciera otro tanto con los que existían en las provincias españolas del Nuevo Mundo.

5.—Artículos publicados en el *Mercurio Peruano*:

a) El N° 1, de fecha 2 de enero de 1791 expresa, en su artículo titulado *Idea general del Perú*, que "el río de Guayaquil lo divide del nuevo reyno de Granada por la parte septentrional; el despoblado de Atacama lo separa del reyno de Chile al mediodía...".

b) El de fecha 20 de marzo de 1791, en su artículo *Disertación histórica y política sobre el comercio del Perú*, comenta que el país "se cierra por la parte del norte y término de Guayaquil por bosques y montañas accesibles hasta el istmo de Panamá; y por la del sur se ve separada del reyno de Chile con un despoblado de cien leguas...".

c) En un tercer artículo, que apareció en el número 105, de 5 de enero de 1792, dice que la mayor extensión del país "que debe medirse en los grados de latitud, abraza de veinte y tres grados y medio, entre Cabo Palmar, en los confines de Pasto y Morro Moreno, en los reynos de Chile".

6.—*Guía política, eclesiástica y militar del Perú*, elaborada por D. Hipólito Unanue, por encargo del virrey Francisco Gil de Taboada Lemos, en 1793. En la memoria respectiva, el virrey informa haber encargado tan interesante labor al "genio laborioso y fecundo del doctor D. Hipólito Unanue" y en el primer número de la publicación se deja constancia que el Perú tenía "una extensión de 365 leguas norte-sur des-

de los 3 grados, 35 minutos, hasta los 21 grados, 48 minutos de latitud meridional. La ensenada de Tumbes lo separa por el norte del Nuevo Reyno de Granada y el río Loa por el sur del desierto de Atacama y reyno de Chile”.

7.—En la *memoria* que el citado virrey Taboada Lemos dirigió a su sucesor, D. Ambrosio O’Higgins, en 1795, le expresaba que el Perú “confina por el norte con el Nuevo Reyno de Granada, por el este con las naciones feroces de Padojal, por el sudeste con el virreynato de Buenos Aires, por el sur con el reyno de Chile, de quien lo divide el dilatado desierto de Atacama; y por el occidente con el inmenso mar Pacifico”.

Conviene recordar que en esta fecha —y desde hacía 19 años—, la provincia de Charcas formaba parte del virreynato de Buenos Aires, cuyo límite noroeste era el Perú.

8.—Como consecuencia de los antecedentes históricos y geográficos enumerados en los puntos 1 a 7, Chile pudo ejercer soberanía plena en el desierto de Atacama, según puede verse a través de los siguientes actos administrativos:

a) Hasta Cobija (22° 30', Lat. S.) llegaron emisarios del gobernador D. Ambrosio O’Higgins, en cumplimiento de disposiciones administrativas. Más aún, el citado gobernador impartió, en 1780, una serie de medidas destinadas a civilizar y proteger a los indios changos y pobladores de Paposó y alrededores.

b) Censo de la población de Paposó en 1813 (días de la Patria Vieja).

c) Envío a Paposó de un bando de proclamación de la independencia de Chile (diciembre de 1817).

d) Decreto de 20 de abril, firmado por el Director Supremo D. Bernardo O’Higgins, que disponía el bloqueo de los puertos del Perú, entre los 2° 12' y 21° 48' Lat. S.

e) Decreto de 20 de agosto de 1820, día del zarpe de la Expedición Libertadora del Perú, que confirmaba el anterior.

f) Decreto del Gobierno de Chile, en 1834, sobre censo en la comarca del desierto de Atacama.

g) Informe del gobernador de Copiapó, en 1835, sobre contrabando en el litoral del desierto de Atacama y su intención de dirigirse a Paposó.

h) Ley del guano, de 13 de octubre de 1842, que fijaba el límite septentrional de Chile en los 23° de Lat. S.

9.—De lo expuesto hasta aquí, puede deducirse:

a) Que durante la época colonial, el límite septentrional del reyno de Chile coincidió, en todas sus partes, con el límite meridional del Virreynato del Perú.

b) Que la provincia de Charcas (actual Bolivia) no tuvo jamás acceso al mar.

II

Ahora bien, si Bolivia tuvo acceso a un *puerto* en el Pacifico, fue a través de una modalidad ajena completamente a toda norma de Derecho Internacional, como se advertirá en seguida:

1.—Con el propósito de afianzar la unidad del Alto Perú (Bolivia), el general Bolívar concibió la idea de constituir la Confederación de los Andes, con la anexión de Ecuador, Colombia, Venezuela y Panamá. De acuerdo con este plan, se firmó en Chuquisaca, el 15 de noviembre de 1826, un tratado de federación y otro de límites. En conformidad a este último, el Perú concedería a Bolivia el litoral situado al sur del río Sama, entre los grados 18 a 21 inclusive, vale decir, algo al sur de la desembocadura del río Loa. Bolívar entregaría, en compensación, la provincia de Apolobamba, del departamento de La Paz y el pueblo de Copacabana. El Congreso del Perú rechazó los dos tratados, a causa principalmente de la pérdida del puerto de Arica, y el de Bolivia, porque estimaba fundamental la incorporación de Colombia a la federación.

“Si Bolívar —manifiesta el señor Ríos Gallardo— propuso en 1826, año y medió después de la independencia del Alto Perú, este canje, resta formular algunas preguntas: ¿Tenía en aquel entonces Bolivia puertos efectivos en el Pacífico? ¿Por qué el litoral marítimo que se canjeaba estaba sólo circunscrito entre los grados 18 y 21?”.

2.—El año anterior, el Libertador había dispuesto, por intermedio del mariscal Sucre, una misión de reconocimiento del litoral de Atacama, con miras a establecer un puerto apto para las necesidades comerciales del naciente Estado sudamericano. Bolívar, “con su clara intuición de hombre genial, veía que su obra no podía subsistir enclavada en el medio del continente y sin salida propia al mar”. (Arguedas).

La misión fue encomendada al general irlandés Burdet O'Connor, que se dirigió a Cobija, “donde apenas encontró un solo habitante alto-peruano”. Recorrió Atacama, Mejillones, El Loa y terminó por recomendar la caleta de Cobija. El Libertador ordenó, con fecha 25 de diciembre, la habilitación de dicha caleta como puerto. “Pero ésta era una creación artificial —advierte el historiador boliviano Alcides Arguedas— que no se ocultaba a los mismos fundadores, como el propio Sucre, al tiempo de ordenar la apertura del citado puerto, escribía a Bolívar, el 11 de mayo de 1826, asegurándole que se le abriría, “pero con más bulla que con provecho”, pues el puerto estaba totalmente desvinculado del cuerpo vivo de la nación...”.

Es muy interesante, también, la opinión de D. Alberto Wagner de Reyna, en los años que se desempeñaba como Director del Departamento de Fronteras y Estudios Geográficos del Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú. Expresa: “Al final de la dominación española, las autoridades de Potosí intervinieron algunas veces en el puerto de Santa María de Cobija (22° 30' S.), situado en el desierto, y al independizarse Bolivia separándose del Perú, Sucre se apoderó de una buena parte de él. Primeramente desde Atacama hasta Tocopilla (22° S.), posesión que extendió después de modo que llegó por el norte hasta el río Loa (21° 30' S.), lo que confirmó el Libertador Bolívar. Cobija se convirtió así en el único puerto de Bolivia a comienzos del siglo XIX”.

“Chile y Perú aceptaron tácitamente esta apropiación, aunque en la parte sur del litoral boliviano la frontera quedó imprecisa. La Constitución de Chile de 1822 dice que su territorio “conoce por límites naturales,

al norte del despoblado de Atacama", pero también es cierto que el Paposo se adhirió en 1817 a la independencia chilena y que las autoridades de Copiapó realizaban actos jurisdiccionales en el desierto".

3.—En el *Mensaje* de 6 de agosto de 1833, el Presidente de Bolivia, mariscal D. Andrés de Santa Cruz, expresaba: "Después de vuestro receso en la anterior legislación, he cumplido con la promesa que os hice entonces de visitar en persona la provincia litoral, queriendo llenar debidamente vuestros deseos y la ley de 12 de octubre del año próximo pasado en favor de *nuestro único puerto de Cobija*".

El 26 de enero de 1840, un año después de su derrota en Yungay por el Ejército Restaurador del general Bulnes, el mismo Santa Cruz expidió un manifiesto destinado a explicar su conducta pública en la Presidencia de Bolivia y en el Protectorado de la Confederación Perú-Boliviana. "Las hostilidades —dice— que el comercio de Bolivia sufría constantemente en el puerto de Arica hicieron más urgente la necesidad de fomentar el *único propio*, para eximir a los bolivianos del capricho de los gobiernos vecinos y de las vicisitudes de su política; éste fue uno de los objetos que atrajo mi atención. Bolivia, por su situación geográfica, *alejada por todas partes del mar*, no podrá hacer grandes progresos en su comercio y en su industria, ni aun en la carrera de la civilización, mientras no se ponga más inmediata y directamente en contacto con los pueblos industriados y más adelantados de ambos hemisferios. Para remediar este gran defecto, me decidí a proteger con todos los esfuerzos del Gobierno la caleta de Cobija, de que tan sólo puede disponer Bolivia por efecto de una viciosa demarcación territorial".

Cabe preguntarse: ¿Cómo es posible que Chile permitiera el atentado cometido por Bolívar, a costa de su propio territorio —al obsequiar graciosamente el puerto de Cobija a Bolivia— sin hacer nada para impedirlo?

La razón es muy sencilla y ella es la serie de problemas gravísimos a que se veían abocados nuestros gobernantes y a los cuales era preciso darles pronta solución. Basta enumerarlos para comprender su capital importancia:

a) La anarquía política en que se sumió la República, desde la caída de O'Higgins, en enero de 1823, hasta la victoria de las fuerzas del orden en Lircay, en abril de 1830.

b) La ocupación de Chiloé por los realistas; las amenazas de Bolívar de apoderarse del archipiélago y de traspasarlo a los dominios del Perú; la necesidad de una primera expedición armada y —por último— la realización de una segunda, para el logro de su pacificación y anexión de Chiloé a la República.

b) *La pugna económica*

I

En 1842 se descubrieron en el desierto de Atacama depósitos de guano. El Gobierno de Chile envió una comisión a explorar las costas septentrionales del país, a fin de saber si existían en ellas depósitos aná-

logos. La comisión informó que el guano encontrado no era abundante ni de subida ley. El Presidente Bulnes se valió de ese reconocimiento, sin embargo, para remitir un proyecto de ley al Congreso, que declaraba los guanos al sur del paralelo 23° de Lat. meridional de propiedad de la República, *por encontrarse dentro de los límites de su territorio*. El proyecto fue promulgado como ley en 13 de octubre de 1842 y con ello el límite norte del territorio quedaba legalmente situado en la bahía de Mejillones.

Bolivia protestó. Alegaba que su límite austral no era el paralelo 23° Lat. sur, como lo declaraban los poderes públicos de Chile, sino el 26. Las divergencias prosiguieron; fueron frecuentes los conflictos de jurisdicción entre las autoridades de ambos países e hicieron crisis en 1863. El Congreso boliviano facultó en secreto al Ejecutivo para declarar la guerra a Chile. Hubo, a continuación, un compás de espera con motivo de la guerra de España con el Perú y de la circunstancia de que Chile, Ecuador y Bolivia solidarizaran con el país hispanoamericano.

El Presidente de Bolivia, general D. Mariano Melgarejo, extremó las manifestaciones de alegría por la reanudación de las relaciones con Chile y propuso un arreglo de los problemas pendientes. Estas proposiciones llegaron a ser el Tratado de 1866. Disponía éste en sus partes pertinentes:

a) Que el límite internacional sería en adelante el paralelo 24° Lat. sur.

b) Que se partirían por mitades entre Chile y Bolivia los derechos de exportación del guano y *minerales* de la zona comprendida entre los grados 23 y 25 Lat. sur.

c) Que, para este efecto, habilitaría Bolivia una aduana en Mejillones y que sería la *única* que podría percibir esos derechos de exportación.

Pese a las protestas de chilenos y bolivianos el tratado fue firmado.

El Presidente Melgarejo fue derrocado por una revuelta militar en 1871 y el Congreso dictó una ley declarando nulos todos los actos de su Gobierno. "Esa declaración habría permitido a Chile recuperar el puerto de Mejillones y el territorio situado al sur del 23°, pero en vez de hacerlo buscó un nuevo temperamento de conciliación". (Bulnes).

Los gobiernos intentaron un nuevo arreglo para facilitar el cumplimiento del tratado vigente. Con este objeto se acreditó como Encargado de Negocios de Chile en La Paz a D. Santiago Lindsay y Bolivia nombró plenipotenciario ad hoc al Ministro de Relaciones Exteriores D. Casimiro Corral. Las negociaciones cristalizaron en el convenio de 5 de diciembre de 1872. Quedó a firme el deslinde internacional en el paralelo 24° y la medianería; pero se reglamentaba esta última al conceder a Chile el derecho a supervigilar las aduanas que se establecieran en los grados 23 a 24 y a Bolivia, las que Chile fundase en los paralelos 24° a 25°.

El Congreso de Bolivia adoptó sobre la materia el acuerdo siguiente en sesión del 19 de mayo de 1873: "Se aplaza el examen del Convenio Lindsay-Corral y la resolución que sobre él debe recaer para la próxima asamblea ordinaria de 1874". Esta actitud se explica por el cambio que experimentó la política de ese país a raíz del tratado secreto celebrado

con el Perú y aprobado en esos mismos días, conforme se verá más adelante. El Gobierno chileno, ignorante de las gestiones de la política peruana, acreditó como su agente en La Paz a D. Carlos Walker Martínez. Llegó a Bolivia en los momentos en que la opinión pública estaba más intensamente agitada en contra de Chile. Se creía que la expedición armada del general boliviano Quintín Quevedo contra su propia patria —que se había apoderado del puerto de Antofagasta, para posteriormente abandonarlo y huir— había sido estimulada y financiada por el Gobierno de Chile. El pueblo boliviano, por otra parte, ignoraba la existencia del tratado de alianza con el Perú, pero intuía que el vecino del noroeste lo apoyaría con todo su poderío. “La prensa del Perú” —escribía Walker— “atizaba el incendio con exageraciones inconsultadas. El Gobierno de Lima ofrecía sus blindados y monitores, y la palabra guerra se oía pronunciar a menudo en círculos privados y más de una vez en reuniones públicas”.

El representante chileno llegó a vislumbrar que el Perú, Bolivia y Argentina tramaban un “cuadrillazo” contra nuestra Patria y, temeroso de que así fuera, invitó al Ministro de Relaciones Exteriores de Bolivia, D. Mariano Baptista, a discutir un tratado que derogase el de 1866. Este fue el tratado de 1874. De acuerdo con éste, el límite entre ambos países se conservó en el paralelo 24° Lat. Sur. Se suprimió la medianería excepto para los guanos en explotación o que se descubriesen posteriormente en la zona del antiguo territorio de comunidad.

Chile renunciaba a los beneficios que le producía el derecho de exportación de los minerales ubicados en el paralelo 23° y 24° y Bolivia se comprometía a no aumentar las contribuciones existentes durante 25 años sobre capitales e industrias chilenas y a mantener en servicio como puertos mayores Antofagasta y Mejillones.

II

En 1866 D. José Santos Ossa y D. Francisco Puelma descubrieron mantos de salitre en Salar del Carmen. Los descubridores aprovecharon la presencia en Santiago del Ministro Plenipotenciario de Bolivia y obtuvieron de él la primera de las concesiones que heredó más tarde la Compañía de Salitres de Antofagasta. Esa concesión les reconocía en propiedad cinco leguas de territorio salitral y cuatro más para cultivos agrícolas, en cambio de la obligación de construir un muelle en Antofagasta.

Puelma y Ossa traspasaron sus derechos a una sociedad, la “Compañía Explotadora del Desierto de Atacama”. Esta gestionó en Bolivia la liberación de derechos de exportación y el privilegio de explotar salitre por 15 años, lo que el Gobierno de La Paz le concedió a cambio de erogar \$ 10.000 por una sola vez y de construir un camino de 25 a 30 leguas que terminase en Antofagasta. Además le otorgó una legua de terreno a cada lado del camino y la facultaba para explotar en los citados terrenos sustancias inorgánicas como el salitre, bórax, sin pago de impuestos. “El privilegio era tan extremado, las concesiones tan vastas” —comenta Bulnes— “que el pueblo boliviano protestó con razón enérgicamente contra ellas”. Olvidaban D. Gonzalo Bulnes y el pueblo boliviano que las tierras

en donde se encontraban las concesiones eran chilenas desde los días de la conquista....

En 1871 la Asamblea de Bolivia reunida en Sucre, después de la caída de Melgarejo, declaró la nulidad de las ventas, adjudicaciones y enajenaciones hechas bajo su Gobierno. Más aún, anuló todos los actos de aquella administración. Por decreto posterior de 1872 declaró "nulas y sin valor las concesiones de terrenos salitrales y de boratos que hubiese hecho la administración pasada". La "Sociedad Explotadora del Desierto de Atacama" se llamaba ahora "Melbourne, Clark y Cía.". La Asamblea y el Gobierno la exceptuaron en esta materia, pero restringieron su privilegio a una zona de 15 leguas en la región más tarde llamada Salinas y le otorgaron privilegio exclusivo para explotar los salitres de esa superficie; derecho de construir un ferrocarril en esa zona con ciertas gabelas de práctica en esta clase de permiso y exención de derechos de aduana para el equipo y material del FF. CC. que constituyese.

En otras palabras, quedaba anulado el privilegio general que abarcaba todo el desierto de Atacama.

"Melbourne, Clark y Cía.", que cambió su denominación por la de "Compañía de Salitres y FF. CC. de Antofagasta", reclamó y obtuvo del Ejecutivo —en cambio del privilegio general que perdía— 50 estacas más de terreno salitral en Salinas, fuera de las 15 leguas de que estaba en posesión. El artículo 4º de esa concesión expresaba: "Se concede a la Compañía por el término de 15 años, contados desde el 1º de enero de 1874, el derecho de explotar libremente los depósitos de salitres que existían en los terrenos designados en las bases 1ª y 2ª y el de exportar por el puerto de Antofagasta los productos de esos depósitos libres de todo derecho de exportación y de cualquier otro gravamen municipal o fiscal". (27 de noviembre de 1873).

A mayor abundamiento, el tratado de 1874 se celebró entre los Gobiernos de Chile y Bolivia después de formalizada esta transacción y dispuso —como se sabe— que "las personas, industrias y capitales chilenos no quedarán sujetos a más contribuciones, de cualquier clase que sean, que a las que al presente existen".

La Asamblea de 1878 desenterró de su archivo la transacción celebrada en 1873 y, removiendo un asunto que se consideraba terminado, dictó el 14 de febrero de 1878, la siguiente resolución: "Se aprueba la transacción celebrada por el Ejecutivo en 27 de noviembre de 1873 con el apoderado de la Compañía de Salitres y Ferrocarril de Antofagasta, a condición de hacer efectivo como mínimo un impuesto de 10 centavos en quintal exportado".

El Director de la Compañía, radicado en Valparaíso, solicitó del Gobierno chileno amparo diplomático. El Gobierno ordenó al señor Videla, su representante diplomático, amparar las reclamaciones de la Compañía. Videla conferenció con el Ministro de Hacienda de Bolivia, quien convino en dejar en suspenso la ley hasta encontrar una solución prudente de la dificultad. Pero el tiempo pasaba y el capital exigía una declaración que significara un reconocimiento explícito de la exención de impuesto que le otorgaba sus concesiones y el Tratado de 1874. Así lo hizo presente Videla al Gobierno de Bolivia en oficio de 2 de julio de 1878.

Pero el Presidente Daza había resuelto anular las concesiones de la Compañía y "echar a los ingleses de Antofagasta" —según sus propias palabras— llamándola así porque el gerente D. Jorge Hicks y algunos empleados eran de aquella nacionalidad.

La nota no fue contestada. Pasados tres meses, el Gobierno de La Moneda envió un despacho al Ministro Doria Medina, haciéndole ver que la tozudez de Bolivia podía conducir hasta la abrogación del Tratado vigente. La nota terminaba así: "La negativa del Gobierno de Bolivia a una exigencia tan justa como demostrada colocaría al mío en caso de declarar nulo el tratado de límites que nos liga con ese país, y las consecuencias de esta declaración dolorosa, pero absolutamente justificada y necesaria, serían de la exclusiva responsabilidad de la parte que hubiere dejado de dar cumplimiento a lo pactado".

El Gobierno boliviano ofició a Videla que la resolución de poner en vigencia la contribución de 10 centavos era irrevocable. Una nueva nota le advirtió que se había ordenado al prefecto de Antofagasta hacer efectivo el cobro a partir del 14 de febrero de 1878... vale decir, con efecto retroactivo, puesto que la disposición ejecutiva fue impartida con fecha 17 de diciembre del mismo año.

El 6 de enero de 1879, el prefecto Zapata hizo notificar a la Compañía el pago de los derechos a contar desde la fecha indicada por la ley y el día 11 mandó trabar embargo en sus bienes y llevar a la cárcel al gerente señor Jorge Hicks.

El 1º de febrero el Presidente Daza dictaba un decreto, que firmaron todos sus Ministros, que disponía que, en atención a que la Compañía de Salitres no aceptaba la transacción celebrada en noviembre de 1873, la dejaba sin efecto y "*reivindicaba las salitreras detentadas por la Compañía*". Comenta D. Gonzalo Bulnes: "¡El reclamo versaba sobre un impuesto y ahora se confiscaba la totalidad de los bienes!".

El 7 de febrero se recibió en La Moneda un telegrama de nuestro cónsul en Antofagasta, avisando que las autoridades iban a proceder al remate de los bienes de la Compañía de Salitres. El Ministerio acordó ocupar Antofagasta antes de permitir semejante atentado, en contra de la opinión del Presidente Pinto, que evitaba semejante paso por temor a las consecuencias. Se dispuso que el *Cochrane* y la *O'Higgins* se dirigieran a Antofagasta, con dos compañías de artillería a su bordo, a las órdenes del coronel D. Emilio Sotomayor Baeza.

El 14 de febrero, por la mañana, una escuadrilla compuesta por el *Bianco*, el *Cochrane* y la *O'Higgins* apareció fondeada en la bahía de Antofagasta. Las compañías bajaron a tierra y el prefecto Zapata y sus 40 policiales se retiraron de la ciudad. "El país acogió la noticia con un entusiasmo ardiente. La actitud del Gobierno fue celebrada en la prensa, en los corrillos, en los mitting". (Bulnes).

c) *La crisis financiera del Perú*

Si bien es cierto que la industria salitrera de Tarapacá fue peruana hasta 1879, no es menos cierto que su creación y desarrollo fueron de-

bidos a empresario, brazos y capitalistas chilenos. Con el fin de salvar al Fisco de la bancarrota, el Presidente D. Manuel Pardo estableció —por ley de 18 de enero de 1873— el estanco del salitre. Este monopolio se extendió también hasta el guano. Pardo realizó, al mismo tiempo, gestiones ante Bolivia para afianzar el monopolio y acordar el pacto secreto de 1873, que fue su corolario.

En la errada suposición de que Chile procurara anexarse el litoral que se decía de Bolivia —a raíz del tratado de 1866 y de la expedición armada del general Quevedo contra Antofagasta, a que nos referimos anteriormente— el Perú salía en defensa de su vecino. Le convenía a éste aprovechar la ausencia de fuerzas navales chilenas y que el Perú las tenía en condiciones de impedirle transportar sus tropas. Se limitaría a declarar que no reconocía el tratado de 1866 —el vigente entonces— y que ocuparía el territorio a que alegaba derechos, es decir todas las salitreras. Chile, naturalmente, tendría que contentarse con la declaración de la guerra. Se solicitaría, en seguida, el embargo de los buques chilenos en construcción en Inglaterra, en nombre de la neutralidad y entrarían en acción el Perú y la Argentina con sus flotas.

Tal era, en síntesis, el tenor del tratado secreto suscrito por los Gobiernos de Perú y Bolivia el 6 de febrero de 1873. Fue también invitado a subscribirlo el Gobierno argentino, que —en un primer momento— estuvo inclinado a aceptar la sugerencia y que sólo a última hora se abstuvo.

El estanco fracasó. Pardo creyó enmendar su error con la expropiación de las salitreras, a través de la ley promulgada el 28 de mayo de 1875. El Gobierno quedó facultado para dar este paso y pagar el precio correspondiente con certificados a dos años plazo que ganaban el 8% anual de interés, pagaderos por trimestres vencidos. Se le autorizó para contratar un empréstito de 7 millones de libras esterlinas y como la operación no tuviera éxito, el Gobierno llevó adelante la compra o expropiación *legal* de las salitreras y se remitieron los certificados correspondientes. Pardo logró, además, que el Gobierno boliviano le arrendara la explotación de las salitreras del Toco de pertenencia fiscal, inclusive las particulares que habían caducado por despueblo. Con ello se oponía a los proyectos de los empresarios chilenos de trabajar las citadas salitreras del Toco.

Como la renta fiscal del salitre desapareciera, se elaboraron —entre agosto y septiembre de 1876— varios proyectos encaminados a evitar el desastre. En uno de ellos se consultaba como resolución el arrendamiento; en otro, la venta de los establecimientos por propuestas cerradas y en un tercero, la devolución lisa y llana de las propiedades, a cambio de los certificados emitidos.

A comienzos de 1879 el diputado D. Guillermo Billinghurst presentó al Congreso un proyecto de ley que, a continuación de algunos considerandos, disponía en su parte ejecutiva:

"*Artículo 1º*—Decláranse enteramente libres la elaboración y ventas del salitre devolviéndose al efecto a la industria privada los estable-

cimientos salitreros, hoy en poder del Estado, en cambio de las obligaciones otorgadas por éste”.

“Artículo 2º.—El Estado impone a la exportación de salitre un derecho de cincuenta centavos de sol por quintal, percibido en moneda nacional metálica por las aduanas respectivas”.

El estallido de la guerra echó al olvido esos proyectos, como asimismo las acertadas disposiciones que consultaba para solucionar satisfactoriamente el problema.

Entre los considerandos de su moción expresaba D. Guillermo Billinghurst: “Sabido es, Excelentísimo señor, que la antigua empresa de Melbourne, Clark y Cía., explotadora de las salitreras de Antofagasta, vendió sus derechos a una sociedad anónima formada en Chile y que ha emprendido en grandes escalas sus trabajos, aumentando el capital social a un millón y medio de pesos fuertes y la elaboración del salitre a 1.200.000 quintales”... “Pero la competencia que me arredra y con sobrada razón” —prosiguió— “es la que se levanta en Chile con todos los síntomas de una empresa colosal. Chile, que es un país perfectamente organizado y trabajador por excelencia, comprendiendo el desacierto económico y administrativo que hemos cometido, arrebatando de manos particulares la industria salitrera, se ha apresurado a abrir sus puertas a los industriales que han emigrado de nuestro territorio, dictando providencias proteccionistas de la industria, a fin de fomentar las exploraciones en el desierto: y cuenta hoy, merced a esa protección sabia, con una industria que substituirá a la nuestra, en Cachiyuyal”.

“E indudablemente, se agravarán los motivos de mis temores cuando la Cámara sepa que son precisamente los industriales ahuyentados del Perú, los que han llevado el contingente de sus trabajos y de sus capitales para fomentar la industria salitrera de Chile”.

“Uno de los poderosos motivos que tuvo el malogrado señor Pardo, para sostener la conveniencia del estanco primero y de la expropiación, después, como tuve ocasión de oírsele en la tarde del 26 de noviembre de 1872, fue que de la industria salitrera salían para Chile fuertes capitales; y su mente y propósito eran atraer a Lima esos capitales. La experiencia nos ha demostrado, Excelentísimo señor, que esa medida económica fue desacertada, porque los resultados han sido contraproducentes, pues sólo debido a la expropiación es que se ha fomentado la industria chilena, y que los capitales han emigrado de Iquique en la enorme suma de siete millones de pesos fuertes, que han ido a aumentar el fondo industrial de Chile. Esos capitales, Excelentísimo señor, en manos de los industriales que han emigrado de Iquique, son un arma poderosísima, pues merced a ellos se han descubierto los veneros de riqueza salitrera de Atacama, que tanto nos preocupa hoy. El espíritu de trabajo y de actividad es tal, que esos industriales a quienes el Perú le ha cerrado las puertas han ido hasta las lejanas costas de la Patagonia en busca de salitre”.

d) *Impulso expansivo del pueblo chileno.*

Expresa D. Francisco A. Encina que “la mayor cantidad de sangre goda que circulaba por las venas del pueblo chileno, en relación con sus hermanos y la mayor energía vital acumulada durante una dura y prolongada selección, lo impulsaron hacia las aventuras lejanas, desde que el contacto con el resto del mundo tomó desarrollo. La naturaleza física del territorio, admirablemente adecuada para la vida del blanco, pero que nada brindaba espontáneamente, actuó en el mismo sentido de la tendencia racial”.

En cuanto al norte se refiere, nuestro compatriota recorrió el desierto, descubrió y explotó sus minerales y fundó las empresas mineras de Caracoles (en Antofagasta) y en Oruro, Huanchaca y Corocoro en Bolivia. Creó también, en gran parte, la industria del salitre en Tarapacá y Antofagasta. No hubo en él espíritu preconcebido de conquista o de predominio político. Tanto es así que los exploradores del desierto solicitaron la autorización correspondiente al Gobierno de Bolivia, cada vez que la mina o la pampa salitral estuvo en territorio erradamente considerado bajo la soberanía de ese país.

A partir de 1846, año en que una compañía chilena iniciara la explotación del guano en Mejillones, “empresarios, brazos y capitales chilenos habían transformado en emporio de riquezas minerales un territorio antes inhabitable”. En 1879 la Compañía de Salitres de Antofagasta había invertido un millón de libras esterlinas, cantidad realmente fabulosa, no sólo en una región como ésa, sino para la riqueza chilena misma de la época. A más de dos millones de libras alcanzó, por su parte, la inversión del capital chileno en Caracoles, mineral próximo a Calama.

De acuerdo con el censo de 10 de noviembre de 1878, la circunscripción municipal de Antofagasta (Antofagasta, Salar del Carmen, Punta Negra, Salinas y Carmen Alto) tenía una población de 8.507 almas, distribuidas así: 6.554 chilenos, 1.226 bolivianos y el resto, de otras nacionalidades. Un cálculo basado en el recuento del litoral de Antofagasta, efectuado en el citado año 78, repartía la población de esta manera: chilenos 85%, peruanos 5%, bolivianos 5% y europeos 5%.

Población, empresarios, brazos, capitales —vale decir todo— eran chilenos en Antofagasta.

2.—*Inmediatas o aparentes.*

Entre estas causas inmediatas o aparentes podemos citar:

a) El remate de las salitreras de la Compañía de Antofagasta, a que nos hemos referido en b) del capítulo 1, letra A.

b) La ocupación de Antofagasta por fuerzas chilenas el 14 de febrero de 1879 (referencias citadas anteriormente).

II.—SITUACION DE LOS BELIGERANTES AL INICIARSE LA GUERRA.

A.—Situación política interna y externa.

Chile se exhibía como un país de régimen político normal, encuadrado dentro del orden constitucional desde los días del ministro Portales y desde esa misma época el Ejército y la Armada estuvieron dedicados sólo a sus labores netamente profesionales. Los motines y cuartelazos habían pasado al reino de las cosas olvidadas.

En el Perú y en Bolivia, en cambio, la situación de sus gobiernos era inestable, debido al temperamento revolucionario de sus pueblos y al caudillaje incrustado en el Ejército.

Pero es mejor que, en asunto tan delicado, dejemos hablar a un autor extranjero. Se trata del distinguido historiador peruano D. Jorge Basadre, que —en su obra histórica *Chile, Perú y Bolivia independien-tes*— se expresa así sobre la materia:

“Desde la época colonial, Chile había evidenciado una seriedad vasca. Su estabilidad política era un hecho desde 1830. Pese a las divergencias entre las distintas facciones de la oligarquía dominante, había sabido conservar la paz y la continuidad de los Gobiernos y de la administración, en beneficio de su eficiencia. Por lo tanto, su organización administrativa militar, incluyendo en ella cuanto se refiere a armamentos, aparatos de campaña, aprovisionamiento, etc., sin ser perfecta, fue menos lenta o mala que la de sus adversarios y su escuadra fue igualmente más poderosa”.

Más adelante: “Una ojeada a la historia de los tres países antes del 79 podría dar, aparte las deducciones que los asertos anteriores llevan consigo, la solución de esta charada, al menos fragmentariamente. Perú y Bolivia pagaron caro, el uno, su orgía política y económica; la otra su orgía política; ambos, su imprevisión y desorden”.

En cuanto al panorama internacional, anota D. Francisco A. Encina en el tomo XV de su *Historia de Chile*, que al asumir D. Joaquín Pérez el Gobierno, en 1861, se presentaba aquél con relieves perfectamente claros. “Bolivia, azuzada por el Perú, buscaba camorra. Todo pacto y toda concesión eran ilusorios, a menos de estar respaldados por la fuerza, pues los conceptos del derecho y de respeto a los pactos no hacían parte del acervo político del Gobierno y del pueblo boliviano”.

El Perú pretendía recuperar el dominio del Pacífico sur, que había pasado a Chile durante la prolongada crisis que se siguiera a la derrotada Confederación creada por el mariscal Santa Cruz. Con miras al logro del objetivo, empezaría a reformar su defensa nacional y buscaría alianza con Bolivia y Argentina, que pleiteaban con Chile por cuestiones de límites.

Y Argentina, pese a sus revueltas internas de las cuales aún no se reponía, presentaba ya todos los síntomas de una nación en marcha ascendente. No se atrevían sus gobernantes a una guerra con Chile, “a la sazón más poderoso y perfectamente organizado. El norte de su política,



Sargento 2º de infantería en 1879.

Dibujo de Luis F. Rojas

lo mismo que en 1856 (1) era el aplazamiento de la cuestión de límites, hasta que una coyuntura o el simple correr del tiempo le permitiera desentenderse del arbitraje sobre la Patagonia, que se había visto obligada a pactar”.

No quedaba a Chile otro camino que preocuparse de su abandonada defensa nacional, lograr una alianza con el Brasil, exigir de Buenos Aires el cumplimiento del arbitraje en el asunto patagónico y evitar, por sobre todo, un conflicto con España o con cualquiera otra potencia. “El Presidente Pérez, o mejor dicho los políticos que gobernaron con él, hicieron todo lo contrario de lo que debieron hacer. Empujando al Perú a la guerra con España, lo obligaron a armarse y le entregaron el dominio del Pacífico. Abandonaron, primero, la cuestión de límites con la Argentina y cuando más adelante se acordaron de ella, fue para debilitar los derechos de Chile a la Patagonia, ofreciéndole renunciar a las nueve décimas partes con la esperanza de que la Argentina —agradecida— acudiera en auxilio del Perú, que sólo deseaba entenderse con España”.

Hubo más. Los personeros a que se refiere el Sr. Encina, dispuestos a complacer a “un corto grupo de americanistas en estado delirante”, llevaron a nuestra patria a la guerra con España.

Resultado de todos estos graves errores fue la pérdida de la Patagonia y el conflicto con Perú y Bolivia de 1879-83. Las consecuencias pudieron haber sido fatales para la causa de Chile, si a lo anterior se suma el hecho de que los “americanistas” se irritaron profundamente con Brasil, Uruguay y Argentina por el tratado de alianza suscrito por ellos, en mayo de 1865, para hacer la guerra al Paraguay. El centro de gravedad de la arremetida lo constituyó el Brasil, “imperio negrero, del imperio invasor y usurpador de las soberanías del mismo Plata”, según públicas declaraciones de D. José Victorino Lastarria. Con la designación de este mismo caballero, precisamente, por representante en Río de Janeiro, nuestra Cancillería había llegado a producir el distanciamiento con el Brasil, “el único aliado posible de Chile por sus desacuerdos con la Argentina sobre Misiones y con Bolivia sobre las comarcas contiguas al Paraguay y sus miras sobre la zona amazónica del Perú”.

B.—Situación económica

Perú y Bolivia eran países ricos y de una situación económica muy superior a la de Chile. No obstante, el Perú estaba en bancarrota, por las razones expuestas anteriormente y Bolivia se encontraba también en apuros financieros debido a la inquietud política permanente en que vivía el país. Chile se encontraba sumido en una crisis financiera de gra-

1.—Ese año Chile y Argentina suscribieron un pacto que reconocía como límites de sus territorios “los que poseían como tales al tiempo de separarse de la dominación española el año 1810, y convinieron en aplazar las cuestiones... para discutir las pacífica y amigablemente... y en caso de no arribar a un completo acuerdo, someter la decisión al arbitraje de una nación amiga”.

ves contornos, desde hacía varios años. Y, caso curioso, la guerra —lejos de empeorar la situación, como era de esperarse— significó la riqueza y prosperidad para el país.

C.—Situación militar.

1.—Chile.

En el momento de estallar la guerra de 1879, el Ejército chileno carecía de organización militar racional y de unidad de doctrina en materia de instrucción y sus conocimientos tácticos eran por de más rudimentarios y anticuados.

La acción gubernativa se había limitado a lo más fundamental en cuanto a provisiones. La tradicional política pacifista de nuestro país, la pobreza franciscana de la hacienda pública, el infundado temor al militarismo y la estabilidad de la política interior, habían influido en el ánimo de los gobernantes en orden a despreocuparse —en forma casi absoluta— de las necesidades de la defensa nacional. Careciendo, por otra parte, de una clara noción científica del problema, apenas se conformaron con mantener la vetusta organización militar que venía imperando desde los días de la Independencia, con una que otra reforma complementaria, naturalmente... de escaso valor por lo general. Se puede afirmar, en consecuencia, que el Gobierno tenía destinado al Ejército sólo a salvaguardar la seguridad interior, repartiendo caprichosamente sus unidades, intercambiándolas periódicamente y no atendiendo a proporcionalidad alguna entre las diferentes armas.

La crisis económica que, en los últimos años, afligió al país, agravó este cuadro, como que ella llevó a la reducción de las Fuerzas Armadas en un 50% de sus efectivos. Estas fuerzas estaban integradas por el Ejército, la Armada y la Guardia Nacional. La ley de 12 de septiembre de 1878 había fijado la dotación de aquél para el año siguiente, en 3.122 plazas. Pero las susodichas razones económicas habían reducido su fuerza a 2.440 plazas y ni aun éstas se mantenían completas, como que el número efectivo fluctuaba ente 2.000 y 2.200 hombres.

El Ejército de línea estaba distribuido en 5 batallones de infantería de 300 plazas cada uno; dos regimientos de caballería a 3 escuadrones, de 106 jinetes cada uno y 1 regimiento de artillería, a dos baterías, con un total general de 410 hombres. Estas unidades eran las siguientes:

Infantería:

Batallón Buin 1º de línea	302 plazas
Batallón 2º de línea	321 plazas
Batallón 3º de línea	300 plazas
Batallón 4º de línea	403 plazas
Batallón Zapadores	334 plazas

Caballería:

Regimiento Cazadores a caballo	304 plazas
Regimiento Granaderos a caballo	230 plazas

Artillería:

1 Regimiento	400 plazas
------------------------	------------

Total: 2.594 plazas

Faltaban 528 individuos para completar las 3.122 plazas que fijaba la ley. En el resto del año 1878 la planta fue reducida a 2.440 plazas, con el exclusivo objeto de verificar economías en el Erario.

Existía, además, la Escuela Militar que —declarada en receso en noviembre de 1876— comenzó a funcionar, nuevamente, en marzo de 1879, con 37 alumnos, aun cuando el decreto respectivo había sido dado a conocer en la debida oportunidad (octubre de 1878).

Esta situación de insuficiencia numérica era lo normal en la existencia del Ejército chileno. Si observamos las diferentes leyes que fijaron sus fuerzas en los diez años anteriores al conflicto, encontraremos las cifras que se indican:

1869	3.705 plazas
1870	3.705 plazas
1871-72	3.568 plazas
1873-74	3.578 plazas
1875	3.573 plazas
1876	3.773 plazas
1877-78	3.316 plazas
1879	3.122 plazas

La planta de oficiales era la siguiente en el último de los años indicados:

Generales de división	3
Generales de brigada	5
Coroneles	7
Tenientes coroneles	29
Sargentos mayores	38
Capitanes	100
Ayudantes	20
Tenientes	82
Subtenientes	117

Total: 401 Oficiales

Y su distribución:

100 encargados de la instrucción de la Guardia Nacional.
 100 distribuidos en las oficinas militares.
 201 en los cuerpos de tropas.

Se puede observar que el número de oficiales de estos últimos era crecido. La causa estaba en el recargo del servicio en la frontera y el hecho de que en diversas circunstancias, las unidades debían fraccionarse en pequeños destacamentos independientes a las órdenes de un oficial.

La dotación de suboficiales y clases comprendía:

Por grados.	
Sargentos 1º	37
Sargentos 2º	142
Cabos 1º	138
Cabos 2º	142
	Total: 459 plazas
Por armas:	
Infantería	216
Caballería	134
Artillería	57
Zapadores	52
	Total: 459 plazas

Gran parte del Ejército de línea se encontraba adelantada en la frontera araucana, asegurando las vidas y haciendas de sus pobladores contra las incursiones del indómito elemento indígena. El resto cubría las guarniciones de Santiago y Valparaíso. De acuerdo con la *Memoria de Guerra de 1878* las unidades de tropa cubrían las siguientes guarniciones del país:

Batallón Buin 1º de línea: Collipulli.
 Batallón 2º de línea: P. M. y 2 compañías en Valparaíso; 1 compañía en Cañete y 1 en Toltén.
 Batallón 3º de línea: Angol.
 Batallón 4º de línea: Santiago.
 Batallón Zapadores: Lumaco.
 Regimiento Cazadores a caballo: Santiago y la Frontera.
 Regimiento Granaderos a caballo: Santiago y la Frontera.
 Regimiento de Artillería: Santiago y Valparaíso.

Dos problemas de gravedad preocupaban —entre otros— a la Superioridad Militar de la época: la reducción en las dotaciones y la dispersión de las fuerzas en el territorio. Efectivamente, con fecha 30 de

abril del citado año de 1878 el Inspector General del Ejército comentaba respecto del primero de estos puntos: "En efecto, la fuerza con que contaban los cuerpos de Infantería, bajo la base de cuatrocientos hombres con la antigua dotación de oficiales que tenían antes de las disminuciones acordadas en las últimas épocas, apenas si podía alcanzar a desempeñar medianamente todos los actos que reclama el servicio militar".

"De modo, pues, que si en tales condiciones el descanso que debe tener una tropa que pasa continuamente en trasnochadas interminables que destruyen a la vez que matan el organismo físico, casi impedía prestar toda la atención que exige la instrucción militar que ha de poseer un Ejército regularmente constituido y organizado, es fácil llegar a la siguiente conclusión: ¿cómo se realizará el aprendizaje militar, que ha de ser correcto y arreglado a los principios modernos que son su escuela, para que nuestro Ejército mantenga, no diré las tradiciones del pasado, que debe conservar a toda costa con justo orgullo, sino siquiera la unidad de la instrucción que es su complemento?"

En cuanto al problema de la dispersión, basta citar el caso de Granaderos a caballo en 1874, en la frontera. Estaba distribuido así:

En Angol	125 jinetes
En Huequén	66 jinetes
En Lumaco	54 jinetes
En Mulchén	12 jinetes
En Chiguaihue	13 jinetes
En Los Angeles	1 jinete
	<hr/>
Total:	<u>271 jinetes</u>

Los comentarios huelgan...

La Guardia Nacional fue reducida de 24.287 a 6.687 plazas por razones de economía: por D/S. de 9 de diciembre de 1877, habían quedado en receso 23 batallones, 6 brigadas y 2 compañías de infantería cívica.

Contaba —además de los 100 oficiales de línea citados anteriormente— con unos 100 que no poseían preparación militar alguna, en razón de la forma como eran reclutados y que veremos en seguida.

Reclutamiento.—Aun cuando la Constitución de 1833 estableció el carácter obligatorio del servicio militar, éste no existía si consideramos las características de su práctica en la Guardia Nacional. El sistema de reclutamiento en el Ejército era por de más defectuoso. Consistía en el enganche voluntario, con la prima en dinero consiguiente, lo que no daba lugar a la selección ni a la renovación del personal: el soldado que cumplía su contrato volvía, generalmente, a engancharse... hasta envejecer en su puesto.

La consecuencia no era otra que "hacerse" de un elemento muy heterogéneo en edad y aptitudes profesionales, amén de que el país era privado de una reserva instruida y disciplinada.

El reclutamiento de los oficiales estaba a tono con las modalidades de la época.



Oficial de caballería en 1879.

Dibujo de Luis F. Rojas

La *Escuela Militar* era la principal fuente de origen de la oficialidad. Aún cuando en ella no recibieran las asignaturas profesionales la importancia que les correspondía, la enseñanza de humanidades, la instrucción práctica y el severo régimen disciplinario, permitieron —en cambio— formar instructores experimentados y capaces. Al estallar el conflicto, pudieron los subtenientes preparar —sin mayor dificultad— a los contingentes movilizados para la campaña en todo aquello que era considerado fundamental, especialmente las evoluciones reglamentarias.

El ascenso del personal de tropa al grado de oficial no estaba vedado; pero estas franquicias se hicieron efectivas sólo en raras y contadas oportunidades. Lo mismo ocurrió con respecto al nombramiento de civiles para los grados militares, aun cuando la Constitución Política dejaba en manos del Ejecutivo la autoridad suficiente para conceder los grados, desde el de subteniente hasta el de teniente coronel, inclusive.

Los suboficiales recibían su formación en los cuerpos de tropa. Hubo un tiempo, sí, en que fueron formados en la sección especial de la Escuela Militar (1843 a 1850) y a ella ingresaban aquellos soldados que contaban con requisitos especiales de preparación y aptitudes militares propias en la carrera de las armas.

La *Guardia Nacional* era una agrupación que, en caso dado, podía transformarse en una entidad movilizable. No era, pues, un organismo del Ejército, como que carecía de vestuario, de cuarteles de instrucción... de todo aquello, en suma, que constituye un Ejército. Los ciudadanos inscritos en sus registros debían, sencillamente, reunirse los domingos o días festivos en lugares adecuados, a fin de recibir la instrucción militar correspondiente. No era lógico, en consecuencia, se les sometiera a la severa disciplina que era tradicional en los cuerpos de línea.

La *Guardia Nacional* prestaba, sin embargo, un gran servicio al país, pues —como muy bien afirmaba don Gonzalo Bulnes— alejaba al individuo de la taberna en sus horas de ocio y contribuía a mantener en él el hábito de la disciplina y el cariño por las armas.

Su cuerpo de oficiales era reclutado entre el elemento civil, por voluntad del Presidente de la República y sin consideración a los méritos que pudiera o no tener el postulante.

Los suboficiales eran de tan escasa competencia profesional como sus oficiales y obtenían su nombramiento de los comandantes de unidades cívicas.

Alto Mando y organismos directivos.—A la cabeza del Ejército se encontraba la Inspección General del Ejército y, subordinadas a ella, la Inspección del Ejército del Sur y las Comandancias de Armas. Estos organismos superiores no tenían otra misión que la tramitación de asuntos meramente administrativos. No existía instituto alguno dedicado al estudio y realización de las previsiones de la defensa nacional, como un Estado Mayor o escuelas de armas.

El Estado Mayor era organizado en las épocas de conflictos bélicos y, terminados éstos, volvía a ser disuelto. En cuanto a los E. M. de plaza, substituían —en los días de paz— al E. M. G. o a los zonales. Se trataba de organismos de mayor o menor volumen, según la importancia de

la plaza respectiva y hubo periodos en que se destinaba a ellos a oficiales enfermos o convalecientes de heridas de guerra. Eran, en resumen, cuerpos que no tenían semejanza alguna con un E. M. de corte moderno ni por la labor que desempeñaban, ni por la preparación especializada de que debían estar premunidos sus oficiales componentes.

El coronel D. Luis Alfredo Arenas Aguirre anota que "el mayor daño que se hizo a la defensa nacional fue la supresión del Estado Mayor General, porque este organismo ha constituido siempre... el verdadero cerebro pensante no sólo del Ejército, sino del Gobierno, en todo lo que mire o tenga relación con la defensa nacional".

Agrega páginas más adelante: "La supresión del Estado Mayor General fue, pues, la verdadera causa de que el Gobierno estuviera completamente desorientado en los preliminares... de la guerra del 79, por no tener plan alguno para la movilización del Ejército y Armada, tampoco sobre la de sus servicios anexos, para la designación de los Comandantes en Jefe del Ejército y de la Escuadra, para preparar el aprovisionamiento de víveres, armas, municiones, vestuario, equipo, de elementos para el transporte marítimo y terrestre; ningún plan para dotar a las tropas expedicionarias de todos los elementos que exigía el Teatro de Operaciones en que debían actuar: desiertos carentes de todo recurso y de agua; ningún plan para impedir o entorpecer a los adversarios aprovisionamiento de armas, municiones y demás elementos que debían importar del extranjero y, por último, ningún plan de operaciones militares y navales para atacar al enemigo antes que completar su movilización".

Preparación táctica de la oficialidad.—No existiendo otro establecimiento de instrucción que la Escuela Militar, el cuerpo de oficiales no contaba con un instituto que le permitiera adquirir y ampliar la preparación profesional necesaria. Por otra parte las obras militares extranjeras estaban al alcance de escasos oficiales que habían tenido la rara fortuna de adquirir alguna de ellas. Ni el Gobierno ni la Superioridad demostraron el menor interés por generalizar su conocimiento en la masa de la oficialidad. Había, sí, un pequeño número de jefes que ampliara su cultura general y profesional en Europa o consagrara sus horas de reposo al estudio de la ciencia militar y que prestó valiosos servicios en la hora de las decisiones.

La escuela de instrucción práctica del Ejército la constituyó la frontera de Arauco, cuyos múltiples poblados eran guarnecidos por pequeñas fracciones que vivían con el arma al brazo, a fin de evitar las depredaciones del elemento indígena. Los fríos y las lluvias de esta región, su falta de caminos y la pobreza de recursos —los cuarteles entre ellos— habían dado al soldado una resistencia física y moral de notable contextura. Pero, en cambio, la distribución fraccionada de los cuerpos —vale decir la dispersión— tenía que afectar, necesariamente, a la instrucción de los oficiales y de la tropa: desconocían la práctica de las operaciones en grandes unidades, lo que era tanto más grave cuanto más alta fuese la jerarquía del comandante.

No existía orientación práctica alguna respecto al combate moderno, pese a las experiencias recientes de la guerra francoprusiana de 1870

y la Superioridad Militar demostró no tener un concepto aproximado de la proporcionalidad de las armas. Durante la campaña misma la infantería reinó sin contrapeso; los cuerpos de caballería y de artillería que se movilizaron no pasaron —generalmente— a formar parte del Ejército de operaciones. Fueron destinados a incorporarse a las fuerzas de reserva y a cubrir las guarniciones de la frontera araucana y otros puntos del territorio.

El grado de instrucción de las armas era, aproximadamente, el que veremos a continuación:

a) *Infantería*.—Regía su instrucción por la táctica lineal francesa, a través de una traducción arreglada por el coronel Silva Chávez, en el año 1865. Este método se desprecupaba, en absoluto, del individuo aislado, para ir de lleno a la instrucción del conjunto. Se extendía, largamente, en la descripción de complicadas formaciones y evoluciones para dentro y fuera del campo de batalla, demorosos movimientos para el manejo del arma, forma de montar la guardia, etc... Nada decía, en cambio, sobre la práctica del tiro, de la escuela de combate y del servicio en campaña, etc...

Sólo a comienzos de la guerra, concentrado el Ejército en Antofagasta, comenzó a practicarse la formación en guerrillas (cadenas de tiradores) esquemáticamente y a toque de corneta. Ello significó una aplicación rígida del orden disperso, sin aprovechamiento racional del terreno, que conducía a la pérdida de la cohesión y de la disciplina del tirador, no acostumbrado a aquella independencia frente al enemigo.

Por lo demás, la iniciativa no era una virtud que acostumbraran ejercitar los comandantes subalternos. No es extraño, entonces, que —por "razones de disciplina"— más de algún capitán se abstuviera de reforzar una guerrilla en peligro hasta no recibir la orden respectiva. Afortunadamente, las dolorosas experiencias de los primeros tiempos de la guerra fueron asimiladas con la debida presteza y las victorias sucesivas de nuestras armas —derivadas de la conducción táctica— demuestran lo acertado de los procedimientos adoptados durante el desarrollo de la lucha.

b) *Caballería*.—No practicaba casi la equitación y desconocía el papel del arma en la exploración estratégica, pese a las magníficas experiencias de todo orden de la reciente guerra de 1870. Conocía, sí, el empleo táctico contra caballería o contra infantería —montada y al arma blanca— y en el combate a pie recurría a la formación de guerrillas.

Para formarse un concepto respecto del retraso de nuestra caballería en la materia, baste recordar que su táctica formal (evoluciones en el terreno) era preconizada en el reglamento español de 1807... No es extraño, entonces, que el General en Jefe del Ejército de Antofagasta resolviera contratar una partida de 30 exploradores civiles, en atención a que los reconocimientos "muchas veces no pueden emprenderse con tropa regular, tanto por la falta de conocimientos locales que estas operaciones exigen como por los inconvenientes que tienen para la disciplina e instrucción de la tropa mantenerla alejada por largo tiempo de la vigilancia de sus jefes superiores..."

Esta ausencia de preparación táctica de la caballería condujo a su empleo —durante la primera campaña— en las llamadas “carrerías”, acompañadas generalmente de fracciones de infantería montada. Fuera del conocimiento práctico del teatro de operaciones, los resultados de estas “carrerías” fueron asaz mediocres.

El empleo de patrullas, especialmente a grandes distancias, fue parsimonioso, debido a la mala calidad de los caminos y escasos recursos de la región. Afortunadamente había algo que compensaba los factores negativos citados: el que nuestros jinetes, sin escuela de equitación alguna, fueron siempre capaces de dominar sus cabalgaduras y conducir las por terrenos de toda clase y condición.

c) *Artillería*.—Su personal conocía el manejo y aprovechamiento del fusil mejor que el de las piezas de artillería, como que jamás había visto disparar algunas de ellas. De allí que en la primera campaña de la guerra no se recurriera al empleo unitario del arma bajo el mando de un comandante de artillería, sino que se agregara, fraccionada, a las unidades de infantería a las cuales apoyaba en la acción.

La cantidad de artillería no guardaba proporción con la cantidad de unidades de infantería, amén de que su organización y distribución no eran de las más adecuadas; el regimiento único existente hasta comienzos de 1879 poseía varios tipos de material (baterías de campaña, de montaña y aun de ametralladoras), con las desventajas consiguientes en su empleo.

d) *Ingenieros militares*.—No contaban sino con un reducido cuadro de oficiales, utilizados —generalmente— en dirigir ciertos trabajos de recuperación o construcción de cuarteles y de obras defensivas en las guarniciones de la frontera araucana, con tropas de las diversas armas a sus órdenes.

Armamento y munición.—La infantería usaba el fusil Comblain, modelo 1873, francés, de excelentes condiciones balísticas. Existían, además, cerca de 40.000 fusiles Chassepot, Grass, modelo 1874, francés; Beaumont, modelo 1871; Snyder, etc. En los Arsenales de Guerra había 2.800.000 cartuchos Comblain y en los pequeños depósitos de la frontera araucana, 49.730. Total 2.849.730 cartuchos.

Caballería: sable y carabina; esta última, de las marcas Winchester y Spencer.

Artillería: 75 piezas de campaña en el Parque.

12 cañones de montaña Krupp.

4 cañones de montaña Krupp.

6 ametralladoras Gatling.

En la Maestranza de Limache se habían construido:

12 cañones de campaña.

12 cañones de montaña.

6 cañones de montaña, de bronce.

Logística.—Tal como ocurría en los aspectos orgánico, táctico y de instrucción, la guerra de 1879 encontró al Ejército de Chile sin preparación alguna en lo que a servicios logísticos se refiere. Fue preciso improvisarlo todo y se llegó al extraño caso de que servicios fundamentales

como Administración e Intendencia, Sanidad, etc., quedaran bajo la responsabilidad de funcionarios civiles, muy respetables y muy patriotas; pero que carecían de la idoneidad técnica correspondiente.

No existía un servicio de Intendencia, sino el de Comisaría, ejercido por las Tesorerías fiscales en toda la República, haciendo el papel de contadores —con el título de habilitados— oficiales del grado de capitán. La tropa era arranchada en los cuarteles cuando se encontraban en ellos, pues la mitad —aproximadamente— estaba destacada en misiones independientes (como el caso de la Frontera). En cuanto al vestuario y equipo, eran ellos encargados a Francia, a través del sistema de propuestas.

El servicio de Sanidad contaba con un hospital militar de primeros auxilios en Santiago, como anexo de un hospital de la comunidad y a cargo de uno o más profesionales. En la Frontera fue preciso improvisar hospitales en algunas salas de los cuarteles de Mulchén, Angol y Chiguaihue, con un boticario cada uno. Sólo la plaza de Toltén contaba con un médico y un bien provisto botiquín.

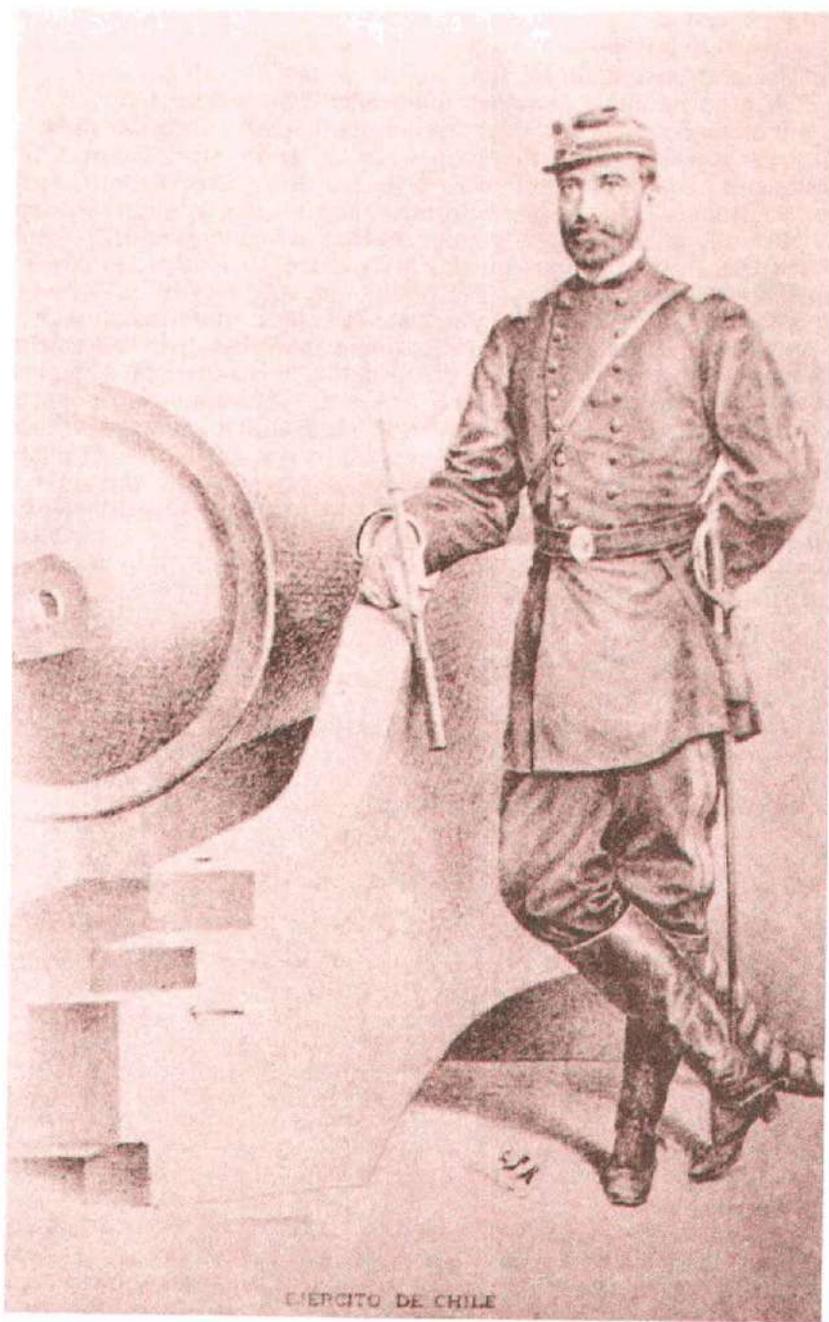
Del servicio de Veterinaria no se cita una sílaba en los diversos documentos oficiales de la Superioridad Militar, desde los días de la Independencia hasta entonces.

Respecto del Material de guerra, cabe recordar que —desde la época de la guerra con España (1865-66)— existía una Maestranza de Artillería en Limache, que había fundido y rayado cañones y fabricado proyectiles de artillería. De acuerdo con un informe desfavorable del Ministro de la Guerra, en 1872, la Maestranza quedó en receso, dedicándose única y exclusivamente a la fabricación —a mano— de cartuchos para el fusil rayado Minié, en uso en los cuerpos de la Guardia Nacional.

Como afirma D. Gonzalo Bulnes, “faltaba la organización administrativa del Ejército en una campaña que tendría por teatro un desierto; trabajo más arduo y difícil que la guerra misma. Llamo así la conducción de los elementos de combate; el arrastre de la artillería por suelos accidentados; que el parque siguiera el convoy militar; que las bestias tuviesen en sus alojamientos y puntos de descanso agua y forraje; que el soldado tuviese su rancho y el combustible correspondiente; que tuviera calzado y ropa para reparar la que se destruía con las marchas; y por fin que no le faltase el agua en el desierto polvoroso y quemante. Esto requería previsión, orden, especialidades y ese servicio indispensable, que era la vida y la victoria, apenas estaba esbozado. Creer que la campaña del desierto se puede hacer echando el fusil al hombro, era un desconocimiento completo de las características de esa guerra”.

En cuanto a la Escuadra, cabe decir que —al estallar el conflicto— estaba constituida por los blindados *Blanco* y *Cochrane*, las corbetas *Esmeralda*, *Abtao* y *Chacabuco* y las cañoneras *Magallanes* y *Covadonga*. Además, el vapor transporte *Toltén*.

El *Blanco* contaba con 6 cañones de 250 lbs., su blindaje era de 6



Oficial de artillería en 1879.

Dibujo de Luis F. Rojas

pulgadas y su andar de 10½ millas. El *Cochrane*, 6 cañones de 250 lbs., su blindaje de 9 pulgadas y andar de 10 millas. La *Magallanes*, 1 cañón de 115 lbs. y un cañón de 64 lbs., andar de 10½ millas.

Los tres nombrados eran los buques principales de nuestra Armada y los únicos que se encontraban en buenas condiciones de operar. Los restantes tenían un andar reducido a causa de la antigüedad y mal estado de sus calderas. La *Esmeralda* era sólo una reliquia que a duras penas se mantenía a flote. Desde que se inició la guerra el servicio de transporte fue desempeñado por los barcos de la Compañía Sudamericana de Vapores.

La Escuela Naval había cerrado sus puertas en 1877. Cuando estalló el conflicto, un número de jóvenes, con conocimientos humanísticos, se embarcó en distintos buques de la Armada en calidad de aspirantes a *guardiamarinas*. La *marinería* se reclutaba por contrata. En cuanto a la instrucción práctica, se encontraba ésta en condiciones más ventajosas que en el Ejército. No existía en ella, en razón de su naturaleza, esa dispersión en que se debatía el Ejército a través del territorio de la República, especialmente en la Frontera, conforme se ha advertido en el capítulo anterior. "Los buques de la Marina, para hacer ejercicios, necesitan forzosamente que sus tripulaciones estén más o menos completas. Si bien es cierto que los ejercicios en Escuadra habían sido también escasos en la Marina por razones de economía, ella aventajaba, sin embargo, también en esto al Ejército, en que ejercicios semejantes eran desconocidos en tiempo de paz".

Además, muchos oficiales de nuestra Armada habían servido por tiempo más o menos prolongado en Marinas extranjeras, especialmente en las de Gran Bretaña y Francia. Otros habían adquirido notables conocimientos técnicos en la época en que vigilaban la construcción de nuevas unidades en los grandes astilleros ingleses.

2.—Perú

En el Ejército y la Marina del Perú el personal era reclutado a base del sistema de *enganche*. Al estallar la guerra, el Perú contaba con un Ejército de 7.000 plazas en total, de las cuales 2.679 eran jefes y oficiales (según cuadro comparativo de Clavero, autor peruano). Vicuña Mackenna habla de 4.200 plazas de soldados y de 3.870 de oficiales y Bulnes de 5.000 hombres: 3.000 infantes, 1.000 jinetes de caballería y algunos artilleros. El coronel peruano Dellepiane manifiesta que el Ejército de su patria "no alcanzaba en pie de paz sino cerca de 5.000 hombres, incluyendo la gendarmería, a pesar de que el cuadro publicado por la Dirección General de Estadística del Perú, en enero de 1879, señala la cifra de 5.613".

De acuerdo con el cuadro citado de la Dirección de Estadística, el Ejército estaba organizado en 7 batallones de infantería, 3 regimientos de caballería y 2 regimientos de artillería, con un total general de 5.613 plazas. El *Servicio de Sanidad* contaba con 57 cirujanos y la *Hacienda Militar* con 10 empleados. Existía desde enero de 1869, el *Colegio Mi-*

litar, para la formación de oficiales y una *Escuela de Cabos*, para la de suboficiales y clases.

Los armamentos eran de diferentes sistemas y modelos. La infantería usaba fusiles Comblain, Chassepot, Castañón, Remington, Beaumont, Minié, Springfield, etc. Las carabinas era Spencer, Henry, Snyder y Minié, y los revólveres Lefauchaux y Colt.

El Ejército tenía distribuidas sus unidades a través del territorio de la República. Tal repartición hacía imposible tener organizadas las unidades mayores y con ello la instrucción práctica se hacía deficiente.

Como reserva, disponía el Perú de una *Guardia Nacional*, calculada en unos 65.000 hombres en 1879.

Comenta el coronel Dellepiane en su *Historia Militar del Perú*: "El Ejército peruano carecía de muchas de las condiciones necesarias para obtener la victoria, aunque no le faltaban absolutamente, desde luego, jefes heroicos, sublimes, abnegados, conscientes del sacrificio que la patria les demandaba".

Líneas más abajo añade: "Las contingencias de la política interna, los continuos levantamientos de tropas y los repetidos motines de cuartel, habían hecho considerar al instituto armado como un peligro permanente, contra el que los gobiernos creían indispensable luchar a fin de conservar el orden y cimentar la paz interna con frecuencia quebrantada".

"Esta continua discrepancia y constante oposición entre el poder público y el Ejército, redundó forzosamente en el debilitamiento de este último, que se vio desarmado y sin capacidad suficiente para cumplir su rol en los conflictos internacionales. Por otra parte, la intromisión del Ejército en la política del país produjo divisiones entre sus elementos constitutivos, dando lugar a que cada gobernante llegara al mando con grupos de tropas adictos a su bandería, que formaban por decirlo así un ejército particular, en el que no se reconocía más mérito que la lealtad incondicional para el jefe del partido, quien mantenía esta tendencia, haciendo olvidar en su provecho personal los ideales que deben guiar la marcha de la institución armada".

En otra parte de su interesante obra, Dellepiane manifiesta que desde que Chile no tuvo otro objetivo que "arrebatar al vecino esas riquezas", (el salitre), se preocupó de "organizar un potente ejército y una escuadra poderosa que le permitieran lanzarse con paso seguro a la guerra, como industria sangrienta y costosa...".

Al comenzar el año 1879 la *Escuadra* contaba con los siguientes buques: los blindados *Huáscar* e *Independencia*, los monitores *Manco Capac* y *Atahualpa* y las corbetas *Unión* y *Pilcomayo*. Además poseía los transportes *Chalaco*, *Talismán* y *Limena*.

Monitor Huáscar: 1.130 toneladas, andar 12 millas, blindaje 4½ pulgadas; 2 cañones de 300 libras. Tripulación 112 hombres. *Fragata Independencia*: 2.004 toneladas, andar 11 millas, blindaje 4½ pulgadas, 2 cañones de 150 libras. Tripulación de 102 hombres. *Unión*: 1.150 toneladas, andar 13 millas, 12 cañones de 70 libras. Tripulación 233 hombres. *La Pilcomayo* 600 toneladas, andar 10½ millas, 2 cañones de 70 y 40 libras. Tripulación de 119 hombres.

Los monitores *Manco Capac* y *Atahualpa* eran considerados dentro de las unidades secundarias.

El total de la tripulación era de 1.013 hombres. La totalidad de los barcos se encontraba en mal estado. Era necesario, ante todo, el cambio de calderas, la limpieza de los fondos y el reemplazo parcial de su artillería.

La oficialidad era, en general, de notable eficiencia profesional. En cuanto al personal de máquinas, ingenieros, mecánicos, maquinistas, fogoneros, era —en gran parte— de procedencia extranjera. La *Escuela Naval* contaba con 50 alumnos y funcionaba a bordo del vapor *Marañón*. La *Escuela de Aprendices de Marineros* se encontraba a bordo de la fragata *Apurímac* y la *Escuela Preparatoria de Ingenieros y Artilleros* en el vapor *Meteor*.

“Analizando brevemente las fuerzas navales de los beligerantes” —expresa el capitán de fragata D. Luis Langlois— “podemos dejar sentado que Chile poseía prácticamente la superioridad de fuerzas, tanto material como en sus tripulaciones. El *Cochrane* y *Bianco* eran muy superiores al *Huáscar* e *Independencia*, tanto en su artillería como en protección y condiciones generales de buques de combate; El *Manco Capac* y *Atahualpa* eran baterías flotantes que no podían navegar más al sur de Arica; en el material de buques ligeros estábamos en muy desventajosa situación respecto al andar; teníamos más buques, pero sólo uno de ellos podía navegar en convoy con los blindados. La *Magallanes*, contra los dos peruanos, *Unión* y *Pilcomayo*. Entre los barcos de madera que poseíamos, la *Esmeralda*, la *O'Higgins*, *Chacabuco*, *Abtao* y *Covadonga* estaban con sus calderas tan en mal estado que no podían dar más de 6 ó 5 millas”.

3.—Bolivia

El *Cuadro Comparativo* de Clavero, anteriormente citado, señala para el Ejército de línea unos 2.000 hombres y para la Guardia Nacional, unos 54.500. Vicuña Mackenna hablaba de 2.232 plazas, de acuerdo con documentos de origen boliviano. Bulnes, por su parte manifiesta: “Constaba entonces el Ejército boliviano de 3.000 plazas incompletas, distribuidas en tres cuerpos de infantería y dos de caballería. El cuerpo de lujo era el de los Colorados, base del orden político existente. Estaba armado con rifles Remington, mientras los otros tenían fusiles de fulminante o piedra.”

“En las filas había ex oficiales cuyos grados variaban entre subtenientes y capitanes, que servían como soldados, pero con sueldos adecuados a su antigua posición. Esos oficiales eran el residuo de las conmociones internas, las estratas de escalafones sucesivos que iban dejando en el subsuelo las revoluciones victoriosas”.

El coronel boliviano D. Julio Díaz afirma que, al estallar el conflicto de 1879, Bolivia “no contaba sino con 2.165 soldados sin instrucción, carentes de armas y otros pertrechos de guerra, comandados por 18 generales, 135 coroneles, 84 tenientes coroneles, 97 comandantes, 120 sargentos mayores, 100 capitanes, 184 tenientes y 72 subtenientes”.

El *Servicio Sanitario* contaba con 11 cirujanos y la *Hacienda Militar*, con nueve empleados.

En cuanto a armamento, utilizaban fusiles Remington los Colorados. Existían además, otros fusiles rayados de sistema Martini, Winchester y de ánima lisa de fulminante de varios tipos (como el de pistón y el de chispa). La caballería usaba carabina Remington. La artillería contaba con dos cañones rayados de 3 libras y 4 ametralladoras.

El coronel Dellepiane ha escrito: "En cuanto a las fuerzas militares de Bolivia, pueblo fuerte por las magníficas cualidades de sus soldados, estaban en la mayor postración moral y material por causas análogas y aún más graves que las que afligían al Ejército del Perú. Su poder material era nulo al comienzo de la guerra y si después sus jefes superiores supieron mantener el honor de su bandera, ello fue debido a nobles esfuerzos circunstanciales, sin haber recibido de la nación los medios necesarios, que negó la imprevisión de algunos de sus gobernantes".

El precitado coronel Díaz expone, a su turno, que "mientras Frías (Presidente de la República desde 1872 a 1876) trataba de elevar el prestigio de la Fuerza Armada velando por su dignidad y progreso, comenzaron nuevamente a socavar su disciplina nuevos caudillos; pues en el escenario político aparecieron los Corral, Quevedo, Daza y otros ambiciosos del poder, logrando sublevar al Batallón "Verdes", que culminó con el incendio del Palacio de La Paz y el golpe de Estado consumado por Daza en mayo de 1876".

"Apoyado por el famoso Batallón "Colorado", Daza dominó pronto al país y se entregó a una administración desordenada, descuidando la defensa de la Patria, cuya integridad comenzaba a peligrar con las exigencias de Chile".

D.—Conclusiones de carácter político-estratégico

1.—*Los objetivos políticos de la guerra*

Los tres países que entrarían al conflicto, lo harían buscando la satisfacción de una necesidad de carácter nacional y que el gobierno respectivo había asumido la responsabilidad de alcanzar.

Con la guerra, el Perú buscaría obtener la hegemonía del Pacífico sur y lograr el monopolio del salitre. Ello lo ponía en abierta oposición con Chile que, hasta la fecha, se había mantenido como el mayor poder marítimo en esta área del océano. El primero de esos objetivos era intangible y sólo podría lograrse mediante la destrucción del potencial marítimo-económico chileno; el segundo exigiría el rechazo de capitales chilenos en todo esfuerzo salitrero.

Bolivia entraría a la guerra con Chile para buscar el dominio de los territorios situados entre los paralelos 23 y 25 grados sur y eso requería de la ocupación, primero militar y luego económica, de esos territorios. También buscaría lograr el máximo beneficio económico derivado del salitre, lo cual, si bien es cierto la contraponía a Chile, no la acercaba al Perú ya que éste, como ya se expresó, tenía intereses similares.

El objetivo político del gobierno chileno no fue totalmente definido en un comienzo. No se tenía intenciones de carácter hegemónico ni se ambicionaba la conquista de territorio; solamente se trataba de reafirmar la soberanía sobre el territorio situado al sur del paralelo 23 S. Cuando se alcanzó esa primera meta, el propósito siguiente fue más ambicioso y fue siéndolo más, cada vez que se finalizó con buen éxito una campaña.

2.—*La Preparación de la guerra*

La realidad es que inicialmente, ninguno de los tres países tenía la preparación económica y militar suficiente como para afrontar un conflicto. De esta manera, la prolongación de él estaría sujeta al mayor o menor desarrollo que los países fueran alcanzando en esos campos y la victoria final tendría que ser de aquel que pudiera desarrollarse en lo económico y en lo militar en forma más rápida y completa.

Las situaciones internas en Perú y Bolivia no eran las más apropiadas para la ejecución de una guerra externa. En este aspecto, Chile tenía una notoria ventaja.

3.—*El Cuadro político-internacional*

Era, en general, favorable a los países de la Alianza.

La República Argentina, principal país limítrofe con Chile, era también su más fuerte rival por intereses en la región de la Patagonia. Constituiría un serio peligro tener un adversario amenazante en un extenso y poco profundo flanco. La amenaza argentina podía ser, en parte, neutralizada por una intervención de la diplomacia brasileña, basándose en cierta oposición de intereses entre estos dos países del Atlántico.

Inglaterra, Francia y Estados Unidos, cuyos grandes intereses económicos en Perú y Bolivia podrían verse afectados ante un Chile victorioso, no mirarían con buenos ojos una victoria militar nuestra. En este caso, cualquiera intervención de esas potencias en pro de la causa aliada, podría paliarse con un apoyo moral de parte del Imperio alemán que estaba mucho más cerca de Chile que de Perú o Bolivia.

III.—CAMPANA DE ANTOFAGASTA

A.—Ocupación del territorio al S. del paralelo 23°

Ha sido discutida a esta campaña su modalidad de tal, en razón de no encuadrarse su desarrollo en los moldes clásicos de una empresa estratégica. Se la estudia, sin embargo, como una *campaña*, en vista de que a través de ella se obtuvieron ciertos objetivos: a veces, con el choque armado; a veces con la presencia sola de nuestras fuerzas.

En virtud de la declaración del Gobierno de Chile —de “reivindicar los derechos que poseía antes del pacto de 1866”— el coronel D. Emilio



Cantinera del Ejército chileno en 1879.

Dibujo de Luis F. Rojas

Sotomayor quedaba facultado para tomar posesión de las comarcas situadas al sur del paralelo 23° Lat. sur. Mejillones fue ocupado por la tripulación de la *O'Higgins* y Caracoles, por una compañía de infantería. Se crearon 4 batallones cívicos, de 600 plazas cada uno, 1 en Caracoles, 1 en Carmen Alto, 2 en Antofagasta y se inició la instalación de una línea telegráfica entre esta última y Caracoles, el punto más avanzado de la línea chilena en el interior.

A su llegada a Antofagasta, en los primeros días de marzo, el Ministro de la Guerra, Coronel D. Cornelio Saavedra, tuvo noticias de que los fugitivos bolivianos de los diferentes puntos de la provincia se reunían en Calama hasta alcanzar una cifra de 135. Autorizado por el Presidente de la República —telegráficamente— para ocupar Calama y Tocopilla, Saavedra designó al coronel Sotomayor, comandante de la columna que debería hacerlo en Calama. Cobija fue ocupada por el jefe de la Escuadra y Tocopilla por la tripulación del *Cochrane*.

El Ejército chileno de ocupación contaba en esos días con 2.000 hombres de línea, amén de los 4 cuerpos de guardias nacionales recientemente creados.

Las dos compañías de artillería que desembarcaron el 14 de febrero en Antofagasta fueron reforzadas con el resto del batallón de Artillería de Marina; con el batallón 2º de línea, con una compañía de artillería, con una compañía del Regimiento Cazadores a caballo y una compañía de policía. Los batallones de infantería de 600 plazas fueron aumentados a regimientos de 1.200, sin ser aumentada proporcionalmente la oficialidad, por su escasez o ausencia. A fin de subsanar estas dificultades se extendían nombramientos de oficiales subalternos a civiles que carecían de toda preparación militar. A base de una compañía de la segunda batería del Regimiento de Artillería, único existente hasta entonces en Chile, se organizó una "Brigada de Artillería de línea de dos compañías".

La unidad fue aumentando de volumen hasta alcanzar en el mes de agosto la calidad de regimiento (el N° 2 del arma). En el sur aguardaban la orden de partir al teatro de guerra los regimientos Buin 1º de línea y 4º de línea y organizaba un cuerpo con el nombre de Santiago el teniente coronel don Pedro Lagos.

B.—Captura de Calama

Recibida la misión de apoderarse de Calama, el coronel Sotomayor organizó en Caracoles una columna de las tres armas, que puso a las órdenes del teniente coronel D. Eleuterio Ramírez. Dicha columna se componía de tres compañías del 2º de línea, una del 4º, una compañía de Cazadores a caballo y dos piezas de artillería de montaña. Total 544 hombres. Conocida la noticia en Caracoles de que los bolivianos habían destruido los dos puentes del río, Sotomayor organizó una sección de carpinteros, con tablonés en carretas, al mando del teniente coronel D. Arístides Martínez.

El 23 de marzo de 1879, en la mañana, las fuerzas chilenas alcanzaron la quebrada que enfrenta a la población desde el sur. Sotomayor

dispuso el avance de dos columnas: por el vado de Topater (al E.), la compañía del 4º de línea, una mitad (pelotón) de 25 cazadores a caballo y una pieza de artillería. Por el vado de Carvajal (W), la compañía del 2º de línea, la pieza de artillería y 65 cazadores a caballo. Más atrás, las dos compañías restantes, encargadas de la protección de 30 artesanos (o pontoneros) del comandante Martínez, atentos a colocar los tablonces que permitirían el paso de la tropa. En síntesis, la infantería atacaría frontalmente y la caballería debería encargarse de impedir la retirada del adversario.

El plan se cumplió tal como se había concebido. Se cometió, sí, el error de no reconocer previamente el terreno de avance y la posición del enemigo y de adelantar, montadas, las unidades de caballería. Toda ella —o gran parte al menos— estuvo expuesta a ser aniquilada bajo el fuego enemigo, debidamente oculto en la vegetación de la comarca o parapetado detrás de las casas o edificios de la aldea. El enemigo huyó y dejó abandonadas sus armas en el campo.

C.—Campaña marítima

El día 13 de marzo de 1879 el contralmirante señor Juan Williams Rebolledo se hizo cargo del Comando en Jefe de la Escuadra. Había salido de la capital sin que el Gobierno le hubiese comunicado "*los rasgos más generales del plan de operaciones que debía adoptarse*". (Ekdahl).

D. Rafael Sotomayor fue enviado como Secretario General del almirante. El 1º de abril se le ordenó telegráficamente "*ponerse de acuerdo con Williams*" para la expedición a El Callao y al día siguiente se disponía se le comunicara a Williams zarpara inmediatamente rumbo a El Callao. Ante esta actitud irregular del Gobierno, el almirante renunció a su alto cargo y desistió solamente cuando se le permitió la libertad de acción que correspondía a su alto cargo.

1.—Planes de campaña chilenos.

a) Del Gobierno.

"La Escuadra debía atacar sorpresivamente en El Callao a la Escuadra peruana, cuyos buques se encontraban allí en un desarme casi completo. Si la Escuadra chilena no lograra destruir o capturar a la Escuadra peruana, debía por lo menos bloquearla en sus fondeaderos en El Callao, impidiendo enérgicamente su salida al mar. Si esta operación daba el resultado deseado, debía enviarse inmediatamente una división de 4.000 a 5.000 soldados sobre Iquique para adueñarse de la región salitrera del Perú en Tarapacá". (Ekdahl). Este plan fue remitido a Antofagasta con fecha 3 de abril.

b) Del almirante Williams.

El almirante, mientras tanto —y de acuerdo con la libertad de acción que le había sido concedida— había concebido otro plan, que con-

sistía en bloquear a Iquique y hostilizar a las poblaciones peruanas de las costas de Tarapacá, a fin de obligar a la Armada enemiga salir a dirimir entonces la supremacía naval en un encuentro.

2.—Plan de campaña peruano.

“a) Disputar el dominio del mar para conquistarlo”.

“b) Campaña ofensiva hacia el litoral chileno, atacando sus comunicaciones marítimas y rehuyendo el combate con la Escuadra chilena”.

“c) Desmembrar a la Escuadra chilena obligándola a proteger su litoral en forma aislada”.

“d) Mientras la Escuadra actuaba ofensivamente, guarnecer y equipar la provincia de Tarapacá con los transportes y proteger indirectamente sus líneas de comunicaciones, en especial los envíos que le llegaban vía Panamá”.

“Dada la situación era un excelente plan”. (*Apuntes de Historia Militar de Chile*.—Academia de Guerra).

3.—Las operaciones y el combate naval de Iquique.

De acuerdo con el plan concebido, el almirante Williams salió de Antofagasta en la noche del 3 al 4 de abril, con los buques *Blanco*, *Cochrane*, *Chacabuco*, *Esmeralda* y *Magallanes*. El día 5 quedó establecido el bloqueo de Iquique. La inmovilidad de la Escuadra chilena frente a Iquique había dado a la Marina peruana el tiempo necesario para adelantar la reparación de sus buques. Ya estaban refaccionadas y listas las corbetas *Unión* y *Pileomayo* y el *Huáscar* estaba terminando sus aprestos.

Al saber el viaje del *Copiapó* al norte —con víveres, carbón y soldados, rumbo a Iquique— el Gobierno peruano dio inmediatamente órdenes para que salieran la *Unión* y *Pileomayo* para capturarlo. En la mañana del 12 de abril, frente a Iquique, divisaron el humo de un vapor del sur, que supusieron fuera el *Copiapó*. Se trataba en realidad de la corbeta *Magallanes*; el *Copiapó* había logrado deslizarse hacia el norte. Hubo un encuentro que duró dos horas y la *Magallanes* logró escapar y seguir tranquilamente hacia Iquique. Tal fue el llamado combate naval de Chipana.

El Presidente Pinto y el señor Sotomayor trataron de convencer al almirante Williams de la conveniencia de tomar francamente la ofensiva, ya que el bloqueo de Iquique no había dado los resultados que el almirante esperaba. Pero como el encuentro de Chipana le había probado que la Escuadra enemiga debía estar más o menos lista para operar, resolvió el almirante hacer efectiva la operación ofensiva contra las caletas del litoral peruano; al mismo tiempo mantendría el bloqueo de Iquique.

Dio a su Escuadra una organización de tres divisiones. Dejando en Iquique sólo a la *Esmeralda* para mantener el bloqueo, salieron las otras divisiones el 15 de mayo con rumbo al norte para destruir los elementos de carga y embarque en el puerto de Mollendo (*Cochrane* y *Magallanes*). Lo mismo en Pabellón de Pica y Huanillos con el *Blanco*, la *Chacabuco* y la *O'Higgins*.

Molesto el almirante Williams de que sus correrías en las costas de Tarapacá no surtían mayor efecto que el bloqueo de Iquique, para provocar la salida de la Escuadra peruana en defensa de esas regiones, resolvió proseguir a El Callao con la intención de destruir dicha Escuadra en su propio fondeadero. El 15 de mayo confió a don Rafael Sotomayor en forma confidencial su plan, que el señor Sotomayor recibió con mucho agrado. La Escuadra partió el 16 de mayo y a cargo del bloqueo de Iquique quedaron los viejos barcos *Esmeralda* y *Covadonga*.

La sorpresa fracasó. El día 22 pudo observarse que el *Huáscar* y la *Independencia* no se encontraban en la bahía. En el fondo del puerto, detrás de los buques mercantes y bajo la protección de los fuertes, se divisó a las corbetas *Unión* y *Pilcomayo*. Un pescador italiano informó a nuestros marinos que los blindados peruanos, escoltados por un monitor, habían salido para el sur hacía ya cuatro días y que llevaban fuerzas militares a bordo.

El almirante resolvió, entonces, regresar inmediatamente al sur, temiendo que los blindados peruanos se hubieran dirigido a Iquique. El día 26, en San Nicolás (a medio camino entre El Callao y Mollendo), recibió la Escuadra —por medio de un vapor de la carrera— las primeras noticias del combate naval de Iquique, el 21 de mayo.

El día 31 los buques chilenos fondearon en la rada de Iquique y establecieron nuevamente el bloqueo del puerto.

El combate naval de Iquique había sido un encuentro de dos adversarios de distinta categoría. Se enfrentaron dos blindados modernos contra dos barcos viejos de madera y uno de ellos especialmente, apenas si podía mantenerse a flote. La victoria estuvo, naturalmente, de parte de los poderosos acorazados peruanos.

El encuentro había durado toda la mañana del 21 de mayo. Habíase iniciado en el momento en que, a las 6 horas, avistara el vigía de la *Covadonga* dos humos al norte: eran el *Huáscar* y la *Independencia*.

A las 8 de la mañana, una granada del *Huáscar* cayó entre los barquichuelos chilenos. Seguidamente se dirigió el monitor hacia la *Esmeralda* y la *Independencia*, sobre la *Covadonga*. Prat hizo formar la tripulación a cubierta y le dirigió aquella arenga que impulsaría a ésta a cumplir, hasta el último, con su obligación de marinos de Chile. "¡Muchachos! La contienda es desigual. Nunca se ha arriado nuestra bandera ante el enemigo. Espero que no sea ésta la ocasión de hacerlo. Mientras yo viva, esa bandera flameará en su lugar, y si yo muero, mis oficiales sabrán cumplir con su deber. ¡Viva Chile"!...

Ya la tripulación en sus puestos, Prat trató de colocarse lo más cerca posible de la playa, para que el *Huáscar* tuviese que disparar por alto, a fin de evitar que sus fuegos hicieran blanco en la población. Una de las calderas falló y, a pesar del esfuerzo de sus ingenieros, la *Esmeralda* se arrastró pesadamente hacia la posición escogida con un andar de sólo 2 millas por hora. Quedó completamente inmóvil frente a la playa y el *Huáscar*, a 600 metros, descargaba los dos cañones de grueso calibre de su torre, pero los tiros pasaban por alto o iban a dar en la población. Los disparos de la fragata quedaban cortos; pero varios proyectiles fueron a dar, sin embargo, de lleno en el monitor, sin producir el menor resultado.

A las 10 de la mañana, cuando la *Esmeralda* empezaba a moverse —a fin de escapar de los fuegos de artillería y de fusilería de la guarnición de tierra— una granada del *Huáscar* penetró por la banda de babor y, luego de perforar el casco, explotó en la banda opuesta. Se produjeron algunas bajas y un incendio, que fue sofocado prontamente.

Eran las 11,30 de la mañana y Grau, aburrido de la tenaz resistencia del barco chileno, resolvió atacar al espolón. Prat, que esperaba esta maniobra, gritó al acercarse el monitor: —“¡Atrás la máquina a toda fuerza!” Escasa era la presión de la máquina; pero el barco pudo girar su eje, de modo que el espolón fue a chocar contra el costado de babor, frente al palo de mesana, para seguir resbalando en seguida a lo largo del casco. Los cañones del *Huáscar* dispararon, además, antes y después del golpe, causando la muerte de unos 50 marineros, aproximadamente.

En el momento del espolonazo, Prat saltó sobre la cubierta enemiga al grito de ¡Al abordaje! En razón de la abundancia de bajas producidas por los cañones enemigos, escasos eran los tripulantes que permanecían en cubierta. De allí que sólo el sargento Juan de Dios Aldea y un marinero no identificado siguieran a su capitán en la empresa que lo condujo en derechura al sacrificio.

El mando de la *Esmeralda* recayó en el teniente 1º D. Luis Uribe. El *Huáscar* continuaba descargando, implacable, sus cañones sobre la indefensa embarcación chilena. Grau resolvió atacar, por segunda vez, con el espolón. El golpe cayó a estribor con una fuerza que la hizo estremecerse con inusitada violencia. Fue esta vez el teniente Serrano quien se lanzó al abordaje, seguido de una docena de marineros y soldados. El segundo espolonazo inundó la santabárbara y la sala de máquina. Había más de cien muertos en la cubierta y, al producirse el tercer espolonazo del monitor blindado, no quedaba nadie que pudiera repetir la hazaña de Prat o de Serrano. En esos mismos instantes se produjo la explosión de una granada, causando una profusión de muertos y de heridos graves. Los pocos oficiales y la tripulación que quedaban se reunieron en la toldilla y permanecieron allí “dando vivas a la patria y disparando sus revólveres contra el enemigo”.

Completamente destrozada por los golpes del adversario y por la acción de los años, la *Esmeralda* quedó sepultada por las aguas a las 12,10 de la mañana. El guardiamarina Ernesto Riquelme disparó el postrer cañonazo de la acción y la enseña tricolor fue lo último en desaparecer de la vista de los espectadores del glorioso drama.

¿Qué les había ocurrido, mientras tanto, a la *Covadonga* y a la *Independencia*? Al verse atacada por esta última, Condell comprendió que sería temerario pretender resistir dentro de la rada de Iquique. Resolvió emprender la retirada delante de un enemigo que estimaba “diez veces más poderoso”.

La *Covadonga* dobló la isla de Iquique y prosiguió al sur, muy próxima a la costa y perseguida de cerca por la *Independencia*. El teniente D.



Tambor en reposo (1879).

Escultura de José M. Blanco

José Manuel Orella, que se había hecho cargo de uno de los cañones, disparó —en cuatro horas— 35 tiros y logró 30 impactos. Condell, por su parte, había ordenado que los mejores tiradores subieran a los palos e hicieran, desde allí, fuego al buque peruano. Tal fue la razón de que el cañón proel de este último fuera desatendido durante toda la acción.

La *Independencia* perseguía a la *Covadonga* en rumbo paralelo, pero un tanto más hacia adentro. Varios tiros de la primera de ellas habían dado en la obra muerta y no pocas a flor de agua: pero Condell continuaba su desplazamiento sin preocuparse de los daños.

Era casi el mediodía cuando los dos buques se acercaban a Punta Gruesa (20° 24' Lat. S.) La *Covadonga* llegó tan cerca de los arrecifes que su quilla los pasó rozando. El comandante Moore creyó que era llegado el momento de lanzarse a toda máquina sobre el buque chileno. Desde unos 250 metros envió éste a la *Independencia* dos proyectiles de a 70 libras que —según Condell— “la obligaron a gobernar sobre tierra”. Esta circunstancia no pudo ser más desafortunada para los marinos del Perú. Su barco varó en el bajo y quedó muy escorado y, a causa de la gran velocidad con que avanzaba, su quilla resultó completamente destrozada. Condell gobernó de tal manera que se situó con su barco a la popa del blindado y pudo cañonearlo sin temor alguno. Al pasar frente a la nave peruana, los dos cañones dispararon otra vez sobre la cubierta. Instantes más tarde la bandera bicolor del adversario era reemplazada, en los mástiles, por la bandera blanca de parlamento.

La repentina aparición del *Huáscar* hizo comprender a Condell que la acción había terminado en Iquique y que no le quedaba a él otro camino que proseguir su retirada hacia el sur. Afortunadamente, para suerte suya, Grau no lo persiguió porque, al creer que la embarcación enemiga era capaz de desarrollar un andar de diez nudos, estimaba difícil poder alcanzarla.

“El significado del combate de Iquique —ha escrito D. Gonzalo Bulnes— fue la reducción del poder naval del Perú a la mitad; por eso, siendo mucho, era menos que el efecto moral que estaban llamados a producir Prat, Serrano, Aldea, Condell, Orella, en una palabra todos los combatientes de la *Esmeralda* y de la *Covadonga*, escribiendo ese día un precepto que se resume en esta frase: “La obligación de luchar hasta la muerte sin tomar en cuenta el poder del adversario”. Además para Chile el combate de Iquique era una gloria de su Escuadra. Cualquier nación puede contar con un héroe, pero más glorioso que tener un Prat es poseer una institución completa que sea capaz de ponerse a su nivel, ya sea que la inspire su ejemplo, como sucedió en la *Esmeralda*, o procediendo espontáneamente como en la *Covadonga*”.

Y el Sr. Encina ha agregado: “El alma del héroe (Prat) se transfiguró en el alma del pueblo chileno. La Guerra del Pacífico se definió el 21 de mayo en la rada de Iquique.”

D.—Planes del Gobierno chileno

I

Al rechazar el almirante Williams el plan del Gobierno de atacar El Callao, a comienzos de abril, surgió la idea de lanzar una expedición sobre Iquique, a fin de apoderarse de Tarapacá y privar así al Perú del salitre y del guano de esa región. Hasta llegó a pensarse en la posibilidad de que Chile explotase estos ricos recursos durante la guerra.

El 8 de abril fue nombrado General en Jefe del Ejército el general de división D. Justo Arteaga. En la noche de ese mismo día se celebró en La Moneda una junta presidida por el Presidente Pinto, y a ella concurren los ministros y los generales Villagrán y Baquedano. Se resolvió que el ataque sobre Iquique se haría con 5.000 hombres y que la expedición saldría de Antofagasta bajo las órdenes del general Arteaga el 28 de abril. La defensa de esta última quedaría confiada a los cuerpos cívicos. Además, se resolvió impartir al día siguiente las órdenes para la concentración de los cuerpos de línea que estaban en el sur y contratar los transportes que deberían llevar estas tropas al norte.

El mismo día el Presidente consultaba por carta a D. Rafael Sotomayor sobre la conveniencia o inconveniencia de la ocupación de Iquique, dándole a entender que no tenía confianza en el éxito del plan. Era evidente que sólo esperaba el apoyo de los hermanos Sotomayor (D. Rafael y D. Emilio) y del almirante Williams para oponerse firmemente a su ejecución.

A fin de formarse una opinión respecto de la ofensiva contra Iquique en los últimos días de abril, es preciso estudiar la situación militar del momento, muy especialmente en los teatros de operaciones de Tacna, Tarapacá y Atacama.

El 28 de abril tenía Chile movilizados 8.300 hombres de línea y 5.400 de la Guardia Nacional. De las tropas de línea, 4.500 estaban ya en el litoral de Atacama; 1.300 zarparon el día 23 de Valparaíso para el norte y los 2.500 restantes estaban repartidos entre Santiago y la frontera araucana. Se disponía de 12.500 fusiles Comblain, 2.000 carabinas Winchester y Spencer, 12 cañones de montaña y 4 de campaña del sistema Krupp. Las armas y municiones que el Gobierno había adquirido en Francia no podían llegar todavía. Se había encargado también la compra o arriendo de un vapor veloz y se procedió a comprar o arrendar transportes en el país. En cuanto a las fuerzas aliadas, nos referiremos a ellas más adelante.

Al recibirse el general Arteaga del mando de las fuerzas en Antofagasta, el 28 de abril, éstas sumaban 7.210 plazas. De ellas era preciso descontar 470 en Calama, 500 en Caracoles y 530 jinetes de caballería en el valle del Loa. Junto con organizar el Comando en Jefe del Ejército en campaña, el Gobierno había nombrado secretario al teniente coronel de guardias nacionales D. José F. Vergara y auditor de la guerra a D. José Alfonso, ambos hombres de confianza del Ministro y encargados de

influir sobre las decisiones del general. No es de extrañar que éste se sintiese profundamente herido con tan insólito procedimiento.

Tanto el Gobierno como la opinión pública estaban convencidos de la necesidad de activar la guerra. En su primer consejo de Ministros, el 19 de abril, el Gabinete formuló su programa sobre estos puntos: "Respecto de Bolivia se convino en *conservar a la ofensiva, pero a perpetuidad, el territorio al sur del paralelo 23°*. No se pronunció sobre la soberanía del litoral boliviano entre ese paralelo y la provincia peruana de Tarapacá".

"Respecto del Perú, resolvió que el fin de la guerra era *obtener la abrogación del Tratado de Alianza entre Perú y Bolivia y exigir seguridad para el futuro*". (Ekdahl).

En una de las reuniones siguientes del Ministerio, el señor Santa María presentó un memorándum sobre la guerra y en él expresaba que debía principiarse por ejecutar un bloqueo de El Callao. Si éste no diese resultado en corto plazo, es decir si no lograrse la paz o la rendición de la Armada peruana y del puerto, se procedería a la ocupación de Iquique con fuerzas del Ejército, a fin de desbaratar a las fuerzas peruanas y reembarcarse en seguida. El Ministerio aceptó el memorándum; pero el Ministro del Interior, señor Varas, que estimaba que no se estaba en aptitud de atacar a Iquique, prefería el bloqueo de El Callao. Así lo manifestó en carta particular a D. Rafael Sotomayor, con fecha 25 de abril, al mismo tiempo que remitía al norte la nota oficial respectiva.

El Ministro de RR. EE., señor Santa María, vivamente impresionado por las noticias algo alarmantes de Argentina, no había cesado de acentuar la urgencia de impulsar la acción bélica. Se envió, entonces, a Antofagasta a D. Francisco Puelma. La misión de éste consistía en "*elaborar con don Rafael Sotomayor un plan de campaña y apresurar la organización del Ejército*". Este plan tendría carácter secreto y no debería conocerlo el General en Jefe. Por eso es que el Presidente Pinto expresaba a éste en una carta que "*el señor Puelma iba a ésa por asuntos particulares*".

El 4 de mayo el General en Jefe respondía a la consulta de 25 de abril del Gobierno a D. Rafael Sotomayor. Declaraba irrealizable, por el momento, el ataque sobre El Callao con los 5.696 hombres de que disponía y sugirió el desembarco sobre Iquique y la invasión de Tarapacá si se le aumentaban sus fuerzas a 8.000 hombres. Según las noticias que tenía, había en Tarapacá unos 6.000 soldados enemigos y en Tacna, 5.700. Era de su parecer el desembarco en Iquique, tan pronto se le hubieran proporcionado los refuerzos indicados y, además, el vestuario, equipo y caballos necesarios para completar su movilización.

Antes de haber recibido el informe de 4 de mayo que antecede, la Moreda envió a Arteaga otro oficio con fecha 6 de mayo, con el encargo de "*atender con brevedad el alistamiento de las fuerzas a su mando, debiendo U. S. transmitir al Gobierno el aviso de que no hay inconvenientes para el logro del propósito que dejo indicado a U. S.*" (ataque a Iquique). El General en Jefe —sobre cuyos hombros debía recaer la dirección de las operaciones— se sintió tan herido por el tono autoritario de la



GENERAL JUSTO ARTEAGA

1er. General en Jefe del Ejército de Chile en la Guerra del Pacífico.

nota precedente, que por el telégrafo elevó la renuncia de su puesto el mismo día 6. Mediante la intervención personal del Presidente Pinto, el asunto quedó solucionado favorablemente por entonces.

En los primeros días de mayo el Gobierno anunció telegráficamente al General en Jefe el envío de 2.500 caballos, viveres, vestuario y le consultaba sobre sus dotaciones de munición. Como los transportes arrendados para conducir al norte los refuerzos y elementos prometidos necesitarían unos 15 días para estar listos, surgió en el Gabinete la idea de aprovechar esta demora en otra operación militar. En consejo de Ministros de 10 de mayo se acordó "consultar al General en Jefe sobre la idea de verificar desembarcos parciales en Pisagua u otros puntos de la costa de Tarapacá, poniéndose de acuerdo con el Jefe de la Escuadra, mientras llega el momento de ocupar Iquique".

El general Arteaga se opuso a este proyecto de La Moneda, según consta en telegrama que despachara con fecha 10. Además de que la pequeña fuerza de Pisagua podría ser sorprendida desde Arica y desde Iquique, las agrupaciones empleadas en los desembarcos parciales tendrían el efecto de disminuir las fuerzas que debían atacar el último de los puertos nombrados. En cuanto a la necesidad de municiones, Arteaga advirtió que ella era del orden de "medio millón de tiros Comblain; mil ochocientos para cañones de montaña Krupp; seiscientos de campaña Krupp; cuarenta mil de ametralladoras".

Ante la oposición del general al proyecto de desembarcos parciales en la costa de Tarapacá, el Gobierno le preguntó telegráficamente si con "los tres millones cortos" de municiones podría realizar la expedición a Iquique. El general contestó —también por telégrafo— que "al pedir millón y medio de tiros había sido en el supuesto que se le mandaría más al puerto de desembarque. Estoy listo para la expedición; pero su éxito está sujeto a las municiones". Estaba resuelto, como se ve, a no emprender operación alguna mientras sus fuerzas no contaran con los medios necesarios.

Estas divergencias entre el Gobierno y el General en Jefe estaban por conducir a una crisis, cuando un telegrama de este último —de 18 de mayo— cambió la situación en Santiago. "Cartas interceptadas de Lima en Cobija —manifestaba— dicen Prado salió Callao con Escuadra, 4.000 hombres Arica. Williams salió 15 norte. Espero resultado".

E.—Relevo del General en Jefe del Ejército

La partida de la Escuadra al norte el 15 de mayo había paralizado el proyecto del Gobierno chileno de invadir Tarapacá. Pero, mientras se conocía el resultado de la expedición de la Escuadra, el Gobierno meditaba otros planes: había que hacer *algo* para satisfacer la impaciencia de la opinión pública. Al comienzo se pensó en invadir el departamento de Moquegua; pero la idea fue desechada prontamente. En vista de los refuerzos de casi 4.000 hombres que habían recibido las fuerzas aliadas de Iquique y Pisagua, durante la ausencia de la Escuadra chilena, el ante-

rior plan de invasión de Tarapacá no podía realizarse en la forma prevista. Los aliados tenían ya cerca de 9.000 hombres en Tarapacá; unos 4.000 peruanos en Arica y caletas de Ite y Camarones y 2.000 bolivianos en Tacna. Por consiguiente, era muy arriesgado tratar de desembarcar con sólo 8.000 hombres y era preciso aumentar las fuerzas para emprender semejante ofensiva.

El Presidente y sus Ministros resolvieron consultar a los Comandantes en Jefe, para lo cual se convino que el Presidente escribiera personalmente al general Arteaga y al almirante Williams. El Ministro Santa María escribiría al general Arteaga y el Ministro Varas a D. Rafael Sotomayor, pidiéndole estudiar los distintos proyectos, averiguara la opinión del almirante Williams y del general Arteaga y que él (Sotomayor) viajara a Santiago a exponer personalmente el resultado de sus indagaciones. Eran cuatro los proyectos que se sometían al estudio del Comandante en Jefe y del señor Sotomayor: la invasión del departamento de Moquegua; la invasión de Tarapacá; el ataque sobre Arica y Tacna y el bloqueo de El Callao y ataque a Lima.

Expuso cada uno de los consultados sus ideas sobre los proyectos. En vista de la tirantez de relaciones del General en Jefe y sus secretarios Alfonso y Vergara, en Consejo de Gabinete de 16 de junio se resolvió que el Ministro de RR. EE. Santa María se trasladase a Antofagasta a comprobar el estado de instrucción y alistamiento del Ejército. En esta misma reunión, los Ministros se pronunciaron en favor del plan de ataque a Tacna y Arica. Varas sostuvo la idea sobre la conveniencia de dirigirlo contra Tarapacá.

Al llegar a Valparaíso el 20 de junio el Ministro Santa María para tomar el vapor al norte encontró al secretario del General Arteaga, D. Pedro N. Donoso que venía a explicar al Gobierno que el General en Jefe era partidario del ataque contra Tacna en vista de los refuerzos recibidos por las tropas peruanas de Tarapacá y de las grandes dificultades para operar en la zona desértica. Ya en el C. G. de Antofagasta, Santa María se aproximó desde el primer momento a los secretarios del General en Jefe, con quienes se encontraba éste en abierta pugna. Por otra parte, los frecuentes y repentinos cambios de planes que caracterizaban al Gobierno y la actitud poco deferente de este último para con su rango y dignidad, habían irritado bastante al general, de manera que no veía con buenos ojos la aparición allí del Ministro de RR. EE.

El día 28 el Ministro citó a una "junta de guerra" al general Arteaga, al almirante Williams, a D. Rafael Sotomayor y a los señores Vergara y Alfonso. El almirante Williams se excusó de asistir. Después de rechazar el plan presentado por Santa María de invadir Tarapacá, desembarcando en Tocopilla para marchar por tierra sobre Iquique, la junta pasó a estudiar las preguntas que hizo aquél sobre si convenía mantener la defensiva en Antofagasta o tomar la ofensiva y si sería posible realizar expediciones parciales en las costas del Perú. Por unanimidad la junta se pronunció por la ofensiva y contra las expediciones parciales.

En seguida, el Ministro consultó sobre si la ofensiva debería dirigir-

se sobre Tarapacá, Tacna o Lima. Advirtió, previamente, que no aceptaba ni la expedición sobre Lima ni por Moquegua a Tacna y dio sus razones para preferir la expedición a Tarapacá. Sotomayor, Alfonso y Vergara estuvieron de acuerdo con el Ministro. El general Arteaga fue el último en pronunciarse. Prefería la ofensiva por Moquegua en dirección a Tacna o aun la ofensiva contra Lima. Calculaba en 13 a 14.000 hombres las fuerzas aliadas en Tarapacá, amén de 5.000 situados en Tacna. Advirtió las enormes dificultades de carácter logístico para operar en esa comarca: se necesitaban por lo menos 290 carretas para la artillería, bagajes y el agua. En cuanto a las consideraciones para con Bolivia y las expectativas del gobierno chileno de conseguir la alianza con el Presidente Daza, según le informó Santa María, le merecieron una sonrisa de desdén.

El Ministro Santa María, que escuchaba las murmuraciones de los descontentos, se formó una idea muy desfavorable del comando militar. Con una indiscreción lamentable no ocultó esa opinión ni en Antofagasta ni en el sur y llegó a decir "que el Ejército estaba sin general y la Escuadra sin almirante".

Los días 5, 6 y 7 de julio se celebraron consejos de Ministros y se debatieron extensamente los diferentes planes, para llegar a considerar como el más ventajoso el relativo a la ofensiva sobre Tarapacá. A pesar del anhelo de Santa María de que los Comandantes en Jefe fueran relevados a la brevedad, el Gobierno prefirió no hacer cambios que produjeran alarma pública por entonces; pero, por otra parte, resolvió ejercer su más amplia autoridad en el teatro de operaciones. Para tal fin, el Ministro Santa María debía volver al norte en carácter de Delegado del Gobierno con autoridad sobre el General en Jefe y D. Rafael Sotomayor regresaría como Comisario General, con amplias atribuciones sobre el Ejército y la Marina. Con la idea de que el general Arteaga continuase a la cabeza del Ejército, el Presidente Pinto pidió a uno de sus hijos —D. Justo Arteaga Alemparte— viajara al norte para convencer al general de la buena voluntad que le profesaba el Gobierno; pero no reveló a D. Justo las facultades amplias de que iba premunido el Ministro Santa María.

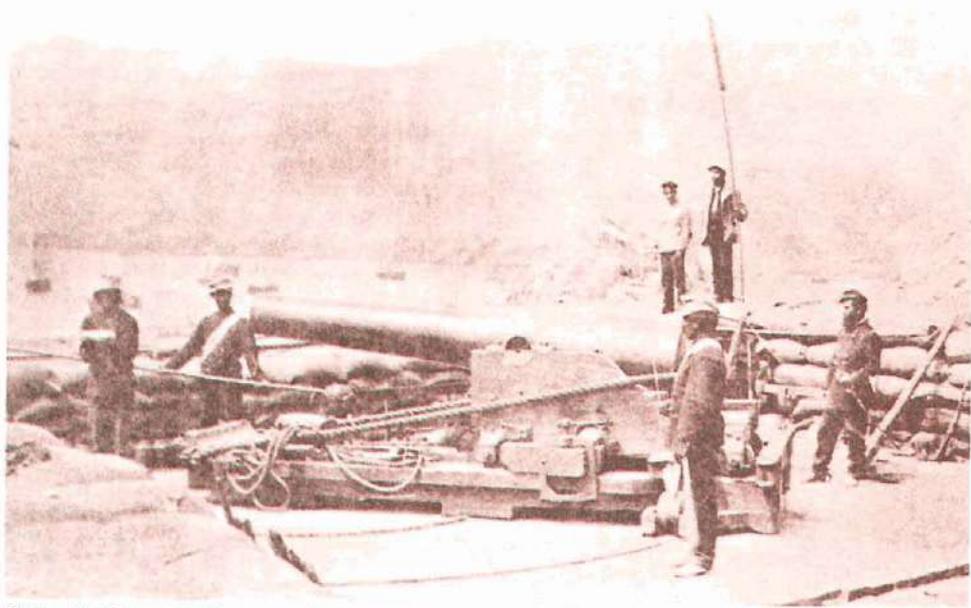
Al llegar éste a Antofagasta el 17 de julio, el general Arteaga envió a bordo un ayudante a saludarlo y al día siguiente, a primera hora, despachó un telegrama al Presidente pidiendo su permiso para retirarse. El mismo día recibió el general la transcripción del decreto que comisionaba al señor Santa María al norte y que advertía al jefe militar que debía considerar sus órdenes como "determinaciones y resoluciones del Gobierno mismo". Por toda respuesta, Arteaga reiteró su renuncia con carácter indeclinable. El Ministro ordenó, por escrito, "confiar el mando del Ejército al general designado por la ley, D. Erasmo Escala". (18 de julio).

Ha escrito el coronel D. Rafael Poblete: "Los largos servicios de aquel anciano y benemérito general no han revestido para la posteridad el brillo que se impone a la opinión".

"Ello es una injusticia, pues Arteaga si no condujo nuestras tropas a la victoria a pesar de sus ardientes anhelos, alcanzó a conquistar dere-



Grupo de Jefes y Oficiales del Regto. de Infantería Buin - Antofagasta, 1879.



Vista de Pisagua después de su captura por el Ejército chileno - Noviembre, 1879.

chos propios en la sólida organización, en la disciplina y en la instrucción de las fuerzas concentradas en Antofagasta y que pasaron más tarde el nombre victorioso de Chile por todo el territorio enemigo”.

F.—Batalla naval de Angamos

Uno de los problemas más importantes para la continuación de la guerra era la necesidad de ejecutar reparaciones serias en casi todos los buques de la Escuadra. En repetidas ocasiones éstos se habían mostrado incapaces de alcanzar al *Huáscar*, por el estado deficiente de sus máquinas.

El almirante Williams presentó su renuncia con fecha 5 de agosto, por las mismas razones que lo hiciera el general Arteaga: la intromisión de la política en asuntos castrenses. El nuevo Comandante en Jefe fue el almirante D. Galvarino Riveros. El Gobierno telegrafió a D. Rafael Sotomayor reuniese a los comandantes de buques para consultarles sobre la conveniencia de establecer de nuevo el bloqueo de Iquique o emprender una ofensiva destinada a aniquilar o capturar los buques peruanos. Los comandantes opinaron que ninguna de las dos cosas era factible, mientras los buques no fueran nuevamente puestos en estado de operar.

Luego de vencer sus vacilaciones sobre el plan a adoptar, en la última semana de septiembre el Gobierno impartió órdenes a la Escuadra de dirigirse a Arica para destruir al *Huáscar*, aunque fuera bajo los fuegos de las fortificaciones de ese puerto. Era preciso alcanzar este objetivo, a fin de contar con el dominio del mar que permitiera el traslado del Ejército al lugar de desembarco en territorio peruano.

El 30 de septiembre recibió el Ministro Sotomayor noticias de que el *Huáscar* había sido visto en Arica y que la *Unión* había ido a El Callao a buscar 5 lanchas torpederas.

El 1º de octubre se celebró en Mejillones, a bordo del *Blanco*, una junta de guerra, presidida por el almirante Riveros y con D. Rafael Sotomayor como observador. Se resolvió que la totalidad de la Escuadra se dirigiese al norte, con la misión de atacar al *Huáscar* donde lo encontrase, en el mismo Callao inclusive. La Escuadra alcanzó Arica al amanecer del día 4. Como se supiera que el monitor y la *Unión* habían zarpado hacia el sur, Riveros ordenó al capitán D. Juan José Latorre se dirigiera a Mejillones con su división (*Cochrane*, *Loa* y *Chacabuco*). Allí se reunió la Escuadra en la mañana del 7 de octubre y Riveros fue informado telegráficamente de que el *Huáscar* volvía al norte después de una recalada el 5 en Coquimbo. En una segunda junta de guerra se acordó el plan de ataque contra el temible enemigo. “Acordé con los comandantes de los buques —expresa Riveros en su parte oficial— salir de aquel puerto (Mejillones) a altas horas de la noche con la Escuadra en dos divisiones. Una formada por las naves de más lento andar, marcharía a la vista de tierra inspeccionando las caletas y cualquier abrigo de la costa donde pudiera hallarse el enemigo, y otra de naves ligeras que iría a 20 ó 25 millas, más o menos, lejos de tierra”.

A las 10 de la noche zarpaba la división pesada con rumbo al sur y

a medianoche lo hacía la división liviana. A las 3.30 del 8 de octubre, a la altura de punta Tetas, el comandante Riveros tuvo noticia por el oficial de guardia del *Blanco* que se divisaban dos humos hacia la costa, algo así como unas 5 millas aproximadamente. Riveros dio orden de avanzar hacia los citados humos y advirtió que los buques cambiaban de rumbo con la intención aparente de aumentar las distancias.

Se inició en el acto la persecución y, al clarear el día, se reconoció se trataba del *Huáscar* y la *Unión*, que —luego de describir un círculo hacia el oeste— se dirigían hacia el norte. La *Unión* había dejado atrás al monitor y, a su vez, el *Blanco*, la *Covadonga* y el *Matías Cousiño* iban quedando alejados del adversario. Riveros proseguía su avance, esperando que la división Latorre —que en esos momentos debía estar frente a Mejillones— se encontrara con aquéllos en cualquier momento.

A las 4 de la mañana el *Cochrane* navegaba frente a Mejillones. Al aclarar y distinguir los humos enemigos y presintiendo Latorre que se trataba del *Huáscar* y de la *Unión*, ordenó dirigirse a toda máquina hacia Punta Angamos, a fin de cortarles la pasada. Grau, a su turno, ordenó forzar las máquinas a fin de desfilar entre la costa y los buques chilenos. La *Unión* aumentó su andar y se alejó velozmente hacia el norte. Latorre ordenó, por medio de destellos, al *Loa* y la *O'Higgins*, iniciaran la persecución.

Croquis N° 50

La distancia entre los dos blindados era de 3 mil metros. Quince minutos más tarde el *Huáscar* hizo sus dos primeros disparos. Los dos proyectiles cayeron muy cerca del blindado chileno y uno de ellos rebotó sobre el blindaje sin perforarlo. Latorre cambió otra vez de rumbo y se lanzó rectamente contra el adversario, al mismo tiempo que se situaba en una posición tal que el *Huáscar* no pudiera batirlo con los cañones de la torre, debido al desperfecto que éstos sufrieron en el combate de Iquique.

A los 2.200 metros abrió el *Cochrane* sus fuegos. El primer tiro perforó el casco del monitor, precisamente debajo de la torre artillada, matando o hiriendo de gravedad a doce hombres y originando el incendio del forro de madera de dicha torre. Un segundo disparo entró, al parecer, por el mismo orificio del primero y cortó el guardín del timón por el lado de babor. Una granada del *Huáscar* abollaba, en esos mismos instantes, el blindaje del buque chileno. Diez minutos más tarde, una segunda andanada del *Cochrane* hizo impacto en la torre de mando y estalló en su interior, dando muerte instantánea al almirante Grau.

Tomó el mando del buque el capitán D. Elías Aguirre. No quedaba, entonces, en servicio sino un solo cañón de la torre, pues la artillería del *Cochrane* había inutilizado el otro. La distancia entre los dos rivales no alcanzaba a más de 500 metros. A las 10.10 la bandera, que flameaba en el pico del palo mayor, cayó abatida. Creyendo que se trataba de la rendición, Latorre ordenó cesar el fuego. Como el *Huáscar* continuara en movimiento, el fuego fue reanudado. La bandera peruana volvió a ser nuevamente izada por el teniente Enrique Palacios.

El monitor viró repentinamente a estribor: se trataba de una maniobra desesperada de Aguirre para atacar al buque chileno por medio del espolón. El *Cochrane* evitó el encuentro por medio de una maniobra

magistral: el *Huáscar* pasó a escasos metros de la proa de aquél y fue a caer sobre el *Blanco*, que en ese momento entraba en escena. La artillería del *Blanco* lo acribilló; pero la velocidad a que avanzaba lo llevó a interponerse entre el *Huáscar* y el *Cochrane*. Situación tan embarazosa obligó a Latorre a maniobrar de tal modo que, al quedar los buques libres para proseguir la acción, se encontraban a por lo menos unos 1.200 metros del monitor.

Luego de describir un círculo, el blindado peruano se precipitó a toda máquina contra el *Cochrane*. Latorre, a su vez, se dirigió velozmente contra aquél y es así como ambos acorazados se cruzaron a escasos cinco metros. A las 10.55 el *Huáscar* era un buque sin gobierno y en los límites últimos de su resistencia. Gran parte de su tripulación estaba muerta o gravemente herida, se habían producido varios incendios durante el desarrollo de la acción y la velocidad en el andar había sido notablemente reducida. El teniente Garezón, que había reemplazado en el mando al capitán Aguirre, por muerte de éste, dio órdenes a los ingenieros de abrir las válvulas y hundir el buque. Algunos marineros corrieron, en cambio, a proa y comenzaron a agitar pañuelos y trapos blancos y Garezón se vio obligado a disponer se arriara la bandera.

El almirante Riveros ordenó cesar el fuego y que los buques más próximos alistarán sus botes con el propósito de auxiliar a los rendidos. El teniente chileno Tomás Rogers se hizo cargo de la máquina, que se encontraba en buenas condiciones y el capitán Peña, de la dotación del *Blanco*, tomó el mando del monitor y lo condujo a Antofagasta por sus propios medios.

Las bajas del *Huáscar* alcanzaron a 65 muertos, entre los cuales se contaban los 4 oficiales de mayor graduación. En cuanto a daños materiales, había recibido 27 impactos de cañón de 9 pulgadas. De éstos, 2 habían perforado la torre artillada. La torre de mando sufrió los efectos de tres impactos y 5 granadas habían penetrado el blindaje bajo cubierta y 8 en el alcázar de popa.

“La pérdida de su poder naval produjo una impresión profunda en el Perú y también en Bolivia. Este país, que bajo la presión dictatorial de Daza había provocado la guerra, halagado con la idea de que la Escuadra peruana era más poderosa que la chilena y que le permitiría prolongar la frontera de su país hasta el paralelo 26°, cerca de Copiapó, veía burladas sus expectativas”. . . “En el Perú la impresión fue mucho mayor: primero el dolor de su prenda más querida. Grau era su orgullo; el *Huáscar*, su gloria. En seguida, de espanto ante la amenaza de invasión próxima. Todas las costas quedaban a merced del enemigo”. (G. Bulnes).

G.—Conclusiones Militares

1.—Objetivo Estratégico de la campaña marítima

El objetivo estratégico de la Armada chilena era el de conquistar el dominio del mar, mediante el cual el Ejército lograría la necesaria movilidad estratégica para atacar al adversario en su propio territorio y podría



GENERAL ERASMO ESCALA

2º General en Jefe del Ejército de Chile en la Guerra del Pacífico.

contar con un abastecimiento adecuado y oportuno. Al mismo tiempo, este dominio del mar por parte de Chile aislaría a las fuerzas aliadas, en especial peruanos, de su territorio central, principal base de reclutamiento de hombres y de abastecimientos logísticos.

La Escuadra del Perú, dada su inferioridad potencial, tendría que buscar la "disputa del dominio del mar". No podría arriesgarse a dar una batalla naval decisiva, pero sí podría actuar mediante acciones ofensivas aisladas y guerra de corso.

Dados estos objetivos estratégicos podría considerarse:

a) Que el plan del gobierno chileno era mucho más adecuado que el presentado por el almirante Williams, ya que buscaba la destrucción de la escuadra enemiga, obligándola a presentar batalla en El Callao, importante punto de atracción económico y militar.

b) Que el plan naval peruano era el más conveniente dadas las circunstancias que se vivían al iniciarse la guerra, por cuanto podría darse la posibilidad de batir en forma parcial y sucesiva a una fuerza naval superior.

2.—*El bloqueo de Iquique*

Esta actividad fue considerada como de primera importancia por el almirante Williams; sin embargo quedó más tarde demostrado que fue un error persistir en ella. Iquique no fue un punto de atracción suficiente como para lograr que la escuadra peruana aceptara una decisión por su defensa y, por lo tanto, su bloqueo resultó sin prioridad estratégica. Por otra parte, él se realizó con medios inadecuados en relación con el objetivo que se pensaba conseguir.

3.—*La batalla de Angamos*

Tuvo una extraordinaria importancia en el desarrollo de la guerra, pues constituyó el aniquilamiento del poder naval enemigo. Con el dominio del mar asegurado, el Ejército obtuvo la libertad de acción estratégica que le permitiría atacar al enemigo dónde, cuándo y cómo lo estimara más conveniente.

Angamos, en consecuencia, dentro del desarrollo de la guerra, debe ser considerado como una batalla decisiva, tanto por sus resultados tácticos inmediatos, como por las consecuencias estratégicas futuras.

IV.—CAMPAÑA DE TARAPACA

A.—Plan definitivo de operaciones del Gobierno de Chile

A raíz de la captura del *Huáscar*, el 8 de octubre de 1879, la opinión pública volvió a su idea predilecta desde comienzo de la guerra: ofensiva sobre El Callao y Lima. El Presidente Pinto y su gabinete pensaban de otro modo. “Partiendo de la idea de que Chile no había ido a la guerra aspirando a conquistas territoriales, pero que la posesión militar de Tarapacá y del litoral entre los paralelos de 23° y 26° había llegado a ser la única garantía para Chile de conseguir una indemnización adecuada por los sacrificios que le costaba la guerra, por si acaso una intervención extranjera llegara a querer coartar a Chile su libertad para arreglar sus cuentas directamente con el Perú y Bolivia, insistían sus partidarios en la ocupación inmediata de Tarapacá”. (Ekdahl). Croquis N° 51

El Gobierno resolvió definitivamente, el 11 de octubre, la invasión de Tarapacá y comunicó por oficio de esa misma fecha su resolución a Sotomayor. De acuerdo con La Moneda y con la opinión del comandante Condell, el Ministro se resolvió por el desembarco en Pisagua. Temeroso empero, de alguna indiscreción, desobedeció al Gobierno al no reunir la junta de guerra que éste aconsejaba. Mantuvo, al contrario, su resolución en la mayor reserva y la comunicó únicamente al citado comandante Condell.

Plan aliado no existía. Sólo se consultaba un despliegue defensivo.

B.—Asalto y toma de Pisagua

En virtud de las órdenes de Santiago y de la resolución del Ministro Sotomayor, inicióse el 19 de octubre el embarco de los bastimentos del Ejército del Norte que debía ejecutar la empresa a viva fuerza en Pisagua. Croquis N° 52

El convoy zarpó de Antofagasta en la tarde del 28 de octubre, en el siguiente orden:

Cochrane Transportes Itata, Amazonas, Loa, *Magallanes*

Abtao, Lamar, Limarí

Matías Cousiño, Sta. Lucía, Toltén

Angamos, Copiapó, Huanai.

O'Higgins Transportes Paquete del Maule, Emilia Alvarez, Toro, *Covadonga*.

En total, 15 transportes, 14 vapores y un buque de vela (la *Elvira Alvarez*), escoltados por 4 buques de guerra.

El Ministro viajaba a bordo del *Amazonas*, junto con el C. G. del Ejército. De acuerdo con lo resuelto en el consejo de guerra, se fijó el desembarco del grueso en Pisagua y de una fracción secundaria en Junín. El Jefe de Estado Mayor procedió a planear la repartición de las tropas en el momento del desembarco. Dicho plan fue el siguiente:

1ª *División de desembarco*. Objetivo: Junín (2).

(2) Caleta al S. de Pisagua, a los 19° 40' Lat. S.

Comandante: Coronel Martiniano Urriola.

Fuerzas: Navales, Valparaíso, 3º de línea y 1ª batería de artillería de montaña.

Total: 2.175 hombres.

2ª división de desembarco. Objetivo: Pisagua.

Comandante: Tte. coronel José Luis Ortiz.

Fuerzas: Atacama, Buin, 2 baterías artillería de montaña.

Total: 1.940 hombres.

3ª división de desembarco. A continuación de la 2ª.

Comandante: Tte. coronel Domingo Amunátegui.

Fuerzas: ½ regimiento 2º de línea y 4º de línea.

Total: 1.400 hombres.

4ª división de desembarco. A continuación de la 3ª.

Comandante: Tte. coronel Domingo de Toro Herrera.

Fuerzas: Chacabuco, Coquimbo, ½ regimiento del 2º de línea.

Total: 1.500 hombres.

División de desembarco especial (para los lugares más amenazados).

Comandante: Tte. coronel Ricardo Santa Cruz.

Fuerza: Zapadores.

Total: 400 hombres.

Tropa sin designación.

Artillería de Marina, 3 baterías artillería de campaña, Cazadores a caballo, Batallón Bulnes.

Total: 2.175 hombres.

Total general: 9.590.

Según esta repartición, el desembarco y ataque debía hacerse con 4.890 hombres, en tres escalones. En Junín, con un escalón de 2.175 y los restantes 2.525 en Pisagua.

A las 5 de la mañana del 2 de noviembre las naves chilenas avistaron el puerto de Pisagua. A las 6.30 los buques de guerra tomaron su posición de combate y rompieron los fuegos media hora más tarde. A las 7,38 el fuerte sur disparó su último tiro, pues su guarnición comenzó a evacuarlo. Lo mismo había ocurrido en el fuerte norte. A las 7,55 cesó el fuego de los buques y a las 8 hicieron éstos señales de que los botes de desembarco podían avanzar. Las tropas habían esperado una resistencia mayor de los fuertes y por tal razón no habían ocupado todavía las lanchas y botes. Se produjo por consiguiente una pausa y, como ésta se prolongara, los defensores de los fuertes volvieron a ocuparlos nuevamente.

El *Cochrane* y la *Covadonga* reanudaron sus fuegos a las 9 y los fuertes fueron de nuevo desalojados. Los buques continuaron sus disparos hasta las 10, cuando observaron que no se les contestaba desde tierra. A partir de esta hora, dirigieron sus fuegos contra la población y los caminos de los cerros en zigzag.

A las 9,30 se había iniciado el avance de los botes cargados con tropas. Dos horas más tarde terminaba la acción con la victoria chilena, después de una decidida resistencia de las tropas aliadas. Estas se componían de 500 peruanos (200 artilleros, un destacamento de la Guardia Civil y otras unidades cívicas) y de los batallones bolivianos Victoria e Independencia.

dencia (900 hombres más 45 artilleros). En total 1.445 hombres, a las órdenes del general D. Juan Buendía.

Pese a que no hubo casi resistencia en Junín, a causa de las malas condiciones para el desembarco, se alcanzó el objetivo recién a las 5 de la tarde y las tropas llegaron a Hospicio sólo al amanecer del día siguiente.

Habida cuenta de la naturaleza arriesgada de la operación, desembarco y asalto, las bajas chilenas no fueron subidas: 58 muertos y 173 heridos. El parte oficial del Jefe de E.M. estima las bajas de los aliados en 100 muertos y 60 heridos, además de 25 prisioneros, 5 de ellos oficiales.

El botín más importante fue, sin duda, el material rodante del ferrocarril, que los aliados no tuvieron la precaución de retirar a tiempo.

C.—Desplazamiento hacia el interior

I

Consolidada la cabeza de playa, la mayor preocupación del Mando chileno la constituyó la organización de la base de operaciones en Pisagua, a través del desembarque de los bastimentos transportados por el mar; la atención de las necesidades inmediatas del Ejército, entre las cuales la relativa al agua era básica; la normalización del funcionamiento del ferrocarril, etc.

El día 3, cuando no había llegado todavía sino una división a Hospicio, comenzó a circular el rumor de haberse constatado la presencia de una división enemiga de 6.000 hombres en San Roberto, entre Hospicio y Jazpampa. El teniente coronel de la Guardia Nacional D. José F. Vergara se ofreció para efectuar un reconocimiento hasta la importante aguada de Dolores, al frente de 2 compañías del regimiento Cazadores a caballo (175 jinetes) y de una plana mayor de 5 oficiales. Salió de Hospicio a la 1 de la noche del 4 al 5 de noviembre y, llegado a Dolores el día 5, encontró en buen estado las bombas utilizadas por la oficina salitrera inmediata para obtener agua en abundancia del pozo que allí había.

Antes de continuar, es preciso advertir que los fugitivos de la acción de Pisagua se encontraban el 4 en Agua Santa y allí se les reunieron el general Buendía y la mayor parte de los EE. MM. peruanos y de la división boliviana. En esta parte pensaba el general peruano oponer nueva resistencia a la penetración chilena. Había enviado orden a la división Dávila, que se encontraba en Pozo Almonte, avanzase a Agua Santa y al Jefe del Estado Mayor de Ejército de Tarapacá, coronel D. Belisario Suárez, le enviase un escuadrón de caballería para contener y recoger los dispersos. En la tarde del 4 fue informado Buendía que la división Dávila, que había iniciado el avance hacia Agua Santa, había regresado a Pozo Almonte.

El coronel Mesías, que recorría en una locomotora la vía férrea a fin de reunir en Agua Santa los animales, víveres y forraje que pudiese encontrar en las oficinas salitreras, divisó la columna de Cazadores a caballo. El general Buendía resolvió retirarse a Pozo Almonte. Para proteger

la retirada destacó un pelotón de caballería peruana y otro boliviano (50 a 60 jinetes en total), a las órdenes del teniente coronel peruano D. José B. Sepúlveda.

Este escuadrón de caballería tuvo un encuentro con las compañías de Cazadores a caballo en Germania y fue completamente derrotado (6 de noviembre).

Anticipándose a las órdenes del general Buendía, el coronel Suárez dictó las disposiciones necesarias a fin de reunir alrededor de la aguada de Pozo Almonte la mayor parte de las fuerzas de Tarapacá. Al finalizar el día 8 se encontraban reunidas en Pozo Almonte y La Noria unos 5.700 hombres del Ejército de Tarapacá y ocho días más tarde alcanzaron a 9.000.

II

Al ser informado de la derrota de Pisagua, el Presidente Prado invitó al Presidente Daza a bajar a Arica a una junta de guerra que habría de celebrarse el 4 de noviembre. Allí se acordó la reunión de las fuerzas aliadas, para lo cual Daza marcharía al sur al frente de las tropas que estaban en Tacna y Buendía avanzaría al norte desde Pozo Almonte. El punto de reunión sería el caserío de Tana en la quebrada de Camiña, a 90 Km. al norte de Pozo Almonte y a unos 150, al sur de Tana. Producida la conjunción, Daza asumiría el Comando en Jefe de los Ejércitos aliados.

El día 8 salieron las tropas bolivianas de Tacna (unos 3.000 soldados de las tres armas). El 14 llegaron a Camarones y Daza resolvió, inesperadamente, detener su avance y emprender el regreso a Arica. De las muchas versiones que entonces circularon, para explicar tan insólita actitud, la más acertada parece ser aquella que explica que el secretario Gutiérrez y el Jefe del Estado Mayor convencieron a Daza que arriesgaba la existencia de sus tropas más aguerridas y adictas si continuaba el avance. Además de los peligros propios de las marchas en el desierto, se presentaban grandes dificultades en el aspecto estratégico. Como Daza no ignoraba que existía una fuerte oposición en Bolivia en contra suya, estimó prudente no correr esos riesgos... que le privarían del apoyo de sus tropas más adictas.

III

El 5 de noviembre salió de Pisagua un primer escalón del Ejército chileno, de 3.500 hombres, a las órdenes del coronel Amunátegui. El segundo escalón lo hizo el día 8; eran unos 2.500 hombres comandados por el coronel Urriola. El 10 de noviembre estaban ambas agrupaciones reunidas en Dolores. Preciso es advertir que, en esos días, habían llegado a Pisagua 2.500 hombres procedentes de Antofagasta y de Quillagua.

El resto del Ejército quedó en el campamento Hospicio y en Pisagua. De la caballería, había una pequeña fracción de Dolores y su gran mayoría se encontraba en la quebrada de Tiliviche, en parte para aprovechar los pastos allí existentes, en parte con misión de vigilancia hacia el norte.

En la confianza de que el Ejército aliado de Tarapacá no se alejaría



Combate de Germania.

Óleo de Eugenio Cottin

mucho de Iquique, el Mando chileno nada hizo para explorar el desierto hacia el sur, en dirección a Pozo Almonte. Más bien se creía en una aproximación de las fuerzas bolivianas de Daza. El teniente coronel D. Alberto Novoa, de Cazadores a Caballo, ejecutó una exploración a Tiliviche, de donde regresó el 10 a Dolores, sin haber encontrado enemigo. Pero el 17 llegaron telegramas a Hospicio y a Dolores sobre la llegada a Tana (16 de noviembre) de la vanguardia boliviana. Tanto el general Escala como el coronel D. Emilio Sotomayor enviaron en esa dirección una fracción de exploración cada uno... sin informarse mutuamente de sus respectivas resoluciones. *Es así como ambas fracciones se divisaron desde lejos en las proximidades de Tana y, creyendo cada una de ellas que la otra era una columna enemiga, regresaron a Hospicio sin haber cumplido su misión, cual era informarse de la presencia, cantidad y actividad del enemigo.*

A mediados de noviembre recibió el señor Sotomayor nuevas instrucciones del Presidente Pinto. Ellas disponían que el Ejército "debía avanzar a Pozo Almonte, donde debía establecer un campamento fortificado alrededor de la aguada, estrechando a Iquique con una división; la caballería del Ejército debía obrar en conexión con la caballería que estaba en Antofagasta y en el Toco, en el valle del Loa, al sur de Quillagua, merodeando por la falda de la cordillera, para recoger o destruir los recursos del interior, hostilizando a La Noria; la Escuadra debía bloquear estrechamente el puerto de Iquique; Pisagua debía ser fortificado, preparándose como "un punto de retirada" en caso de un revés". (Ekdahl).

El Ministro Sotomayor procedió de inmediato. Envió al *Cochrane* y a la *Covadonga* a bloquear a Iquique y fortificó Dolores, mientras preparaba el avance del Ejército a Pozo Almonte. El 15 de noviembre envió orden al general Villagrán se alistase para trasladar a Pisagua las fuerzas del Ejército de Reserva, que se encontraba en Antofagasta (4 a 5.000 hombres). Convencido de que el Ejército aliado no se movería de Pozo Almonte y La Noria, Sotomayor dedicaba su principal atención a reunir en Dolores las provisiones que el Ejército iba a necesitar para atravesar el desierto y no pensó en hacer explorar o vigilar a aquél. Consecuencia: el combate del día 19 fue toda una sorpresa para el Mando chileno.

IV

Mientras tanto, el Ejército aliado iniciaba su marcha, desde Pozo Almonte hacia el norte, en la tarde del 16. El 18, al amanecer, apareció en Negreiros y de allí adelantó su caballería con la misión de ocupar Agua Santa y Dibujo. Esta caballería fue observada, esa misma tarde, por el escuadrón de Cazadores a caballo enviado en exploración hacia Agua Santa. En conocimiento de este hecho, el general Buendía reunió en Agua Santa una junta de guerra. Se resolvió desviar la dirección de marcha hacia el N. W., hacia Santa Catalina. Los aliados esperaban aprovechar los lomaes de Chinquiquirai para ocultar sus movimientos a la exploración chilena. (Es preciso observar que ellos ignoraban la presencia de tropas chilenas en Dolores, como también la contramarcha de Daza desde Tana y Camarones).

D.—Combate de Dolores

I

A pesar de que el Ministro Sotomayor estaba convencido de la pasividad del Ejército aliado, estimó que el general Escala debía trasladarse a Dolores y ser seguido a la brevedad por las fuerzas que se encontraban en Hospicio.

Croquis No 53

El día 18 llegó de Jazpampa una información en el sentido de que el Ejército boliviano se encontraba en Tana. El general Escala envió al batallón Bulnes a Jazpampa, para sostener ese punto mientras se le despachaban refuerzos de Dolores. Ordenó telegráficamente, asimismo, al coronel Sotomayor (comandante de las fuerzas de Dolores) enviase un tren con tropas a reforzar al batallón Bulnes: el coronel envió al regimiento 3º de línea, batallón Coquimbo y una sección de artillería (1.800 hombres en total), a las órdenes del comandante Ricardo Castro.

A las 8 de la noche del día 18 el escuadrón de Cazadores a caballo, adelantado hacia Agua Santa —según se dijo— informó al comandante de Dolores que las fuerzas aliadas del sur se aproximaban a Agua Santa.

Sotomayor resolvió ocupar una posición en la llanura de Santa Catalina, a 6 Km. al sur de Dolores (19 de noviembre). Comenzó por despachar a este punto una agrupación de las tres armas de unos 1.800 hombres, a las órdenes del comandante Amunátegui, a la que se agregó después el batallón Atacama. El resto lo haría en seguida. Envío también orden telegráfica al comandante Castro, dos horas después de haber partido para Jazpampa, regresara a Dolores. Junto con dar cuenta de sus disposiciones al General en Jefe, le pidió viniese con la división Arteaga —que se encontraba en Hospicio— en dirección a la oficina Catalina, situada al oeste de Dolores.

Al recibir orden de regreso, el comandante Castro se encontraba ya en Jazpampa. En virtud de que la alarma por el lado de Tana carecía de fundamento, se dejó en Jazpampa al batallón Bulnes, mientras Castro y sus fuerzas —acompañados por el comandante Velásquez, con la artillería de campaña— partieron en el acto y llegaron a Dolores cuando el Ejército aliado se desplegaba enfrente de la posición chilena.

El coronel Sotomayor —a la 1 de la tarde del 19— ocupó el cerro de San Francisco. Ello se realizó de acuerdo con el dispositivo que se detalla a continuación: la artillería (34 cañones y 2 ametralladoras) fue distribuida en 5 grupos. Un grupo de 12 piezas en la parte occidental de la loma y superior del cerro norte de San Francisco. Estas baterías deban frente al sur. En el cerro sur de San Francisco, 6 piezas de montaña y 2 ametralladoras en la falda septentrional, dando frente al este. Otro grupo de 8 piezas en la falda de la punta sur-este, con frente al oriente. En el cerro Tres Clavos, una batería de 4 cañones, en la parte baja de la falda oriental, con frente al este. En la pampa inmediatamente al norte del pozo Dolores y al este de la línea férrea, una batería de 4 piezas, con frente al N. E. Allí se situó el coronel José Velásquez, Comandante General de la Artillería.

La infantería fue distribuida así: en el cerrillo bajo de San Bartolo, el regimiento 3º de línea. Era el *ala izquierda*. En el *centro*, de izquierda a derecha, los batallones Atacama y Coquimbo y regimiento 4º de línea, en la zona meridional del cerro sur de San Francisco, con el *ala izquierda* del Atacama próxima a las baterías de Salvo, frente al sur. El *ala derecha*, a las órdenes del coronel Urriola, en la loma del cerro norte de San Francisco: batallones Valparaíso, Navales y regimiento Buin. Frente al sur, pero con facilidad para dar frente al norte. La caballería quedó situada en La Encañada, a las órdenes del coronel D. Pedro Soto Aguilar (Regimiento Cazadores a Caballo y una compañía de Granaderos a caballo). Unos 400 jinetes.

El total de las tropas alcanzaba a unos 6.400 a 6.500 hombres.

El Ejército aliado había llegado en la mañana del 19 a Santa Catalina. A las 6 su *ala derecha* se encontraba inmediatamente al sur de Porvenir y toda la tropa hizo alto. El general Buendía deseaba iniciar el combate desde luego; pero el coronel Belisario Suárez insistió en la conveniencia de dar antes descanso a las tropas, que habían marchado toda la noche anterior. Idéntica resolución había sido tomada por el coronel Sotomayor, en vista de que se le informara telegráficamente que el General en Jefe avanzaba con las fuerzas de Hospicio (división Artega) y que debía alcanzar Dolores antes del anochecer del 19.

Aparentemente el plan de ataque aliado debe haber sido el siguiente: al *ala derecha* (Buendía) debía ejecutar un movimiento envolvente por la *derecha* (E) para apoderarse del pozo Dolores, al mismo tiempo que se colocaría sobre la línea de retirada al norte del Ejército chileno. El coronel Suárez debía atacar frontalmente al centro y al *ala derecha* (W) chilenos, con sus dos divisiones peruanas. El *ala izquierda* (división boliviana Villamil), mediante un avance por la izquierda (W) debía penetrar en La Encañada, para darse la mano con el *ala derecha* de Buendía. La reserva quedaría situada detrás de las tropas de Suárez. Sus efectivos alcanzaban a un total de 9.000 hombres.

De acuerdo con la sugerencia enunciada, el ataque fue postergado para el día siguiente y el Ejército aliado quedó reunido y en descanso al sur de Porvenir. A las 3 de la tarde avanzó la división exploradora peruana a reconocer la posición chilena, hasta llegar al molino, al pie de la posición de la artillería Salvo. Tropas aliadas llegaban al mismo tiempo, en grupos, al pozo de Porvenir. El mayor José de Cruz Salvo solicitó la venia de su jefe inmediato, el coronel Amunátegui, para hacer fuego sobre ellos. Obtenida ésta, disparó a las 3.10 el cañonazo que inició el combate.

El comando del Ejército aliado puso en ejecución el plan de ataque acordado oportunamente. Buendía inició el movimiento con el *ala derecha* en dirección al N. E. Llegado frente a las baterías del mayor Salvo, envió contra ellas dos batallones peruanos y dos bolivianos y uno más como reserva (Salvo disponía de un total de 63 hombres). Estos, reforzados por una fracción del Atacama, lograron rechazar el ataque. Los aliados fueron reforzados por una compañía y los artilleros chilenos, con la masa del Atacama.



Mayor Salvo y artillería en Dolores.

Acuarela de Julio Berríos S.

El general Buendía continuó su marcha y desplegó sus batallones al oriente de la estación del ferrocarril. Su avance tuvo por objetivo el pozo de Dolores; pero apenas estuvo al alcance de la artillería chilena de ese lado, fue recibido por el fuego certero de ésta y poco después por la fusilería del 3º de línea, ubicado en el cerrito de San Bartolo (al N. E. del pozo). Buendía insistió con admirable tenacidad en su ataque; pero fue siempre rechazado y debió, por último, emprender la retirada.

Igualmente rechazados fueron los ataques del centro y ala izquierda de los aliados, contra el centro y ala derecha de los chilenos. La reserva aliada, a la espalda de las divisiones de Suárez, se mantuvo inactiva y fuera del alcance de los nuestros. "El rechazo de los repetidos asaltos contra la posición de Salvo; el resuelto contraataque del Atacama; el resultado desfavorable de las repetidas ofensivas de Buendía en dirección al Pozo de Dolores; la fuga de esas tropas después de su último ataque y, más que todo, el pánico que se apoderó de las tropas bolivianas de Villamil (ala W), abatieron por completo la moral del Ejército aliado. Después de escasas dos horas de combate, desistió de su ofensiva y comenzó a retirarse como a las 5 P. M."

La caballería aliada que, desde su colocación primitiva al oriente de Porvenir, había avanzado por la pampa en dirección al N. E., no había encontrado a quién combatir. Fue la primera en escapar por la llanura, sin hacer caso de los llamados que se le dirigían, a fin de proteger la retirada de su infantería. (columna este).

Las divisiones Suárez y Cáceres se retiraron en orden y llegaron a formar el núcleo alrededor del cual se logró reunir un reducido número de fugitivos de las tropas de Buendía y Villamil. Estos jefes llegaron a congregarse así unos 4.500 soldados y 12 cañones al sur del establecimiento de Porvenir. La infantería chilena no inició la persecución inmediata; pero poco después de las 5.30 se ordenó a tres de sus batallones dirigirse a Porvenir, en tanto otros dos apoyarían el movimiento por la pampa al lado de la vía férrea. Nuestra infantería fue recibida en Porvenir por el fuego de los aliados y se le dieron pronto órdenes de volver a sus posiciones, en vista de que empezaba a oscurecer. El Comando chileno esperaba reiniciar el combate al día siguiente, con la firme resolución de completar su victoria del 19.

El coronel Suárez, que había tomado el mando de las fuerzas reunidas en Porvenir, al observar que ni el general Buendía ni sus tropas, ni mucho menos las tropas bolivianas de Pedro Villamil volvían al campo de batalla, comprendió que sería destruido si amanecía en el lugar al día siguiente. Resolvió, en consecuencia, levantar su campamento a la medianoche, sin ser visto ni sentido por los chilenos. Se dirigió primero al este para alejarse de allí y tomar, más tarde, el camino de Tiliviche, (al norte). La pampa del Tamarugal estaba envuelta esa noche en densa camanchaca; los guías se desorientaron y los aliados no pudieron avanzar. Al aclarar el día 20, se levantó la neblina y el coronel Suárez pudo enderezar su marcha al S. E., en dirección a la aldea de Tarapacá. Debió abandonar su idea de ir a Tiliviche, pues el camino quedaba demasiado cerca de las posiciones del Ejército chileno. Una patrulla se

aproximó antes de aclarar el día 20 a Porvenir y pronto se convenció de que el Ejército aliado había abandonado esa localidad.

A pesar de la elevada temperatura de ese día (40° C) el coronel Suárez hizo caminar a sus tropas todo el día 20, hasta alcanzar el caserío de Curaña, donde encontraron un pozo que les proporcionó agua en la cantidad suficiente. Se continuó la marcha en la tarde del 21 y se llegó a Tarapacá el día 22. Se encontraban allí los generales Buendía y Villamil y parte de las tropas, todos ellos fugitivos del campo de batalla de Dolores. Buendía y Suárez tomaron la resolución de retirarse a Arica y se envió orden telegráfica al coronel José Miguel Ríos, en Iquique, marchase con su 5ª división a reunirse con ellos.

De los 6.500 chilenos que combatieron el 19 hubo 6 oficiales y 55 soldados muertos; 13 oficiales y 164 soldados heridos. De los 9.000 aliados, se calcula que hubo unas 3.000 bajas entre muertos, heridos, prisioneros y desaparecidos.

II

Durante el combate, el coronel Sotomayor, y después del combate el general Escala (que apareció en el campo de batalla recién obtenida la victoria), pidieron por telégrafo refuerzos al Ministro Sotomayor a Pisagua. Ambos estaban convencidos de que la decisión tendría lugar al día siguiente. Solicitaban al Ministro enviase municiones de artillería y de infantería y el coronel Sotomayor despachó un tren a Jazpampa en busca de esos bastimentos. El Ministro pudo organizar, en la noche, un convoy con 200 mulas cargadas, escoltado por 120 cazadores a caballo e hizo salir de Pisagua un tren cargado con víveres y otros pertrechos.

El único que intuyó la verdad, a pesar de no haberse movido de Pisagua, fue el general don Manuel Baquedano, quien sostuvo que el enemigo se retiraría en la noche del 19. Sugirió al Ministro enviara orden al General en Jefe de perseguir al enemigo.

Se ha censurado, por otra parte, al general Escala por no haber dispuesto la persecución de los derrotados en Dolores. La verdad es que el general ordenó al regimiento Cazadores a caballo pasar la noche en la pampa, a fin de que al amanecer marchara sobre Porvenir y tomara contacto con el enemigo. Nada se pudo hacer debido a la presencia de la camanchaca. Al aclarar, una compañía de cazadores en su avance sobre Porvenir, tuvo un violento encuentro con una compañía de Cazadores del Cuzco. De ello y de la retirada del enemigo informó al General en Jefe. Este dictó en el acto la siguiente orden: "Alistese la División comandada por el coronel don Luis Arteaga para marchar en persecución del enemigo tan pronto como se despeje la bruma: el jefe de bagaje requisará todas las mulas de propiedad privada para conducir agua; el jefe de la estación preparará dos trenes para el transporte de víveres, forrajes y municiones, servicios que serán atendidos por los jefes de la Intendencia y del parque". (20 de noviembre).

El general Escala puso en conocimiento del Ministro, a través del telégrafo, las medidas tomadas para la persecución del adversario y por

toda contestación recibió de este último el siguiente telegrama: "No haga nada. Voy primer tren conferenciando con Usía". Efectivamente, se realizó la anunciada conferencia y en ella se convino que, organizados los medios de subsistencia y de transporte, el general marcharía sobre Iquique con una división de 2.000 hombres; el Ministro iría con otra de 1.000 por mar y, una vez que Escala llegase frente a Iquique, se intimaría rendición a la ciudad.

E.—Batalla de Tarapacá

I

Croquis N° 54

En la suposición de que pudiera haber fugitivos de Dolores en Pozo Almonte y La Noria, se confió una misión de reconocimiento al regimiento Cazadores a Caballo, en dirección a Pozo Almonte-La Noria-Iquique. El 24 de noviembre llegó a Peña Grande (oficina Grl. Baquedano más tarde) la compañía de vanguardia (capitán Sofanor Parra) y prosiguió hasta Pozo Almonte. El mismo día 24 fueron sorprendidos en la proximidad de Peña Grande unos arrieros que llegaban de Tarapacá con orden de conducir allá el archivo del Estado Mayor del Ejército aliado, que había sido olvidado en la retirada a raíz de la derrota de Dolores. Los arrieros contaron que en Tarapacá había de 4 a 5.000 soldados de infantería con el general Buendía; que éstos estaban escasos de víveres y que el general pensaba retirarse a Tacna o a Arica, tan pronto como se les reuniera la división Ríos, en esos momentos en Iquique.

El coronel Sotomayor (que marchaba con la tropa de Cazadores) informó de estas novedades al C. G. de Escala en Dolores por intermedio de un estafeta montado. Parece que éste no llegó a su destino, probablemente por haberse extraviado de ruta o por haber sido sorprendido y muerto por el enemigo.

El mismo 24 de noviembre el general Escala no tenía otras noticias sobre el enemigo que las que le proporcionara el general boliviano Carlos Villegas —encontrado herido en el hospital de guerra de Porvenir— y que se limitaban a que "Suárez había salvado cerca de 1.000 hombres". D. José Francisco Vergara se ofreció a ejecutar un reconocimiento a Tarapacá a la cabeza de una compañía de Granaderos a caballo. El general Escala aceptó el ofrecimiento de su secretario y agregó a las fuerzas que solicitaba 2 compañías de zapadores y una sección de artillería. Total general: 400 soldados y 2 piezas de artillería de montaña. Esta gente iba a emprender una marcha de 70 y tantos kilómetros a través del desierto, con sólo una ración de víveres, el agua de sus cantimploras y la munición que le quedaba en las cartucheras después del combate de Dolores. La partida se fijó para el mismo 24 de noviembre. En la mañana del 25, el destacamento aprehendió en Dibujo un arriero argentino, quien informó que "las tropas peruanas en Tarapacá no pasaban de 1.500 hombres". Vergara estimó conveniente enviar a su ayudante a Santa Catalina, para pedir un refuerzo de 500 soldados del 2º de línea. El general ordenó que el coronel don Luis Arteaga al frente de su división (1.900 hombres) marchara en socorro de Vergara.

El coronel Arteaga reunió un "ligero parque y algunos víveres" (Ekdahl), repartió 150 cartuchos por hombre y salió el día 25 en la tarde. Las tropas llevaban víveres para dos días.

Ambas columnas expedicionarias se reunieron, al fin, a medianoche del 26 al 27, en Isluga (15 Km. al W. de la quebrada de Tarapacá). Mientras esperaban allí a la división Arteaga, Vergara había aprovechado la tarde del 26 para reconocer al enemigo. Acompañado por el capitán Andrés Laiseca se adelantó hasta la vecindad de la boca de la quebrada, a donde llegó muy a tiempo para observar a la división Ríos, que en esos momentos llegaba procedente de Iquique, extenuada y en un completo desorden. El reconocimiento no dio mayores noticias del enemigo. Vergara siguió creyendo, pues, que en Tarapacá no había más de los 1.500 hombres que —según las noticias que se tenían antes— se habían refugiado allí después de la retirada de Dolores. Sumados a ellos los 800 de la división Ríos, estos enemigos ahora reunidos en Tarapacá apenas si alcanzarían una fuerza total de 2.300 soldados.

En Isluga no había agua potable. Los soldados de Vergara que estaban muy hambrientos y sedientos, habían esperado ansiosos la llegada de las tropas de Arteaga, ilusionados con la idea de que les traería agua y víveres. Su decepción fue tremenda al saber que no había tal...

II

En la noche del 26 al 27 de noviembre, el coronel Arteaga elaboró, con la colaboración de Vergara y del comandante Santa Cruz, su plan para el ataque del día siguiente. Partiendo de la base que los vencidos de Dolores no presentarían resistencia y que, por consiguiente, era factible cercarlos y tomarlos prisioneros, se acordó el siguiente plan:

Columna norte: comandante Ricardo Santa Cruz (2 compañías de Zapadores, 1 compañía del 2º de línea, 1 compañía de Granaderos a caballo, 2 piezas de artillería). Total: 500 hombres. Objetivo: Quillahua-sa. Misión: cortar la retirada del enemigo, por la pampa al norte.

Columna sur: comandante Eleuterio Ramírez (7 compañías del 2º de línea, 2 piezas de artillería de montaña de la Artillería de Marina, pelotón de Cazadores a caballo). 950 hombres. Por la entrada sur de la quebrada Huaracña, a través del fondo de la misma, en dirección a Tarapacá, para atacar frontalmente la posición peruana, empujando al enemigo contra la columna Santa Cruz.

Columna de reserva: coronel Luis Arteaga (batallón Chacabuco, regimiento Artillería de Marina (su infantería) y 2 piezas de artillería). 850 soldados. Avance a través de la pampa, por la altura, hasta alcanzar el pueblo de Tarapacá, en apoyo del ataque frontal de la columna Ramírez.

III

De los 5.000 y tantos hombres que había en Tarapacá, el general Buendía había enviado el día 25 a Pachica dos divisiones (divisiones Dávila y Herrera) de una fuerza total de 1.381 soldados. Deberían formar

ellas el primer escalón de marcha en la retirada a Arica. Las demás divisiones reiniciarían la marcha el día 27. Quedaban en Tarapacá en la mañana de ese día unos 4.000 soldados aliados.

El movimiento de las tropas chilenas se inició muy de madrugada. La columna Santa Cruz, que debía recorrer el camino más largo, levantó su vivac en Isluga a las 3,30 de la mañana. Las otras dos columnas lo hicieron una hora más tarde.

La espesa camanchaca que se extendía sobre la pampa, llevó a extraviarse muy pronto a la columna Santa Cruz. En lugar de tomar la senda correspondiente, entró en una que se dirigía a Tarapacá, el objetivo de la columna Arteaga. Cuando dos horas más tarde el sol ahuyentó la neblina, Santa Cruz observó que se encontraba al borde de la quebrada y pudo ver a la columna Ramírez que avanzaba por el fondo de ésta hacia el norte. Eran las 7 de la mañana. Santa Cruz reinició su marcha en dirección a Quillahuasa, su verdadero objetivo. Y adelantó a la compañía de Granaderos a caballo, con la misión de apoderarse de la aguada de ese punto. Habría deseado que la artillería acompañase a la caballería; pero las mulas no fueron capaces de avanzar a causa de lo pesado del camino y del calor intenso que reinaba en esos instantes.

Como marchaba al borde de la quebrada, la columna Santa Cruz fue vista por unos arrieros que subían a la pampa por el sendero del pueblo de Tarapacá. Volvieron rápidamente cuesta abajo a informar de la novedad al Comando del Ejército peruano. Comprendiendo que la sorpresa había fracasado, el mayor Exequiel Fuentes pidió autorización para abrir el fuego de sus cañones contra la tropa enemiga, que corría a las armas y se preparaba a resistir. Santa Cruz estimó que eso sería faltar a las órdenes recibidas y prosiguió su avance hacia Quillahuasa.

Los jefes peruanos comprendieron, en el acto, que como primera medida debían extraer sus tropas del fondo de la quebrada. La división Cáceres comenzó a trepar inmediatamente por el sendero que, desde Tarapacá, asciende a los cerros del poniente. La división Bedoya recibió órdenes de seguir a la de Cáceres. La división Bolognesi coronó las alturas que dominaban por el oriente a Tarapacá y la división Ríos ocupó una posición en el cerro Redondo, al norte de la posición de la división Bolognesi, casi rectamente al este de Quillahuasa.

Mientras tanto, el general Buendía enviaba a unos de sus ayudantes a Pachica, en busca de las divisiones Dávila y Herrera.

Eran las 9 de la mañana cuando el comandante Santa Cruz ordenó hacer alto a la cabeza de la columna, en la pampa, como unos 700 metros al norte de Tarapacá, para dar descanso a su fatigada tropa. Una hora más tarde los batallones Zepita y Dos de Mayo, instalados en la parte alta, rompieron sus fuegos contra la columna Santa Cruz y avanzaron, pronto, al ataque. El combate se sostuvo por más de media hora, hasta el momento que fueron arrebatados los cañones por el enemigo. Este había sido reforzado por la división Bedoya (dos batallones), de manera que combatían 400 soldados chilenos contra 1.500 peruanos. Llegó un momento en que se vieron obligados a replegarse, completamente diseminados y los testigos de la acción calculaban que en la primera ho-

ra de lucha (10 a 11 de la mañana) habían perdido la tercera parte de sus efectivos. Los peruanos esperaban concluir pronto con estas escasas y dispersas fuerzas, cuando los chilenos fueron socorridos por el coronel Arteaga.

Las tropas de este último avanzaban 5 Km. detrás de la agrupación Santa Cruz. Pero apenas oyeron el ruido de sus cañones y de la fusilería, se adelantaron al trote y pudieron entrar en combate una hora más tarde al lado de aquéllos. El bando chileno se afirmó momentáneamente, a pesar de la fatiga, del calor intenso y de la sed consiguiente. Mientras tanto había subido a la pampa el grueso de la división Ríos. "Cinco veces —dice la relación de un testigo peruano— fueron rechazados los chilenos, volviendo otras tantas a organizarse y a atacar con el mismo tesón". Tuvieron que ceder terreno, empero, ante la superioridad numérica adversaria y la escasez creciente de municiones.

A eso del mediodía, la línea de combate de la agrupación Arteaga había llegado hasta la loma inmediatamente al norte de Huaraciña. Aprovechando que, en esos momentos, la caballería enviada a Quillahuasa estaba de vuelta, Arteaga le dio la orden de cargar. Tan repentina y violenta fue la acción de los granaderos, que los jefes peruanos no tuvieron tiempo de formar los cuadros contra caballería y optaron por retroceder sin esperar el choque. Sólo uno que otro grupo, que no alcanzó a retirarse a tiempo, cayó bajo el filo de los sables. La masa peruana continuó su repliegue hacia el norte, hasta las lomas del S. W. de Tarapacá.

Así terminó la primera fase de la sangrienta jornada de este sector del campo de batalla. Eran las 2 de la tarde.

IV

La columna sur (comandante Eleuterio Ramírez) se había separado de la columna Arteaga, al venir el día, en Huaraciña, para descender al fondo de la quebrada y avanzar por allí hasta Tarapacá. La curva del valle y el cerro al sur de la población de Tarapacá no permitieron al comandante chileno ver las fuerzas que las defendían en el bajo; pero sí a la división Bolognesi, que estaba ya desplegada enfrente de la aldea, en la cuesta de la Visagra y las colinas y cerros del naciente (cerro de Tarapacá). El comandante Ramírez mandó al mayor Liborio Echáñez con dos compañías del 2º de línea a apoderarse de la cuesta de la Visagra. El comandante avanzó con las restantes 5 compañías, por el fondo de la quebrada sobre la población de Tarapacá. Estas compañías llegaron sin dificultad hasta los aledaños del pueblo; pero, al pasar frente a la puntilla que se alza inmediatamente delante, fueron recibidas por los violentos fuegos del batallón Arequipa, desde las casas de Tarapacá. Los comandantes Ramírez y Vivar, sin embargo, prosiguieron su ataque con un empuje irresistible hasta la plaza misma del pueblo. Los defensores fueron eficazmente ayudados por los fuegos de las fuerzas de la división Ríos desde el cerro Tarapacá. Ramírez envió a dos de sus compañías a apoderarse de este cerro.

Los tiradores de la división Ríos recibieron a estas dos compañías con fuegos terriblemente mortíferos y éstas tuvieron que desistir de su ataque y emprender el repliegue, luego de haber sufrido numerosas bajas.

Algo similar les ocurrió a las compañías del mayor Echániz en la cuesta de la Visagra. Debieron retirarse en dirección a Huaracña, pero sin descender al fondo del valle. En cuanto a las unidades que atacaban al pueblo, no pudieron tampoco sostenerse. Fusiladas por los fuegos concentrados del adversario, las 5 compañías (las dos enviadas al cerro Tarapacá y las tres de Ramírez) siguieron batiéndose en retirada en dirección a Huaracña, por el fondo del valle. Parece que fue entonces cuando murieron los comandantes Ramírez y Vivar, ambos del 2º de línea. El grueso de la división Ríos subió en los mismos instantes a la pampa del oeste y se trabó en combate con las agrupaciones Arteaga y Santa Cruz.

Al cabo de una lucha de tres horas se reunieron alrededor de Huaracña los restos de las 7 compañías del 2º de línea. Al comienzo, los peruanos persiguieron a las tropas chilenas desde Tarapacá y cerro Tarapacá. Pero pronto los perseguidores que no subieron a la pampa del oeste, volvieron a sus posiciones alrededor de Tarapacá.

Con eso cesó el combate en el fondo de la quebrada.

Al primer aviso de la llegada de las fuerzas chilenas, el general Buendía había enviado a buscar las divisiones Herrera y Dávila, que ya estaban en Pachica. Las dos divisiones emprendieron el regreso y estuvieron en el campo de batalla a las 3,45 de la tarde. Contando con que las bajas del combate habían reducido el número de adversarios, resolvió el comando peruano atacarlos y envolverlos. Con este fin avanzaron las divisiones Dávila, Cáceres, Bedoya y Ríos por los cerros y la pampa al poniente de la quebrada en dirección a Huaracña.

Los chilenos descansaban descuidadamente al lado del río, alrededor de San Lorenzo y Huaracña. A la primera descarga peruana, a las 4 de la tarde, corrieron en busca de sus armas y caballos, estos últimos sin bridas para que pudieran beber agua y pastar. Buscaron, en seguida, la salvación en la altura. Retrocediendo ante la inmensa superioridad numérica del enemigo, defendieron el terreno palmo a palmo durante más de una hora. El coronel Arteaga ordenó al comandante José Ramón Vidaurre ocuparse con los restos de su regimiento de Artillería de Marina las casas de Huaracña. Y esta decisión contribuyó a salvar los diezmados restos de las fuerzas chilenas.

Serían las 5,30 de la tarde cuando el coronel dio la orden de retirada general de la pampa de Isluga en dirección a Dibujo. La persecución continuó por espacio de 10 km.; pero como oscurecía, desistieron los peruanos de proseguirla a partir de las 7 de la tarde.

Las bajas chilenas fueron muy subidas: 516 muertos y 179 heridos, vale decir el 30,26% de la fuerza total (2.300 hombres). Las bajas peruanas comprendieron 236 muertos y 261 heridos, es decir el 10% total (5.381 hombres).

F.—La retirada del Ejército peruano.

En la noche del 27 al 28 de noviembre el general Buendía emprendió su marcha hacia Tacna, a través de los accidentados senderos en las faldas de la cordillera, el principal de los cuales es el que pasa por Pachica — Arikilda — Catatambo — Suca — y Camarones. Los habitantes de los pueblos vecinos al campo de batalla y los escasos civiles que habían llegado de Iquique con la división Ríos, se reunieron a las divisiones peruanas, pues tenían las represalias de las tropas chilenas. El 27 de diciembre después de 20 días de marcha, sufriendo toda clase de penurias, llegó a Arica el general Buendía con los restos de su Ejército, unos 3.700 soldados, “desnudos, descalzos, pareciendo cadáveres y la décima parte sin fusiles”, al decir de un testigo presencial.

El Comandante de la Plaza de Arica y Comandante del Ejército del departamento de Moquegua, contralmirante don Lizardo Montero, impuso arresto a Buendía y a Suárez y les hizo quitar sus espadas.

Durante esta prolongada y penosa marcha sólo una vez estuvo el Ejército peruano en peligro de chocar con las fuerzas chilenas. Fue entre las quebradas de Tana (o Camiña) y la de Suca. El Ministro Sotomayor había ordenado por telégrafo al general Baquedano dispusiera la persecución del enemigo por la caballería. El general transmitió la orden al comandante don Tomás Yávar, quien se encontraba con su regimiento Granaderos a caballo en Tiliviche (al E. de Pisagua). Yávar partió con 300 jinetes por el camino a Tana. Allí tuvo noticias de que el Ejército peruano se acercaba a Suca. Al encaminarse hacia este punto, supo por un jinete peruano que sus compatriotas habían pasado ya al norte de Suca. El comandante Yávar dio con esto por terminada su misión y regresó a su campamento.

Respecto a las consecuencias de la campaña, interesante es transcribir algunos de los conceptos emitidos por el *Nacional de Lima*, en su editorial del 29 de noviembre de 1879. Expresa, entre otras cosas, el citado editorial:

“En el corto espacio de cuarenta días, ha ido muy lejos el triste itinerario de nuestros desastres, y los días 8 de octubre, 2, 19 y 20 de noviembre, recordando las fechas nefastas de Angamos, Pisagua, San Francisco, Iquique, llevarán a la posteridad en los broncees de la historia todo este cúmulo de desgracias:

“La pérdida de nuestro poder marítimo.

“La pérdida de nuestros mejores blindados.

“La pérdida del contralmirante Grau, y nuestros más dignos marinos.

“La pérdida de la campaña naval.

“La pérdida de Pisagua.

“La pérdida de su fortificación y artillería.

“La pérdida de muchos de nuestros soldados, muertos, heridos y prisioneros.

"La pérdida de una vía férrea militar de 50 millas, y las importantes posiciones de Hospicio, Dolores, Santa Catalina y entremedio de éstas.

"La inexpugnable y estratégica altura de San Francisco.

"La pérdida de nuestros parques, armamentos y cañones.

"La pérdida de nuestros almacenes y depósitos de víveres.

"La pérdida de la primera campaña terrestre.

"La pérdida de Iquique con sus fortificaciones, artillería, ferrocarril de 56 millas y sus telégrafos".

"La pérdida de Patillo con sus ferrocarriles y telégrafos hasta Lagunas". (Citado por Machuca).

Los resultados de la campaña de Tarapacá influyeron poderosamente en la marcha política del Perú y Bolivia. Una revolución en Lima y El Callao llevó al poder a D. Nicolás de Piérola y en los mismos días el Presidente Daza, de Bolivia, era depuesto por sus tropas y el pueblo de La Paz. En su lugar quedó D. Narciso Campero.

G.—Conclusiones Militares.

1.—*Los objetivos estratégicos.*

Después de las victorias obtenidas en la ocupación de Antofagasta y en la campaña marítima, el objetivo político chileno fue más ambicioso, y ya no sólo se buscó asegurar la soberanía chilena entre los paralelos 23° y 25° sur, sino que obtener de los adversarios compensaciones favorables en cuanto a territorio se refiere. Particularmente se trató, entonces, de conquistar para Chile el departamento peruano de Tarapacá.

Este nuevo objetivo político impuso al Ejército la necesidad de buscar la destrucción de las fuerzas peruano-bolivianas de Tarapacá como objetivo estratégico de la campaña que se iniciaría; y a la Armada, ejercer el dominio del mar para facilitar los transportes marítimos propios e impedir los adversarios de tal manera de aislar el Teatro de Operaciones.

Para los aliados, el objetivo estratégico pasó a ser solamente el de contener a las fuerzas chilenas, a fin de impedirles alcanzar, a través de la victoria militar en Tarapacá, el objetivo político que el gobierno se había fijado. Es decir, de ser ofensores y de entrar a la guerra con la iniciativa político-estratégica, habían llegado a ser defensores y a someterse a la voluntad del enemigo.

2.—*Los planes de campaña.*

a) *Chileno*

El Presidente Pinto dio al Ministro Sotomayor la responsabilidad de planificar la nueva campaña dentro de algunas líneas matrices.

Esas líneas matrices eran las siguientes:

—Desembarco en Tarapacá en algún lugar costero favorable.

—Penetración hacia el interior.

—Presentar una batalla defensiva para obligar al enemigo a atacar.

De esto resultaba que, si bien en lo estratégico se aseguraba la iniciativa, ella se iría a perder en la ejecución táctica, ya que se esperaba que fueran los aliados los que atacaran en lugar de hacerlo los mismos chilenos. Este fue el error inicial que influyó en la ejecución de toda la campaña, y que si bien permitió la obtención del objetivo político, ocupar Tarapacá, no hizo posible el logro del objetivo estratégico, la destrucción de las fuerzas militares aliadas.

Se presentaban tres alternativas de desembarco para las fuerzas de invasión:

—Iquique, lugar que fue desechado, ya que se trataba del principal puerto peruano del litoral sur.

—Junín, lugar con escasas condiciones hidrográficas para un desembarco.

—Pisagua, puerto también ocupado por tropas aliadas, pero que tenía la ventaja de permitir, con su ocupación, cortar la retirada hacia el norte de las fuerzas enemigas concentradas en los alrededores de Iquique.

Se seleccionaron 2 de las alternativas: Junín para desembarcar parte de las fuerzas y Pisagua como puerto de ataque para la masa del Ejército. Esto significó, más adelante, una lamentable dispersión de las fuerzas, por cuanto las que desembarcaron en Junín no tuvieron ningún empleo efectivo.

b) Aliado

Los aliados no tenían un plan definido para hacer frente a una invasión chilena en Tarapacá. Existía la idea de reunir todas las fuerzas aliadas, pero ella no se concretó. Sólo una vez que se produjo el desembarco en Pisagua hubo una reacción aliada; pero de carácter muy general, ya que se pensó en reunir en Tana las tropas de Daza que marcharían desde Tacna, y las de Buendía, que lo harían desde Iquique. El objetivo de esa reunión no fue establecido claramente.

3.—El desembarco en Pisagua.

Por parte de las fuerzas chilenas fue una acción muy bien coordinada y ejecutada con precisión. *Sólo cabe criticar la dispersión de medios que se hizo al destacar, sin objeto ninguno, parte de las fuerzas para que desembarcaran en Junín.*

Por parte de los aliados, no hubo una reacción adecuada; fuerzas que pudieron concurrir a contener el desembarco, no lo hicieron.

Con este desembarco, las fuerzas chilenas se ubicaron como cuña entre el Ejército aliado de Tarapacá y el de Tacna, situación que pudo haber sido peligrosa de haber el mando aliado actuado convenientemente y haberse realizado el avance de las fuerzas de Daza más al sur de Camarones.

4.—*Los desplazamientos previos a la batalla de Dolores.*

a) *De los aliados.*

Las fuerzas aliadas de Tarapacá procedieron convenientemente al avanzar hacia el norte y concentrarse con una potencialidad muy adecuada en los alrededores de Pozo Almonte.

Esta fuerza, en conjunción con la del general Daza que avanzaría desde Tana, podría significar un evidente peligro para la penetración chilena. Sin embargo, el movimiento de las fuerzas de Daza sólo llegó hasta Camarones, por lo que la acción conjunta no se realizó.

No se conocen exactamente las causas que motivaron la detención de Daza y su posterior contramarcha; pero se estima que ello fue un error evidente, y se estimó asimismo que tuvo un significado negativo para el curso de la guerra por parte de los aliados.

b) *De los chilenos.*

Los movimientos y desplazamientos de las fuerzas chilenas entre el desembarco en Pisagua y la batalla de Dolores significaron una dispersión muy desfavorable de fuerzas y fueron el producto de una descoordinación del mando y de falta de antecedentes sobre el adversario. Así, el Ejército chileno se presentó a la batalla de Dolores, que debía ser la decisiva de la campaña, en condiciones poco adecuadas para conseguir el objetivo estratégico, que no debía ser otro que el aniquilamiento del Ejército del general Buendía.

5.—*Las batallas de Dolores y de Tarapacá.*

La batalla de Tarapacá fue la lógica consecuencia de los errores cometidos por el mando chileno en la batalla de Dolores. En esta última, por falta de potencialidad suficiente, sólo se contuvo a las fuerzas enemigas, sin llegar a destruirlas mediante una contraofensiva y una posterior persecución. Esto dio base para que el Ejército aliado se reuniera en Tarapacá, perdiéndose así la oportunidad para haber finalizado allí la campaña.

Tarapacá mismo fue un error producido inicialmente por una inadecuada exploración. El comandante Vergara, en base a una estimación insegura, informó equivocadamente sobre la potencia de las fuerzas aliadas reunidas en la quebrada.

Es indudable que este error inicial no fue el único; el desarrollo mismo de la acción táctica por parte de las fuerzas chilenas fue totalmente contrario a la realidad que se vivía en cuanto a medios propios, al terreno y a los medios enemigos.

Hubo una total descoordinación entre las columnas chilenas que deberían avanzar por el alto y la que tenía que hacerlo por el fondo de la quebrada. Así, esta última se vio enfrentada a fuerzas enemigas superiores y mejor ubicadas, sin poder contar con el apoyo de las otras columnas.

6.—*El resultado de la campaña.*

Tal como se expresó anteriormente, con la campaña de Tarapacá se logró el objetivo político, cual era conquistar ese territorio, pero no se alcanzó el estratégico, que debió ser la destrucción de las fuerzas aliadas que lo ocupaban.

De esta manera, esas fuerzas que se sustrajeron a la derrota, pudieron nuevamente enfrentar a las chilenas en una nueva campaña, con lo cual la guerra se prolongó más allá de lo inicialmente previsto.

V.—CAMPAÑA DE TACNA Y ARICA.

A.—Intervalo entre dos campañas.

I

“Los dos caudillos agresores eran dos prófugos; sus campamentos, dos montoneras; su mar, un lago de Chile”, escribió Vicuña Mackenna al caracterizar la situación de entonces. Era el momento preciso, advierte Ekdahl, de “una acción rápida de parte de los vencedores de Pisagua y San Francisco fuera sobre la línea de Tacna y Arica, fuera sobre la del Callao y Lima”.

Transcurrieron, sin embargo, tres meses entre la batalla de Tarapacá y la iniciación de la nueva ofensiva chilena en el departamento de Moquegua, a pesar de las sugerencias en este sentido del Ministro de Guerra en campaña, inmediatamente después de la acción de Dolores.

Este largo compás de espera se debió exclusivamente a las prematuras gestiones de paz del Presidente Pinto y de su Ministro Santa María con el adversario y a su creencia de que Bolivia dejaría al Perú abandonado a su suerte. La marcha zigzagueante de las negociaciones diplomáticas influyó notablemente en los planes de operaciones y, por ende, en la iniciación de la campaña de Moquegua - Tacna.

Las únicas operaciones activas realizadas en esta época fueron cierto número de incursiones en la provincia de Tarapacá y en la provincia boliviana de Lipez, más una expedición con fuerzas reducidas al departamento de Moquegua.

Mientras tanto Piérola demostraba —desde el primer momento— una energía que excedía en mucho a la empleada por el Gobierno de Prado para acrecentar los recursos bélicos de su país. Empezó por hacer efectiva la ley del Servicio Militar Obligatorio. Llamó a las armas a todos los varones de 18 años para arriba: de los 18 a 30 debían formar el Ejército activo; los de 30 a 50, la reserva movilizada y de los 50 y más, la reserva sedentaria. A costa de dificultades enormes, logró un aumento considerable en el armamento de las tropas nuevas que iban a constituir el Ejército nacional. Consiguió el dinero que necesitaba

para robustecer considerablemente la defensa nacional, por intermedio de la casa bancaria israelita Dreyfus, nacionalizada en Francia y que, desde años atrás, proporcionaba fondos al Gobierno peruano, en condiciones por demás onerosas para el Fisco de este último.

En cuanto a Bolivia, se recordará que un motín militar el 1º de enero de 1880 obligó al Presidente Daza a abandonar el continente sudamericano. Una junta provisoria constituida entonces ofreció la Presidencia al general don Narciso Campero. Campero aceptó el puesto, tomó el mando del Ejército en campaña y se dirigió pronto al teatro de operaciones, luego de organizar una nueva división, de la cual un solo batallón llegó al frente.

II

A pesar de la vigilancia que la Escuadra chilena trataba de ejercer en la costa peruana, *La Unión* y el *Limarí* lograron salir de El Callao. *La Unión* pudo desembarcar víveres, fusiles y torpedos en Mollendo, que fueron enviados al Ejército en Tacna y al puerto de Arica.

Informado de estas novedades, el Ministro Sotomayor resolvió enviar una expedición sobre Ilo, a fin de capturar el convoy terrestre que conducía los pertrechos de guerra, desembarcados por *La Unión*. Simultáneamente, debía la fuerza expedicionaria apoderarse de las lanchas que existían en la caleta de Ilo, para transporte del Ejército en el momento de iniciar las operaciones. Debía utilizar, además, la línea férrea Ilo - Moquegua y acumular antecedentes sobre la topografía (especialmente viabilidad) de la comarca entre Ilo y Tacna.

El 29 de diciembre se embarcó en el *Copiapó*, fondeado en la rada de Pisagua, un batallón del regimiento Lautaro (500 hombres), 12 granaderos (desmontados) y un pelotón de pontoneros. Unos 550 soldados en total, a las órdenes del teniente coronel D. Aristides Martínez. En la noche del 30 al 31 de diciembre fondeó el barco en la caleta de Ilo. En esta caleta y en Pacocha había una pequeña guarnición de 20 cívicos, que emprendieron precipitada fuga a los primeros disparos. Convenía, de todas maneras, dificultar en lo posible la divulgación de la llegada de chilenos allí, para lo cual fue cortada la línea telegráfica a Moquegua, guarnecida entonces por unos 300 a 450 hombres.

Los jefes chilenos proyectaron pasar el día de Año Nuevo en Moquegua, a donde se trasladó la columna en ferrocarril. Al llegar a su objetivo, el comandante Martínez desembarcó su tropa e instaló los dos cañones Krupp en la altura que domina la ciudad. La guarnición militar había evacuado ya la plaza y retirábase de Los Angeles, situada inmediatamente al N. E.

En la mañana del 1º de enero se presentó a Martínez una comisión de extranjeros residentes en Moquegua, para informarle de la retirada de la guarnición y de la indefensión absoluta del lugar. Los chilenos entraron a la población al son de la Canción Nacional, almorzaron en ella y emprendieron el regreso a la costa esa misma tarde. En Ilo se apoderó la expedición de algunos botes e inutilizó las locomotoras del ferrocarril y al amanecer del 4 de enero estaba de regreso en Pisagua.

B.—Planificación.

La opinión pública en general y, muy especialmente, los círculos políticos de la oposición continuaban reclamando una ofensiva inmediata y resuelta contra el corazón del Perú. El Ejército debía dirigirse rectamente sobre Lima, conducido por la Escuadra al mismo El Callao o a alguna caleta vecina. El Ministro Sotomayor era también de esta opinión, como lo prueban sus comunicaciones con el Gobierno, inmediatamente después de la batalla de Dolores. Su idea era dar seguridad a la provincia de Tarapacá con una división de 6.000 hombres, mientras “se diera el último golpe al Perú en su capital, desembarcando en Ancón u otro punto próximo al Callao con un Ejército de 10.000 hombres ya probados en los combates”. (21 de noviembre).

Pero el Presidente Pinto, como algunos de sus ministros, era adversario decidido de la expedición a Lima, que consideraba “una fantástica locura”. Se hacían todavía ilusiones sobre la posibilidad de separar a Bolivia del Perú, con la promesa de cedérsele Moquegua, Tacna y Arica en compensación del supuestamente perdido litoral al sur del Loa. Con fecha 8 de diciembre, sin embargo, un oficio ministerial comunicó al Ministro de guerra que la nueva campaña se dirigiría contra Tacna y Arica. El día 9 (cuando aún no llegaba, naturalmente, el citado oficio ministerial) el general Escala sugería a Sotomayor pidiera órdenes al Gobierno para emprender la ofensiva.

Sotomayor le ofició a su vez, con fecha 13 de diciembre, para preguntarle dónde, a su juicio, debían dirigirse las próximas operaciones, señalándole —al mismo tiempo— la necesidad de estudiar de antemano el problema de transporte del agua, de los víveres, forraje y material de guerra que habría de llevar consigo. Para este estudio previo le recomendaba cambiar ideas con el Almirante en Jefe de la Armada.

El General en Jefe consideraba que la operación contra Tacna y Arica encontraría enormes dificultades, sea que se avanzara desde Tarapacá por tierra, sea que lo fuera por mar y se desembarcara en Ilo. Tampoco consideraba conveniente forzar la entrada a Arica, pues las fortificaciones harían la operación muy arriesgada, amén de que ello permitiría a las fuerzas aliadas que eventualmente fueran arrojadas de la plaza, unirse a las de Tacna. El general se pronunció, por consiguiente, en contra de la expedición sobre el departamento de Moquegua. Así lo hizo presente en el oficio contestación al Ministro y pidió permiso para dirigirse sobre Lima con los 12.000 hombres que tenía en Tarapacá, dejando esta última y la línea del Loa debidamente guarnecidas.

Cuando Sotomayor recibió este oficio del general, tenía ya en su poder la resolución del Gobierno de 8 de diciembre y había empezado los preparativos para su ejecución. Con fecha 31 comunicó al General en Jefe lo resuelto por el Gobierno, y le pidió manifestara el plan, “que a su juicio, debía seguirse en la campaña sobre Tacna y Arica”. Le recomendaba, además, consultar a los jefes militares sobre el particular. El general Escala se inclinó ante la resolución del Gobierno, pues —según manifestaba al coronel Saavedra— “estaba decidido a aceptar todo plan que tuviera por objeto sacar al Ejército de la inacción”.

Como los ataques de la opinión pública, del Parlamento y de la prensa arreciaran ante la inactividad del Gobierno, se resolvió en consejo de Ministros, consultar a los Comandantes en Jefe del Ejército y de la Armada sobre varios proyectos. (26 de diciembre). Uno de estos proyectos era bombardear Arica, pero "sin exponer nuestros buques a averías de consideración". Con este fin debía simularse un desembarque que induciría a la guarnición de Arica a abandonar las fortificaciones para esperar a los invasores en la playa abierta, donde los cañones de los buques chilenos darían cuenta de ella. Otro proyecto era aquél que el general Arteaga había ya rechazado meses antes: ejecutar expediciones parciales en la costa del Perú, una de las ideas predilectas del Presidente Pinto.

Respecto de la Escuadra, recomendaba el Gobierno que guardara a Pisagua y vigilara, al mismo tiempo, a Antofagasta y Tarapacá; además debía bloquear las costas del departamento de Moquegua, a fin de impedir el envío de refuerzos a Arica y Tacna y, por último, debía bloquear a El Callao y perseguir sin tregua a la *Unión*. Algunos buques debían recorrer el trayecto de El Callao a Panamá, para capturar los contrabandos de guerra que los aliados estaban importando por esa vía.

Como Sotomayor estaba ya preparando la marcha de su Ejército contra Tacna, vía Ilo —conforme a las anteriores instrucciones recibidas desde Santiago, a mediados de diciembre— y considerando además que no era posible cambiar planes todas las semanas, aprovechó la recomendación del oficio ministerial de 26 de diciembre, de consultar a los Comandantes en Jefe del Ejército y de la Armada sobre estos nuevos proyectos. El 6 de enero de 1880 reunió en Pisagua una junta de guerra a la que asistieron los jefes de la Armada y no el General en Jefe del Ejército. La junta de guerra llegó a la conclusión de que la nueva campaña debía dirigirse sobre Tacna, vía Ilo; que no convenía intentar el bombardeo de Arica, por ser los riesgos para los buques chilenos mucho mayores que las ventajas que podrían obtenerse; que no debían ejecutarse operaciones parciales en el litoral del Perú; que faltaban buques para bloquear El Callao, pero que los cruceros debían extenderse hasta dicho puerto y que no debían ir a Panamá, "sino con un objeto determinado".

Al día siguiente el Ministro de Guerra comunicó al general Escala el resultado de la deliberación del consejo de guerra.

El Gobierno y, especialmente, el Ministro de Guerra en campaña, consideraban indispensable reorganizar y aumentar el Ejército antes de iniciar la nueva campaña. Era preciso, también, proveer ampliamente al Ejército, para una campaña de tres meses en el desierto, en cuanto a equipo, víveres, forraje y medios de transportes terrestres y marítimos.

Con fecha 18 de diciembre formulaba el Presidente Pinto, en carta a Sotomayor, las modificaciones que consideraba indispensables:

"1º—Organizar el Ejército. Un buen Jefe de Estado Mayor es el alma del Ejército y nosotros no lo tenemos todavía".

"2º—Dividir el Ejército en divisiones..."

"3º—Organizar la intendencia: servicio de transporte, ya por ferrocarril, ya por mulas o carretas: telégrafos..."



Batería Krupp del Regto. Artillería N° 2, en Arica, 1880.



Tropa del 7º de línea en formación "en guerrilla".
Antofagasta, 1879.

"4º—Reparar los inconvenientes que hacen que nuestra caballería no preste servicios..."

Libre ya de atender en detalle los servicios logísticos, pudo el Ministro entrar de lleno en la reorganización del Ejército. Transcribió, además, la nota del Presidente al General en Jefe. Esta nota tardó cuatro días en llegar a Bearnés, donde se encontraba este último y llegó, precisamente, cuando el general se preocupaba de la solución de este problema y de dar a los Comandos de las Divisiones jefes de prestigio. En estos mismos días sobrevino a Escala un ataque de apoplejía. El retardo en llegar la comunicación del Ministro y el tiempo debido a la prescripción médica, lo atribuyen arbitrariamente los señores Bulnes y Encina a resistencia del general Escala para poner en práctica la reorganización de las fuerzas a sus órdenes. (3).

El Ejército quedó reorganizado para la próxima campaña en la siguiente forma:

Comandante en Jefe: general de brigada, D. Erasmo Escala.

Jefe del Estado Mayor: coronel D. Pedro Lagos.

Comandante General de la Caballería: general D. Manuel Baquedano.

Cuartel General: 18 oficiales de Estado Mayor y 10 ayudantes de campo (transmisores de órdenes).

Comandancia General de Bagajes.

Servicio Sanitario.

Servicio Religioso.

Fueron organizadas 4 divisiones:

I. División.

Comandante: coronel D. Santiago Amengual.

Fuerza: 3.600 hombres.

II. División.

Comandante: coronel D. Mauricio Muñoz.

Fuerza: 4.050 hombres.

III. División.

Comandante: coronel D. Domingo Amunátegui.

Fuerza: 3.450 hombres.

IV. División.

Comandante: coronel D. Orocimbo Barbosa.

Fuerza: 3.400 hombres.

Cada división estaba organizada en la siguiente forma:

—2 regimientos de infantería.

—2 batallones de infantería.

—1 a 3 baterías de artillería.

—1 escuadrón de caballería.

(3) Fue, precisamente, el propio general Escala el autor del proyecto de organización del Ejército en divisiones y no el Sr. Sotomayor, como afirman los historiadores Bulnes y Encina.

Además la IV división contaba con un batallón de Zapadores. (300 h.)
 Todas estas fuerzas completaban 14.500 hombres que, sumados a los que ocupaban la provincia de Tarapacá (5.500) alcanzaban a unos 20.000.

C.—De Pisagua a Ilo

El 18 de febrero comenzó el embarque del material de artillería y del ganado. A mediodía del 24 de febrero estaban embarcados 10.000 hombres en 16 buques de guerra y transportes, en un primer escalón. Desembarcaron el 26 en Ilo, luego de apoderarse de este punto y de Pa-cocha sin resistencia. Los buques regresaron a Pisagua de inmediato y el 1º de marzo desembarcaba en Ilo el segundo escalón juntamente con las fuerzas restantes.

D.—Expedición a Mollendo

El Ministro Sotomayor concibió la idea de enviar a Mollendo una división con la misión de destruir el muelle, las baterías de la playa y la línea férrea a Arequipa. Estas destrucciones, destinadas a inutilizar la caleta (principal puerto de abastecimiento de Arequipa) crearían dificultades serias para la organización, movilización y abastecimiento de las fuerzas militares que se estaban reuniendo allí. El Ministro designó como comandante de las fuerzas al coronel don Orocimbo Barbosa y ellas estarían constituidas por el regimiento 3º de línea, batallón Navales, batallón Zapadores, pelotón de Cazadores a caballo y 10 soldados del Cuerpo de Ingenieros. Total general: 2.148 plazas.

A medianoche del 8 al 9 de marzo el convoy expedicionario se acercaba a Islay. La sorpresa fracasó, pues los habitantes del puerto habían tenido aviso oportuno de la operación y la guarnición se había retirado a la estación de Ensenada, llevando consigo los carros y locomotoras del ferrocarril.

Una vez desembarcada la columna, se puso en marcha hacia Mollendo, a donde entró a las 4 de la tarde. El coronel Barbosa partió a las 3 horas del 10, con los 30 jinetes de Cazadores a caballo y el batallón de Zapadores en misión de reconocimiento. Siguió la línea del ferrocarril en dirección al valle de Tambo, a fin de capturar la guarnición peruana que se había retirado por ese camino. Llegó a Mejía a la 1 de la tarde y siguió a Ensenada. Allí se encontraba la guarnición peruana. El teniente Amor, con la descubierta (30 cazadores a caballo), cargó atrevidamente sobre una parte de ella e hizo 22 prisioneros.

Los peruanos continuaron su retirada. Mientras tanto, el prefecto de Arequipa, González Orbegoso, trataba de socorrer a la pequeña guarnición de la costa. Apenas recibió, en la tarde del 9 de marzo, aviso telegráfico del desembarco chileno, alarmó a las fuerzas de Arequipa y despachó en la mañana del 10 varios trenes con tropas. Todas ellas reunidas contarían con unos 3.000 hombres.

Observando el coronel Barbosa que aumentaban rápidamente las fuerzas en Tambo, con la llegada sucesiva de los trenes del interior, no quiso arriesgar los escasos 150 soldados a sus órdenes y contramarchó a Mollendo.

Si bien no logró destruir a las fuerzas de Mollendo, alcanzó la finalidad de distraer la atención de las fuerzas peruanas de Arequipa, obligándolas a dispersar sus fuerzas y enviar parte de ellas hacia la costa para obstruir la progresión chilena hacia el interior. En esta forma contribuyó a impedir que las fuerzas de Arequipa concurrieran hacia el sur para oponerse a las operaciones de las fuerzas principales chilenas.

E.—Expedición sobre Moquegua. Combate de Los Angeles.

El Comando chileno se convenció, al fin, de que sería inútil esperar en Ilo o Conde la ofensiva del Ejército aliado del departamento de Moquegua. Tomó, a mediados de marzo, la resolución de avanzar sobre Arica y Tacna, con la intención de provocar al almirante Lizardo Montero, General en Jefe de dicho Ejército, a tomar la ofensiva. Pero se vio obligado a postergar el avance del Ejército en su totalidad, a causa de los servicios de abastecimiento todavía defectuosos y a pesar de las violentas protestas de la opinión pública del país. Se resolvió, entonces, ocupar a Moquegua con una división, que debía adelantar su caballería en dirección a los valles de Locumba y Sama, hasta los alrededores de Tacna. Se dio el mando de esta división de 4.366 hombres al general de brigada don Manuel Baquedano.

A las 3 de la mañana del 12 de marzo partió el general Baquedano con el primer escalón de 800 jinetes y una compañía del Buin y en la tarde del día siguiente pasaba al reposo en el valle del río Ilo, cerca de Conde, abundante en agua, fruta y pasto, a fin de esperar la llegada del 2º escalón. Este último (2 regimientos de infantería y 2 baterías de artillería) empezó a descender al valle en las últimas horas de la tarde del 15.

Al amanecer del 17 el general emprendió su marcha sobre Moquegua. La división del Ejército peruano del sur, que guarnecía la ciudad de Moquegua y que comandaba el coronel don Andrés Gamarra, estaba integrada por unos 1.500 a 2.000 hombres.

El día 19 salió Baquedano de Conde con el total de la división. A las 8 del día 20 ésta se aproximó cautelosamente a Moquegua. Informado de este movimiento, el coronel Gamarra evacuó la población y el Alto de la Villa y acudió a tomar una posición defensiva en la cuesta de Los Angeles, unos tres a cuatro Km. al N. E. de la ciudad.

El general Baquedano decidió atacar la posición. Concibió, para ello, el siguiente plan: un ataque frontal, combinado con un doble movimiento por la quebrada de Tarata o Guaneros (al norte) y de Tumulaca (al sur), a fin de capturar el mayor número posible de fuerzas enemigas. El ataque frontal se realizaría desde el Alto de la Villa, por el camino denominado Cuesta de los Angeles y que asciende por la puntilla S. W.

de la cuchilla. Este ataque frontal estaría a cargo del propio comandante de la división.

La marcha de aproximación se inició al obscurecer del 21 de marzo y el ataque, al amanecer del día 22, fue cumplido exactamente en todas sus partes. A las 7.15 de la mañana, la bandera tricolor flameaba en lo más alto del campo de batalla.

El general ordenó la persecución del enemigo derrotado, que se retiró en dirección a Tarata, pero el cansancio de la infantería a causa del esfuerzo extraordinario que acababa de realizar, impidió darle alcance. La caballería fue la última en llegar arriba, luego de dificultades enormes y tampoco pudo perseguir a causa de los tropiezos que el terreno presentaba en su empleo.

D. Gonzalo Bulnes atribuye la victoria de Los Angeles a la buena suerte del general Baquedano. "Cuando Bulnes declara a Baquedano "un afortunado" —comenta el coronel Ekdahl— tiene muchísima razón; pues, muy afortunado lo es un general que dispone de tropas tales como las que atacaron la "invencible posición de la Cuesta de Los Angeles". Además, Baquedano tenía este día la *fortuna* de mandar sin la intervención de otras *autoridades*". El coronel peruano D. Carlos Dellepiane expresa por su parte:

"El atacante se condujo atinadamente: realiza sus desplazamientos en la noche, burlando así las facilidades de observación que tiene el que ocupa las alturas; los reconocimientos minuciosos efectuados la víspera le habían permitido conocer el punto débil de la defensa; buscó la sorpresa, factor esencial del éxito, tomando su dispositivo en la oscuridad, de tal modo que en la madrugada se produjo el asalto con todas las probabilidades favorables; las tropas de asalto fueron agrupadas silenciosamente al pie de la obra, donde el "Atacama" espera que la luna se oculte para escalar el barranco".

La división Baquedano estaba ahora en situación de proteger eficazmente la línea de operaciones del propio Ejército y había cortado la comunicación entre los dos Ejércitos del adversario. En consecuencia la situación era grave en el sur para los aliados y si no vencían al adversario chileno estaban perdidos.

F.—Operaciones navales durante la campaña

En los mismos días en que la Escuadra protegía el desembarco del Ejército en Ilo y Pacocha, se mantenía el bloqueo en Arica con los buques *Huáscar* y *Magallanes*. Al acercarse el *Huáscar* a tierra firme, a fin de reconocer los fuertes, quedó bajo los fuegos de las baterías terrestres y del *Manco Capac*. Cayó muerto el comandante Thomson, del *Huáscar*, y fue sucedido en el mando por el comandante Condell (27 de febrero).

El 16 de marzo, la corbeta peruana *Unión* burló el bloqueo y penetró en el puerto gracias a la obscuridad de la noche y de su veloz andar. Fue atacada por los buques chilenos al día siguiente, a fin de

impedirle el desembarco de elementos logísticos enviados por Piérola al Ejército aliado. La *Unión* logró eludir el bloqueo en razón de su andar superior.

La Escuadra chilena prosiguió su actividad en forma altamente satisfactoria, al mantener el bloqueo de Arica, Mollendo y costas adyacentes; establecer el bloqueo de El Callao y puertos vecinos el 10 de abril y bombardear los fuertes y buques refugiados en la dársena. Como resultado de ello se completó el total aislamiento del T. O. terrestre; se logró el dominio absoluto del mar, al encerrarse a los buques restantes y se produjeron —en último término— enormes perjuicios al comercio del Perú.

G.—Relevo del general Escala

En estos momentos las relaciones entre el Ministro Sotomayor y el general Escala y entre éste y su Jefe de Estado Mayor —coronel D. Pedro Lagos— eran bastante tirantes. Sotomayor había llamado a D. José F. Vergara a fin de que le sirviera, ante el General en Jefe, en la preparación del plan de operaciones para la campaña sobre Tacha y Arica. El general Escala se resintió profundamente con esta insólita resolución del Ministro. Apoyándose en la Ordenanza General del Ejército, alegaba —con toda razón— que era aquella atribución exclusiva de sus funciones. El Ministro, por su parte, sostenía que “él, como representante del Gobierno, estaba autorizado para adoptar las medidas que omitía el General en Jefe” y que alguien debía velar por que el Ejército tuviera en las marchas víveres, agua, ropa, calzado, municiones, etc.

En cuanto al Jefe del Estado Mayor, Escala vio en él sólo un ayudante cualquiera que tenía la obligación de cumplir fielmente sus órdenes. El coronel Lagos, por su parte, reclamaba atribuciones propias del Comandante en Jefe de un Ejército. Además, se entendía directa y reservadamente con el Ministro de Guerra, con quejas contra el General en Jefe o en busca de apoyo para sus opiniones o para sus proyectos y propuestas. Con el envío de la división Barbosa a Mollendo, que el general había resuelto sin consultar a su Jefe de Estado Mayor, las cosas llegaron a un alto punto de gravedad. El coronel Lagos pasó una nota al General Escala, manifestándole que no le era dable aceptar tal cosa “que desprestigiaba y anulaba al Estado Mayor ante el Ejército”. El general contestó que “la ley y la naturaleza misma de la constitución de un Ejército hacen del Jefe del Estado Mayor un secretario y ejecutor de las órdenes del general que lo manda y no un copartícipe de su dirección con responsabilidad propia...”. El coronel Lagos rebatió punto por punto el planteamiento del general.

Este último devolvió la nota del coronel con un oficio que expresaba que la diferencia de sus respectivas posiciones le impedía debatir con él la cuestión de atribuciones. El 18 de marzo, el coronel presentó la renuncia de su puesto. Como la nota pertinente iba redactada de una manera poco respetuosa para el General en Jefe, éste le pidió las explicaciones del caso. Lagos mantuvo lo dicho (25 de marzo).

Convencido de la imposibilidad de reconciliar a ambos personajes, el Ministro Sotomayor ordenó a Escala transmitiera al coronel Lagos la orden ministerial de embarcarse inmediatamente en el vapor que pasaba ese mismo día por Ilo en dirección a Valparaíso, "a disposición del Gobierno". Esta orden, que puso a Lagos fuera del alcance de la autoridad del general Escala —que indudablemente habría pensado sancionar la falta de respeto del coronel—, hizo pensar a aquél que Sotomayor y Lagos estaban procediendo de común acuerdo para provocarlo.

Con fecha 28, el general Escala telegrafió su renuncia al Gobierno y por otro telegrama acusaba al Ministro de su connivencia con Lagos, "con el objeto de relajar la disciplina". El mismo día Sotomayor recibió un telegrama firmado por todos los Ministros de Santiago, que decía: "Escala ha enviado por telégrafo su renuncia. Vamos a decirle que venga en el acto, dejando el mando del Ejército provisionalmente a Baquedano."

Ha escrito un historiador respecto del general Escala: "Su error más grande fue no elegir buenos consejeros, el no poner su confianza en quienes la merecían, el encerrarse en una oficina, cuando su papel era de acción y a esos errores pagó su inevitable tributo este hombre que el país amaba como la personificación austera de la antigua sociedad chilena".

El coronel D. Rafael Poblete anota por su parte: "Y la política tuvo también su influencia en la caída de Escala, por cuanto, cuando destruida la Escuadra peruana y la flor de su Ejército el triunfo final se consideraba un hecho positivo, en nuestros gobernantes surgió nuevamente el fantasma del militarismo y, perfectamente al cabo del envidiable prestigio de Escala, no dudaron un instante que el partido conservador lo proclamaría su candidato a la Presidencia, poniendo al país en grave conflicto entre sus ideas liberales y el aprecio al vencedor".

Desde luego, reinaba en los círculos gubernamentales un acuerdo general sobre la conveniencia de exonerar al general Escala, pese al buen éxito obtenido por éste en la campaña de Tarapacá. La circunstancia que dificultaba la nueva elección del General en Jefe era que el Gobierno continuaba resuelto a dirigir la conducción de las operaciones militares, desde Santiago, a través de su representante, el Ministro de Guerra en campaña. Se buscaba, en resumen, un general que aceptara el título y las responsabilidades del puesto, sin la libertad de acción y las atribuciones correspondientes.

En posesión D. José Antonio Villagrán del grado de general de división, mientras Baquedano era de brigada y considerado, además, más inteligente y mejor preparado, el Presidente Pinto y Sotomayor pensaron en su persona para el Comando en Jefe y en D. José F. Vergara, para la Jefatura del E.M.G. La oposición a esta idea partió del Consejo de Ministros. Se sostuvo que el general Villagrán no aceptaría someterse al delegado del Gobierno y que el nombramiento de Vergara para la Jefatura del Estado Mayor sería considerado como una ofensa inaceptable a los jefes del Ejército de línea. Luego de barajarse una serie de combinaciones (Baquedano-Vergara, Escala-Urrutia Gregorio) surgió la proposición del binomio Baquedano-Velásquez. El nombramiento fue telegrafiado al norte

el 29 de marzo; pero el Ministro lo comunicó a los agraciados sólo el 3 de abril. Esta demora se debió al hecho de que Sotomayor había ofrecido a la Jefatura del Estado Mayor al señor Vergara y no encontraba cómo solucionar el serio problema que se le presentaba. Se le ocurrió concederle el grado de coronel de la Guardia Nacional y el mando de la caballería, que debía efectuar pronto una incursión por los valles del Sama.

H.—Avance al valle del Sama

“Desde ese día (3 de abril), los mencionados jefes (comandantes de divisiones y cuerpos) solían reunirse con su general, cambiando con él ideas sobre la situación, las operaciones y los trabajos preparatorios por ejecutar. En esas reuniones se notaba constantemente la benévola influencia de la personalidad del general (Baquedano), pues su carácter era firme y sereno y no permitía olvidar jamás los grados de la jerarquía militar”.

“Entre el general y su Jefe del Estado Mayor, el coronel Velásquez, reinaba la armonía y el mutuo respeto, que permitían al Estado Mayor funcionar como se debe, sin aspirar a una autonomía que no le pertenece”. Ekdahl).

Después del combate de Los Angeles, el Ejército había quedado con la división Muñoz y toda la caballería en Moquegua. La masa se encontraba en la costa de Ilo.

El 8 de abril el coronel de la Guardia Nacional D. José F. Vergara partió de Moquegua con los regimientos Granaderos y Cazadores a caballo y en la mañana del 10 llegó a Locumba. Otra columna de caballería (2º escuadrón de Carabineros de Yungay) salió de Ilo el mismo día 8 y el 10 llegó también a Locumba, sin que D. Rafael Vargas, su comandante, se pusiera a las órdenes de Vergara. Este avance de la caballería tenía como objetivo la captura del coronel Albarracín, al cual se suponía en la precitada localidad de Locumba.

Resuelto a capturar al caudillo, a quien se creía más tarde en el valle de Sama, el coronel Vergara se puso en marcha desde Locumba, al amanecer del 17 de abril. Después de descansar algunas horas en Mirave y a pesar de la fatiga de jinetes y caballos, anduvo toda la noche del 17 al 18 y al amanecer de ese día se encontró a la vista del valle de Sama, frente a la aldea de Buena Vista (al N. W. de Tacna).

Allí se encontraba el guerrillero Albarracín. Vergara emprendió el ataque, pero Albarracín escapó en dirección a Tacna. Al día siguiente (19 de abril) tomó la caballería chilena el camino hacia Ite y esa noche acampó en plena pampa. Varios caballos habían muerto en la jornada y otros estaban completamente extenuados. A mediodía del 20 se encontraba en Ite, donde halló intactos los víveres y forrajes que los peruanos habían reunido allí. La columna Vergara había realizado un recorrido total de unos 300 Kms. por terreno montañoso y desértico y sin provecho alguno para la prosecución de las operaciones.

El 22 de abril desembarcaba en la caleta de Ite el primer escuadrón de Carabineros de Yungay (260 jinetes), procedente del sur a las órdenes del teniente coronel don Manuel Bulnes. Se encontraban reunidos allí



GENERAL MANUEL BAQUEDANO

3er. General en Jefe del Ejército de Chile en la Guerra del Pacífico.

770 jinetes, y como el coronel Vergara, de la Guardia Nacional, no había recibido todavía el nombramiento de Comandante General de la Caballería —de acuerdo con la insólita ocurrencia del Ministro Sotomayor— el comandante Bulnes no se puso a sus órdenes, sino que se dirigió independientemente al valle del Sama, con misión de reconocimiento. A mediodía del 26 de abril ocupaba con su escuadrón la población de Buena Vista.

Un mes más tarde, el 11 de mayo, el Ejército chileno se encontraba reunido en los campamentos de Buena Vista, en la orilla norte del Sama y de Las Yaras, en la orilla sur, frente al anterior. En Ite se organizó un depósito de víveres para 15 días, la mitad en víveres secos y el resto, en animales vacunos. Se tomaron las medidas destinadas a mantener agua dulce y una reserva de municiones, etc. Para su seguridad fueron designados 1.500 infantes y 1.000 jinetes de caballería y “unos cuantos centenares de artilleros”.

El 20 de mayo, cuando el Ejército en campaña se aprestaba a celebrar el primer aniversario del combate naval de Iquique, falleció repentinamente el Ministro de Guerra don Rafael Sotomayor. El hecho produjo una profunda consternación. “Baquedano —comenta don Gonzalo Bulnes— no tenía aún el suficiente prestigio y la oficialidad superior se había acostumbrado a ver en Sotomayor al director de la campaña, el consejo sano y oportuno que conducía al éxito... Felizmente, dominó entre ellos la idea de seguir con el General en Jefe, agrupándose a su alrededor... Una nota de profundo dolor recorrió las filas. Esos hombres, bronceados con el fuego de las batallas y familiarizados con la muerte, derramaron lágrimas sobre el cadáver del Ministro”.

I.—Situación de los ejércitos aliados

A fines de febrero, el Ejército del sur, a las órdenes del almirante D. Lizardo Montero, estaba concentrado en Tacna y tenía la siguiente composición: 17 batallones de infantería, 3 escuadrones de caballería y 3 brigadas de artillería (23 cañones). Su fuerza total se puede calcular en 12.000 hombres, cifra que quedó reducida tal vez a 10.500, a raíz de haber ingresado la I división al II Ejército del sur. Existía, además, la guarnición de la plaza fuerte de Arica: 69 oficiales y 442 soldados. El monitor *Manco Capac* servía de batería flotante en el puerto de Arica y en éste había, además de las guarniciones especiales de los fuertes, una parte del I Ejército del sur, la VII división (Inclán) y la VIII división (Ugarte), bajo las órdenes del coronel Bolognesi.

El II Ejército del sur —en Arequipa— constaba, a mediados de abril, de 3.188 plazas, distribuidas en 1 regimiento de infantería, 4 batallones de infantería, 3 columnas de infantería y escuadrón volante de ametralladoras y 6 piezas de artillería. El 30 de abril se hizo cargo de este II Ejército el coronel Segundo Leiva.

En cuanto a las fuerzas bolivianas, una división de 1.600 hombres, distribuidos en 3 batallones de infantería y un escuadrón de caballería, comandado por el coronel D. Claudio Acosta, se incorporó a las fuerzas bolivianas del coronel Eliodoro Camacho, en Tacna (18 de abril). Con

esto, el total de las fuerzas bolivianas alcanzó a las 5.150 plazas, repartidas en tres regimientos de infantería, 9 batallones de infantería, 2 escuadrones de caballería y un regimiento de artillería. Las fuerzas aliadas, en su totalidad, quedaron bajo el mando del general boliviano D. Narciso Campero.

Resumiendo, las fuerzas y distribución de los Ejércitos de ambos contendores en el teatro de operaciones eran las siguientes:

Chilenas:

Ejército de Operaciones:

En el campamento de Buena Vista y Las Yaras, sobre el		
Sama	14.000	hombres
En Ilo y Hospicio	1.500	"
Ejército de Reserva, Tarapacá	4.500	"
Suma	<u>20.000</u>	"

Aliadas:

Peruanas: 1er. Ejército del Sur.

6 divisiones en el campo de la Alianza	8.500	"
2 divisiones en Arica	2.000	"
2º Ejército del Sur, en Torata	3.188	"
Bolivianas: en el campo de la Alianza	5.150	"
Suma	<u>18.838</u>	"

Las fuerzas aliadas estaban reunidas, pues, en tres agrupaciones:

En el Campo de la Alianza	13.650	"
En Arica	2.000	"
En Torata	3.188	"
Suma	<u>18.838</u>	"

(Antecedentes tomados de la obra del coronel Ekdahl).

J.—Batalla de Tacna

I

Un reconocimiento efectuado por el regimiento Carabineros de Yungay, el 10 de mayo, constató que el Ejército aliado había salido de su campamento en el valle del Caplina y se encontraba en la meseta de

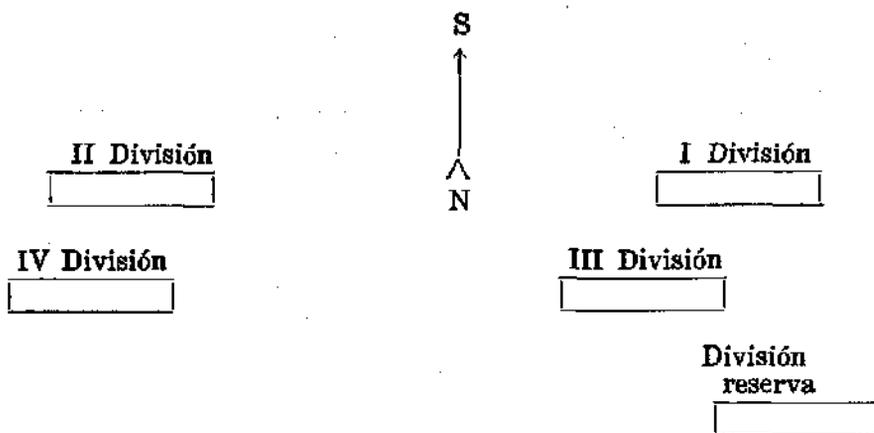
Intiorco, a 7 Km. al N. W. de Tacna. Este dato fue confirmado por un reconocimiento efectuado por el coronel Lagos, quien —desde el 25 de abril— se desempeñaba como primer ayudante del General en Jefe. El 22 de mayo efectuó un nuevo reconocimiento el propio Jefe del Estado Mayor, coronel Velásquez, al frente de su Estado Mayor y de un destacamento de las tres armas.

A raíz de este reconocimiento, surgieron dos planes de ataque. El del coronel D. José F. Vergara abogaba porque todo el Ejército o una parte considerable de él se moviera hacia el S. E., más allá del flanco oriente del enemigo, a fin de dirigir el golpe contra dicho flanco y contra su espalda. La caballería debía encabezar este movimiento, ocupando pronto la aldea de Calana en el valle del Caplina, donde debería desviar el río, a fin de privar de agua potable a la ciudad de Tacna y al Ejército aliado. Vergara se resistía al ataque frontal, porque —además de costar muy caro al agresor— permitiría la retirada del vencido al valle de Caplina y, de allí, hacia Bolivia o hacia Arica.

Velásquez se opuso a este plan a causa de las enormes dificultades que, a su parecer, se presentaban para su ejecución. Temía que el movimiento envolvente se paralizara o, cuando menos, se desorganizara a causa de la suma dificultad del avance de la totalidad del Ejército o de su grueso con su artillería, carretas, animales de carga, etc. En tal caso, el enemigo no desperdiciaría oportunidad semejante para pasar al ataque. En cambio, el plan de Velásquez —en perfecta armonía con el pensamiento de Baquedano— consultaba, en síntesis, un ataque frontal, con centro de gravedad sobre el ala izquierda (W) enemiga (la más fuerte).

El Ejército emprendió el avance hacia la posición enemiga en la mañana del 25 de mayo y acampó, en la noche, en la Quebrada Honda.

El despliegue para el combate quedó dispuesto en la siguiente forma:



Fue necesario llevar al campamento de Quebrada Honda el agua dulce a lomo de mula, desde el parque. Ello se debió a que los arrieros adelantados con 60 mulas con odres de agua no se detuvieron en Quebra-

da Honda, tal vez por desconocimiento del terreno, sino que prosiguieron hacia más al sur. A las 2 de la tarde cayó sobre estos arrieros una patrulla de caballería y tomó prisioneros a dos de ellos. Llevados a presencia del general Campero, informaron que todo el Ejército chileno avanzaba sobre el Campo de la Alianza y que esa noche debía vivaquear en Quebrada Honda. Preguntados sobre las fuerzas del mismo, respondieron que tenía unos 22.000 hombres.

Esta noticia hizo dudar al general Campero de la posibilidad de triunfo sobre un adversario tan superior en número, que venía a su encuentro Reunida inmediatamente una junta de guerra, se acordó solucionar el problema a través de una sorpresa nocturna.

A media noche se puso el Ejército aliado en marcha. A pesar de que las columnas llevaban sus guías —que se decían muy conocedores de la pampa— perdieron completamente la orientación. Después de marchar sin rumbo fijo durante dos horas, los jefes aliados hicieron alto y en seguida— a las 3 de la madrugada— iniciaron el regreso al Campo de la Alianza, adonde llegaron entre 6 y 7 de la mañana.

La división Herrera había pasado muy próxima a los puestos avanzados del Atacama, a eso de las 3. Poco después las piezas de artillería de ese sector abrieron fuego contra ella. Como Herrera no apercibiera por ninguna parte el grueso del Ejército aliado, no vaciló en emprender el regreso.

II

En las primeras horas del 26 reinició el Ejército chileno su avance hacia el Campo de la Alianza. Informado el general Campero de esta aproximación, ordenó ocupar la posición reconocida anteriormente, de acuerdo con la siguiente distribución y con frente al N.W.:

Ala derecha: (E).

Comandante: almirante Lizardo Montero.

Fuerza: 4.750 hombres (masa peruana).

—2 divisiones, en primera línea.

—6 piezas de artillería, en un reducto fortificado.

—4 batallones peruanos y 2 bolivianos, en segunda línea.

—agrupación de caballería.

Húsares de Junín.

Regimiento de Guías.

Escuadrón Albarracín.

Centro:

Comandante: coronel Miguel Castro Pinto.

Fuerzas: 4.500 hombres.

—4 batallones, en primera línea.

—1 pieza artillería y 2 ametralladoras.

—2 divisiones, con 4 batallones en 2ª línea.

Ala izquierda: (W)

Mando: coronel Eliodoro Camacho.

Fuerzas: 4.250 hombres.

- 3 divisiones en primera línea, con un total de 7 batallones.
- masa de la artillería entre las divisiones, con 9 piezas y 2 ametralladoras.
- 4 escuadrones de caballería boliviana.

Entre las 8 y 9 de la mañana se aproximaba el Ejército chileno a la posición aliada. A las 9 se inició el combate de la artillería casi simultáneamente por ambos lados y con escaso efecto material, durante más de una hora. Las unidades del ala derecha (W) y el centro chileno atacaron el ala izquierda (W) y centro aliados, a pesar de su inferioridad de 5.000 hombres contra 9.000. Durante el avance se agotaron los 130 proyectiles que cada infante llevaba en su cartuchera y morral.

La I. y II. divisiones pasaron por un momento muy difícil y empezaron a replegarse combatiendo. La situación fue superada por una carga del regimiento Granaderos a caballo, que permitió el rearmunicionamiento de los infantes a eso del mediodía.

A esa misma hora entró en acción la III. división. La artillería se adelantó lo más que pudo, a fin de apoyar en la mejor forma posible el ataque de la infantería. Los aliados echaron mano a reservas locales y el combate prosiguió con vigor hasta las dos de la tarde. A esa hora se iniciaba la dispersión casi completa de las fuerzas aliadas.

Las líneas chilenas persiguieron al enemigo hasta la bajada de las alturas de la pampa que forman el borde norte del valle Caplina. La I división siguió cuesta abajo y llegó a ocupar la ciudad de Tacna a la caída de la tarde. Acompañó a esta división el comandante Bulnes con una parte de sus carabineros de Yungay.

Dada la forma como se libró la batalla de Tacna (ataque frontal con fuerte ala W) y la dispersión que hizo Baquedano de la caballería (Granaderos, con la brigada de artillería Salvo; Cazadores a caballo y 2º escuadrón de Carabineros, en la II. división y 1er. escuadrón de Carabineros como escolta), imposible fue evitar que gran parte del Ejército aliado se retirara del campo de batalla sin ser eficazmente perseguido.

Al llegar al valle del Caplina las fuerzas de este último se separaron. Los bolivianos tomaron el camino por Palca, Yarapalca y Corocoro hacia el Altiplano, mientras los peruanos siguieron por Tarata y Puno en busca de Arequipa. Es preciso advertir que nadie tomó la ruta hacia Arica, con excepción de algunos milicianos naturales de la ciudad. En resumidas cuentas, el Ejército aliado de Tacna había dejado de existir y sólo restaban las fuerzas que guarnecían la plaza fuerte de Arica.

La victoria chilena había costado pérdidas muy sensibles. Las divisiones Amengual, Barceló y Amunátegui, que habían sostenido la parte más pesada de la batalla, perdieron más de 1.600 hombres, entre muer-

tos y heridos, es decir el 23% de sus efectivos. La división Barbosa sufrió pérdidas valuadas más o menos en 400 hombres, o sea el 15% de sus efectivos y la división Muñoz tuvo sólo 17 heridos. Total de bajas 2.128 hombres.

El Ejército aliado dejó en el campo de batalla unos 1.000 muertos y otros tantos heridos. Los prisioneros alcanzaron a unos 2.500 hombres.

La victoria chilena en el Campo de la Alianza fue más brillante aún bajo el aspecto estratégico. El Ejército aliado (I Ejército peruano del sur y el Ejército boliviano) había dejado de existir. De él quedaban en este Teatro de Operaciones sólo las dos divisiones peruanas que formaban la guarnición de Arica. Aun cuando no se podía conocer inmediatamente el porvenir de la Alianza, los sucesos posteriores probaron que el Ejército boliviano no habría de volver más a los campos de batalla. Es decir, la alianza Perú-boliviana estaba prácticamente disuelta.

K.—Asalto y toma de Arica.

I

Convencido el General en Jefe chileno del verdadero alcance de su victoria del 26 de mayo, dirigió su atención a la captura de la plaza fuerte de Arica. No quería dejar, en su próximo avance a Lima, este peligro a su espalda.

Croquis N° 58

No convenía postergar esta acción, pues, si se advierten los escasos medios de transporte con que contaba el Ejército, la extensa línea de comunicaciones hacia Ilo e Ite, era un gran inconveniente en razón de su vulnerabilidad. Más aún. La presencia del II Ejército peruano del sur (coronel Leiva) en Arequipa, con fracciones adelantadas desde el 28 de mayo en Moquegua, constituía una amenaza para la seguridad de estas comunicaciones. Capturada Arica, se establecería en ella una base de operaciones y la división naval, ocupada en su bloqueo, quedaría libre para ser empleada en otros sectores del teatro.

Resuelto el asalto, fue designado el comandante que habría de dirigirlo. Este fue el coronel D. Pedro Lagos.

II

El coronel Francisco Bolognesi, comandante de la plaza de Arica y su Estado Mayor —en conocimiento de la derrota de Tacna y de la retirada de las fuerzas aliadas— consideraron, sin embargo, que dicha retirada no significaba una derrota seria, sino que obedecía más bien al deseo del General en Jefe de ocupar una posición más fuerte que la del Campo de la Alianza a fin de librar allí la batalla decisiva. Estaba resuelto, en consecuencia (el coronel), a defender la plaza hasta el último cartucho. Pero nuevas informaciones de la batalla de Tacna y la llegada de fracciones de caballería chilenas adelantadas a Chacalluta el 1º de junio, lo convencieron de que todo estaba perdido. Se mostró, sin embargo, resuelto a presentar una defensa tenaz.

El 1º de junio el comandante D. Rafael Vargas partió en dirección

a Arica con el 2º escuadrón de Carabineros de Yungay y un escuadrón de Cazadores a caballo. Al anochecer se acercaba la descubierta al río Lluta, en busca del puente de Chacalluta (que estaba destruido), cuando recibió una descarga cerrada desde los matorrales a orillas del río.

Al amanecer del día 2 nuestros jinetes intentaron otra vez este avance al río; nuevamente fueron detenidos por los fuegos del adversario. Este huyó en seguida. Partieron algunas fracciones en su persecución y capturaron al ingeniero Elmore y su ayudante. En el bolsillo de Elmore se encontró el plan de ubicación de minas en la posición defensiva de Arica y de la estación eléctrica para dirigir las explosiones.

La división chilena que atacaría dicha posición estaba constituida en la siguiente forma:

Regimiento Buin 1º de línea	885 plazas
" 3º de línea	1.053 "
" 4º de línea	941 "
" Lautaro	1.000 "
Batallón Bulnes	400 "
2 Escuadrones de Carabineros de Yungay y 2 escuadrones de Cazadores a caballo	600 "
4 Baterías de artillería	500 "

Suman: 5.379 plazas

El vivac de la división chilena se estableció el 4 de junio en la ribera norte de Lluta, en las proximidades del destruido puente de Chacalluta. El mismo día el general Baquedano, el coronel Velásquez y el coronel Lagos reconocieron la posición enemiga y terrenos vecinos, con anteojos de campaña, desde las alturas del este de Arica, entre los ríos Lluta y Azapa. La artillería hizo algunos disparos con el fin de apreciar las distancias y para provocar la respuesta consiguiente de parte de los defensores, que permitiera al Comandante chileno orientarse respecto de la colocación de las tropas enemigas.

La defensa estaba organizada de la siguiente forma: en el Morro había una gran batería con 11 cañones de grueso calibre, que podían hacer fuego hacia el mar, la bahía y la playa al norte de la ciudad. En la parte alta de la pendiente este del Morro se encontraba el fuerte del Este, con tres cañones de grueso calibre que podían hacer fuego hacia el mar por el lado sur del Morro; hacia la silla (la parte más baja de la pendiente este) y hacia el valle de Azapa, al este del Morro. El fuerte Ciudadela estaba construido sobre un pequeño morro situado más abajo en la misma pendiente este, con tres cañones de grueso calibre que dominaban la subida y el valle por este lado. En la playa al norte de la ciudad habíanse construido tres baterías a barbata. La más cercana a la ciudad era la batería Dos de Mayo armada con un cañón Vavasseur de 250 libras. Unos 150 metros más al norte estaba la batería Santa Rosa con un cañón igual al anterior y otros 150 metros más al norte aún se encontraba la batería San José, con un Vavasseur de 250 libras. Estas baterías podían disparar no sólo hacia la bahía, sino también hacia tierra, es decir, hacia el N. E., E. y S. E. Partiendo de la orilla del mar,

inmediatamente al norte de la batería San José, se extendía una trinchera para tiradores que, haciendo una curva hacia el este y sur, pasaba por un reducto al sur del cauce del Azapa, donde estaba el edificio del Hospital, apoyando su extremo en el pie del Morro, directamente al norte del fuerte Ciudadela.

Todos estos fuertes y baterías estaban minados y cargados con dinamita. Para hacerlos volar a voluntad, habíase establecido una estación eléctrica en el mencionado hospital... que el día de la acción ostentaba el pabellón de Ginebra (Cruz Roja). Gran parte del terreno delante de la posición peruana y, especialmente, frente al Morro y sus subidas, estaba sembrado de pequeñas minas que debían hacer explosión al ser pisadas por el atacante.

En la bahía flotaba el monitor *Manco Capac*.

III

En la tarde del 4 y noche del 4 al 5 de junio, la artillería de campaña atravesó el Lluta y coronó la pampa alta al N. E. de la ciudad. Los regimientos 1º, 3º y 4º de línea, y batallón Bulnes y un escuadrón de Cazadores a caballo, acompañaron el movimiento de la artillería y establecieron sus vivaques también en dicha pampa alta. El regimiento Lautaro y resto de la caballería quedaron en Chacalluta, a las órdenes del coronel Barbosa.

Antes de proceder, el Comando chileno envió a un parlamentario ante el comandante de la plaza de Arica, para proponerle la rendición de ésta, en atención a que la resistencia no tendría esperanza alguna de éxito y con miras a evitar pérdidas inútiles de vidas.

El coronel Bolognesi, en presencia de los más altos jefes peruanos declaró que defendería su posición hasta disparar el último cartucho (5 de junio).

De regreso el parlamentario en las filas chilenas, se dio comienzo al bombardeo, que duró cuatro horas. El coronel Lagos renovó el bombardeo el día 6 e indicó por señas a la división naval, apostada en la bahía (*Cochrane, Magallanes, Covadonga, Loa*) comandada por don Juan José Latorre, que deseaba su colaboración en la empresa. Durante el cañoneo, que había durado 5 horas, se ejecutó en tierra un reconocimiento en fuerza. Un batallón del regimiento Lautaro avanzó desde Chacalluta contra la batería San José, al mismo tiempo que una compañía del Buin avanzó desde las alturas del E. contra las baterías Santa Rosa y Dos de Mayo. Tan pronto como las defensas abrieron sus fuegos, las fracciones chilenas volvieron a su punto de partida. Esta demostración tuvo efectos de importancia, pues hizo creer al coronel Bolognesi que el ataque chileno se realizaría por ese lado o que, por lo menos, las fuerzas principales avanzarían desde el norte. En consecuencia, hizo bajar del Morro al plan a la VIII división (Ugarte).

Terminados los reconocimientos, el coronel Lagos concibió el siguiente plan de ataque: un regimiento de infantería debía apoderarse del fuerte del Este, otro regimiento, del Ciudadela. Un tercer regimiento debía seguir en segunda línea, en calidad de reserva de la unidad de primera

línea que lo necesitase. Capturados los fuertes mencionados, las unidades de primera línea debían esperar se reuniera a ellas la de segunda línea y —todas juntas— debían avanzar el asalto de la batería del Morro. La artillería debía batir con sus fuegos desde las alturas del E. la posición enemiga. Desde el Lluta, por el norte, el coronel Barbosa debía marchar con el regimiento Lautaro al asalto de las baterías en la playa y de las trincheras que cerraban la posición por el norte. Los dos escuadrones de Cazadores a caballo debían vigilar la parte septentrional del campo de batalla, y cortar la retirada del enemigo por el valle de Lluta. El escuadrón de Carabineros de Yungay debía cumplir idéntica misión en la parte este del campo de batalla, con el cierre del valle de Azapa.

A las 7 de la tarde del día 6 dispuso que los regimientos 1º, 3º y 4º de línea bajaran de las alturas del E. al valle de Azapa. El 3º de línea quedó al frente del fuerte Ciudadela, a unos 1.000 metros de distancia al sur, cubierto por unas alturas. El 4º de línea y el Buin hicieron alto a 1.500 metros del fuerte del Este. Para ocultar el movimiento el coronel Lagos dispuso que el escuadrón de Cazadores a caballo mantuviera encendidas las fogatas del vivac, especialmente antes de ponerse en movimiento hacia el valle de Azapa, vale decir a medianoche. El batallón Bulnes fue instalado próximo a las posiciones de artillería para los efectos de su protección inmediata.

Antes de iniciar el último avance el coronel Lagos había designado al 4º de línea para el ataque al fuerte del Este. Los regimientos Buin y 3º de línea rifaron entre ellos el honor de combatir en la primera línea. La suerte fue del 3º de línea.

A las 4, poco antes de aclarar el día 7, los regimientos 3º y 4º de línea se pusieron en movimiento. A las 5 los seguía el coronel Lagos con el regimiento Buin.

Al aproximarse el 3º de línea al fuerte Ciudadela los centinelas de éste se apercibieron de su avance a las 6 de la mañana y abrieron fuego inmediatamente. En pocos momentos los defensores estuvieron en sus puestos. Descubierta su avance, el 3º de línea se lanzó al asalto y subió la pendiente con una rapidez asombrosa. A pesar de la valiente resistencia presentada por el enemigo y de dos explosiones de gran magnitud, poco antes de las 7 el fuerte estaba en posesión de los soldados del 3º de línea.

En cuanto al 4º de línea, también su avance fue descubierto por los centinelas del fuerte Ciudadela a eso de las 6 de la mañana. Abierta una brecha a bayoneta en los sacos de las trincheras, los asaltantes penetraron por ella y también antes de las 7 daban por terminada la lucha en ese sector.

El coronel Barbosa inició su marcha desde Chacalluta a las 3 sobre los fuertes de la playa norte. Estos fuertes y el monitor *Manco Capac* abrieron, a las 6, sus fuegos sobre el regimiento Lautaro. La resistencia peruana en este frente fue poco enérgica. Los defensores huyeron hacia la ciudad de Arica.

Los regimientos 3º y 4º de línea, mientras tanto, no habían detenido su avance. Olvidando la orden de esperar al regimiento Buin en los fuertes Ciudadela y del Este —a fin de asaltar reunidos la meseta del Morro—

prosiguieron su avance por propia iniciativa. A pesar de los esfuerzos sobrehumanos del coronel Bolognesi y de la gente a sus órdenes para rechazar el asalto, el Morro cayó en poder de las fuerzas chilenas a eso de las 7.30 de la mañana. Nuestros soldados emplearon en la acción exclusivamente casi el arma blanca.

El regimiento Buin había hecho lo imposible para alcanzar a los veloces 3º y 4º de línea, a fin de tomar parte activa en la lucha. En todo caso, su avance en pos de la primera línea contribuyó mucho a acelerar el desenlace final de la contienda. La división naval no pudo participar en el combate. Además de las dificultades que tenían los buques para alcanzar con sus fuegos la batería del Morro, los asaltos de la infantería propia se lo impidieron, por el peligro de herirla. Se limitaron, pues, a evitar la fuga del *Manco Capac*. A las 7.45 el comandante de éste ordenó abrir las válvulas. El buque se hundió y su comandante y tripulación se entregaron prisioneros a las autoridades chilenas.

Las pérdidas peruanas fueron de alrededor de 700 muertos, entre los cuales se encontraba el comandante, valiente defensor de la plaza, coronel Bolognesi. Además 1.328 prisioneros (de ellos 118 jefes y oficiales). La división Lagos perdió 473 hombres entre muertos y heridos.

El botín consistió en 13 cañones de grueso calibre, 1.200 fusiles de diferentes sistemas; municiones de fusil; una cantidad considerable de dinamita, pólvora, herramientas y útiles varios.

L.—Conclusiones Militares.

a) *Los objetivos.*

(1) *Chilenos.*

La retirada de las fuerzas aliadas de Tarapacá hacia Tacna permitió a los aliados pensar que sería factible continuar la guerra. De esta manera, se imponía para Chile obtener los siguientes objetivos:

—*Objetivo político de la guerra.* Disolución de la Alianza para imponer exigencias de paz a cada país por separado.

—*Objetivo estratégico para las fuerzas militares.* Aniquilamiento de las fuerzas adversarias mediante una batalla decisiva.

(2) *Peruanos.*

Después de la poco afortunada campaña de Tarapacá, Perú y Bolivia cambiaron sus gobernantes mediante golpes de estado. Los nuevos dirigentes políticos, Piérola y Campero resolvieron continuar la guerra. ¿Cuál pudo ser el objetivo que motivó esa resolución?

Es difícil determinarlo precisamente ya que no existen antecedentes concretos. Pudo ser el impedir nuevas conquistas territoriales por parte de Chile o uno más ambicioso que considerara la recuperación de lo ya perdido. En cualquiera de los dos casos, el objetivo estratégico que tendría que satisfacerlos no podía ser otro que alcanzar una victoria decisiva

sobre las fuerzas chilenas o al menos de tal magnitud que frenara los ímpetus ofensivos de éstas.

b) *Planes chilenos.*

Al término de la campaña de Tarapacá, la opinión chilena sobre la continuación de la guerra se dividió en dos corrientes; una que deseaba atacar de inmediato directamente sobre Lima y la otra que estimaba imprescindible, antes de atacar el centro peruano, destruir sus fuerzas militares que aún mantenían la región sur.

Bien pronto se comprendió que dadas las circunstancias bélicas que se vivían no era posible una acción directa inmediata hacia Lima. Indudablemente que, de tener buen éxito, podría significar una victoria final más rápida; pero esa misma victoria resultaba mucho más improbable. Fundamentalmente quedaría siempre pendiente el problema boliviano; fuerzas de esa nacionalidad continuarían combatiendo en la región sur-peruana, con lo cual el Ejército chileno tendría que dividirse para operar por separado en contra de sus adversarios.

El Gobierno del Presidente Pinto propuso un plan inicial para operar en Tacna y Arica, plan que fue posteriormente modificado por sugerencias militares.

Se pensó en transportar el Ejército por vía marítima hacia Ilo y Paocha para luego organizar una línea defensiva que cortara las comunicaciones por la región costera a las fuerzas peruanas que operaban en el sur. Se presuponía que ante el establecimiento de esta línea defensiva, las fuerzas aliadas se verían obligadas a atacarla.

Lo más negativo de esta idea era el hecho de que, después de realizar una maniobra ofensiva hacia el territorio enemigo, se perdía la iniciativa estratégica para entregársela al adversario.

Las modificaciones posteriores cambiaron la idea defensiva por una ofensiva: una vez realizado el desembarco se buscaría atacar al enemigo para imponerle la decisión.

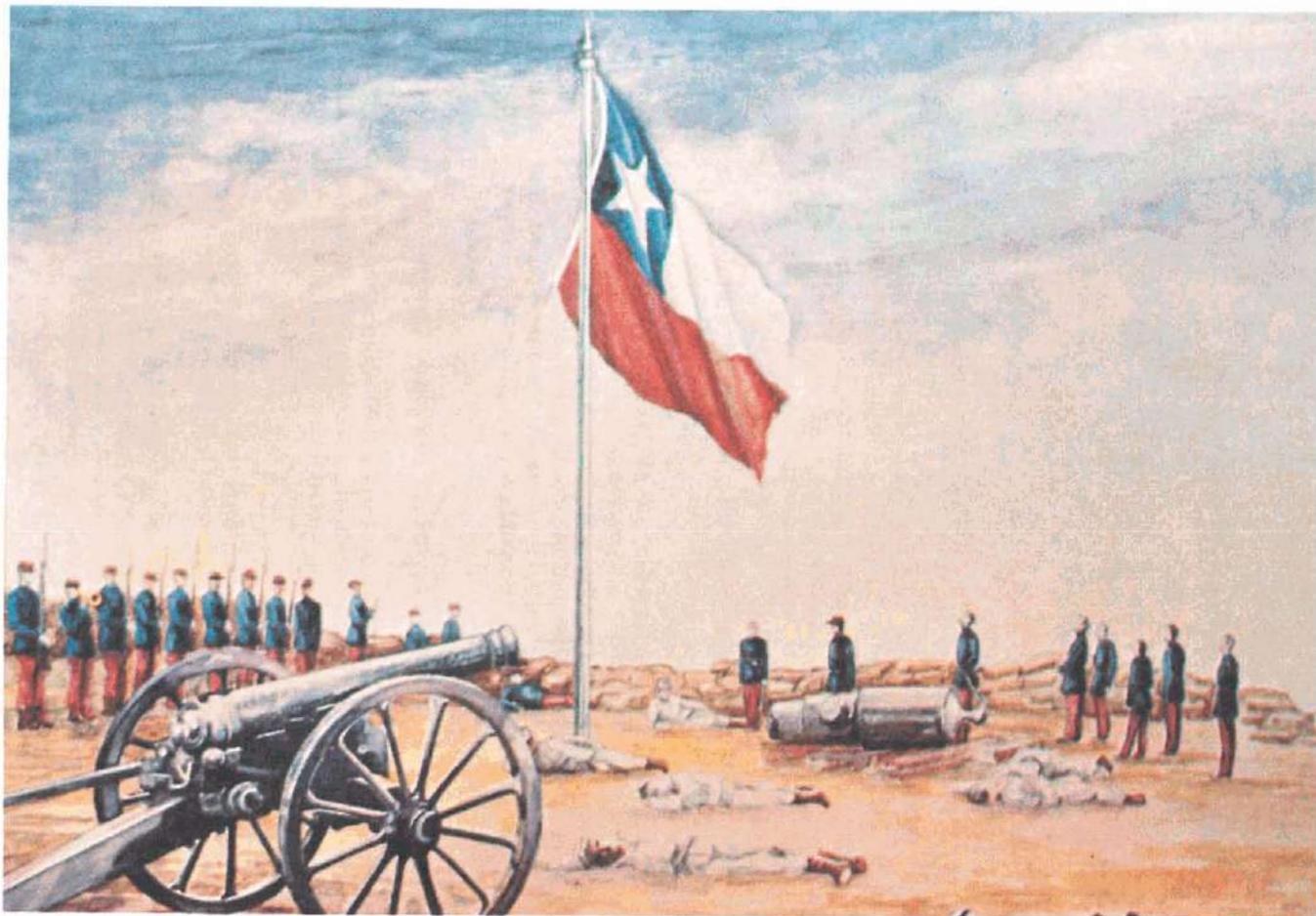
c) *Planes aliados.*

No se puede decir concretamente que los aliados hubieran elaborado planes específicos para hacer frente a la nueva invasión chilena.

Existió en un tiempo la idea de operar ofensivamente contra las fuerzas chilenas desembarcadas desde Arequipa y desde Tacna; pero ello no llegó a materializarse.

Cuando el Ejército chileno avanzaba hacia Tacna por escalones, se propuso al mando peruano del Ejército del sur efectuar un ataque sorpresivo sobre las fuerzas chilenas separadas en tiempo y espacio; sin embargo, se desaprovechó esa oportunidad que, tal vez bien ejecutada, pudo tener un relativo buen éxito.

Posteriormente, la idea operativa central aliada fue la de organizarse



Izamiento de la Bandera en el Morro de Arica (7 Junio 1880).

Acuarela de César Paredes L.

defensivamente en Tacna para cerrar el paso a las fuerzas enemigas hacia Arica.

d) *La batalla de Tacna.*

Del estudio militar de esa batalla, cabe destacar la controversia producida por los planes tácticos preparados por el Ministro de Guerra en campaña y por el Jefe del Estado Mayor.

Se estima que este aspecto es interesante por cuanto una de las críticas más comunes que se hace a la conducción militar chilena es la de que normalmente atacó en forma frontal, desechando todas las posibilidades de envolvimiento.

El Ministro Vergara proponía envolver con el total o con parte de los medios por el flanco este enemigo; el coronel Velásquez estimaba irrealizable este envolvimiento. El general Baquedano resolvió de acuerdo con su Jefe de Estado Mayor y en contra de la opinión del Ministro.

¿Era posible y rentable el movimiento ideado por el Ministro Vergara? ¿Se justificaba tácticamente el realizarlo? Nos limitaremos a dar respuesta a estas interrogantes de acuerdo a los principios que rigen la conducción del ataque.

(1) El envolvimiento debe preferirse al rompimiento en las siguientes circunstancias:

(a) *Cuando el frente enemigo es continuo y está fuertemente organizado.*

Esto no se presentaba en la posición aliada de Tacna, ya que el frente era demasiado extenso en relación con los medios, con lo cual se presentaba discontinuo y con casi nulas posibilidades de lograr un efectivo cruzamiento de los fuegos.

(b) *Cuando la posición enemiga es profunda.*

En el Campo de la Alianza, la posición aliada no tenía la conveniente profundidad, debido precisamente a lo sobreextendido que estaba el frente. El rompimiento de esa posición podía lograrse con una mínima penetración.

(c) *Cuando se puede coordinar, en tiempo y espacio, la acción frontal de amarre con la acción envolvente.*

El envolvimiento chileno por el flanco E. enemigo demandaría en su ejecución un tiempo considerable, durante el cual la acción frontal de amarre no podría permitir un desprendimiento del frente. Por otra parte, el terreno impedía que el envolvimiento llevara un apoyo de fuego propio y, por distancia, este apoyo no podía realizarse desde el frente en su beneficio.

- (d) *Cuando con el envolvimiento se corta lo más posible la dirección de retirada del enemigo y con ello se posibilita un mayor grado de aniquilamiento.*

En Tacna, el envolvimiento debería realizarse por el flanco este aliado y la dirección natural de retirada era hacia Arica, es decir, hacia el sur-oeste.

En esta forma, con ese envolvimiento, en lugar de cortar una muy posible retirada, se impulsaba al enemigo precisamente hacia ella.

(2) De acuerdo a los aspectos anteriormente expuestos, se presentaban los siguientes factores favorables para realizar un ataque frontal de rompimiento:

- (a) Ejecución de una acción más rápida.
 - (b) Acción sobre un frente enemigo poco continuo y sin efecto de fuego detenedor (cruzamiento de fuego).
 - (c) Facilidad para romper el dispositivo por su muy escasa profundidad.
 - (d) Mejor coordinación del movimiento y de los fuegos de apoyo.
- (3) Un envolvimiento, tal como se pensaba, tendría las siguientes desventajas:

- El ataque mismo habría tenido que retardarse, para dar tiempo a que el envolvimiento alcanzara una posición adecuada sobre el flanco este enemigo.
- La acción de la fuerza envolvente habría carecido de un conveniente apoyo de fuego, por distancia del frente y por imposibilidad topográfica de llevarse consigo este apoyo.
- En lugar de cortar la natural línea de retirada enemiga, habría empujado a las fuerzas adversarias derrotadas hacia esa misma dirección.

e) *El combate de Arica*

(1) *La organización peruana.*

La organización defensiva peruana era considerada como inexpugnable y el Morro constituía una fortaleza, tanto por las condiciones naturales como por la preparación defensiva que se le había dado.

La parte más fuerte del dispositivo estaba en el Morro; pero lográndose el dominio de éste, la ciudad misma quedaba de inmediato dominada totalmente.

El mayor defecto de la posición peruana de Arica era que la central desde la cual se ponía en acción todo el sistema de minas se encontraba ubicada en el Hospital. Si bien es cierto que este edificio estaba protegido por el pabellón de la Cruz Roja, no es menos cierto que era muy vulnerable a una acción de ocupación por parte del atacante, ya que se encontraba situado en la línea defensiva misma; esa parte de la defensa era la menos fuerte.

(2) *El plan de ataque chileno*

Se basó en un amarre frontal de norte a sur sobre la ciudad y en un ataque sorpresivo dirigido contra los fuertes del Morro. Para completar el cerco sobre el adversario, se empleó la caballería, que, convenientemente ubicada, podría cortar todo intento de retirada.

Fue un plan muy bien concebido, audaz y realizable, que permitió lograr el máximo de rendimiento de los medios.

(3) *Ejecución del ataque chileno.*

El ataque chileno se realizó en forma coordinada y alcanzó el buen éxito en un tiempo mínimo. Fue decisiva la acción ejecutada por los regimiento 1º, 3º y 4º de línea.

VI.—CAMPAÑA DE LIMA.

A.—Relaciones entre la política y la estrategia.

Mientras en el Perú existía sólo la voluntad de Piérola, decidido a proseguir la guerra, en Bolivia la situación era más compleja. La Asamblea Nacional, que había elegido al general Campero para la Presidencia de la República, proclamaba en alta voz su resolución de permanecer fiel a la alianza con el Perú. Desde esa época, sin embargo, se observaba entre los políticos bolivianos una corriente adversa a la continuación inmediata de la cooperación militar. Según ellos, convenía esperar el desarrollo de los acontecimientos militares en el Perú. Si éste llegase a ser vencido, habría llegado el caso de arreglar su conflicto con Chile en las condiciones más ventajosas posibles.

En cuanto a Chile, cabe advertir que la opinión pública y el Parlamento insistían en la necesidad de que el Ejército marchase cuanto antes a Lima, a fin de poner término definitivo a la contienda. Pero el Presidente Pinto y sus más fieles colaboradores estimaban que no tenía razón de ser la continuación de las hostilidades, porque —decían— “Chile es dueño de Tarapacá, la prenda destinada a resarcir los gastos de la campaña; Lima no es la paz, puesto que Piérola podía retirarse a la sierra y continuar la resistencia; Chile tenía en su poder a Tacna y Arica, cuyo ofrecimiento podría obligar a Bolivia a separarse del Perú y firmar la paz aisladamente; el gasto que originaría la continuación de la guerra, superaba la potencia financiera del país”. (Machuca).

Había también una razón más poderosa... que S.E. mantenía en secreto. Consideraba irremplazable en el cargo de Ministro de Guerra en campaña al extinto don Rafael Sotomayor e incapaz a Baquedano y altos jefes militares en materia de conducción estratégica. Santa María lo apoyaba entusiastamente: junto con ganarse la buena voluntad de Pinto



Grupo de Jefes y Oficiales del Regto. 4º de Línea - 1879.



Grupo de Jefes y Oficiales del Regto. de Artillería Nº 2 - Arica, 1880.

en su aspiración presidencial, desaparecería el problema del general vencedor dispuesto a disputarle el sillón del Libertador O'Higgins.

El Mandatario pretendió convencer privadamente a los cabecillas de la oposición respecto de la inconveniencia de lanzar al Ejército sobre la capital del Perú. En estas circunstancias ingresó al Ministerio de Guerra y Marina D. José Francisco Vergara (17 de julio). Interpelado sobre la expedición por D. Federico Errázuriz Echaurren, respondió que "el gobierno se proponía dar a las operaciones bélicas una dirección activa, rápida, enérgica, persiguiendo sin tregua al enemigo con todos los medios posible y llevando la guerra a donde tuviera sus fuerzas vivas y su último soldado". En la sesión siguiente D. José Manuel Balmaceda insistió en la interpelación Errázuriz y recibió una respuesta un tanto similar.

El Presidente Pinto debió rendirse ante la evidencia de los hechos; pero Santa María persistió en su posición de decidida intransigencia.

Mientras tanto, el Ejército esperaba con no disimulada impaciencia la orden de reiniciar el avance. Al contestar sus felicitaciones al Presidente de la República, con motivo de los triunfos recientes, con fecha 12 de junio de 1880 —cinco días después de la captura de Arica— le había sugerido el general Baquedano: "Debemos pensar seriamente en marchar sobre Lima, para poner fin a esta guerra tan costosa como larga y penosa para el país". Líneas más arriba expresaba la misma carta "Todo mi anhelo se reduce a reorganizar nuevamente el Ejército que había quedado un poco destrozado por las bajas que ha tenido y creo poder reemplazar con 2.000 hombres que me remitan de Chile, para el completo de los cuerpos". Termina la nota con el siguiente párrafo: "Lo que puedo asegurar es que por mí no se demore un solo día la campaña, si es que ustedes, como espero, resuelvan por allá llevarla a cabo lo más pronto".

El Presidente le contestó con fecha 25 de junio —sólo para ganar tiempo— que organizara las fuerzas para una próxima campaña y le agregaba, al final, que "desearía me enviases un plan de operaciones desde la salida de Arica". Respondió, a su vez, el general el 8 de julio y le remitió el plan de operaciones respectivo. "S. E. no se dignó contestar esta comunicación; ni siquiera acusó recibo, como se estila entre altas autoridades" (Machuca). Baquedano, sin embargo, continuaba adoptando las providencias preliminares para la ejecución de la expedición, como el someter a la consideración del Gobierno las medidas relativas a la reorganización del Ejército: la construcción de un muelle para el embarque de tropas en Arica; encargó a Valparaíso las lanchas necesarias para el mismo objeto; revisión de los buques anclados en el puerto, con miras a su reparación oportuna, etc.

En vista de que el Presidente de la República y el Ministerio de Guerra continuaran guardando silencio ante las informaciones y proposiciones del General en Jefe, envió éste a Santiago al coronel D. José Velásquez a entrevistarse personalmente con aquél. "Para la completa reorganización del Ejército de operaciones —oficiaba al Ministro con fecha 6 de septiembre de 1880— he creído conveniente la ida a la capital del coronel José Velásquez, para que haga presente al Supremo Gobierno las necesidades de este Ejército, tanto en su personal como en su arma-

mento, vestuario, equipo y alimentación. También considero necesario practicar arreglos en los atalajes de la artillería de campaña y de montaña, como en la artillería de la costa”.

D. Máximo R. Lira, Secretario del Comando en Jefe, nos revela los antecedentes de estos hechos. “Son (causas) —dice— poco honrosas para el Ministro de la Guerra, que en su afán de poner en todo el sello de su personalidad para anular a Baquedano, desatendió sistemáticamente todo lo que procediera del Comando en Jefe. Es una desgracia verse obligado a ello, pero es forzoso ya decirlo: el señor Vergara hizo durante su Ministerio cuanto le fue posible para entorpecer la acción del general Baquedano, para despojarlo de sus facultades, para separarlo, en una palabra, del puesto en que lo habían colocado sus servicios, sus glorias y su fortuna”.

“Pasamos a demostrar que este vacío que el Gobierno hiciera al general Baquedano y muy especialmente el Ministro de Guerra fue debido a las prematuras gestiones de paz por parte de Pinto y sus Ministros, y a la obra funesta de la intervención política efervescente que predominaba en Santiago, que retardaron por más de siete meses la campaña a Lima, y a conquistar influencias dentro del Ejército en favor a la candidatura de Santa María, lo que produjo, desde luego, un verdadero divorcio entre la Dirección Superior de la Guerra, o sea la dirección civil y política del Gobierno y el Comando en Jefe del Ejército”.

Por los diarios del sur impúsose —sorpresivamente— el Ejército en campaña de las actividades desarrolladas por el Gobierno con motivo de la anunciada operación sobre Lima. Por su parte, en oficio N° 139, de 2 de septiembre, el General en Jefe acusaba recibo de las transcripciones de varios decretos relativos a la reorganización de que se hacía objeto a las fuerzas a sus órdenes. Y añadía a continuación: “No se me ha pedido opinión sobre la conveniencia de continuar hostilizando activamente al enemigo, ni sobre los puntos de su territorio, ni sobre la manera de poner en práctica el plan que se acordará. Al Gobierno corresponde, sin duda alguna, decidir si la guerra ofensiva ha de continuar; pero es a los Jefes del Ejército que han de hacerla, a quienes toca inmediatamente preparar las operaciones, de manera que el éxito sea seguro”. Líneas más abajo proseguía: “Las mismas observaciones se aplican a la reorganización del Ejército. Son sus jefes inmediatos los que conocen de cerca las aptitudes especiales de sus subalternos, su índole propia. Y otras mil circunstancias, que no por ser pequeñas, dejan de influir en el éxito”. . . . “Pues bien, señor Ministro, sobre este trabajo de reorganización que había sido recomendado especialmente por S. E. el Presidente de la República, y que me corresponde, naturalmente, tampoco he sido consultado. El ha sido hecho en su mayor parte. . . si es que no está completo; y yo, que debo responder de la disciplina, del acierto y del éxito, no sé todavía cómo ha quedado o cómo va a quedar compuesto el Ejército a mi mando.”

Cuando el Ministro de Guerra y su séquito llegaron al norte, en la primera quincena de octubre, recibieron una impresión desfavorable del alistamiento del Ejército para emprender la ofensiva sobre Lima. Vergara se comunicó con el Gobierno y con ello confirmó la opinión emitida por

don Eusebio Lillo de que "no creía que la expedición pudiera partir antes de dos meses". Muy natural y lógica era, por lo demás, esta demora, si nos atenemos a las razones que enumera el señor Coronel Ekdahl: "1º—Que don Eusebio Lillo se negaba a desempeñar el papel de Ministro de Guerra en campaña (según lo había dispuesto el Gobierno a raíz del deceso del señor Sotomayor). 2º—Las dificultades de orden moral que se produjeron por la entrada de Vergara como Ministro (no era persona bien vista ni en el Parlamento ni en el Ejército). 3º—La acefalía del cargo de Ministro de Guerra en campaña, lo que originaba grandes perturbaciones administrativas, porque en la forma que el Gobierno había organizado el rodaje del sistema, el cargo se hacía necesario. 4º—Por la más grave de todas las circunstancias, como era la persistencia de Vergara en prescindir —todavía más que su antecesor— de la cooperación del elemento militar del Comando en Jefe del Ejército".

Ekdahl olvidó añadir que el propio Ministro Vergara había declarado el 16 de septiembre, en la Cámara, al ser asediado por el retardo en iniciar las operaciones: "Si hasta ahora no se han iniciado las operaciones de trascendencia es culpa de las dificultades naturales con que se tropieza para poner a nuestro Ejército en el pie de fuerza que se necesita... ¿Creen acaso los señores Diputados que los batallones y los regimientos se forman por obra de magia? ¿Creen que el Gobierno tiene vara mágica para hacer brotar de nuestro suelo soldados instruidos, armados y equipados, listos para marchar sobre el enemigo?".

Como término de estas observaciones, añadiremos solamente que, en razón del prolongado plazo que los señores Vergara y Santa María le concedieron, el Perú tuvo tiempo suficiente para movilizar 32.000 hombres que nos opuso en Chorrillos y Miraflores, regularmente instruidos, armados y equipados con los elementos que oportunamente le llegaron de Europa, vía Panamá. El Ejército chileno sufrió 5.430 bajas, que pudieron haber alcanzado una cifra más moderada, de haber emprendido la ofensiva inmediatamente después del triunfo brillante del Morro de Arica... como lo propuso en fecha oportuna el General en Jefe al Presidente de la República.

B.—Intentos de intervención extranjera.

Mientras Chile y Perú hacían sus preparativos para decidir la contienda, las potencias extranjeras pretendieron intervenir en su desenlace. Después de una tentativa en este sentido, en mayo de 1879, por parte de Inglaterra y Francia —y frustrada por Bismarck, Canciller del Imperio Alemán —las potencias ofrecieron su mediación diplomática sin resultados positivos. Estados Unidos ofreció también sus buenos oficios. Chile creyó, erradamente, que sus adversarios aceptaban en principio las condiciones de paz que les impondría (cesión de Tarapacá y Antofagasta), y los aliados, por su parte, imaginaban exigencias desmesuradas y acción compulsiva de los norteamericanos. Las conversaciones se realizaron en Arica, a bordo de la corbeta *Lackawanna*, a partir del 22 de octubre de 1880 y fracasaron completamente.

Un nuevo intento de intervención por parte de Inglaterra, en diciembre de 1880, no pasó más allá, a raíz de la oposición del Canciller de Alemania. Este declaró, con firmeza, que las potencias europeas y norteamericanas no tenían derecho alguno a pretender el desconocimiento de la victoria legítima de Chile.

Argentina, entre tanto, observaba el desarrollo de la guerra con especial interés. Estaba resuelta a aprovechar cualquiera oportunidad para ganar su pleito con Chile en el problema de la Patagonia y el Estrecho de Magallanes, aun a mano armada y aliada a Bolivia y el Perú. Dos circunstancias bastaron para hacerla desistir de su intervención: las repetidas victorias chilenas y el temor al Brasil, su gigantesco vecino del norte. El Imperio del Brasil guardaba para con los beligerantes la neutralidad correspondiente; pero, no cabía duda de que las simpatías del emperador don Pedro II, de los políticos prominentes y del pueblo en general, estaban a favor de nuestra Patria.

El 18 de noviembre de 1880 Argentina propuso al Brasil una acción conjunta para renovar la tentativa de mediación que acababa de fracasar en Arica. Sin rechazar decididamente la proposición argentina, la Cancillería del Brasil optó por eludir su pronunciamiento, como manera de exteriorizar su deseo de no inmiscuirse en la contienda y en perjuicio de los intereses de Chile. Con ello las gestiones argentinas quedaron paralizadas.

C.—La expedición Lynch.

Terminada la campaña de Tacna y Arica, el Jefe político de Tarapacá, capitán de navío D. Patricio Lynch, propuso al Gobierno una expedición de merodeo a los valles azucareros del Perú. El Presidente Pinto aceptó la sugerencia, y con fecha 24 de agosto el Ministro de Guerra D. José F. Vergara dictaba las siguientes instrucciones al respecto: "Recorrer las costas peruanas de Paita y Quilca y los valles transversales, a una distancia máxima de 6 leguas de la costa para imponer contribuciones a las propiedades peruanas y para destruir los ferrocarriles existentes. Los cupos de guerra deben ser pagados por los propietarios peruanos bajo pena de ver destruidas sus propiedades". Concluían las instrucciones con la advertencia que debían ser respetados los bienes de los extranjeros neutrales.

El 4 de septiembre partió de Arica la expedición a bordo de los transportes *Itala* y *Copiapó*. Integrada por el regimiento Buin, batallones Talca y Colchagua, 1 escuadrón de caballería y 1 batería de artillería (3 piezas) y una sección de ingenieros. Sabedor Lynch de que la goleta *Enriqueta* había desembarcado armas en la caleta de Chimbote y deseoso de capturar este armamento, llegó a ésta el 10 de septiembre, desembarcó la tropa, fue destruido el ferrocarril —de acuerdo con las instrucciones recibidas— y se impuso un cupo de guerra de 100.000 soles a la hacienda azucarera del señor Derteano. Y como éste se negara a pagar, Lynch procedió a quemar las casas y demás enseres de la hacienda. Se procedió en forma semejante, en seguida, en Paita, Isla de Lobos, Eton, Chiclayo, Supe y Quilca. La columna se internó, además, en los valles de Chira y

Chiclay y se confiscó el armamento y valores que el buque inglés *Islay* traía al Perú, vía Panamá.

La expedición estuvo de regreso en Arica el 10 de noviembre.

D.—Expediciones contra montoneras peruanas.

Desde mediados de junio el Ejército chileno se encontraba vivaqueando en el valle del Caplina. Algunas montoneras peruanas merodeaban en aquellas vecindades a las órdenes de los coroneles Albarracín y Grocio Prado y del guerrillero cubano Pacheco Céspedes. Sus fuerzas eran demasiado reducidas como para atacar a los campamentos chilenos; pero aprovechaban, en cambio, cada ocasión favorable para caer de improviso sobre individuos aislados o sobre fracciones pequeñas que se alejaban un tanto del vivac.

El 16 de julio 3 oficiales del regimiento Lautaro fueron capturados en las montañas de Calientes por la montonera de Pacheco. El General en Jefe dispuso al coronel Barbosa emprender una expedición en dirección a Tacora, en donde —según se sabía— se encontraban Pacheco y Prado con sus guerrilleros. El día 19 salió Barbosa con 575 infantes, 75 jinetes y 2 cañones de montaña en dirección a Tarata. Partió también el mayor Wenceslao Bulnes con un escuadrón de Carabineros de Yungay en dirección al Sama, valle del Sinto y del Moquegua, hacia Tarata.

Cuando el destacamento Barbosa llegó a la vecindad de Tarata, el coronel Prado lo esperaba en una posición defensiva en el cerro Puichacai. Pronto su gente huyó en todas direcciones, sin esperar el resuelto ataque de los soldados del Lautaro. El coronel Prado continuó resistiendo hasta ser tomado prisionero. El destacamento chileno prosiguió hacia Ticaco y desde allí el coronel Barbosa envió varias partidas en persecución de los montoneros. En vista de la imposibilidad de alcanzarlos, emprendió el regreso y llegó a Pachía el 27.

El mayor Bulnes, por su parte, marchó por el camino de Ilabaya a Torata, a donde logró llegar después de varias jornadas llenas de penurias y dificultades. Como supiera que el coronel Albarracín se encontraba con su montonera en la quebrada de Mirave, envió una fracción de 50 jinetes a dicho punto. Albarracín logró ponerse en salvo y se retiró hacia Puno. El escuadrón de Carabineros regresó a Tacna, a donde llegó en la segunda semana de agosto.

Se había organizado en el valle de Sama otra montonera peruana a las órdenes de Cipriano Jiménez. Aparte de los muchos perjuicios que hacían estos individuos, Jiménez se había dedicado a repartir circulares a los soldados chilenos, en las cuales les ofrecía trabajo con grandes jornales. A fines de septiembre envió el general Baquedano desde Tacna, al comandante Feliciano Echeverría con su escuadrón de Cazadores a Caballo en persecución de Jiménez; Echeverría marchó hacia Moquegua y al acercarse a Conde creyó ver a su frente una fuerza de unos 600 jinetes. Regresó a Tacna, y Baquedano, incomodado por la forma como Echeverría había cumplido su misión —pues no había procedido a reco-

nocer a dicho enemigo, a comprobar su cantidad y actividad— le ordenó volver inmediatamente a cumplir la tarea que se le había encomendado.

De acuerdo con otra disposición del general, el comandante Salvo organizó en Pacocha una columna de 850 hombres de las tres armas, 5 piezas de artillería y 130 mulas con elementos de bagaje. Alcanzó el objetivo que se le señalara, Moquegua, el 6 de octubre. Salvo impuso a la ciudad una contribución de guerra de 100.000 soles, cantidad que fue pagada con los propios recursos de los habitantes de Moquegua.

Como corrían rumores de que el coronel Leiva estuviera avanzando desde Arequipa sobre Moquegua, Salvo envió estafetas a Tacna con petición de refuerzos. Adelantó, asimismo, patrullaje hacia Lemegua y Tumulaca, sobre los caminos que afluyen al valle de Moquegua y una patrulla de caballería hasta Torata. El propio comandante Salvo se dirigió personalmente hasta Horno, en el camino hacia Arequipa y pudo convencerse así de que los rumores sobre el avance de Leiva carecían de fundamento.

Mientras tanto, el general Baquedano —de acuerdo con las informaciones enviadas por Salvo— había ordenado al coronel Lagos marchara en su socorro con un regimiento de infantería reforzado con artillería. El 14 de octubre se reunió Lagos con Salvo en la estación de Conde y como se diera cuenta de que la comarca estaba libre de enemigos, emprendieron ambos su viaje de regreso.

E.—Las fuerzas beligerantes.

1.—Peruanas

Hasta la tercera semana de diciembre, las fuerzas de línea que debían atender a la defensa inmediata de Lima formaban los ejércitos del Norte y del Centro. El *Ejército del Norte* estaba bajo las órdenes del general Vargas Machuca y se componía de 5 divisiones. El *Ejército del Centro* lo comandaba el coronel don Juan M. Vargas y contaba con 4 divisiones. El 22 de diciembre llegó a Lima la noticia de la presencia de fuerzas chilenas en Chilca. Piérola estimó que era inminente el encuentro con las fuerzas chilenas y dispuso se refundieran los Ejércitos del Norte y del Centro a base de cuatro cuerpos de Ejército, con los siguientes mandos y dotaciones:

- | | |
|-----------|--|
| 1er. C.E. | Comandante: coronel Miguel Iglesias
Fuerzas: 6.000 hombres |
| 2º C.E. | Comandante: coronel Suárez
Fuerzas: 4.000 hombres |
| 3er. C.E. | Comandante: coronel Dávila
Fuerzas: 4.500 hombres |
| 4º C.E. | Comandante: coronel Andrés Avelino Cáceres
Fuerzas: 5.500 hombres |
| | Fuerza total: <u>20.000</u> hombres |

Un decreto de 6 de diciembre había acuartelado en Lima al *Ejército de Reserva*, a las órdenes del coronel don Juan M. Echeñique. Este Ejército fue ubicado en las posiciones defensivas organizadas al sur de Lima.

Otro decreto: (30 de noviembre) había organizado el *Ejército de Arequipa* en la siguiente forma:

Comandante: prefecto D. Pedro del Solar.

Fuerza: se estima en unos 13.000 hombres.

2.—Chilenas

Por su parte, el Ejército chileno había quedado constituido, por decreto de 29 de septiembre, en la siguiente forma:

General en Jefe: General de División D. Manuel Baquedano.

Jefe de E. M. G.: General de Brigada D. Marcos Maturana.

Además 6 altos jefes con diferentes cargos.

I. División.

Comandante: General de División D. José A. Villagrán.

1^o Brigada de Infantería

— 4 regimientos

— 1 batallón

2^a Brigada de Infantería

— 3 regimientos

— 1 batallón

Caballería de la División

— Regimiento Granaderos a Caballo

Artillería de la División

— 2 brigadas con 30 cañones

— 3 ametralladoras

II. División.

Comandante: General de Brigada D. Emilio Sotomayor.

1^a Brigada de Infantería

— 3 regimientos

— 1 batallón

Caballería de la División

— Regimiento Cazadores a Caballo

Artillería de la División

— 2 brigadas de 26 cañones

— 3 ametralladoras

III. División.

Comandante: Coronel D. Pedro Lagos.

1ª Brigada de Infantería
— 2 regimientos
— Batallón Navales

2ª Brigada de Infantería
— 3 Regimientos
— 3 batallones

Caballería de la División
— Regimiento Carabineros de Yungay

Artillería de la División
— 2 brigadas con 24 cañones
— 2 ametralladoras

Resumen general: 3 divisiones, con 6 brigadas de infantería, 16 regimientos y 3 batallones; 3 regimientos de caballería a 2 escuadrones cada uno y 2 regimientos de artillería con 6 brigadas.

Fuerza total: 26.413 hombres, 3.109 caballos y mulas. 80 piezas de artillería y 8 ametralladoras.

F.—Desembarco en Pisco

El Ministro de Guerra resolvió adelantar una división a Pisco, con la misión de mantenerse defensivamente allí hasta la llegada del grueso del Ejército. Este, a su turno, debía embarcarse en Arica tan pronto regresaran los transportes que habían conducido a la división adelantada.

En vista del telegrama del Gobierno, de 6 de noviembre, que disponía apresurar las operaciones, el Ministro Vergara reunió una junta de guerra para resolver el plan de operaciones definitivo. La junta aprobó el plan indicado por Vergara, con la modificación de que la Brigada Gana (de la II división) debía ser enviada lo más pronto posible al norte, sin esperar el regreso de los transportes que conducirían a la división adelantada (división Villagrán). Con tal medida, esta última llegaría a tener una fuerza total de 12.798 hombres, 42 cañones, 3 ametralladoras y 1.338 caballos y mulas.

El general Baquedano dictó el 12 de noviembre las disposiciones necesarias para su ejecución. En conformidad con ellas, el general Villagrán debía desembarcar en la playa de Paracas (inmediatamente al sur del Pisco), ocupar esta población en los puntos adecuados, mientras se recibían refuerzos y despachar partidas hacia los valles vecinos en busca de recursos.

El convoy zarpó de Arica en la tarde del 15 de noviembre, escoltado por la *O'Higgins* y la *Chacabuco*. Alcanzó Paracas el 19 de noviembre. La división desembarcó y, al día siguiente, ocupó Pisco sin resistencia y envió un destacamento de las tres armas, a las órdenes del coronel Amunátegui, en dirección a Ica, con la misión de ocupar esta ciudad. La división distribuyó sus fuerzas entre Caucato, Chíncha Alta, Chíncha Baja, Tambo de Mora, Pisco e Ica.

G.—De Arica a Lurín.

I

El 7 de diciembre reunió el Ministro de Guerra una junta de guerra, con la presencia del general Baquedano, los demás generales presentes y don Eulogio Altamirano. Se tomaron los siguientes acuerdos:

“Hacer partir sin pérdida de tiempo el resto del Ejército hacia Chilca (entre los ríos Lurín y Mala) en donde debía encontrarse sin falta el 22 de diciembre”.

“Disponer que Villagrán marchase por tierra de Pisco a Chilca, con orden terminante de estar allí ese mismo día”.

“Dejar en Pisco la Brigada Gana y la artillería de campaña de la I División para que el General en Jefe las reembarcara en el convoy que lo conduciría a Chilca”.

Inmediatamente después de la junta, el general Baquedano envió un buque a Pisco a comunicar a Villagrán el plan acordado y para ordenarle ponerse en marcha, a más tardar, el 14 de diciembre. El C. G. le advertía, además, que consideraba que el buen éxito de la operación dependía del cumplimiento exacto de estas instrucciones.

La operación de embarque del Ejército quedó terminada el día 14. El convoy tocó en Pisco el 19, a fin de embarcar la brigada Gana y la artillería de la I División. La flota prosiguió su navegación y el día 21 llegó a Chilca. Desembarcada la tropa, continuó por tierra hacia Lurín, un valle con pasto y agua en abundancia y que tenía, además, la ventaja de poderse contar con el apoyo directo de la Escuadra.

II

Al recibir el general Villagrán la orden del General en Jefe de partir en dirección a Chilca, contestó con fecha 10 de diciembre que había dispuesto la marcha para el día 13, pero que algunos cuerpos de su división no tenían cantimploras y que *él salvaba anticipadamente su responsabilidad por las consecuencias que el hecho pudiera acarrear*. Máxime, si se consideraba que se habrían de atravesar parajes desérticos en donde —en trechos de 50 a 60 Kms.— no existía agua.

Villagrán se puso en marcha el 13 de diciembre y llegó, al final de lo jornada, a Tambo de Mora. Informado de las grandes dificultades para encontrar agua en el camino hacia Chilca y estimando que no podría llegar a este punto el 22 —como estaba ordenado— escribió al coronel Gana hiciera presente esta circunstancia al General en Jefe. Envío en seguida un piquete de granaderos a reconocer el camino a Chilca y a estudiar la capacidad de agua de las vertientes de Yagüey. El Comandante del piquete informó a su regreso, que —mediante arreglos de fácil ejecución— podría haber agua suficiente para toda la división.

El general Villagrán informó a Baquedano que la brigada Lynch saldría de Tambo de Mora el mismo día 17 y que el resto de la división

reanudaría su marcha al amanecer del 18. El día 20 debían encontrarse con las fuerzas en Cañete.

Al recibir el 19 de diciembre, en Pisco, los oficios del comandante de la I División, el general Baquedano se disgustó sobremanera y le respondió que "la responsabilidad de los actos que se ejecutan es siempre del que manda y nunca del que obedece". Al día siguiente, el 20, puso en conocimiento del Ministro de Guerra estos antecedentes, en vista de que el plan de operaciones convenido se había malogrado con ello. El Ministro ordenó al General en Jefe separara al general Villagrán de su división y lo remitiera inmediatamente a Santiago.

El día 27 le fue comunicada al general Villagrán la orden del Ministro y el nombramiento, en su reemplazo, del capitán de navío don Patricio Lynch.

H.—Batalla de Chorrillos

1.—*Los preparativos.*

Desde el primer momento los jefes chilenos se habían preocupado activamente de informarse respecto del terreno sobre el cual habría de decidirse la suerte de la campaña. El Comandante General de la Caballería, coronel don Ambrosio Letelier, realizó el 25 de diciembre, a la cabeza de un fracción de Cazadores a caballo, un reconocimiento en dirección a la hacienda Villa. El mismo día el mayor don Manuel Rodríguez, que reconocía hacia La Tablada, en dirección a los llanos al S. E. de Villa y de San Juan, logró capturar a un oficial peruano. Estos dos reconocimientos sirvieron para constatar que el enemigo había ocupado las posiciones del Morro Solar y alturas de San Juan.

Croquis N° 60

En conocimiento de que numerosas fuerzas chilenas habían desembarcado en Chilca y le dejaban cortada su retirada a Lima, el coronel peruano Sevilla se dirigió con el regimiento Cazadores del Rimac, el 24 de diciembre, hacia Calango, a unos 23 km. de la costa, en el valle de Mala. Desde allí se dirigió hacia Lurín, por Manchay o Cienaguilla. Pensaba cruzar el valle de Lurín en la noche del 27 al 28. Por un mensajero que Sevilla enviaba a Lima, capturado por el servicio de seguridad de la brigada Barbosa, supo éste que los cazadores del Rimac se aproximaban a la quebrada del Manzano con intención de caer al valle de Lurín.

A las 3 de la madrugada del día 28, tropas de infantería situadas en la citada quebrada del Manzano sorprendieron al regimiento Cazadores del Rimac y 132 jinetes (entre ellos el coronel Sevilla y otros 8 oficiales) fueron capturados: 120 caballares, algunas armas y los instrumentos de la banda de músicos, constituyeron el botín de los vencedores.

Prosiguieron los reconocimientos hacia las posiciones peruanas y ellos fueron numerosos. Sólo destacaremos los dos más importantes:

—el reconocimiento en fuerza a las posiciones del Morro Solar, Santa Teresa y San Juan, efectuado el 6 de enero de 1881 y dirigido personalmente por el general Baquedano, y

—el reconocimiento en fuerza del flanco izquierdo (N.E.) peruano, en el portezuelo de Ate o La Rinconada, a cargo del coronel Barbosa, el 8 de enero y que provocó el repliegue del adversario a la línea del río Surco.

2.—*La posición peruana.*

Dos eran las posiciones ocupadas por el Ejército peruano para la defensa de Lima por el sur. La más avanzada se encontraba en el cordón de alturas que se extiende desde Morro Solar (S.W.) hasta Monterrico Chico (N. E.), abarcando las serranías de Santa Teresa y San Juan. Extensión total: 17 Kms. Posiciones destacadas eran las de portezuelos de Rinconada y de Vásquez.

La posición más retirada se extendía en la llanura al S.E. de Miraflores, al norte de la anterior.

Las fortificaciones de la posición de más al sur se extendían en líneas continuas desde la punta norte del Morro Solar hasta el portezuelo de Otocongo; pero las obras de mayor importancia y en mayor cantidad habían sido concentradas en el Morro Solar y en los portezuelos de Santa Teresa y San Juan. En Morro Solar había tres fuertes y tres baterías que permitían a la artillería dirigir sus fuegos tanto hacia el mar, como hacia el este, sobre la llanura de La Tablada, al sur de Chorrillos. En las serranías de Santa Teresa había 6 baterías intercaladas en las trincheras de la infantería. En el cerro del cordón S. E. de Santa Teresa y en las alturas inmediatamente al norte de él había tres fuertes: el de más al poniente podía apoyar con los cañones de su ala derecha a la defensa del portezuelo oeste de Santa Teresa, mientras que con el resto de la artillería de esta posición se protegía el portezuelo este de Santa Teresa y se dominaba la pampa de La Tablada, al sur del portezuelo de San Juan. Delante de estos fuertes había zanjás de protección para la infantería, que se prolongaban hacia el norte hasta el cerro que hay inmediatamente al sur del portezuelo de San Juan. Cada una de las alturas, a ambos lados de este portezuelo, estaba coronada por una fuerte batería y entre las colinas entre el portezuelo de San Juan y el Otocongo había otras dos baterías de menores dimensiones.

El extremo septentrional de las fortificaciones, 4 Km. al norte del citado portezuelo de San Juan, estaba formado por una batería en el cerro de Monterrico Chico, la cual dominaba el llano, al oeste de los portezuelos de Otocongo y Rinconada.

El frente de la posición fortificada de Miraflores se extendía en un espacio de 6 kilómetros. Comenzaba en la playa, 2 kilómetros al sur de la población y corría en línea recta hacia el N. E. hasta encontrar el río Surco, al oeste del cerro Monterrico Chico. Esta 2ª línea de defensa estaba situada a 6 kilómetros a retaguardia de los portezuelos de San Juan y Otocongo.

Al pie de ambas posiciones defensivas, en el valle frente a ellas y también a la espalda, los peruanos habían colocado numerosas minas destinadas a estallar apenas nuestros soldados pisasen sus estopines.

La posición más avanzada había sido ocupada por el Ejército de



GENERAL MANUEL BAQUEDANO en la campaña de Maquegua.

Oleo de Pedro Subercaseaux

línea y la de Miraflores, por el Ejército de Reserva. El Ejército de línea (20.000 combatientes) se componía de los CC. EE. Iglesias, Suárez, Dávila y Cáceres (32 batallones de infantería).

El 1er. Cuerpo de Ejército ocupaba el Morro Solar y el portezuelo oeste de Santa Teresa. Hacia Villa habíase destacado un destacamento (1 columna y 3 batallones). Este 1er. Cuerpo de Ejército (Iglesias) estaba constituido por 3 divisiones, 10 batallones, 2 escuadrones de caballería y 1 batería de artillería de campaña, con un total general de 6.161 hombres.

El 4º Cuerpo de Ejército (Cáceres) continuaba la línea desde el sur de Santa Teresa hasta el cerro sur del portezuelo de San Juan, inclusive. Se componía de 9 batallones con una fuerza total de 5.500 hombres.

Hacia el norte continuaba el 3er. Cuerpo de Ejército (Dávila), que apoyaba su ala derecha (S) en el cerro norte del portezuelo de San Juan y se extendía hasta el cerro Monterrico Chico. Esta unidad ocupaba también la posición de Vásquez. Este Cuerpo de Ejército estaba fraccionado en dos divisiones con 6 batallones y 5 columnas de la Guardia Civil. Total general: 6.000 hombres.

La Reserva General ocupaba la llanura norte de Santa Teresa y estaba formada por 6 batallones con 4.000 hombres.

Respecto de la artillería, Vicuña Mackenna afirma que sobre el frente que se extendía entre Morro Solar y los cerros del portezuelo de San Juan había 60 cañones y 3 ametralladoras y que las dos posiciones defensivas (las de Chorrillos y Miraflores) estaban dotadas de 120 cañones y 8 ametralladoras.

El coronel peruano Dellepiane da a conocer, en forma más detallada, la distribución de la artillería en Chorrillos. Esta fue la siguiente:

“En Marcavilca: { 2 Clay, lisos de a 32”
un obús de a 12”

“Al oeste y este de las abras de Santa Teresa: { 15 White
4 Grieve
4 Walgely
2 Vavasseur
1 Armstrong

“En el zigzag occidental: { 4 White
12 Grieve
2 Selay”

“Disponía, además, de la mayor parte de las ametralladoras que, en número de 20, tenía el ejército nacional”.

“La artillería del Cuerpo Cáceres estaba distribuida así:

En los zigzagues central:
y oriental: { 8 White
2 Grieve.



Carga de Granaderos a caballo en Chorrillos.

Cuadro de Juan Mochi

En las cumbres entre los anteriores y el Viva el Perú: { 11 White
2 Grieve".

En resumen: 21 mil a 22.000 combatientes, con unos 80 cañones, distribuidos en un frente aproximado de 20 kilómetros en Chorrillos.

3.—*El plan de ataque chileno.*

Reunidos los elementos de juicio correspondientes, el general Baquedano procedió a dar a conocer su plan de ataque a las posiciones peruanas de Chorrillos.

El plan consistía en un ataque frontal, acompañado de un rompimiento en el centro o en unas de las alas del dispositivo enemigo. Reserva general en segunda línea.

El señor Ministro tenía sus ideas propias sobre la materia. Consiguió que el general Baquedano reuniera una junta de guerra el día 11 en el Cuartel General de Lurín, a fin de intercambiar ideas sobre el asunto. El Ministro Vergara insinuó la conveniencia de ejecutar un ataque envolvente al ala izquierda (N. E.) peruana, por la quebrada de Manchay y los portezuelos de Rinconada y Ate, que permitiría a nuestras fuerzas desembocar en el valle del Rimac y caer sobre Lima, que habría tenido que rendirse sin combatir.

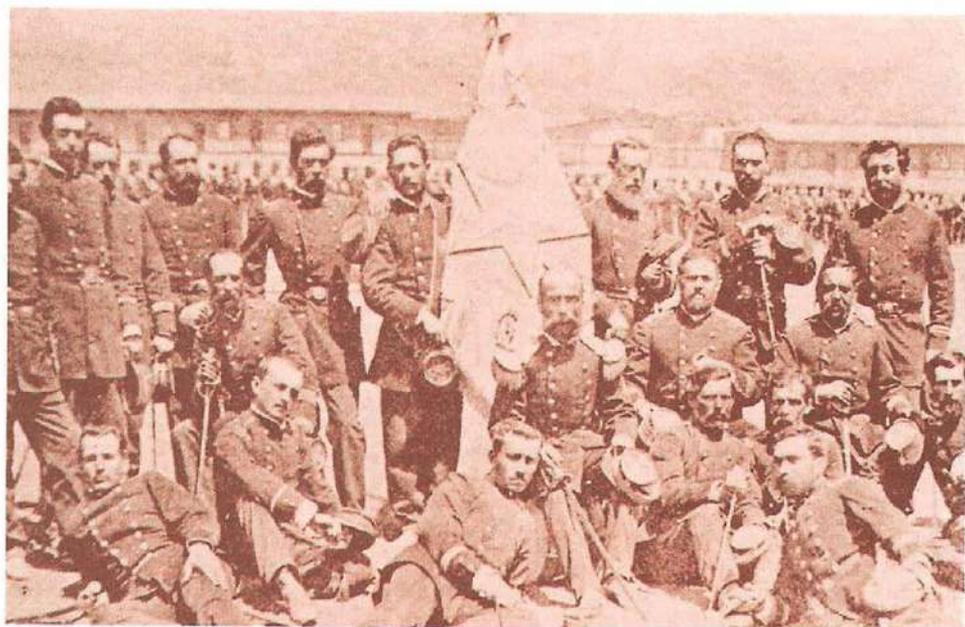
Vergara sostenía que un ataque frontal contra un enemigo en posición costaría pérdidas muy sensibles, que podrían ser evitadas con el movimiento envolvente que proponía. Agregó que al efectuarse dicho movimiento, las fuerzas de Piérola —al verse cortadas de la capital y de la quebrada del Rimac (camino real de la sierra)— se desbandarían y la guerra habría terminado.

El general Velásquez impugnó las ideas del Ministro. Advirtió que la marcha por La Tablada de Lurín sería de 17 kilómetros, hasta enfrentar las posiciones de San Juan y que por Ate esta distancia era tres veces mayor, por caminos arenosos y pesados para la conducción de la artillería y bagajes. Agregó que con el movimiento dejaba lejos la aguada de Lurín y perdía la cooperación de los fuegos de la Escuadra. Además la marcha a Ate significaría el desfile de una columna extendida a muy corta distancia del adversario, que podía cortarla en cualquier momento desde excelentes posiciones defensivas.

El general Baquedano mantuvo su plan primitivo: ataque frontal con rompimiento en el centro o en un ala del dispositivo enemigo. Reunió el día 12 a los comandantes de divisiones y de brigadas, al Comandante General de la Caballería y a los comandantes de brigadas y los despidió con las siguientes palabras: "Esta tarde, a las 6 P.M., marchará todo el Ejército para caer sobre el enemigo antes de aclarar. La I División atacará el ala derecha (S. W.) del enemigo, la II División el centro, por San Juan, y la III División el ala izquierda (N. E.). Yo espero que todos cum-



Jefes y Oficiales del Regto. de Caballería "Cazadores" - Lima, 1881.



Grupo de Jefes y Oficiales del Batallón N° 1 "Coquimbo - 1879.

plirán con su deber. Somos chilenos y el amor a Chile nos señala el camino de la victoria... ¡Adiós, compañeros! ¡Hasta mañana, después de la batalla!"

4.—*La batalla.*

a.—*Primera fase.*

El Ejército chileno avanzó hacia la posición peruana a favor de la obscuridad de la noche.

La I División (Lynch) fue la primera fracción que entró en combate. Desde La Tablada empezó a acercarse a las posiciones del Morro Solar, Villa y portezuelo de Santa Teresa. Junto con amanecer, las baterías del C. E. Iglesias, al sur de Santa Teresa, rompieron el fuego sobre las tres columnas de la división Lynch y luego después lo hicieron las fuerzas de infantería desde Villa. Las tropas chilenas avanzaron reunidas hasta unos 100 metros de la posición y desde allí la brigada de artillería Gana inició el cañoneo contra las posiciones de Villa.

Como observara Lynch que la II División no entraba en combate —mientras los defensores del portezuelo E. de Santa Teresa recibían refuerzos desde el centro de la posición ocupada por el C. E. (Cáceres)— informó por escrito al General en Jefe del problema que ello acarrearía a su unidad. Cuando el General en Jefe se disponía a ordenar que avanzara la División de Reserva para apoyar a Lynch, pudo observarse que la división Sotomayor (la II) iniciaba su ataque a la posición de San Juan (6 de la mañana). La tarea de la división Lynch se hizo más fácil y a las 7 estaba consumada la primera conquista de ese día: la posición de Villa (por la 3ª columna).

La 2ª columna, al cabo de un resuelto ataque a la bayoneta, logró desalojar —poco después de las 7— a los peruanos de dos de las alturas fortificadas del frente. Más difícil fue la tarea que le cupo a la 1ª columna, de apoderarse de las Canteras, al norte de portezuelo E. de Santa Teresa (a la derecha del C. E. Cáceres). Al fin logró su objetivo a las 9 de la mañana.

La División de Reserva (Martínez) inició su avance a las 6 contra la altura sur de San Juan y alturas del portezuelo E. de Santa Teresa.

Ante el intrépido avance de la 1ª columna de la división Lynch, los defensores de Santa Teresa empezaron a retirarse apresuradamente. Algunos de ellos se desplazaron hacia el Morro Solar, pero la mayoría entró a Chorrillos y los más desmoralizados huyeron hacia Barranco y Miraflores.

Los defensores del Morro Solar abrieron sus fuegos a las 5 de la madrugada contra la 4ª columna de la división Lynch. Al comienzo el avance de ésta fue relativamente fácil; pero, a medida que se acercaba a las posiciones del Morro, las dificultades aumentaban gradualmente. Después de la entrada a la 1ª línea del batallón Melipilla, pudo la tropa chilena apoderarse de las posiciones en las faldas S. E. del Morro. En los mismos

momentos la 3ª y parte de la 2ª llegaban al pie E. de la altura (al N. de la serranía de Santa Teresa). Eran alrededor de las 9 de la mañana.

b.—Segunda fase

Llegada la II división a la posición de San Juan, su comandante (general Sotomayor) desplegó su tropa. La brigada Barbosa entró inmediatamente al combate, prolongando el ala derecha (N. E.) de la 1ª brigada en la forma que se verá más adelante. El regimiento Buin (de la 1ª brigada) se lanzó en línea recta, en carrera, sin disparar un tiro, sobre la altura S. del portezuelo San Juan, a pesar del vivo fuego de artillería y de fusiles del adversario. Los batallones del 4º C. E. (Cáceres) fueron reforzados por los batallones Huánuco, Libertad y Canta — todos ellos del C. E. Suárez (reserva general) —, pero el Buin, que había llegado ya a la loma del portezuelo, efectuó un rompimiento en el centro de la línea peruana y ésta empezó a flaquear visiblemente. Fue en esos momentos cuando el sargento Daniel Rebolledo clavó el tricolor chileno sobre el reducto sur del portezuelo citado.

Sin detenerse, el regimiento Buin ejecutó un movimiento envolvente contra el ala izquierda de la guarnición del cerro sur de San Juan y contra los defensores de la altura inmediatamente al S. W.

Faltaba conquistar el cerro norte de San Juan y las alturas entre éste y el portezuelo de Otocongo, defendidas por el 3er. C. E. (Dávila). Esta tarea le correspondió a la brigada Gana, reforzada por los regimientos Lautaro y Curicó y batallón Victoria de la brigada Barbosa. La lucha fue bastante ruda; pero, poco después que el sargento Rebolledo había clavado la bandera en el reducto sur de San Juan, comenzaron también a flamear sobre las trincheras peruanas las banderas del 7º de línea, del Chillán y del Lautaro, hacia el lado norte del mismo.

Como consecuencia de la enorme brecha abierta en el centro de la posición, la extrema izquierda peruana quedó bastante debilitada. La tarea de aniquilamiento de esta ala correspondió a la brigada Barbosa, con ayuda de algunas tropas de la división Lagos, que habían llegado hasta allí después de haberse apoderado del cerro S. E. del portezuelo de Otocongo, como se verá en seguida.

A las 7.30 horas el Comandante General de Caballería, coronel Letelier, recibió la orden de ejecutar una carga contra los infantes peruanos del C. E. Dávila que huían por el llano de La Poblada, al N. de San Juan, tratando de refugiarse en Chorrillos, para proseguir después hacia Lima. Granaderos a caballo atravesó al galope el portezuelo, se desplegó en el llano de Pamplona, atravesó el río Surco y cargó en dirección a Tebes. Carabineros de Yungay cargó también en la misma dirección desde el abra de Otocongo. Un nutrido fuego de fusilería desde las pircas que rodeaban las casas de la hacienda de Tebes obligó a detener la persecución. Esta acción de la caballería limpió de enemigos todo el llano de La Poblada, entre Santa Teresa y San Juan y, por el norte, hasta 800 metros de Chorrillos, Barranco y Tebes.

En síntesis, a las 8 de la mañana la división Sotomayor se había apoderado de la posición de San Juan y el enemigo emprendía la retirada: la mayor parte, hacia Chorrillos y algunos dispersos, hacia Miraflores.

La división Lagos se puso en marcha a las 3 de la madrugada desde La Tablada. Apenas oyó los disparos de la artillería apresuró el avance a fin de alcanzar pronto la pampa de El Cascajal. Entre el cerro de Monterrico y el camino de Otocongo, Lagos desplegó su división. Como recibiera fuego de un cerro que se encontraba a su derecha, dispuso que las fracciones adelantadas del regimiento Santiago y una compañía del batallón Navales tomaran el cerro por asalto. Ya en el llano de Cascajal, el coronel se dirigió personalmente sobre el centro de la posición ocupada por el C. E. Dávila, en las alturas al sur del abra de Otocongo. El ala izquierda de la división llegó oportunamente a cooperar en el ataque de la brigada Barbosa contra el sector sur de esas alturas.

La II y III divisiones recibieron apoyo de fuego de las 2 brigadas de artillería de la III división. A las 7.30 el C. E. Dávila empezó a evacuar la posición y a retirarse, por el llano de Tebes, en dirección a la posición de Miraflores. Fue entonces cuando lo atacó y persiguió el regimiento Carabineros de Yungay hasta los linderos de Tebes.

Quedaba todavía por conquistar la posición del Morro Solar, la parte de la posición enemiga que ofrecía mayores dificultades. En ella se encontraban los restos del C. E. Iglesias, las tropas del C. E. Cáceres que se habían refugiado en Chorrillos y casi todo el C. E. Suárez.

La 2ª y 3ª columnas de la división Lynch —se ha dicho— llegaron al pie del Morro Solar a las 9 de la mañana. La neblina cubría gran parte de las faldas de esta altura, lo que dificultaba al comandante chileno darse cuenta de las fuerzas y ubicación de las tropas que ocupaban el Morro. Las dos columnas citadas, reforzadas por la 1ª —que había descendido por el portezuelo este de Santa Teresa— empezaban a estrechar al enemigo. Progresaron metódicamente hasta un punto denominado Las Calaveras y allí hubieron de detenerse a causa de la porfiada resistencia del enemigo. Vencidos al fin por la superioridad numérica y las ventajas de la defensa, se vieron forzados a descender. No recibían en estos momentos apoyo de su artillería, porque al escasear los proyectiles, el mayor Gana debió retirar sus piezas fuera del alcance del fuego enemigo.

El comandante Lynch dio aviso al General en Jefe de la afflictiva situación en que se encontraba. Antes que pudieran llegar los refuerzos, las tropas de Lynch debieron sostener, entre 9.30 y 10 de la mañana, un reñido combate en retirada. Los refuerzos pedidos llegaron a las 10.30. Lynch había conseguido ya normalizar la situación. La artillería del mayor Gana había sido rearmuniciónada y momentos después llegó el regimiento Zapadores de la Reserva General, que el comandante de ella (D. Aristides Martínez) enviaba por propia iniciativa a Lynch al conocer la crítica situación por que atravesaba. Se hizo presente poco después la brigada Barceló (de la división Lagos) despachada por el General en Jefe al recibir el pedido de auxilio de la I. División. A las 11 volvió a tomar ésta resueltamente la ofensiva. Al cabo de prolongada

y sangrienta lucha, cayó a mediodía el último reducto del Morro Solar. Se rindieron en este sector 1.500 peruanos, entre ellos el propio coronel Iglesias.

c.—Combates urbanos

Mientras se desarrollaba en el Morro Solar la acción descrita, se producía una lucha no menos cruenta en la población de Chorrillos. Se habían reunido allí, después de la evacuación de las posiciones de Santa Teresa y San Juan, la mayor parte del C.E. Suárez y varias unidades y grupos aislados de los C.E. Iglesias y Cáculos. Impuesto el general Baquedano de la nueva situación, tomó a las 10 las disposiciones del caso para vencer la resistencia. Envió contra Chorrillos, a las 10, a la división Sotomayor, a la brigada Urriola (de la división Lagos), a la artillería de campaña y las dos brigadas de montaña de la II y III divisiones. La caballería quedó como reserva, próxima a San Juan (al W.) El ataque se inició a las 11. Mientras las brigadas Gana y Urriola atacaron la población desde el oriente, el batallón Bulnes y el regimiento Concepción lo hicieron al costado sur; el regimiento Lautaro y el 3º de línea, contra el lindero norte de la población. Como consecuencia de la modalidad del ataque, las unidades se entremezclaron en tal forma, que la dirección del ataque se hizo desde ese momento muy difícil y la lucha tomó más bien el carácter de acciones parciales, con una violencia difícil de describir.

Tres horas duró el encuentro. Terminó a las dos de la tarde, luego de haber sido materialmente aniquiladas tres de las unidades de Suárez.

Después de esta derrota, sólo quedaba al Perú su Ejército de Reserva y la posición fortificada de Miraflores. No se considera aquí al Ejército de Arequipa, que no estaba en situación de salvar a Lima.

d.—La acción de la Escuadra

Respecto de la cooperación de la Escuadra en la jornada que acaba de terminar, cabe advertir que el reconocimiento hecho personalmente el 15 de enero por el Almirante en Jefe, le había convencido de que "el ala derecha (S.W.) enemiga podía ser arrasada por los fuegos de la Escuadra" De acuerdo con el citado reconocimiento, el almirante Riveros se ubicó enfrente del Morro Solar en la noche del 12 a 13, con el *Blanco*, el *Cochrane*, la *O'Higgins* y la *Pilcomayo*, pronto a abrir el fuego apenas despuntara el día y se le hiciera desde tierra la señal convenida. Dicha señal, sin embargo, no llegó. Se vio, en cambio, a las tropas de Lynch avanzando en la pendiente del Morro que da al mar y ya tan próximas a las baterías peruanas, que los buques no podían abrir el fuego contra éstas sin correr el riesgo de herir a sus propias tropas. El almirante se limitó a enviar unas cuantas lanchas a vapor para ayudar con fuego de ametralladoras la lucha de la infantería en ese sector.

El coronel Ekdahl critica la actitud pasiva del almirante. Aun cuando no fuera él el culpable de la paralización de su acción contra el

Morro Solar —dice— se pudiera haber actuado con iniciativa en la ciudad de Chorrillos. Desde las 9 de la mañana logró observar el almirante cómo las fuerzas del adversario se iban reuniendo allí hasta alcanzar una cantidad respetable. Agrega el notable historiador militar y profesor de la asignatura, que la Escuadra debió haber bombardeado también el extremo derecho (S.W.) de la posición de Miraflores.

5.—Consecuencias de la batalla

a) En lo táctico, el Ejército de línea peruano quedó prácticamente aniquilado. De sus mejores tropas —las de Iglesias y Suárez— no quedaron sino restos completamente desorganizados y las unidades de los C. E. Dávila y Cáceres se encontraban en un estado tal de abatimiento que prometían de antemano resultados muy mediocres para un futuro empleo.

b) En lo estratégico, la batalla significó la decisión de la campaña.

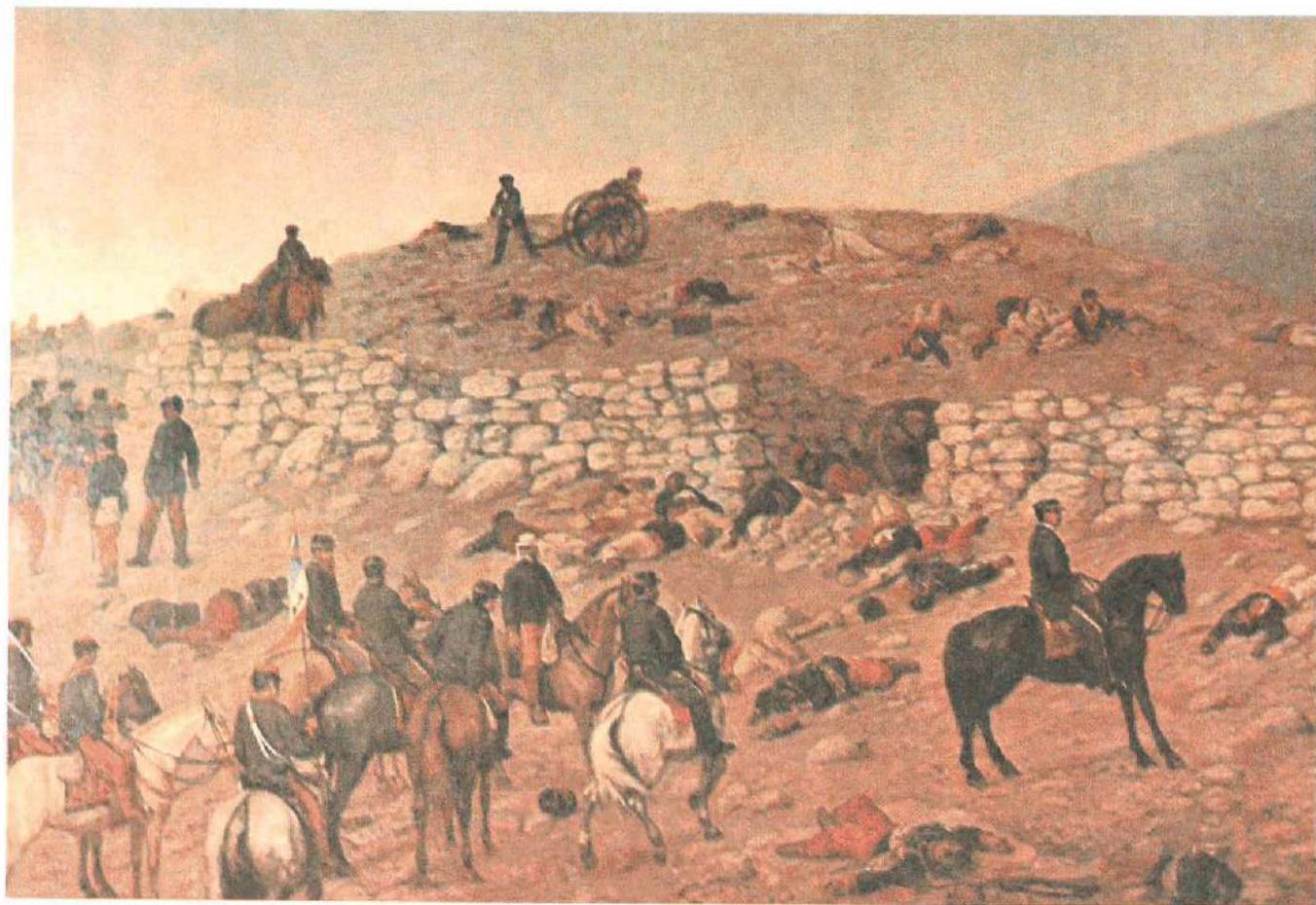
c) La victoria costó al Ejército chileno 3.318 bajas, vale decir, el 13,7% de sus efectivos: 797 muertos y 2.521 heridos. Respecto de las bajas peruanas advierte el coronel Ekdahl: "Jamás se ha sabido a punto fijo el número de muertos y heridos que hubo en esta jornada por el lado del Perú; pero el resultado positivo fue que su Ejército quedó completamente destruido después de esta sangrienta acción". Por su parte, el coronel D. Carlos Dellepiane afirma que "los peruanos sufrieron alrededor de 6.000 bajas y los chilenos cerca de 4.000".

I.—Batalla de Miraflores

1.—Situación después de Chorrillos

En la mañana del 14 de enero el Ministro de Guerra D. José Francisco Vergara envió a su secretario D. Isidoro Errázuriz, acompañado por el coronel Iglesias (prisionero de guerra), a ofrecer al dictador Piérola abrir negociaciones, tendientes a evitar el sacrificio de nuevas vidas en defensa de una causa ya perdida para el Perú. Piérola recibió únicamente al coronel Iglesias. Terminada la entrevista, este último regresó al Cuartel General con la respuesta del jefe peruano: no aceptaba el dictador la evacuación inmediata de la posición de Miraflores. El Comando en Jefe chileno comprendió que sería necesario destruir estas posiciones y, en tal evento, comenzó los preparativos correspondientes. Elaboró un plan de ataque, que consistía en "amagar al enemigo por el frente con la I. División; atacando por su flanco izquierdo (E) y un poco a retaguardia con la III. división, que no había sufrido sino muy pocas pérdidas el 13 y batir sus posiciones de enfilada, por su derecha (W) con la artillería de la Escuadra con una corta artillería rodante".

Este plan fue comunicado al almirante Riveros; pero circunstancias posteriores impidieron la realización del plan en la forma concebida. Efectivamente, a mediados del 14 al 15 de enero recibió el general Ba-



I División en Chorrillos (Morro Solar).

Cuadro de Juan Mochi

quedano una comunicación del decano del Cuerpo Diplomático residente en Lima que le solicitaba una entrevista. El general fijó la entrevista para las 7 de la mañana y a esa hora se presentaron los diplomáticos encargados de entenderse con las autoridades chilenas.

Tesano, Ministro de El Salvador y decano de los diplomáticos, solicitó una tregua para formular bases de paz y, en caso de no lograrla, solicitaba garantías para los habitantes neutrales y para los intereses y propiedades de extranjeros radicados en la capital peruana. Baquedano concedió la tregua hasta las 12 de la noche del 15 de enero, siempre que Piérola suspendiera también las hostilidades. En cuanto a conversaciones de paz, Baquedano agregó que era condición previa la entrega incondicional del puerto de El Callao a las tropas chilenas.

A mediodía del 15 y como no se recibiesen noticias del dictador peruano, el general Baquedano dio orden a la división Lynch de avanzar desde el sur de Barranco hacia el norte y desplegarse a la derecha (E) de la división Lagos, que poco antes se había establecido en la citada población de Barranco, a un kilómetro aproximadamente de la posición peruana.

El general Baquedano comenzó a reconocer el terreno en que se desarrollaría el ataque y el frente de la posición enemiga y pudo observar la llegada a Miraflores de varios trenes con tropas procedentes de Lima. Al enfrentar la línea de uno de los batallones recién llegados de El Callao, recibieron el general y su Estado Mayor una descarga de fusilería, que afortunadamente no causó víctimas.

El dispositivo de las fuerzas peruanas era el siguiente:

El *Ejército de Reserva* ocupaba los seis reductos que había sobre la línea comprendida entre los fuertes Alfonso Ugarte y el camino de Otocongo.

El *Ejército de Línea* sobreviviente de Chorrillos, reorganizado en tres C.E. y con una dotación de 8.000 hombres, estaba desplegado en las trincheras existentes entre los reductos (ocupados por el Ejército de Reserva), de la siguiente manera:

Ala derecha (W) C.E. Cáceres, con la I. y II. divisiones.

Centro C.E. Suárez, con la III. y IV. divisiones.

Ala izquierda (E) C.E. Dávila, con la V. y VI. divisiones.

2.—Desarrollo de la batalla

La división Lagos se estaba estableciendo al norte de Barranco, a una distancia aproximadamente de 1.000 metros del reducto Alfonso Ugarte, bajo la protección de un servicio de seguridad, a unos 400 metros de las obras peruanas. A las 2 de la tarde esta división tenía en el frente todas sus unidades, excepto el regimiento Aconcagua y el batallón Bulnes.

La Reserva General (comandante A. Martínez) estaba ubicándose a unos 750 metros detrás. La división Lynch, que debía formar el centro de la línea y que había salido de Chorrillos poco antes del mediodía, descansaba a las 2 de la tarde al lado sur de Barranco. La II. división

(Sotomayor) que debía formar el ala derecha (E) se encontraba en Chorrillos lista para marchar. La caballería se había acercado al pueblo de Barranco, en el llano, al E. de la vía férrea.

Cuando las tropas de Cáceres rompieron sorpresivamente sus fuegos, las fracciones adelantadas de la división Lagos contestaron de inmediato, mientras las fuerzas del grueso acudían presurosas a tomar sus armas. En los primeros momentos hubo una gran confusión; pero bien pronto los jefes y oficiales restablecieron el orden. Los comandantes de unidades ordenaron el toque de "cesar el fuego", convencidos de que el rompimiento de éste por parte de los peruanos obedecería a alguna equivocación y que ellos detendrían también la acción en cumplimiento del compromiso contraído. Los fuegos chilenos fueron suspendidos durante quince minutos; pero como los disparos de fusilería del enemigo aumentaran, se dio orden de abrirlos nuevamente.

La Escuadra empezó de inmediato a bombardear las posiciones peruanas, especialmente las obras del ala derecha (W) y en particular el reducto Alfonso Ugarte. Este bombardeo cesó cuando las tropas chilenas llegaron muy cerca de la línea peruana, ya que existía el peligro de herirlas.

Desde la iniciación del combate hasta las 3 la situación de la división Lagos fue extraordinariamente crítica. Contaba en primera línea con sólo unos 4.400 hombres, apoyados únicamente por su brigada de artillería de montaña, pues la artillería de reserva se vio obligada a retroceder hacia una posición más atrás, para evitar ser batida por la artillería adversaria.

El coronel Cáceres quiso aprovechar esta ocasión para destruir a la división Lagos antes de que fuera reforzada y pasó resueltamente al ataque. Intentó amarrar frontalmente a la brigada Barceló y envolverla por ambos flancos. El coronel Suárez por su parte, cargó contra el batallón Navales. Este último no pudo resistir la avalancha y comenzó a replegarse combatiendo, juntamente con el batallón de cabeza del regimiento Aconcagua. En su parte oficial informa el general Baquedano que "esa resistencia tenaz e inquebrantable de la III. división en los momentos más críticos fue la que decidió del éxito de la batalla".

El coronel Lagos pidió refuerzos a la Reserva y avanzaron en su socorro los regimientos Zapadores y Valparaíso. Con esto la división Lagos empezó a avanzar poco antes de las 4 de la tarde.

La división Lynch había reemprendido la marcha tan pronto fuera roto el fuego (2 de la tarde) y empezaron a llegar sus unidades a la altura y a la derecha de la división Lagos poco después de las 3. El general Baquedano enviaba en esos momentos al regimiento Carabineros de Yungay a cargar contra el flanco izquierdo (E) del C.E. Suárez que se encontraba todavía avanzando. Apareció también por entonces, hacia el lado N.E. del campo de batalla la caballería peruana, enviada por Piérola desde la posición de Vásquez, para que apoyara el ataque de su infantería, al sur de Miraflores. El comandante Bulnes se dirigió resueltamente a su encuentro; pero la caballería adversaria volvió bridas mucho antes de que ocurriera el choque.

Eran más de la 4 de la tarde cuando se inició el ataque general y media hora después habían sido arrojados de sus trincheras los defensores del C.E. Cáceres, como asimismo los del Ejército de Reserva. Las divisiones Lagos y Martínez llegaron, en su avance, hasta el pueblo de Miraflores. En vano Suárez y Dávila hicieron esfuerzos extremos para rechazar, en su sector, el ataque frontal de la división Lynch y de la brigada Barbosa (de la II. división). A las 6 de la tarde había caído la última posición peruana en poder de los chilenos y los restos dispersos del contendor corrían desbandados por la llanura.

La división Lynch, que había partido en persecución de los fugitivos, fue devuelta al campamento por el General en Jefe en visto de lo avanzado de la hora.

3.—*Consecuencias de la batalla*

a) En lo táctico, puede decirse que el Ejército peruano había dejado de existir. No se conocen datos precisos sobre el número de muertos, heridos y prisioneros, aun cuando el General en Jefe apreciara en su parte oficial en 12.000 las bajas en general.

4.—*Consecuencias de la campaña*

a) Aniquilamiento del Ejército y Armada peruanos y desaparición del Gobierno de la República.

b) Ocupación de la capital, el objetivo político fijado para la campaña.

c) Bajas chilenas ascendentes a 5.343 hombres, vale decir el 25% del Ejército expedicionario.

d) Por ausencia total del Gobierno, fue resuelta la ocupación militar del país vencido, hasta el momento que se constituyeran los gobernantes dispuestos a pactar la paz.

e) Nacimiento de las guerrillas en las sierras, cuya eliminación final se conseguiría sólo dos años y medio más tarde por acción guerrera.

5.—*Relaciones político-militares después de la campaña*

Las relaciones entre el Ministro Vergara y sus amigos civiles, por un lado y los Altos Mandos del Ejército y de la Armada, por otro, se enfriaron cada día más y en más de una ocasión se produjeron incidentes muy desagradables. Después de uno de ellos, originado por una falta de tino de D. Isidoro Errázuriz, al censurar la conducción de las operaciones por el general Baquedano —con la respuesta consiguiente del coronel Velásquez— el Ministro ordenó al General en Jefe enviara a Arica al citado coronel, con la plana mayor de artillería, “para organizar allí las fuerzas de su arma, en prevención de una posible campaña a Arequipa”, en donde existía aún un núcleo de fuerza comandada por el prefecto Solar. El general Baquedano se negó, naturalmente, a obedecer la orden del Ministro y advirtió que “no se haría jamás instrumento

de venganzas personales contra jefes meritorios". El Ministro viajó a Arica, a fin de comunicarse telegráficamente con el Gobierno. Hizo presente a éste que la paz se veía muy lejana, que convenía reducir el Ejército de ocupación a 10.000 hombres y disolver la Escuadra; que se llamara al sur al almirante Riveros —con quien el señor Vergara se entendía menos aún que con Baquedano— y solicitaba del Presidente de la República fijara las atribuciones del General en Jefe y del Ministro de Guerra en Campaña.

El Gobierno ordenó que la Escuadra regresara a Valparaíso y suprimió las funciones del Comandante en Jefe de la Armada, a fin de obligar a Riveros a solicitar su retiro de las filas; ordenó la reducción del Ejército de ocupación y encargó al Ministro ofreciera a Baquedano regresar al sur con las fuerzas que habrían de movilizarse o quedar allí como Comandante de las fuerzas de ocupación. El general Baquedano se decidió por lo primero.

Entró a reemplazarlo el general D. Pedro Lagos, que —a su turno— lo fue por el contralmirante D. Patricio Lynch (17 de mayo).

Las consecuencias de esta reducción del Ejército de ocupación, por razones meramente políticas, serían bastante graves, como habremos de comprobarlo al referirnos a la cruenta cuanto prolongada campaña de las sierras.

J.—Conclusiones Militares

1.—*Intromisiones políticas en la conducción estratégica*

Desde el término de la campaña de Tacna y Arica la política interna tuvo una serie de intromisiones en la preparación de la continuación de la guerra.

Las causas más notorias que motivaron tales intromisiones fueron las siguientes:

a) Proximidad de elecciones presidenciales. El candidato oficial era el Ministro Santa María y el único rival peligroso que éste podría tener sería un general victorioso; luego, al Gobierno no le convenía políticamente que alguno de sus generales pudiera lograr un sólido prestigio nacional. Como el general Baquedano ya se había destacado en forma concluyente en la última campaña, se pensaba en las esferas políticas poner sobre él un Ministro en campaña que opacara públicamente sus actuaciones.

b) La continuación o término de la guerra se miraba más por las exigencias del momento político que se vivía que por las reales necesidades nacionales. Al respecto, las opiniones político-internas tuvieron gran peso en las indecisiones gubernamentales.

c) D. José Francisco Vergara, de conocida actuación anterior y estrechamente vinculado al Gobierno, en su calidad de Ministro de Guerra y

Marina y Ministro en Campaña posteriormente, trató de imponer sus opiniones; pero no tenía la capacidad del ex Ministro Sotomayor ni el general Baquedano aceptaba pasivamente las intromisiones en el mando militar.

Las principales consecuencias de estas intromisiones fueron:

- a) Tardanza en la determinación de un objetivo claro para la continuación de la guerra.
- b) Gran retardo en completar las necesidades de dotaciones, armamentos y equipos del nuevo Ejército de Campaña.
- c) Exagerada demora en iniciar la nueva campaña, con lo cual se dio tiempo al gobierno peruano para reorganizar sus fuerzas.
- d) Dificultades en la planificación de la nueva campaña ya que no se tenía una idea bien determinada de lo que con ella se buscaría.

2.—*La planificación estratégico-operativa*

a) *Chilena*

(1) *Objetivo estratégico*

Se determinó, como objetivo estratégico, la destrucción de las fuerzas peruanas de la región central del Perú y ocupación de la capital.

Este objetivo estratégico era el único que podría permitir el logro del objetivo político, que a su vez era el imponer al Perú las condiciones de paz en el sentido de ceder definitivamente a Chile los territorios ya conquistados.

(2) *Concepción general de la campaña*

a) La concepción general de la campaña, en síntesis, fue la siguiente:

- Emplear inicialmente una vanguardia para desembarcar en Pisco, ocupar esa zona y avanzar con ella hacia el norte por tierra para proteger el desembarco del grueso del Ejército.
- Desembarcar el grueso del Ejército en Curayaco.
- Concentrar todas las fuerzas en Lurín y desde allí operar ofensivamente hacia el norte.

(b) Indudablemente, fue un plan sumamente arriesgado. Ante un ejército enemigo activo, la situación de la vanguardia pudo haber sido demasiado peligrosa; esto se agravaría ante cualquier retardo en la llegada del grueso al lugar del desembarco.

¿Se justificaba plenamente desembarcar esa vanguardia en Pisco?

En principio no, ya que no se conocían exactamente las condiciones militares exactas imperantes en el Perú. Por otra parte, el contar con el dominio del mar era una seguridad suficiente.

En realidad, se produjo una dispersión de medios no justificada ni por un factor operativo ni uno de seguridad. Con ello se corría un riesgo demasiado grave; ser batido en detalle.

b) *Peruana*(1) *Objetivo estratégico*

No podría haber sido otro que impedir la progresión de las fuerzas chilenas hacia la capital.

Este era un objeto cuyo logro sólo significaría una solución momentánea. Chile estaba en condiciones militares para continuar en forma progresiva su esfuerzo bélico; Perú jugaba ya sus últimas cartas.

(2) *Concepción general de la campaña*

El gobierno peruano desechó la posibilidad de que el Ejército chileno pudiera desembarcar al norte de El Callao y atacar Lima de norte a sur. Esto lo llevó a disponer la organización de defensas al sur de la capital solamente.

Si bien es cierto la actitud defensiva podía significar una solución, no es menos cierto que con ella se entregaba totalmente la iniciativa. Dadas las fuerzas que se habían logrado reunir gracias al tiempo que Chile retrasó la iniciación de la campaña, el mando peruano pudo estudiar una ofensiva destinada a oponerse al desembarco o al menos a operar en contra de las fuerzas chilenas cuando éstas aún no hubieran alcanzado a obtener una organización en tierra.

3.—*Los movimientos iniciales*a) *Chilenos*

Aun cuando con ellos se obtuvo el resultado de concentrar todo el Ejército en Lurín, no puede desconocerse que se efectuaron con una notoria falta de coordinación. Los errores más importantes que en ellos se cometieron, fueron:

- Dejar demasiado tiempo aislada en Pisco a la vanguardia.
- Falta de preparación de la marcha de esa vanguardia por tierra hacia Chilca.
- Prematura detención de la marcha; ella pudo finalmente ser continuada por una sola brigada debiendo la otra regresar a Pisco para reembarcarse con el grueso de las fuerzas.

El relevo del general Villagrán, comandante de la vanguardia, dispuesto por el general Baquedano a raíz del incumplimiento de la orden de alcanzar Chilca antes de la llegada del grueso a Curayaco, fue justificado. Como comandante de la unidad que operaba independientemente, debió actuar con mayor iniciativa y prever adecuadamente todas las contingencias que se le podrían presentar.

b) *Peruanos*

En realidad, fuera de preparar las posiciones defensivas de Chorrillos y Miraflores, las tropas peruanas actuaron pasivamente, sin tratar de oponerse a los movimientos iniciales chilenos. Se perdió, así, la oportunidad de haber buscado una solución, primero cuando la vanguardia chilena se encontraba aislada en Pisco y segundo, cuando el Ejército enemigo recién desembarcaba en Curayaco.

4.—*La batalla de Chorrillos*

El aspecto más importante de analizar es el plan de ataque chileno. En su elaboración, nuevamente se presentó la disyuntiva de actuar frontalmente o de buscar un envolvimiento por el flanco este enemigo.

El Ministro Vergara, en busca siempre de los grandes y espectaculares movimientos, se mostró partidario de envolver la posición peruana por el flanco este. Con esto, según la opinión del Ministro, se podía llegar directamente a Lima y ocupar la ciudad "sin disparar un tiro". Los soldados peruanos, al saber la caída de la capital, abandonarían sus posiciones defensivas y se desbandarían.

Sin embargo, de haberse operado como opinaba el Ministro, pudo suceder:

a) Una reacción ofensiva del ala este peruana sobre el flanco del envolvimiento chileno, con lo cual éste podría quedar cortado.

b) Una retirada de todo el frente de Chorrillos hacia Miraflores, con miras a la reunión de las fuerzas peruanas.

c) Que no se lograra el objetivo estratégico de destruir la fuerza enemiga antes de conquistar la capital.

d) Sin haber sido destruidas en su mayor parte las tropas enemigas, la campaña de las sierras habría sido muchísimo más dura de lo que fue y la ocupación de Lima habría estado constantemente amenazada.

Aun cuando difícil por su longitud y por las condiciones del terreno, el camino que seguiría el envolvimiento era factible, como también lo era el plan del Ministro Vergara. Los inconvenientes que se presentaban, fundamentalmente eran, sin embargo, los siguientes:

a) Un envolvimiento requiere una exacta coordinación de movimientos y esa coordinación requeriría de muy buenos enlaces, de los que carecían las fuerzas chilenas y que dificultaban, además, las grandes extensiones.

b) Lentitud del movimiento envolvente por las condiciones del terreno, especialmente para la artillería que debería acompañarlo, y los servicios logísticos.

c) Exposición del flanco interior del envolvimiento al frente enemigo.

d) Se eludiría una decisión sobre el Ejército enemigo, que podría operar posteriormente en mejores condiciones.

El general Baquedano, aun cuando escuchó la opinión del Ministro Vergara, mantuvo su propia resolución de atacar frontalmente, lo que, a nuestro juicio, se justificaba:

a) Frente enemigo muy sobreextendido: 16 kilómetros ocupados por aproximadamente 20.000 hombres.

b) Por cuanto se ajustaba perfectamente al carácter y personalidad del Comandante en Jefe y a las características de las tropas. De esta manera, según Wilhelm Ekdahl, el general Baquedano "supo dirigir la batalla de una manera que merece amplios elogios".

c) Por la escasa profundidad del dispositivo peruano, lo que hacía factible su rompimiento.

Sin embargo, si bien es cierto que el ataque fronterero tenía una sólida justificación, requería buscar un lugar de rompimiento para lanzar allí un fuerte centro de gravedad.

Y el mayor error del plan Baquedano fue precisamente éste, es decir, atacar al enemigo en todo el frente, diluyendo su potencialidad, en lugar de materializar claramente un centro de gravedad, posiblemente por Santa Teresa, para cortar el dispositivo enemigo.

Otra de las razones que podrían considerarse apropiadas para un ataque frontal era que el apoyo de fuego de la Escuadra podría facilitar en mucho el ataque. Desgraciadamente este apoyo no se materializó.

En cuanto al desarrollo mismo de la batalla, el coronel Ekdahl expresa textualmente: "su ejecución fue por ambos lados muy superior a los planes en virtud de los cuales se efectuó".

La conducción del general Baquedano fue activa, flexible y audaz y los Cdtes. de división supieron reaccionar favorablemente ante las situaciones que se les presentaban y ante las órdenes del Cde. en Jefe.

Por parte de los peruanos, si bien es cierto es muy mediocre la acción del Cde. en Jefe, fue brillante la realizada por el coronel Suárez y muy en especial del general Iglesias.

5.—*La batalla de Miraflores*

La realidad, en lo militar, es que esta batalla debió realizarse no el día 15 de enero sino el día 14, es decir, inmediatamente después de la de Chorrillos. Al respecto, algunos escritores militares piensan que la demora de un día se puede justificar ante el hecho de que habiendo sido la de Chorrillos una batalla casi decisiva, era conveniente, después de ella, dejar actuar a la diplomacia para lograr un acuerdo para el término de la guerra. Sin embargo, no podía considerarse que en Chorrillos hubiera terminado la resistencia peruana; por distancia, por tiempo y por acción de conjunto, la posición de Miraflores constituía una parte del dispositivo total de la defensa peruana. Luego la acción en Chorrillos no debía haberse considerado terminada hasta no haber roto el frente de Miraflores.

Inicialmente, el plan de ataque chileno consideraba una acción frontal que caía en el mismo error de repartir las fuerzas en todo el frente y sin materializar un fuerte centro de gravedad que se había cometido en Chorrillos. Posteriormente, el mismo día 15, este error se subsanó en la iniciación de la batalla. Así se pudo materializar un centro de gravedad con la división Lagos, la Reserva General y la brigada Gana

(13.000 hombres) sobre un frente de 1.200 mts. ocupado por aproximadamente 4.000 peruanos. Dice el coronel Ekdahl que "esta disposición fue la que decidió la victoria chilena con tanta rapidez, una vez que se vencieron las dificultades de la primera faz del combate sobre esta parte del frente".

En el desarrollo mismo de la batalla, la actuación del general Baquedano fue extraordinariamente activa y hábil y ello le permitió aprovechar, en su beneficio, todas las circunstancias favorables que se le fueron presentando.

La conducción peruana fue débil y el Cdte. en Jefe abandonó prematuramente el campo de batalla, con lo cual la suerte de la acción quedó entregada a los mandos divisionarios.

VII.—CAMPAÑA DE LA SIERRA

A.—Situación política

A raíz del desastre de Miraflores, el dictador Piérola huyó a la sierra, por el camino Concas, Canta, Tarma, Jauja. Apenas habilitadas allí las oficinas de Gobierno, nombró general de brigada al coronel D. Andrés Avelino Cáceres, por su destacado comportamiento en las batallas de Chorrillos y Miraflores.

El 22 de febrero se reunía en Lima la Junta de Notables, bajo la presidencia del señor Aurelio Denegri y, después de prolongados y sesudos discursos, se aprobaron por unanimidad las bases de constitución respectivas.

Realizado el escrutinio para elegir un Presidente de la República provisorio, resultó agraciado el señor Francisco García Calderón y quedó instalada su sede en el pueblo de Magdalena. El 29 de marzo declaraba vigente la Constitución de 1860 y decretaba la convocatoria a un Congreso en Chorrillos, destinada a elegir Presidente y Vicepresidente de la República.

La Asamblea Nacional, por su parte, reunida el 28 de julio en Ayacucho, invistió a D. Nicolás de Piérola con el carácter de Presidente de la República, "con sujeción a las leyes y disposiciones vigentes...".

Existían, pues, dos Jefes Supremos del Estado. Las autoridades chilenas iniciaron gestiones de paz ante el Gobierno de García Calderón. Ellas sufrieron la intervención manifiesta de Estados Unidos y de Francia, por razones económicas. García Calderón procedió con doblez, hasta lograr el fracaso de las negociaciones.

Piérola, mientras tanto, desconocida su autoridad en gran parte del país, abandonó sus funciones de Presidente de la República con fecha 28 de noviembre de 1881 y se embarcó en El Callao para el extranjero.

En cuanto al bando chileno, hemos advertido que —a raíz de las victorias de Chorrillos y Miraflores— el Ejército de ocupación fue puesto a las órdenes del general D. Manuel Baquedano y que, con motivo del regreso de este último a Chile, le reemplazó en el mando el coronel D. Pedro Lagos. Fue en esta época que las montoneras, dirigidas por el dictador Piérola, iniciaron una activa acción de hostigamiento contra las tropas que guarnecían la capital y alrededores. Eran las fuerzas adelantadas de los escasos soldados que seguían a Piérola y que, junto a él, habíanse ubicado en las partes altas de la sierra central.

En atención a que esas montoneras alcanzaron en sus correrías hasta el caserío de Chosica, en el cajón del Rimac, a escasos kilómetros al oriente de Lima, el coronel Lagos resolvió despachar una columna expedicionaria en dirección al departamento de Junín, con la misión de batirlas a la brevedad. Tal fue la llamada expedición Letelier.

B.—Operaciones militares

Expedición Letelier

I

Cuando el general D. Pedro Lagos se desempeñaba como General en Jefe interino del Ejército, despachó una división de las tres armas al departamento de Junín, a las órdenes del teniente coronel D. Ambrosio Letelier (compañía de Zapadores, Buin, Curicó, 2 piezas de artillería, 100 granaderos y 100 Carabineros de Yungay). 3.000 hombres en total. Se trataba de terminar con las montoneras que operaban en las vecindades de la capital y ocupaban el rico departamento de Junín, centros mineros valiosos como Cerro de Pasco y campos de cultivos abundantes en ganado, viveres y forrajes. Letelier recibió instrucciones verbales respecto a ocupar el departamento, vivir de la comarca, aniquilar las montoneras e imponer contribuciones de guerra, a fin de obligar al país a entrar en negociaciones de paz.

Las fuerzas se trasladaron en ferrocarril a Chicla. Allí se impuso Letelier que unidades pierolistas ocupaban Cerro de Pasco, Huánuco y Canta. Resolvió dirigirse a Cerro de Pasco, a fin de adueñarse del departamento de Junín. El coronel Anduvire huyó con sus soldados al tener conocimiento de la proximidad del enemigo y se dirigió a Huánuco. Letelier encargó su persecución a 200 hombres, que ocuparon Huánuco, obligaron a la guarnición enemiga a evacuarlo y huir hacia el pueblo de Higuera.

Letelier marchó hacia el sur, contra Cáceres. Amenazado éste en Jauja, por la aproximación del enemigo, resolvió retirarse a Huancayo y ocultarse en el convento de Santa Rosa de Ocopa, bajo la protección de monseñor Del Valle. Después de dos días de descanso, Cáceres volvió a Huancayo.

El jefe de la expedición chilena había recibido, mientras tanto, reiteradas órdenes de regresar a Lima, que demoraba de día en día. Lynch deseaba concentrar sus tropas en Lima y El Callao, el 28 de julio —aniversario de la independencia del Perú— pues se aseguraba que para esa fecha se preparaba un levantamiento general contra las tropas de ocupación. Al fin, emprendió su regreso a Casapalca y los montoneros azuzaron a las indiidadas para que hostilizaran su marcha. El comandante D. Hilario Bousquet debió sostener rudos combates durante su retirada de Huánuco y los días 9, 10 y 11 de junio rechazó los asaltos de la indiidada. El grueso de las tropas expedicionarias salió de Junín el 26 de junio; el 2 de julio pasó la cordillera por Casapalca y llegó a Chicla bajo un temporal deshecho, de agua, nieve y viento, que azotó a la división durante una semana.

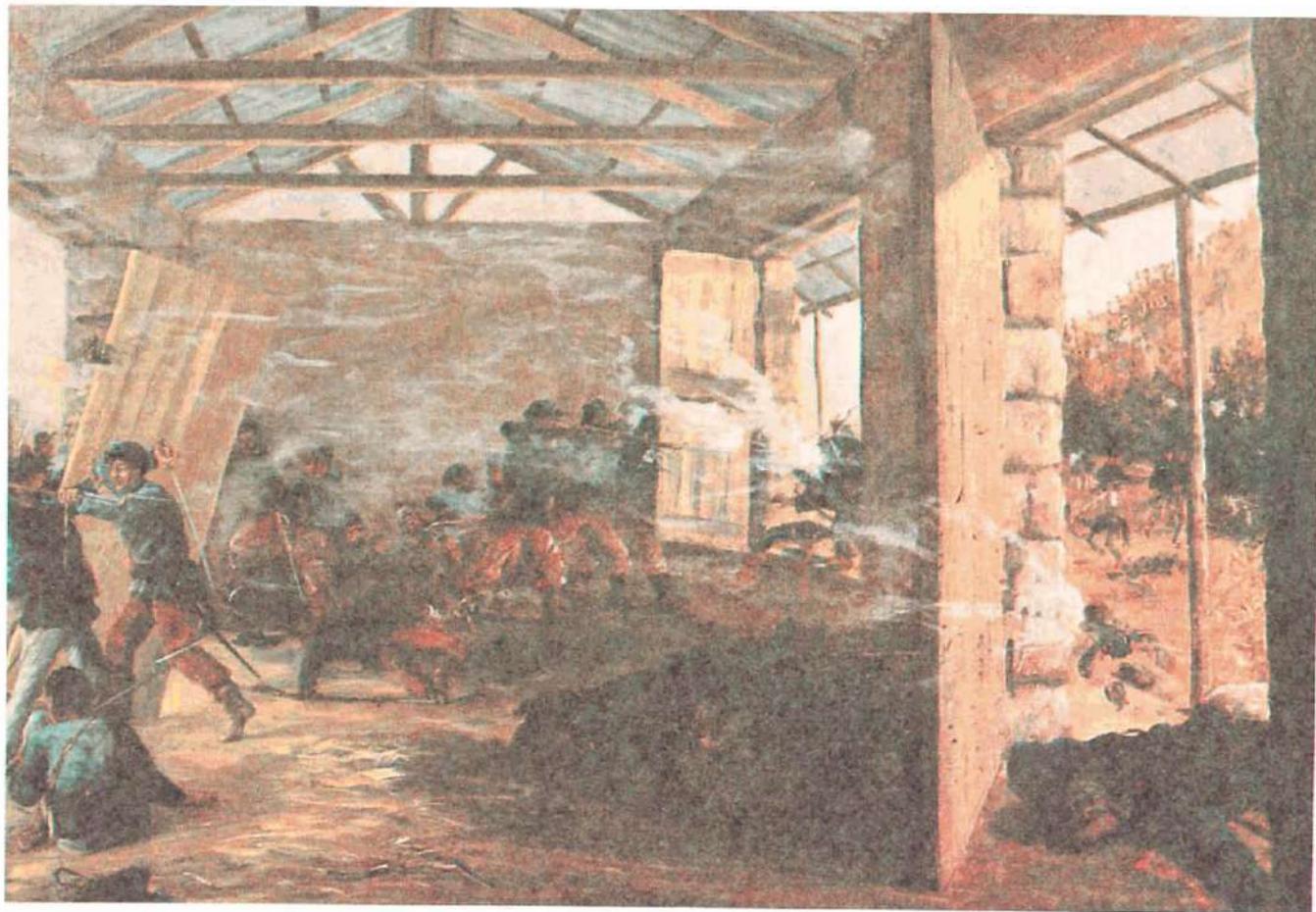
En los primeros días de julio llegaron a Lima las primeras fracciones, en muy mal aspecto y con los uniformes y los equipos desgarrados. Poco antes habían sido desembarcados 17 soldados del Buin, heridos en el encuentro sangriento de Sangrar, a que nos referimos en seguida.

II

El sargento mayor D. Virgilio Méndez, jefe del sector Chicla - Casapalca, había enviado a Las Cuevas al capitán del Buin 1º de Línea D. José Luis Araneda, 3 subtenientes, 78 individuos de tropa y un corneta, con la misión de vigilar los caminos por los cuales regresaba a Lima la división Letelier y proveerla de municiones a lomo de mula. El capitán llegó a Las Cuevas en la tarde del 20 de junio, con lluvia y nieve persistentes. Trasladó el grueso de su gente a las casas de la hacienda de Sangrar, propiedad de D. Norberto Vento y dejó apostado en Las Cuevas —distante unas 6 cuadras— al sargento 2º Germán Blanco, con orden de replegarse a las casas de la hacienda en caso de ataque.

El día 26 fueron atacados el capitán Araneda y sus soldados por las fuerzas del coronel D. Manuel de la Encarnación Vento: un batallón de infantería de 240 plazas; columnas de voluntarios de 40 hombres; 200 milicianos y algunos centenares de indios. Araneda distribuyó los 50 hombres que le quedaban (había 15 en Las Cuevas y otros 18 repartidos entre los piquetes en servicio de requisa a cargo de los suboficiales Bysivinger y Oyarce) en la siguiente forma: 5 hombres en el corral del ganado; el subteniente Guzmán y 15 hombres en el cementerio, frente a la puerta principal de la iglesia y él con 2 oficiales y 30 hombres, detrás de la pirca que cubría el frente de la casa de la hacienda.

Era la 1 de la tarde cuando las fuerzas de Vento se lanzaron al asalto. Guzmán y su gente acudieron al abrigo de la iglesia y como los peruanos la incendiaron por sus cuatro costados, debieron salir de ella, abrirse paso entre la multitud de asaltantes y escapar en dirección a Las Cuevas. Guzmán tomó allí el caballo de un arriero y partió al galope a pedir refuerzos al comandante D. Virgilio Méndez, situado en Casapalca.



Combate de Sangra.

Oleo de Ernesto Lemoine

El combate en Sangrar duró todo el día y parte de la noche, con una violencia que en ningún momento disminuyó en intensidad. Convencido Vento de la inutilidad de sus esfuerzos y al tanto de que se aproximaban refuerzos chilenos desde Casapalca, recogió sus muertos y heridos y regresó a Canta. Eran las 2 de la madrugada.

Horas después, al amanecer, llegaba el comandante Méndez con los refuerzos pedidos, encontró al capitán Araneda rodeado por dos oficiales y los soldados sobrevivientes, que reposaban al cabo de 18 horas de rudo batallar. Las bajas habían sido de 44 hombres: 24 muertos, 18 heridos y 2 prisioneros.

III

El comandante D. Ambrosio Letelier había cumplido a satisfacción la misión que se le encomendara, al arrojar a Cáceres al sur de Huancaayo y a los coroneles Anduvire y Pereira, hasta el Callejón de Huaylas.

Lo que mereció observaciones fue el aspecto relacionado con las contribuciones y gastos. El almirante Lynch informaba al Gobierno que debió "insistir en un cargo por afectar a la moral y disciplina del Ejército: fue el relativo a la distribución de dinero a la tropa, no a cuenta de sus haberes, sino como gratificación extraordinaria. Me expuso (Letelier) que en verdad había repartido la suma de 40.000 pesos".

El General en Jefe ordenó el arresto de los jefes que pudieran ser culpables y dispuso la instrucción del sumario correspondiente. El sumario fue elevado a proceso, por existir delito pesquizable. Al final, el 20 de marzo de 1882, se reunió el Consejo de Guerra y condenó al comandante Letelier, por malversación de intereses fiscales, a las penas señaladas en los artículos 64 y 65, título 80 de la Ordenanza General del Ejército. El Consejo de Estado, en Santiago dejó nula la sentencia con fecha 23 de mayo de 1883.

2.—Expedición a Junín

I

La ocupación del interior del Perú a raíz de las victorias de Chorriillos y Miraflores, se imponía militar y políticamente. Peligroso era dejar recuperarse al vencido, si no por el desenlace final de la contienda, por su duración. Hasta el momento de tomar Lynch el mando del Ejército de ocupación (mayo de 1881) se estimaba en las esferas de Gobierno que no era prudente pensar en operaciones dirigidas desde el mismo Perú. Más adelante, el cansancio de la guerra —sumado a las experiencias de la expedición Letelier y a la ceguera de la clase dirigente— postergó la ocupación del interior del país vencido.

D. Domingo Santa María —en desacuerdo con la opinión del Presidente Pinto y del Congreso— tan pronto asumió la Primera Magistratura resolvió ocupar la comarca interior, a fin de obligar a los caudillos a aceptar la paz y presionar a Bolivia. De conformidad con el pensa-



Tropas chilenas en la Sierra - 1882.

Acuarela de Julio Berríos S.

miento del Presidente, el almirante Lynch sugirió se realizara dicha ocupación a través de operaciones simultáneas hacia Junín y hacia Arequipa, con 5.000 y 6.000 hombres, respectivamente. De lo contrario los Ejércitos peruanos del interior estarían en situación de concentrarse contra las fuerzas que se enviaran a uno solo de estos puntos.

Se produjo en el Congreso, infortunadamente, una oposición tenaz contra la expedición a Arequipa, en razón de los gastos que originaría. Exigía, al mismo tiempo, el pronto envío de la expedición a Jauja (ciudad del departamento de Junín), que se le representaba como necesaria para concluir con las montoneras. El Presidente Santa María debió resignarse a autorizar solamente la expedición a Junín. "A pesar de que comandaba el Ejército una cabeza superior (Lynch), con larga experiencia de las guerras coloniales, los congresales que ni siquiera tenían idea de lo que es una operación de guerra, enmendaban el plan estratégico del general y sus razones políticas obligaban al Ejecutivo a desarrollarlo fuera de estación". (Encina).

II

La expedición de Junín —fácil en 1881, a raíz del triunfo de Miraflores— presentaba ahora dificultades que era preciso considerar seriamente. Al amparo de la tregua que les concedieron Pinto y Vergara, los caudillos peruanos reorganizaron —por tercera vez— la defensa: Cáceres tenía unos 3.000 hombres y su Cuartel General en Chosica, en las proximidades de Lima; el Ejército Latorre, en Arequipa, habíase acrecentado en vez de disolverse y Montero había organizado otro núcleo en Cajamarca. Estas fuerzas constituían un serio peligro para los destacamentos que ocuparan las comarcas del interior, pues su movilidad les permitiría caer por sorpresa sobre cualquiera de ellos, aniquilándolo antes que fuera socorrido. Se había dado tiempo, igualmente al clero para que predicara la cruzada de resistencia entre los indígenas.

Finalmente, la época fijada para iniciar las operaciones coincidía con el comienzo de la estación de las lluvias. Las dificultades de la marcha iban a ser enormes y las penalidades del soldado, terribles, expuestos como estarían a las inclemencias del tiempo, sin alojamiento ni abrigo. Lynch advirtió la conveniencia de aplazar la empresa hasta el comienzo de la estación seca; pero el Gobierno estaba alarmado con el anuncio de la partida de la misión norteamericana de Trescott y quería, a toda costa, enmendar el error de Pinto, a fin de que la intervención yanqui encontrara a Chile dueño del interior del Perú.

III

El almirante Lynch intentó coger a Cáceres entre dos fuegos; el coronel Gana lo empujaría de frente desde Chosica y él le cortaría la retirada con su avance desde Canta hacia el sur, por la quebrada del mismo nombre. El General en Jefe chileno partió de Lima el 1º de enero de 1882 con 3.067 hombres de las tres armas (4 batallones de infantería, 2 regimientos de caballería, 8 piezas de artillería de montaña)

y servicio de sanidad y bagajes. El coronel Gana inició su marcha el 5 de enero al frente de una columna de 1.556 hombres (3 batallones de infantería, 269 jinetes de caballería y servicios de intendencia y sanidad).

Calculábase que, a más tardar, el 8 de enero las fuerzas de Lynch estarían a la espalda de Cáceres. Pero ocurrió lo que preveía el almirante: la infantería "avanzaba con gran dificultad por las laderas mojadas y resbalosas, vadeando los torrentes, alojándose a la intemperie en las frías noches cordilleranas, careciendo de combustible, con los zapatos destrozados". Fue necesario devolver la artillería a Lima. Como observase el almirante que las fuerzas no llegarían a su destino en la fecha prevista, se adelantó con la caballería y se reunió con Gana en Chicla el 8 de enero.

Cáceres había recibido aviso oportuno del plan y de los movimientos del enemigo, por intermedio de sus servicios de informaciones y pudo retirarse a tiempo; pero en tal desorden, que su camino iba quedando sembrado de enfermos, muertos, víveres y equipo. Gana lo seguía tan de cerca que, a veces, llegaba a los alojamientos horas después de haberlos abandonados el caudillo de la Sierra. Más, ignorante de lo que le ocurría a la división Lynch, en vez de aniquilarlo lo correteaba para que cayera en manos de esta última.

D. Patricio Lynch advirtió nuevamente, desde Chicla, el absurdo de la expedición en esos meses y propuso emplear el tiempo que quedaba hasta abril, en hostilizar a Montero desde Huaraz y Supe. Regresó a Lima, a fin de comunicarse con el Presidente Santa María... pero éste le ordenó proseguir con la operación.

IV

El almirante confió el mando de la segunda etapa de la expedición al coronel Gana. La columna constaba de 2.300 hombres (3 batallones de infantería, 1 regimiento de caballería y servicios de intendencia y sanidad).

Era preciso transmontar la segunda cadena por una cordillera que alcanza hasta 5.500 mt. de altura sobre el nivel del mar.

Gana llegó a La Oroya el 25 de enero. El 1º de febrero delegó el mando en el coronel D. Estanislao del Canto y regresó a Lima. Del Canto quiso recuperar el tiempo perdido; pero tropezó con obstáculos de todo orden opuestos por la naturaleza a la marcha de un Ejército regular.

El día 5 tuvo un primer encuentro en Pucará con fuerzas de Cáceres estimadas en 2.000 hombres. Se consiguió la victoria al mediodía, después de cinco horas de violenta lucha, cerro arriba, con temporal de agua y viento y dos noches sin dormir. Un tajo en la montaña, que no pudo salvar la tropa chilena, permitió a los peruanos retirarse a Aya-cucho.

Con el propósito de procurarse víveres, Del Canto tuvo que ordenar malones a la araucana, destinados a arrebatarse a los naturales sus ovejas, sus vacunos, el arroz y el azúcar. Para agravar el cuadro, el tifus y las viruelas aparecieron hacia el final de la estación lluviosa.

Lynch exigió el regreso de la columna y, después de una tenaz oposición por parte del Gobierno, se llegó a una especie de transacción. Del Canto regresaría con el batallón 2º de línea y los enfermos.

V

Cáceres logró reorganizarse en Ayacucho y reemplazar sus fuerzas, disueltas por un Ejército regular, con las armas suministradas por Bolivia. La situación de las fracciones chilenas —de 60 a 80 hombres— que ocupaban La Concepción, Junín, Jauja, Tarma y La Oroya, se tornó bastante peligrosa. La efervescencia producida a raíz de la divulgación del repliegue del 2º de línea, con los enfermos, aumentó los riesgos de una sorpresa. Por otro lado, en el Cuartel General de Lima, desde el momento en que el Gobierno intervino en la parte militar, se produjo un desbarajuste inesperado. Las medidas necesarias para efectuar dicha retirada degeneraron en una serie de órdenes y contraórdenes que todo lo enredaban. Cáceres quiso aprovechar esta coyuntura para intentar diversos golpes. Unos fallaron; en otros, el asalto fue rechazado. Sólo iba a tener éxito el de La Concepción, guarnecida por una compañía del Chacabuco, de 77 plazas, a las órdenes del capitán Ignacio Carrera Pinto. (9 y 10 de julio de 1882).

En la tarde del 9 el coronel Gastó, al frente de 600 soldados de línea y 1.500 guerrilleros, atacaba a la pequeña guarnición chilena de La Concepción. Exasperados por la tenaz resistencia de los hombres de Carrera Pinto, durante la noche los peruanos pusieron fuego al cuartel en que aquéllos se defendían. En una salida para cargar a la bayoneta, fue herido de muerte el capitán, atravesado su corazón por una bala de fusil.

El nuevo día encontró a los combatientes luchando con sin igual violencia. A las 8 de la mañana sobrevivían únicamente el subteniente Luis Cruz Martínez y cuatro soldados. Salieron del edificio del cuartel en llamas, cargaron a la bayoneta contra la verdadera muralla humana formada por las fuerzas enemigas y cayeron para siempre en cumplimiento de su deber.

VI

En Tarma supo Del Canto que Lynch había resuelto reunir la división en La Oroya. La permanencia en este punto era imposible: faltaban víveres y forrajes y las tropas no tenían dónde guarecerse de la lluvia y nieve que caían permanentemente sobre sus ateridos miembros. En 33 días hubo 33 nuevos casos de tifus.

Se prosiguió la marcha a Chicla y en seguida a Lima, a donde llegó la división el último día de julio. Había experimentado 154 bajas en los combates, 277 por enfermedad y 103 por desertiones. En total 534 individuos, o sea el 20% de los efectivos.

Cáceres quedaba al frente de un Ejército regular, Junín libre del enemigo y la población indígena sublevada.



Combate de La Concepción

Acuarela de Julio Berríos S.

Mientras tanto, otros sucesos de cierta importancia ocurrían en otras regiones del Perú. El 27 de julio de 1882 se producían los combates de Tambo de Mora y Lunahuaná, cerca de Pisco e Ica, respectivamente (al sur de Lima).

El 13 de julio parte del batallón Concepción (400 hombres) era atacado por el coronel D. Manuel Iglesias en San Pablo, para retirarse casi aniquilado a Trujillo (zona norte del país). El coronel Urizar Garfias, comandante de la región, se dirigió de Trujillo a Cajamarca, el 8 de julio, en persecución de Iglesias; pero éste lo eludió. En vista de la angustiosa situación de su Patria, Iglesias lanzó un manifiesto desde Montañi sobre la necesidad de firmar la paz con el vencedor (13 de agosto).

3.—*Campaña de Huamachuco*

a) *Columna Arriagada*

El convenio preliminar de paz suscrito por el general D. Manuel Iglesias con el Presidente Santa María, causó profunda sensación en el gobierno de Arequipa. La alarma no provenía del tratado mismo, sino del temor de que Iglesias —auxiliado por Chile— asumiera el poder. Era necesario desprestigiar a Iglesias, convencer a la opinión pública de que era un traidor a sueldo del Gobierno de Chile... y, al mismo tiempo, ofrecer a Chile mejores condiciones de paz, a fin de que abandonara al caudillo de Cajamarca. Pero el Presidente Santa María, ya comprometido con Iglesias y escarmentado con los subterfugios y retractaciones anteriores, se negó a oírlas. Comprendió que, al no disponer Iglesias de fuerzas suficientes para aniquilar a Cáceres en Junín y a Montero en Arequipa, tendría que afrontar Chile esas expediciones.

Santa María impartió a Lynch la orden de aniquilar a Cáceres y le dejó amplia libertad para la concepción y ejecución de los planes respectivos. Lynch concibió la idea de encerrar a Cáceres con dos columnas: una le cerraría el paso a Cajamarca (por el norte) y la otra lo empujaría desde el sur. El 4 de mayo de 1883 ordenó al coronel D. Alejandro Gorostiaga se dirigiera a Huamachuco para proteger a Iglesias contra una posible agresión de la vanguardia de Cáceres. Gorostiaga salió de Trujillo el 10 de mayo, con 954 hombres y 4 piezas de artillería. En Chicla organizó Lynch la columna que debía empujar a Cáceres desde el sur, a base de dos agrupaciones, comandadas por los coroneles Juan León García y Estanislao del Canto, respectivamente y dio su mando al coronel D. Marco Aurelio Arriagada. No tenía éste la experiencia de la lucha en la sierra, necesarias. Con este nombramiento, la actuación de la columna del sur iba a ser estéril. Mas, como suele ocurrir en la guerra, los propios errores de Arriagada iban a precipitar la derrota de Cáceres.

Junto con imponerse este último del pacto entre el Gobierno de Chile y el general Iglesias, resolvió aniquilar a su compatriota antes de que fuera auxiliado por las fuerzas chilenas. Adelantó su vanguardia (1.000 hombres) con orden de batir a los 400 soldados de Iglesias. Cáceres pro-

siguió sus preparativos para reunirse con la vanguardia... hasta que Arriagada se aproximó.

Arriagada tomó el mando de su columna en Aguamiro el 12 de junio y dos días más tarde inició la marcha para cruzar la cordillera de Guaramarca y caer sobre Huaraz, donde creía alcanzar a Cáceres. Al llegar a Huaraz, se impuso de que Cáceres se encontraba en Yungay, dispuesto a enfrentarlo decisivamente. El 22 por la mañana avanzó hasta Carhuaz y allí supo que el proyecto de encuentro de Yungay había sido una estratagema y que el caudillo de la sierra se dirigía hacia el oriente.

Arriagada retrocedió hasta Huaraz y, desde allí, despachó mensajeros a Gorostiaga con informaciones sobre lo que ocurría. Ninguno llegó a su destino, porque fueron sorprendidos por los peruanos y fusilados en el acto. Gorostiaga, a su turno, pudo comunicarse con Arriagada y avisarle el 23 de junio, desde Corongo, que Cáceres continuaba hacia el norte, en dirección a Cajamarca. Arriagada envió espías en seguimiento de Cáceres y éstos comunicaron que el caudillo iba hacia el norte. Sin embargo, en lugar de dirigirse al norte, Arriagada dio la vuelta al sur y llegó a Lima el 5 de agosto.

Cáceres quedaba con más de 3.200 hombres de línea, fuera de los montoneros, frente a Gorostiaga que —en esos momentos— no tenía más de 1.000 hombres, escasos de municiones y al comandante Herminio González, que no disponía de más de 600 plazas.

b) Columna Gorostiaga

El coronel Gorostiaga demostró gran sagacidad en el mando de su expedición. El 24 de mayo le ordenó Lynch partir de Huamachuco hacia Caraz, para desalojar al coronel Recabarren (segundo de Cáceres) y a quien el C. G. suponía en ese punto, al frente de unos 700 hombres; pero con orden de retroceder a Casma, Chimbote u otro pueblo de la costa, si ya se hubieren reunido los dos jefes peruanos. Gorostiaga salió de Huamachuco en dirección al sur, el 9 de junio, con 160 zapadores, 100 infantes, 100 jinetes de caballería y 4 piezas de artillería.

El día 28 llegó a Corongo. El 26 supo, cerca de Urcón, que Recabarren estaba en esta aldea y Cáceres en Chullín, con intención —al parecer— de seguir detrás de las fuerzas chilenas. Comprendió Gorostiaga que el gobierno peruano se proponía interponerse entre él y el comandante González, que debía venir en marcha desde Trujillo, batirlos separadamente y —después— continuar a Cajamarca, a fin de acabar con Iglesias. La situación era grave: tenía 1.000 hombres contra cerca de 3.000 y estaban escasos de municiones. Seguramente Recabarren iba a rehuir la batalla para reunirse con Cáceres y este aplazamiento podía salvarlo. Dio la vuelta al norte a marcha forzada, con el propósito de ocupar una posición defensiva en Huamachuco y comunicó esta resolución al comandante González para que llegara a reunirse con él.

Gorostiaga entró en Huamachuco el 5 de julio y González llegó el 7, después de dos días y una noche de marcha forzada, sin comer y sin dormir. En la tarde del 8 de julio, fracciones adelantadas de caballería

anunciaron el avance del enemigo: Cáceres llegaba con 3.200 a 3.500 soldados regulares, provistos de buen armamento, 2 escuadrones de caballería y 11 cañones de artillería. Le acompañaban, además, 2 montoneras, cuyos efectivos no ha sido posible precisar. Gorostiaga disponía de 1.600 hombres.

La batalla se inició al amanecer del día 10 en forma imprevista para ambos bandos. Cuatro horas después de iniciada, las municiones de los chilenos empezaron a escasear. Cáceres, al creer decidida la victoria, ordenó imprudentemente a la artillería abandonar el cerro Cuyulga, para disparar de cerca a las fuerzas enemigas. Gorostiaga, a su turno, ordenó tocar calacuerda; la infantería se lanzó a la bayoneta contra las formaciones del adversario y las rompió por todas partes. El escuadrón de Cazadores a caballo se precipitó contra las filas compactas peruanas, las deshizo y fue a rematar a las posiciones de su artillería de campaña.

Cáceres logró escapar debido únicamente al hecho de que ese día montaba un magnífico caballo.

Gorostiaga recogió las 11 piezas de artillería de Cáceres, 700 rifles, un estandarte y numerosas banderolas. Quedaron, además, en el campo de batalla, alrededor de 1.000 cadáveres enemigos y prisioneros un general, 16 coroneles, 14 tenientes coroneles y sargentos mayores y casi la totalidad de los oficiales. El Ejército chileno tuvo 62 muertos, 80 heridos y 21 contusos, o sea, el 10% de sus efectivos.

"Huamachuco tuvo tanta importancia como las grandes batallas de la guerra propiamente tal: afianzó el tratado de paz, inclinando del lado de Iglesias el norte del Perú que vacilaba". (Encina).

C.—Campana de Arequipa

I

La noticia del triunfo chileno en Huamachuco movió al Presidente Santa María a despachar una columna expedicionaria a Arequipa que —aprovechando el efecto psicológico del momento— rindiere la ciudad con un simple amago. Resolvió concluir, de una vez, con Montero y con Bolivia, para lo cual impartió al almirante Lynch las instrucciones correspondientes.

El coronel Velásquez se puso en marcha el 14 de septiembre desde Tacna hacia Moquegua, con 2.200 hombres (3 batallones de infantería, 5 piezas de artillería de montaña y 2 escuadrones de caballería). Pronto fue reforzado con una división de 3.000 plazas procedente de Lima, a las órdenes del coronel D. Estanislao del Canto. Este último desembarcó con sus fuerzas (5 batallones de infantería, 2 escuadrones de caballería y 8 piezas de artillería) en Pacocha, a comienzos de octubre.

El armamento del Ejército de Arequipa era excelente. Bolivia había facilitado a Montero 8.000 rifles con 250 tiros cada uno y 1 batería Krupp último modelo. El Ejército de línea no bajaba de los 3.000 hombres; pero su espíritu no era el de los soldados de Tacna o de Chorrillos.

Por indiscreción de la prensa chilena, la guarnición arequipeña fue informada acerca del plan y demás antecedentes relacionados con la expedición Velásquez. El coronel César Canevaro, jefe de la plaza, instaló una fracción adelantada de 1.000 a 1.500 hombres en la loma de Huaracachi, posición casi inexpugnable, muy parecida a la cuesta de Los Angeles. En caso de derrota quedaba la posición, superior aún, de Puquios, a las puertas de Arequipa, donde podrían rehacerse los vencidos, reforzados con el grueso del Ejército que permanecía en la ciudad.

El 22 de octubre, Velásquez amagó desde Moro-Moro y Arrate las posiciones peruanas, con 1 batallón de infantería, 1 escuadrón de caballería y 5 piezas de artillería al mando del coronel D. Vicente Ruiz. Este se acercó hasta casi 2.000 metros y retrocedió fingiendo una retirada forzosa. Canevaro, que se encontraba presente, partió a Arequipa en busca de refuerzos para Huaracachi y a ubicar el resto del Ejército en Puquina.

Velásquez comprendió que debía atacar en la misma noche del 22 al 23. Amagó por el frente con la caballería y artillería y flanqueó con la infantería la derecha e izquierda del enemigo, siguiendo los senderos de las quebradas. Al amanecer del 23, los defensores de Huaracachi se encontraron envueltos por las dos alas y, presas del pánico, huyeron sin disparar un tiro. A las 6 de la mañana, la bandera chilena flameaba airosa en las posiciones adversarias.

Velásquez prosiguió su avance, en la forma más rápida que pudo, en dirección a Puquina, convencido de que si sus fuerzas conseguían llegar junto con los vencidos, Arequipa caería sin combatir. Las unidades marcharon un día y una noche, sin dormir y sin comer nada más que la porción seca, por una altura de 3.000 a 4.000 metros. Canevaro había alcanzado a colocar en Chacahuayo (Puquina) —con dominio sobre el portezuelo del camino a Arequipa— 4 batallones de infantería y 2 escuadrones de caballería. Al advertir la presencia de los chilenos, aquéllos atinaron sólo a abandonar la posición y a huir en todas direcciones. Las puertas de Arequipa se abrieron de par en par, sin necesidad de disparar un tiro.

El Cuerpo Consular rindió la ciudad por encargo del Municipio y Velásquez suscribió el acta respectiva el 27 de octubre, en Paucarpata.

II

El Presidente Santa María ordenó extender la ocupación hacia Puno y el coronel Velásquez despachó hacia allá al coronel Dublé Almeyda, al frente de dos batallones de infantería, 25 jinetes de caballería y 2 piezas de artillería de montaña. (2 de noviembre).

Velásquez permaneció en Arequipa hasta la ratificación del tratado de paz con el Perú y la aprobación de la tregua con Bolivia. Se preocupó, especialmente, de estudiar la geografía militar de esta última, en previsión de una campaña en su territorio.

El coronel D. Martiniano Urriola, en cumplimiento de otro de los puntos del plan de Santa María, llegó a Jauja con una columna de 1.554 soldados de las tres armas (2 batallones de infantería, 100 jinetes de caballería y 6 piezas de artillería), que persiguió a Dávila, que había logrado reunir unos 500 hombres después de la derrota de Huamachuco; pasó a Huancayo y de allí a Ayacucho, donde no encontró recursos de ninguna especie. Informado de la rendición de Arequipa, regresó a Lima en noviembre, luego de haber dejado en Jauja el batallón Maule; en Huancayo, el 3º de Línea, y en Tarma, el Buin 1º de Línea.

VIII.—TERMINO DE LA GUERRA

A.—Pacto de tregua con Bolivia y Tratado de Paz con Perú

Al asumir la Presidencia de Chile, D. Domingo Santa María —molesto por las repetidas evasivas del Gobierno boliviano para llegar a un entendimiento con La Moneda— resolvió ocupar Arequipa, según se ha visto más atrás. “La caída de Arequipa, la inminencia de una invasión chilena al Altiplano y la clausura del comercio exterior de Bolivia, produjeron en días un resultado que no habían podido alcanzar en cuatro años los halagos y las razones”. (Encina).

Fueron designados plenipotenciarios don Belisario Salinas y don Belisario Boero para realizar en Santiago las gestiones de paz. Viajaron convencidos de que el Presidente Santa María les entregaría Tacna y Arica en cambio de Antofagasta, de acuerdo con una sugerencia de la diplomacia peruana en La Paz. El Ministro Aldunate les advirtió que sólo Chile tenía opción a esos territorios en su calidad de vencedor y que entraría en tratos de cesión después que llegaran a ser efectivamente suyos.

La continuación de la guerra entre Chile y Bolivia pareció inevitable. Lynch fue informado de que sería designado General en Jefe del Ejército y Velásquez recibió la orden de estar listo para cualquiera emergencia. Poco después, a raíz de la salida de Campero del poder, fue suscrito un pacto de tregua redactado personalmente por Santa María (4 de abril de 1884). El artículo I de dicho pacto expresaba: “Las Repúblicas de Chile y de Bolivia celebran una tregua indefinida y, en consecuencia, declaran terminado el estado de guerra, al cual no podrá volverse sin que una de las partes contratantes notifique a la otra, con anticipación de un año por lo menos, su voluntad de renovar las hostilidades...”.

“II.—La República de Chile, durante la vigencia de esta tregua, continuará gobernando con sujeción al régimen político y administrativo que establece la ley chilena los territorios comprendidos desde el paralelo 23 hasta la desembocadura del río Loa en el Pacífico, teniendo dichos territorios por límite oriental, etc., etc.”.



Batalla de Huamachuco.

Acuarela de Julio Berríos S.

El artículo V disponía: "Se restablecen las relaciones comerciales entre Chile y Bolivia". El artículo VIII se refería a la ratificación de los Gobiernos de ambos países, dentro del plazo que especialmente se fijaba.

Seis meses antes, el 20 de octubre de 1883, había sido suscrito entre las Repúblicas de Chile y del Perú un Tratado de Paz y Amistad, de 14 artículos. El artículo 2º manifestaba a la letra: "La República del Perú cede a la República de Chile, perpetua e incondicionalmente, el territorio de la provincia litoral del Tarapacá, cuyos límites son: por el norte, la quebrada y río Camarones; por el sur, la quebrada y el río Loa; por el oriente, la República de Bolivia, y por el poniente, el mar Pacífico".

"Artículo 3º.—El territorio de la provincia de Tacna y Arica... continuará poseído por Chile y sujeto a la legislación y autoridades chilenas, durante el término de diez años, contados desde que se ratifique el presente Tratado de Paz. Expirado este plazo, un plebiscito decidirá, en votación popular, si el territorio de las provincias referidas queda definitivamente del dominio y soberanía de Chile, o si continúa siendo parte del territorio peruano. Aquel de los dos países a cuyo favor queden anexadas las provincias de Tacna y Arica, pagará al otro diez millones de pesos en moneda chilena de plata o soles peruanos de igual ley y peso que aquélla".

B.—Las grandes potencias

La abundancia del guano había atraído al Perú los capitales de la banca internacional. La crisis financiera peruana, el agotamiento de los yacimientos y —por último— la derrota del Perú y la pérdida de Tarapacá, esfumaron las ganancias que dichos capitales se prometían. Atentos a salvar parte de sus créditos a lo menos, habían hecho lo posible a fin de decidir a los gobiernos de Europa y de Estados Unidos a obligar a Chile a firmar la paz sin anexarse la provincia de Tarapacá, fuente de la riqueza salitrera.

Fracasados en sus intentos, acudieron a las Cancillerías para que resguardasen el derecho a pagarse preferentemente con el salitre y el guano. La actitud del Gobierno chileno de concederles la mitad del producto del guano y reconocer valor a los certificados salitreros del Perú (depreciados en el mercado a raíz de la derrota de éste), lejos de moderar su codicia, la avivó aún más. Con hábiles manejos lograron que los gobiernos de Francia, Inglaterra, Italia, Bélgica y Holanda protestaran contra las cláusulas IV, VI, VIII y IX del Tratado de Ancón, vale decir, las que disponían que el producto del guano se distribuyera por mitad entre Chile y los tenedores de bonos con garantía hipotecaria del guano y las que limitaban los gravámenes que pesaban sobre Tarapacá, al reconocimiento de los bonos y certificados salitreros, en los términos consultados por el decreto de 28 de marzo de 1882.

Alemania y Estados Unidos se negaron a sumarse a la intriga. Bismarck ordenó, además, al barón Von Schenk, representante del Imperio

en Santiago, informase al Ministerio de RR. EE. en la forma más amplia posible, de la oposición germana a la nota conjunta encabezada por Francia.

Ante la imposibilidad de lograr su objetivo, la banca internacional debió allanarse a las cláusulas del Tratado de Ancón.

C.—Cáceres y el Tratado de Ancón

A fin de derribar al general Iglesias, Cáceres necesitaba que los chilenos abandonasen el país y para ello era preciso el reconocimiento del tratado. Tomó contacto con el almirante Lynch y éste consiguió que redactara un manifiesto concebido en los siguientes términos:

“En tales circunstancias de aniquilamiento y ruina, el deber y los intereses permanentes del Perú me han obligado a reconocer el referido tratado de paz como un hecho consumado, quedándome por la voluntad manifiesta de los pueblos la sagrada tarea de reconstruir el Perú sobre las más sólidas bases que afiancen su engrandecimiento y garanticen su porvenir”.

Reconocido el Tratado de Ancón por Cáceres, el Gobierno dispuso el regreso a la patria de las últimas unidades que aún quedaban en el Perú.

El General en Jefe del Ejército de ocupación, almirante don Patrio Lynch se embarcó en El Callao el 4 de agosto de 1884 y llegó a Valparaíso a bordo de la *Abtao* el 30 del mismo mes. D. Francisco Antonio Encina ha escrito al respecto: “Recibió el Comando del Ejército y Gobierno del Perú en momentos muy difíciles, que sólo un hombre superior podía dominar. Colocado en el escenario más espectacular de la época, sus grandes dotes no sólo le permitieron cumplir su difícil misión, sino también destacarse como el hombre de guerra más completo de América española”.

D.—Conclusiones Militares

1.—Generalidades

La campaña de la Sierra constituye un episodio, en general, sólo conocido a través de los heroicos combates de Sangra y La Concepción y la batalla de Huamachuco.

Aún más, la opinión pública chilena de esa época dio escasa consideración a la lucha que libraba un pequeño núcleo de fuerzas chilenas para asegurar la dominación y lograr una paz estable. Para ellos, la guerra había terminado prácticamente con la ocupación de Lima.

Esta es la razón principal para que no se dé el efectivo realce que deben tener los numerosos hechos de armas ocurridos durante esta campaña, tanto o más dura y sacrificada que las anteriores y de tanta trascendencia como ellas.

2.—*Las guerrillas peruanas*

Al ser derrotadas las fuerzas regulares peruanas y ocuparse la capital del país, no se logró destruir el espíritu de lucha de un grupo de jefes militares que desconocieron las gestiones de paz aceptadas por el nuevo Gobierno peruano.

Junto a ellos pudieron reunir numerosos oficiales, suboficiales y aún civiles que no deseaban ceder ante el conquistador o trataron de continuar la defensa de su patria.

Acciones de guerrillas se realizaron en el interior montañoso de las sierras entre abril de 1881 a mayo de 1883, tendientes a desgastar a las fuerzas de ocupación chilenas.

Sin embargo, el buen éxito que estas acciones de guerrillas pudieron haber obtenido, se vio afectado por las diferencias políticas que separaban a los caudillos guerrilleros y a éstos con los dirigentes políticos. Tales circunstancias determinaron la carencia de un objetivo político a lograr y, consecuente con ello, la de objetivos estratégicos que pudieran materializarlo.

3.—*Objetivo político chileno*

El objetivo político que se buscó con el conjunto de expediciones a la sierra fue el de crear las condiciones necesarias, especialmente político-internas en Perú, para dar término al conflicto bélico.

Ya lograda la derrota del Ejército regular del Perú y aún más, ocupada su capital y sus ciudades más importantes, el problema de la terminación del conflicto debió quedar totalmente en poder de la diplomacia chilena. Sin embargo, dos factores, fundamentalmente, impidieron este tipo de acción: el primero, la caótica situación político-interna del país que impedía formar un Gobierno estable con el cual firmar la paz; el segundo, los problemas políticos preelectorales en Chile, que prácticamente hicieron debilitar notoriamente el potencial militar de ocupación, con lo cual se dio margen y tiempo para la formación de fuerzas guerrilleras peruanas.

El mando militar de ocupación, por carecer de fuerzas suficientes para cubrir el territorio enemigo ocupado, a la vez que combatir efectivamente a las guerrillas, se vio obligado a realizar sólo expediciones locales y poco potentes, con lo que se permitió que los guerrilleros peruanos pudieran, por dos años, eludir el aniquilamiento.

Una sola expedición realizada en el año 1881, que hubiera abarcado toda la parte central del Perú y contando con fuerzas suficientes, habría sido la única forma de haber logrado el objetivo estratégico de aniquilamiento del total de las guerrillas enemigas.

4.—Efectos principales de cada una de las expediciones

a) Expedición Letelier

Tuvo como objetivo la destrucción de las fuerzas guerrilleras del departamento de Junín.

Si bien es cierto logró dispersar las guerrillas enemigas y alejarlas momentáneamente del departamento, no es menos cierto que no las pudo destruir, con lo cual no se cumplió el objetivo perseguido inicialmente.

El hecho bélico principal de la expedición fue el combate de Sangra; acción heroica que bien puede parangonarse con La Concepción y en la cual se obtuvo la victoria, pese a una notoria inferioridad numérica. Tácticamente, la posición que adoptó el capitán Araneda y la dispersión que hizo de sus tropas, son criticables, pero cualquier tipo de crítica negativa debe suprimirse ante el heroísmo de sus soldados.

b) Segunda expedición

Tuvo como objetivo la destrucción de las guerrillas de Cáceres en el mismo departamento de Junín, a la vez que materializar con tropas la ocupación de este departamento.

Tampoco esta expedición tuvo el buen éxito que se esperaba de ella, dado el potencial con que se realizó. Se alcanzaron algunas victorias menores y se realizó uno de los hechos más heroicos de toda la guerra, el combate de La Concepción, pero ellos no permitieron afectar seriamente a las fuerzas montoneras.

Debido a las inclemencias climáticas y a las muy escasas condiciones de salubridad, las bajas chilenas fueron de gran consideración.

c) Tercera expedición

Fue también dirigida en contra de las guerrillas de Cáceres y resultó un fracaso total.

El jefe peruano eludió hábilmente una persecución en la cual las tropas chilenas sufrieron un desgaste considerable, aproximadamente 600 bajas (20%).

Como las anteriores, este fracaso se debió, fundamentalmente, a los siguientes factores:

- Habilidad del comandante peruano para eludir una decisión.
- Pésimas condiciones de vialidad y desconocimiento de ella de parte de los mandos chilenos.
- Falta de aclimatación de las tropas para actuar en una región de muy difíciles condiciones de vida y climáticas.
- Planificación chilena muy teórica.
- Falta de medios logísticos adecuados, especialmente alimentación y vestuario.

d) *Expedición Gorostiaga*

Fue la única que pudo obtener el buen éxito, ya que durante ella, el general Cáceres trató de buscar una decisión, dejando los procedimientos de guerrilla que había empleado anteriormente.

Ello significó el enfrentamiento de fuerzas regulares chilenas con las irregulares peruanas y el completo triunfo de las primeras.

Ante esta derrota, Cáceres perdió todo su poder militar y con ello la posibilidad de continuar sus acciones de hostigamiento.

Por tal circunstancia, aunque realizada con pocos medios, la batalla de Huamachuco se considera como la decisiva en esta campaña de la sierra. Después de ella, quedan totalmente pacificadas las regiones norte y central del Perú.

BIBLIOGRAFIA

- 1.—*La cuestión de límites entre Chile y Bolivia.* Miguel Luis Amunátegui.
- 2.—*Chile y Bolivia definen sus fronteras.* Conrado Ríos Gallardo.
- 3.—*Historia general de Bolivia.* Arcides Arguedas.
- 4.—*Breve historia de las fronteras de Chile.* Jaime Eyzaguirre.
- 5.—*Historia de Chile. (Tomos XVI a XVIII).* Francisco A. Encina.
- 6.—*Historia militar de Chile. (Tomo II).* Indalicio Téllez.
- 7.—*Historia militar de la Guerra del Pacífico entre Chile, Perú y Bolivia.* Wilhelm Ekdahl.
- 8.—*Las cuatro campañas de la Guerra del Pacífico.* Francisco A. Machuca.
- 9.—*Historia de la Guerra del Pacífico.* Gonzalo Bulnes.
- 10.—*Historia militar del Perú.* Carlos Dellepiane.
- 11.—*Historia de Chile, Perú y Bolivia Independientes.* Jorge Basadre.
- 12.—*Encina contra Encina.* Luis A. Arenas Aguirre.
- 13.—*Campaña de Tarapacá.* Benjamín Vicuña Mackenna.
- 14.—*Campaña de Tacna y Arica.* Benjamín Vicuña Mackenna.
- 15.—*Campaña de Lima.* Benjamín Vicuña Mackenna.
- 16.—*Influencia del poder naval en la Historia de Chile desde 1810 a 1910.* Luis Langlois.
- 17.—*Historia del Ejército de Bolivia.* Julio Díaz A.
- 18.—*Guerra del Pacífico - Recopilación completa de todos los documentos oficiales, correspondencias y demás publicaciones referentes a la guerra que ha dado a luz la prensa de Chile, Perú y Bolivia.* Pascual Ahumada Moreno.
- 19.—*Comandantes en Jefe y Jefes del Estado Mayor del Ejército durante la Guerra del Pacífico.* Rafael Poblete M.
- 20.—*Boletín de la Guerra del Pacífico. 1879 - 1881.* Ministerio de Guerra y Marina.

NOVENA PARTE

GUERRA CIVIL DE 1891.

I.—CAUSAS.

Las causas fundamentales de la Guerra Civil de 1891 podemos sintetizarlas en dos puntos:

a) El forcejeo entre el Presidente Balmaceda (que pretendió mantener el autoritarismo de algunos de sus antecesores en el Gobierno) y el Congreso (que se esforzaba por obtener cada vez mayores atribuciones, en desmedro de la voluntad del Ejecutivo).

b) Las intenciones del Presidente de recuperar para Chile la posesión de la industria salitrera, junto a la oposición tenaz del empresario extranjero para cederla.

II.—LAS FUERZAS EN PRESENCIA.

A.—El Ejército y la Marina de postguerra.

I

Terminado el conflicto de 1879-83 contra Perú y Bolivia, la mayoría de la oficialidad del Ejército chileno quedó convencida de que la organización adoptada durante su desarrollo y los procedimientos estratégicos y tácticos empleados entonces eran satisfactorios. La mejor prueba de ello la constituía la victoria obtenida contra las fuerzas de aquellos países.

No faltaron, sin embargo, espíritus avizores que se dieran cuenta cabal de la verdadera situación del Ejército y de la necesidad de proceder a su renovación en todo orden de cosas. El general D. Emilio Sotomayor y el almirante D. Patricio Lynch se adelantaron a dar los primeros pasos en este sentido. En 1882, en plena lucha aún, el general Sotomayor dirigía un oficio al Ministerio de Guerra con sugerencias sobre la contratación de un instructor alemán. Tal fue el origen de la venida a Chile del capitán de artillería D. Emilio Körner Henze, profesor de la Escuela de Artillería e Ingenieros de Charlottenburg. Desempeñó, entre nosotros, el puesto de subdirector de la Escuela Militar y de profesor de las más importantes asignaturas de la Academia de Guerra, próxima a fundarse entonces.

A fines de 1890 una cantidad notable de oficiales había terminado sus estudios en la Academia de Guerra y otro grupo, más numeroso aún, se iniciaba en el primer año.

Las enseñanzas de Körner y de su ilustre colaborador, el teniente coronel D. Jorge Boonen Rivera, empezaron a dar sus frutos de inmediato. Varios de los alumnos egresados de la Academia reconocían la nece-

sidad imperiosa de reformar el Ejército en cuanto a su organización, instrucción, renovación del material, etc. Algunos de ellos se limitaban no sólo a cambios de ideas en el ambiente militar, sino que las daban a conocer al público a través de la prensa, a fin de que llegaran a conocimiento de las autoridades respectivas.

Estos comienzos prometedores quedaron detenidos momentáneamente a raíz del estallido de la Guerra Civil de 1891.

II

A fines de 1890 el Ejército de línea contaba con una dotación de 5.885 hombres, en conformidad a lo dispuesto en la ley de 21 de diciembre de 1889. Pero en la realidad este número no excedía de 5.000, a causa de las dificultades del reclutamiento y del gran número de deserciones que permanentemente se producía.

El personal del Ejército era reclutado por el sistema de enganche. Estaba distribuido en:

- 8 batallones de infantería.
- 6 compañías sueltas de infantería.
- 3 regimientos de caballería.
- 2 regimientos de artillería de campaña.
- 1 batallón de artillería de costa y
- 1 batallón de zapadores.

Existía, también, la *Guardia Nacional*. De acuerdo con el decreto de 25 de julio de 1888, debía comprender 51.000 individuos, distribuidos en unidades de infantería y de artillería. Pero no alcanzaban, en la práctica, ni a la mitad.

La infantería comprendía 9 regimientos de 2 batallones, 21 batallones y 31 brigadas (medios batallones) autónomas. La artillería: tres regimientos y 14 brigadas.

III

Los servicios superiores del Ejército estaban atendidos por las siguientes autoridades:

1.—El Inspector General del Ejército y el Inspector General de la Guardia Nacional.

2.—La Dirección General del Parque y Maestranza, la Comandancia General del Cuerpo de Ingenieros y la Dirección General de Fortificaciones.

3.—La Dirección General del Servicio Sanitario y la Intendencia General del Ejército.

Estado Mayor no había.

No existía, en consecuencia, preparación alguna para el paso del Ejército del pie de paz al pie de guerra. Del regimiento para arriba, en consecuencia, todo debía ser obra de la improvisación.

Por otra parte, la instrucción era mínima. No se ejercitaba la escuela

de combate, ni la instrucción de servicio en campaña, ni siquiera el tiro de escuela. Se practicaban manejos de fusil y descargas y se concedía un notable valor al asalto en orden cerrado. La caballería se instruía en formaciones en orden cerrado a los diferentes aires y estaba en condiciones, por lo tanto, para ejecutar una carga; pero desconocía la instrucción de equitación, el combate a pie y el servicio de exploración. La artillería no tenía idea de la toma de posiciones ni de la práctica del tiro.

Escasos eran los oficiales, exceptuando los egresados de la Escuela Militar y los que pasaron por la Academia de Guerra, que tenían una verdadera preparación para la guerra. "Es preciso reconocer con sano patriotismo —observa el general D. Francisco J. Díaz— que el estado del Ejército en general acusaba 50 o más años de atraso con respecto a los Ejércitos más adelantados de aquella época".

IV

La Armada estaba constituida por los siguientes buques de guerra: Acorazados *Almirante Blanco Encalada* y *Almirante Cochrane*, de 2.033 toneladas cada uno.

Monitor Huáscar, de 1.130 toneladas.

Crucero Esmeralda, de 3.000 toneladas y de un andar de 17 millas.

Corbetas *O'Higgins* y *Abtao*, de 1.101 y 1.057 toneladas, respectivamente.

Cañonera *Magallanes* (775 ton.) y *Pilcomayo* (600 ton.) respectivamente.

Exceptuado el *Esmeralda*, los demás buques tenían un andar aproximado de 10 millas.

Existían, además, los vapores *Toltén* y *Lautaro*: los buques escuelas 1 y 2; las escampavías *Toro*, *Gaviota*, *Valparaiso*, *Cóndor* y *Huemul*; tres pontones y 10 torpederas, dos de las cuales en servicio. Desde Europa venían en viaje los cazatorpederos *Lynch* y *Condell* y en construcción, en la misma Europa, se encontraban el acorazado *Capitán Prat* y los cruceros *Pinto* y *Errázuriz*.

La dotación de oficiales era de 124 ejecutivos y 192 asimilados (de los servicios) y de 1.801 individuos de tripulación. La escasez de oficiales era tan seria como la del Ejército.

B.—Las fuerzas del Gobierno.

Producida la sublevación de la Armada, el 7 de enero de 1891, el Gobierno dispuso —ese mismo día— la movilización del Ejército y de la Guardia Nacional. Dicha movilización consistió en elevar a regimientos (de 2 batallones de 4 compañías) los batallones de infantería, con una dotación de 1.200 plazas; agregar un nuevo escuadrón a cada regimiento de caballería, de manera que constaría de 3 escuadrones de 2 compañías cada uno; creación de dos nuevos grupos (brigadas) en el regimiento de artillería.

Con fecha 12 de enero se dispuso la organización inicial del Ejército en 7 divisiones y se convocaron al servicio activo diversas unidades

de la Guardia Nacional. Se organizaron, también, algunos cuerpos de pontoneros de línea, para el cuidado de los puentes del ferrocarril y algunos de gendarmes, para asegurar el orden público, a falta de policía.

El armamento de la infantería consistía en fusiles Grass y Comblain, ambos calibre 11 mm; el de la artillería en cañones Krupp de 8,7 y ametralladoras de diversos sistemas; de la caballería, en carabinas Winchester, Remington y Spencer. Existían, asimismo, 25.000 fusiles Mauser, sin municiones. Encargadas éstas a Europa al estallar el conflicto, no alcanzaron a llegar oportunamente.

El vestuario era el estrictamente necesario para los primeros momentos. Su confección no presentó, sin embargo, mayores inconvenientes, pues quedó a cargo de la industria privada.

No se consultó la creación de tropas de transporte. De allí que los servicios de amunicionamiento, de subsistencia y de sanidad tropezaran con grandes dificultades en los teatros de operaciones.

La movilización quedó comprendida en el territorio que va del río Choapa al golfo de Reloncaví. De tal modo, dicha movilización estuvo subordinada a la amenaza de la Escuadra, especialmente desde Valparaíso hacia el norte.

C.—Las fuerzas del Congreso.

1.—La Armada.

Los buques que el 7 de enero se pusieron a las órdenes del capitán de navío D. Jorge Montt fueron los acorazados *Blanco* y *Cochrane*, el crucero *Esmeralda*, la corbeta *O'Higgins* y la cañonera *Magallanes*.

Las dotaciones de guerra estaban incompletas, y apenas si podría organizarse un pequeño cuerpo de desembarco de 200 hombres.

Faltaba mucha munición y las redes protectoras se encontraban en tierra y no convenía se les llevara a bordo a fin de no despertar sospechas. A bordo había, sí, víveres y carbón para 14 días y \$ 120.000 en dinero efectivo.

El mismo 7 de enero se dispuso el fraccionamiento de la división naval en cuatro partes:

- la primera, constituida por el crucero *Esmeralda*;
- la segunda, por el *Cochrane* y la *Magallanes*;
- la tercera, por la *O'Higgins* y un transporte, y
- la cuarta, por el *Huáscar* y el *Blanco*.

2.—Ejército.

Fue organizándose a medida de los acontecimientos.

III.—LAS OPERACIONES.

A.—Operaciones navales.

Junto con la organización de la división naval congresista, fueron repartidas las misiones consiguientes a cada una de sus partes. El *Esmeralda* debía partir inmediatamente para el sur; el *Cochrane* y la *Magallanes* saldrían el día 8 para Iquique; la *O'Higgins* y el transporte lo harían el 10 hacia Coquimbo y el *Blanco* y el *Huáscar* permanecerían, por lo pronto, en Valparaíso.

Estas expediciones perseguían los siguientes objetivos: bloquear los puertos y ganar a sus pobladores para la causa del Congreso; poner al país en estado de alarma; reclutar oficiales para la Escuadra; apoderarse del armamento que pudiese ser habido; reclutar voluntarios y embarcar toda clase de recursos para la campaña. El *Esmeralda*, especialmente, debía esperar en el golfo de Arauco la llegada de la corbeta *Abtao*, que regresaba desde la región austral.

El *Esmeralda* partió el 7 de enero con rumbo al sur y el día 11 fondeaba en Lebu, en demanda de carbón. Como ello le fuera negado, desembarcó 150 marineros y obtuvo lo que pedía. En las minas de Errázuriz enganchó un buen número de voluntarios, que sirvieron de base para la organización del futuro batallón N^o 1 de infantería Constitución. El 26 fondeó en Ancud. Luego de un breve tiroteo, la pequeña guarnición allí existente se retiró hacia Castro. Como desde este punto avanzaran tropas de la Guardia Nacional, la marinería procedió a volver a su barco y éste prosiguió su viaje hacia el norte. En Arauco se le reunió la corbeta *Abtao*, de regreso de su viaje de instrucción y que se incorporaba, en esos momentos, a las filas revolucionarias.

Llegó a Iquique el 13 de febrero.

Un mes antes, el 13 de enero, el *Cochrane* notificaba allí un bloqueo... que no pudo llevarse a cabo. La *Magallanes* salió de Iquique hacia Pisagua. A su vista se pronunció por la causa del Congreso la guarnición que allí existía: una compañía del batallón 4^o de línea y una sección del regimiento N^o 2 de artillería. El mismo día del pronunciamiento se dispuso la organización del batallón Navales de Pisagua.

La corbeta *O'Higgins* comenzó por embarcar en Valparaíso un buen número de voluntarios que debían constituir después el batallón Navales de Valparaíso. Se apoderó, asimismo, del vapor *Amazonas* y a su bordo se instaló el nuevo batallón Navales. En la noche del 10, la corbeta y el transporte partieron para Coquimbo. La policía y algunos soldados del batallón cívico de este puerto opusieron alguna resistencia, que fue dominada prontamente. El mismo día (el 12) fue ocupada la ciudad de La Serena, que había sido abandonada por las autoridades.

Como se recibiera el 17 de enero noticia del avance de tropas gobiernistas procedentes de La Calera, los congresistas que estaban en Ovalle se retiraron a La Serena por ferrocarril. Rechazados por aquéllos, los rebeldes se embarcaron el 27 en Coquimbo, rumbo a Iquique.

El acorazado *Blanco Encalada*, al ancla en Valparaíso mientras era

reparado el *Huáscar*, se apoderó, el 8 de enero, de 4.500 fusiles Manlicher de las fuerzas del Gobierno. El mismo día se apoderó del vapor *Aconcagua*, que —armado en guerra— salió inmediatamente para el sur a reunirse con el crucero *Esmeralda*.

Con el propósito de impedir embarcos y desembarcos, tropas gobiernistas habían construido trincheras en la playa. Existían, además, los fuertes, y en la tarde del 16 de enero, uno de ellos, el Buera Alto, disparó un proyectil que cayó en el centro del costado de estribor del *Blanco Encalada*. El segundo tiro hizo impacto en la popa y, atravesando varios compartimientos, fue a dar en el blindaje de babor e hizo explosión. El transporte *Aconcagua* se dirigió a Corral y regresó, después, a la isla Santa María, sin haber encontrado a la *Abtao* y al *Lynch*, a los cuales buscaba. La *Abtao* sólo fue vista el día 29.

El *Lynch*, como la cañonera *Pilcomayo*, se encontraba en Punta Arenas. El 15 de enero sus comandantes acordaron plegarse a la revolución. Apareció en esos días la escampavía *Cóndor*, con orden del Gobierno para que el *Lynch* y la *Pilcomayo* marcharan a Ancud a esperar órdenes del Comandante en Jefe de la Armada. Por toda respuesta, el *Cóndor* fue capturado y enviado al norte en busca de la *Abtao* a informarla de lo que ocurría.

El capitán de corbeta D. Recaredo Amengual, apoyado por el gobernador de Punta Arenas, general D. Samuel Valdivieso, logró que la oficialidad de ambos buques pusiera éstos a disposición del Gobierno. Bajo el mando del citado capitán Amengual y del teniente 2º D. Guillermo Aldana, respectivamente, la *Pilcomayo* y el *Lynch* partieron el 1º de febrero hacia Montevideo. En el camino se les reunió el *Condell*.

El transporte *Cachapoal*, armado en guerra, zarpó el 16 de enero para Coquimbo y ocupó momentáneamente el puerto de Los Vilos. El 18 prosiguió viaje hacia el norte; en Caldera cortó el cable submarino y el 20 llegó a Iquique. De paso por Chañaral, cortó también el cable y, en tierra, instaló nuevas autoridades en nombre del Congreso y echó las bases de un batallón de infantería que, con el nombre de Chañaral, sería más tarde el Nº 5. El 22 salió el *Cachapoal* para Pisagua, a fin de reunirse con la *Magallanes*.

El 23 se presentaron en Taltal el *Huáscar* y el *Amazonas* y, luego de haber designado nuevas autoridades, echaron las bases de un batallón con el nombre del pueblo.

B.—Operaciones en el teatro norte

1.—Las guarniciones nortinas.

En los días en que la Escuadra zarpó rumbo al norte, las diversas poblaciones estaban guarnecidas en la siguiente forma:

Arica, 100 artilleros.

Tacna, 150 infantes y 200 granaderos a caballo.

Pisagua, 60 infantes y 100 artilleros.

Iquique, 150 infantes, 200 granaderos a caballo y 200 artilleros.
 Tocopilla, 30 infantes.
 Antofagasta, 300 infantes.
 Caldera, 450 zapadores.

Habría que agregar a estas fuerzas las policías locales y los cuerpos cívicos movilizables.

El 19 de enero la guarnición de Pisagua se pronunció por la causa del Congreso y se incorporó a sus filas. Lo hicieron, además, varios oficiales en retiro y algunos jóvenes de la localidad. Con estos elementos se organizó un nuevo batallón de infantería.

2.—*Combate de Zapiga.*

Al tanto de lo ocurrido en Pisagua, el intendente de Iquique envió un destacamento (1 comp. de inf. 1 comp. de Granaderos a cab. y 25 art.) con la misión de recuperar aquella ciudad. Estas fuerzas se embarcaron por ferrocarril el 21 de enero, y al saber que tropas enemigas habían llegado a las proximidades de Zapiga, descendieron del tren y avanzaron en demanda de ellas.

Estas últimas (100 inf., 3 piezas de art. y 1 ametr.), a las órdenes del coronel D. Estanislao del Canto, fueron obligadas a replegarse a Pisagua. Los presidenciales, a su vez, retrocedieron en dirección a Negreiros. Desde este punto, su comandante pidió refuerzos a Iquique, con la intención de atacar a las fuerzas de Pisagua.

3.—*Combate de Alto Hospicio.*

Reforzados los balmacedistas, avanzaron en ferrocarril, el día 23, sobre Pisagua y desembarcaron a unos 4 kilómetros del puerto, en la curva de la vía, poco después de la cuesta del Arrenal. Nuevamente fueron vencidas las tropas del Congreso y obligadas a retirarse precipitadamente. Parte de sus adversarios inició de inmediato la persecución; pero la población de Pisagua reforzó a sus soldados y, a través del engaño, logró desarmar a los que se consideraban vencedores y los entregó prisioneros a la tripulación de la corbeta *Magallanes*.

El resto de los gobiernistas, que había permanecido en Alto Hospicio, pretendió seguir igualmente a Pisagua, pero fue contenido por los cañones de la *Magallanes*.

En la tarde del mismo 23, los congresistas se embarcaron en el *Cachapoal* para trasladarse a Iquique. Sus adversarios ocuparon Pisagua.

Llegado a Iquique, el *Cachapoal* recibió orden de expedicionar a lo largo de la costa, hacia el sur, el 27 de enero. El mismo día ocupó Huanillos y al siguiente desembarcó tropas en Tocopilla. El 30 llegó a Taltal, donde se embarcaron algunos voluntarios, así como una compañía del batallón Navales de Valparaíso. Terminada su misión, el *Cachapoal* emprendió el regreso a Iquique.

4.—*Captura de Pisagua.*

En la noche del 5 de febrero, el *Cochrane*, la *O'Higgins*, el *Amazonas* y el *Cachapoal* abandonaron la bahía de Iquique, en dirección a Pisagua. Al amanecer del día 6, la escuadrilla se presentó delante del puerto y a las 6 de la mañana rompió sus fuegos. Bajo tal protección desembarcaron en la caleta de Playa Blanca (al N.) un destacamento y en Punta de Pichalo (al S.) otro destacamento. Ambos debían avanzar concéntricamente hacia Alto Hospicio. Desalojadas las tropas que allí se defendían, descenderían al pueblo y atacarían a los defensores por la espalda.

El plan fue llevado a su realización en todas sus partes y el triunfo de las fuerzas atacantes fue completo.

5.—*Combates de San Francisco y de Huara.*

El primer envío de tropas del Gobierno hacia la provincia de Tarapacá consistió en una agrupación de 300 infantes a las órdenes del coronel D. Eulogio Robles. Iba, asimismo, un cargamento de fusiles, municiones y otros elementos bélicos para las tropas situadas en la región salitrera. Esta tropa se embarcó en Valparaíso y desembarcó el 3 de febrero en Patillos. Marchó inmediatamente hacia Iquique y allí se impuso de la captura de Pisagua.

En vista de la rebeldía manifiesta en que se encontraban las salitreras, el coronel Robles destinó solamente 5 débiles compañías de infantería y algunas piezas de artillería a la misión de recuperar Pisagua. El 15 de febrero se encontraba esta tropa en Santa Catalina (pampa del Tamarugal). Desde allí se desprendió una fracción de 70 hombres destinada a auxiliar la marcha del destacamento Arrate, procedente de Tacna. El coronel Robles quedó, en consecuencia, al frente de sólo 350 hombres.

Al tanto de que tropas enemigas marchaban a su encuentro desde Pisagua, avanzó por ferrocarril hacia el norte y echó pie a tierra en la oficina San Francisco. El encuentro ocurrió en el mismo sitio del combate de San Francisco o Dolores, el 27 de noviembre de 1879, durante la Guerra del Pacífico.

El combate terminó a las 6 de la tarde del 15 de febrero con la completa derrota de las tropas del Gobierno. Al pasar por la estación de Negreiros, en su marcha de retirada, el coronel Robles pidió al intendente de Tarapacá le enviara refuerzos. Estos refuerzos consistieron en 600 hombres que se unieron a los recién derrotados en Santa Rosa. Desde allí prosiguieron ambos su avance hacia Pozo Almonte.

De tal manera, el coronel Robles llegó a contar con 900 hombres de las tres armas, 12 piezas de artillería y 1 ametralladora. Desde Santa Rosa el destacamento completo prosiguió su movimiento hacia Pozo Almonte. Después de haber marchado unos 100 kilómetros, aproximadamente, hacia el sur —desde Dolores hasta Pozo Almonte—, el coronel

Robles hizo alto, dio media vuelta y emprendió el avance en dirección contraria, a fin de ir a ocupar una posición defensiva en Huara.

Después del combate de San Francisco, las fuerzas congresistas se habían desplazado hacia el sur, hasta alcanzar la oficina Rosario de Huara (al N. W. de Huara). El 17 de febrero, en la tarde, las fuerzas congresistas iniciaron el ataque; pero fueron rechazadas y obligadas a emprender la retirada en dirección a Pisagua.

6.—Combate de la Aduana de Iquique.

El envío de refuerzos a la columna del coronel Robles, a Santa Rosa, significó el desguarnecer el puerto de Iquique. Los buques de guerra presentes en la bahía aprovecharon esta circunstancia para intimar la rendición al intendente D. Manuel Salinas. Obtenida ésta, fueron desembarcadas tropas de marinería para asegurar la posesión y evitar los desórdenes que el cambio de autoridad había producido. A fin de reforzar las fuerzas, se hizo venir, por vía marítima, el resto del batallón Taltal que se organizaba en el puerto de ese nombre.

Impuesto el coronel Robles de la pérdida de Iquique, envió al coronel D. José M. Soto, al frente de 200 infantes y 25 jinetes, con una pieza de artillería y una ametralladora, a recuperar la plaza. (18 de febrero). A las 11 de la noche del mismo día 18, el comandante de la plaza de Iquique —capitán de corbeta D. Vicente Merino Jarpa—, recibió por el telégrafo la noticia de que el enemigo se acercaba por ferrocarril. Más tarde, una patrulla informó que por el camino de Molle descendían aproximadamente unos 300 infantes y 15 jinetes de caballería.

El capitán Merino dispuso que su gente se parapetase en el edificio de la Aduana.

A las 7 del día 19 las fuerzas del coronel Soto llegaban a la plaza Arturo Prat y cercaban el edificio de la Aduana y los muelles. Una hora más tarde, el acorazado *Blanco* y el crucero *Esmeralda* rompían el fuego sobre los edificios ocupados por los gobiernistas. Estos se replegaron a la parte de la ciudad que queda al norte de la Aduana. El *Huáscar*, situado frente al morro y al sur de la isla Serrano, abrió sus fuegos contra el terreno de las afueras del pueblo, a fin de impedir avance de refuerzos, por los caminos que, desde los cerros, bajan a la playa.

A mediodía estalló un incendio en un edificio de madera vecino a la Aduana y que estaba ocupado por sacos con salitre. La falta de municiones se hacía sentir de una manera alarmante; pero horas más tarde los buques de la bahía enviaron víveres y municiones en la cantidad necesaria. A las 3 de la tarde se habían quemado cuatro manzanas; mas el fuego no se propagó al edificio que ocupaban los defensores. Una hora más tarde se suspendieron los fuegos por ambas partes, a raíz de la intervención de elementos neutrales, personeros de colonias extranjeras radicadas en la ciudad.

Las tropas presidenciales volvieron a ocupar las posiciones al iniciarse el ataque. La propaganda opositora había hecho sentir, mien-

tras tanto, y sus filas empezaron a ser raleadas en forma notoria. El coronel Soto se vio obligado a desarmar su tropa y retirarse del campo de la acción.

7.—Batalla de Pozo Almonte.

El 4 de febrero zarpó del puerto de Lota el vapor *Matías Cousiño*, con un batallón de 400 hombres a su bordo, a las órdenes del coronel D. Miguel Arrate. Como no fuera posible desembarcar esta tropa en el litoral de Tarapacá, por impedirselo la Escuadra congresista, fue necesario hacerlo en la caleta de Ite, inmediatamente al norte de la quebrada de Sama (10 de febrero).

El 12 se encontraba en Tacna y el 20 se reunía en Negreiros con las fuerzas del coronel Robles.

El 9 de febrero partía el *Imperial*, llevando a su bordo un destacamento de 965 hombres a las órdenes del coronel D. Emilio Gana. También el barco se vio obligado a anclar en Ite y la tropa a seguir la misma ruta que la columna Arrate. Se reunió con el coronel Robles el 25 de febrero en la tarde.

De conformidad con el plan adoptado por el Gobierno, el *Imperial* hizo tres nuevos viajes al norte: uno para conducir 1.884 hombres a Antofagasta; otro para el mismo destino con 865 hombres y un último para Coquimbo, con 1.200 hombres. Por una sugerencia del coronel Robles, el Presidente Balmaceda dispuso que, de las tropas desembarcadas en Antofagasta, se organizara un destacamento que por tierra fuera en auxilio de las fuerzas del citado coronel. En virtud de lo cual, el 8 de marzo partieron de Calama dos batallones bajo el mando del coronel D. Hermójenes Camus. Debería marchar por Quillagua y Lagunas hacia Pozo Almonte, punto de reunión con el destacamento Robles. Este alcanzaba, el 25 de febrero, a 1.360 hombres de las tres armas y 9 piezas de artillería.

El coronel Robles había sabido, en Negreiros, que los congresistas habían abandonado Pisagua y retirádose a Iquique. Destacó en consecuencia, al regimiento N° 5 de línea y como su comandante lo informara sobre posibilidades de ser atacado por congresistas que habían avanzado hasta la estación de San Juan, resolvió enviar a Estación Central (al S. W. de Pozo Almonte), el grueso de sus fuerzas. Al día siguiente sin embargo, se trasladó con todas sus fuerzas a Pozo Almonte (3 de marzo).

Desembarcadas las fuerzas congresistas en Iquique, el 27 de febrero, prosiguieron por tierra hasta El Molle, algunos kilómetros al sur del puerto. Se componían de 6 batallones de infantería, 1 escuadrón de caballería, un destacamento de desembarco, 5 piezas de artillería y 2 ametralladoras.

En conocimiento de que las tropas balmacedistas se encontraban en Pozo Almonte, el Ejército congresista se puso en marcha hacia este poblado y fue a situarse enfrente (al W.) del enemigo. A través de un ataque frontal, con centro de gravedad en su ala sur, consiguió derrotar al

destacamento Robles y obligarlo a emprender la retirada en dirección a la pampa (7 de marzo).

Esta acción fue notablemente sangrienta. De los 1.300 hombres de las fuerzas balmacedistas quedaron 400 tendidos en el campo de batalla. El coronel Robles fue uno de ellos. El mismo número, aproximadamente, fue hecho prisionero o incorporado a las filas congresistas. Del otro bando hubo 397 bajas, sin contar los oficiales.

8.—Retirada de los presidenciales de Antofagasta, Atacama y Tacna.

a) El destacamento Camus

De acuerdo con lo dispuesto, este destacamento debía salir de Calama, el 3 de marzo, a reunirse con el destacamento Robles, en Pozo Almonte. Para realizar esta marcha de 150 kilómetros por pleno desierto, era preciso llevar no sólo víveres para 1.000 hombres y forraje para 300 caballos y mulares, sino también agua para ciertos trechos del camino y municiones para el destacamento y para la división de las fuerzas de Robles.

La columna marchó por San Salvador, Miscanti, Chacance, El Toco y Quillagua, a cuyo punto llegó el 11 de marzo. Allí recibió orden de regresar a Calama, en vista de la derrota sufrida por el destacamento Robles en Pozo Almonte el día 7.

Las tropas reunidas en Calama, en número de 2.542 hombres, fueron reorganizadas por un decreto del intendente Villegas y recibieron el nombre de División de Calama (22 de marzo). Ante posibilidades de una ofensiva de congresistas, el comandante de la División de Calama —coronel Hermógenes Camus— resolvió retirarse a San Pedro de Atacama, 95 kilómetros al S. E. de Calama. Pero un telegrama de La Moneda dispuso que la retirada se realizara en dirección a Ollagüe, a 183 kilómetros por ferrocarril, para proseguir a Bolivia o a Argentina y luego a Santiago, vía Mendoza.

La división inició su viaje el 27 de marzo. En la frontera debió entregar a las autoridades bolivianas 2.274 fusiles, una ametralladora sin municiones, 510.050 cartuchos de fusil y 836 yataganes. La división continuó en su retirada hasta Uyuni y Posta Vieja, para emprender la marcha por tierra a Jujuy (Argentina), pasando por Tupiza. Prosiguió por ferrocarril desde Jujuy (2 de mayo) a Mendoza (9 de mayo). La travesía de la cordillera se hizo a pie hasta Los Andes, para continuar por tren hasta Santiago. (17 de mayo).

b) La guarnición presidencial de Tarapacá

Los restos del destacamento Robles —487 hombres— llegaron a Arica el 20 de marzo, después de una prolongada marcha por el desierto. En Arica se reunieron estas tropas con las provenientes de Tacna, hasta alcanzar un total de 537 hombres, que quedaron bajo las órdenes del coronel Arrate.

El 2 de abril el blindado *Cochrane*, las corbetas *Abtao* y *Magallanes*, los transportes *Aconcagua* y *Maipo* y la escampavía *Cóndor*, conduciendo 1.883 plazas de la tres armas (coronel del Canto), partían de Iquique en dirección a Arica. Llegado el convoy a este último puerto, el Comandante en Jefe de la Escuadra intimó la rendición de la plaza. Como ella fuera rechazada, el capitán de navío D. Jorge Montt dispuso que sus fuerzas desembarcaran en las caletas de Vitor y de La Capilla, a fin de iniciar el ataque el día 6.

En vista de la inferioridad numérica de las fuerzas y de la escasa moral combativa de la tropa en razón de las últimas derrotas, los defensores decidieron —en junta de guerra— emprender la retirada hacia Tacna, en ferrocarril. En Tacna se celebró una nueva junta de guerra, que acordó proseguir la retirada, por Sama, hacia Mollendo. Las autoridades peruanas de esta última ordenaron la internación de estas tropas hacia Arequipa, en donde permanecieron hasta después de terminada la guerra civil.

c) *La guarnición presidencial de Atacama*

El 15 de abril el acorazado *Blanco Encalada*, el monitor *Huáscar* y los transportes *Cachapoal*, *Aconcagua* y *Bío-Bío* levaron anclas en Iquique con rumbo a Caldera. Llevaban a su bordo 3 batallones de infantería y 2 escuadrones de caballería, bajo las órdenes del coronel Holley. El desembarco se efectuó en Carrizal Bajo y se continuó por tierra hasta Punta Díaz, con la intención de alcanzar Copiapó. Mientras tanto, una parte del batallón Esmeralda —que había desembarcado en Caldera— había ocupado Copiapó. La guarnición presidencial (600 jinetes de caballería al mando del coronel D. Tristán Stephan) se retiró hacia la cordillera. Perseguida por la caballería congresista, del comandante D. Jorge Boonen R., prosiguió su marcha hacia Argentina, por el boquete de Barrancas y llegó por partidas a Santiago, en la segunda quincena de junio.

El destacamento congresista Holley, por su parte, marchó el 24 de Punta Díaz a Chañarillo y entró el 30 en Copiapó. Ya el comandante del batallón Esmeralda, teniente coronel D. Patricio Larrain A., se había hecho cargo de la plaza.

Las provincias de Tacna, Tarapacá, Antofagasta y Atacama quedaron, pues, bajo el dominio del Congreso.

9.—*Hundimiento del Blanco Encalada*

El 23 de abril fue hundido en la bahía de Caldera el acorazado congresista *Blanco Encalada*, poco después de haber desembarcado las tropas que llevaba a su bordo.

El Presidente Balmaceda había despachado hacia el norte la escuadrilla de torpederos a las órdenes del capitán de fragata D. Carlos Moraga. En la mañana del día citado los cazatorpederos *Lynch* y *Condell* atacaron sorpresivamente al *Blanco Encalada*. Primeramente disparó el

Lynch, a corta distancia, los tres torpedos que llevaba, sin resultado alguno. El hundimiento del barco agredido fue provocado por el segundo de los torpedos que lanzara el *Condell*.

C.—La campaña del sur.

1.—Actividades de congresistas

Obtenido el triunfo en el teatro de operaciones norte, los jefes congresistas y el elemento político que los acompañaba procedieron a cambiar ideas sobre actividades en el futuro inmediato. Se partió de la premisa de que el Gobierno estaría en condiciones de movilizar unos 30 a 40.000 hombres y se sabía ya que había 10.000 en Coquimbo y 6.000 en Concepción y que, reunidas las fuerzas de Santiago y Valparaíso, alcanzarían un efectivo total de 15 a 20.000. Las fuerzas del Congreso llegaban apenas a las 10.000 plazas.

Era preciso, pues, lanzar una ofensiva rápida en dirección a Santiago o Valparaíso, a fin de no dar tiempo al Gobierno a que reuniera sus fuerzas y los batiera. Complemento fundamental de esta operación sería la destrucción de las vías férreas de la zona. Como primer punto se acordó organizar e instruir a 8.000 infantes, 1.000 jinetes de caballería y 1.000 artilleros.

La infantería fue instruida en el combate "con el empleo de sostenes y reserva" y amoldando sus movimientos al terreno. El fuego de tiradores debía comenzar a una distancia de 600 metros y podía emplearse también la descarga. Como principio fundamental se recomendaba hacer fuego con alza y apuntando correctamente. Por primera vez en Chile se practicó el tiro metódico contra blancos y figuras, en todas las posiciones del tirador y se practicó, asimismo, el tiro de combate.

La caballería ejercitaba marchas. Por carencia de armas de fuego no se le dio mucho desarrollo al tiro de escuela o de combate. Se practicó el servicio de exploración y seguridad.

La artillería aprendió la conducta en el fuego y la toma de posiciones.

"Corresponde al coronel Körner, quien se encargó de la instrucción del Ejército —advierte el general D. Francisco J. Díaz— el honor de haber iniciado en los principios de una instrucción moderna a los oficiales y a la tropa del Congreso, aun cuando faltaron tiempo y elementos para que esa instrucción fuera completa".

2.—La ofensiva congresista

Elegido Quintero como puerto de desembarco, por ser el más apropiado para el caso, se iniciaron los preparativos para la operación. El 11 de agosto terminó de embarcarse en Iquique la 2ª brigada; el 16 salió de Caldera la 3ª brigada y la 1ª, del Huasco. Las tres brigadas debían reunirse a la altura de Quintero.

El Ejército expedicionario contaba con un efectivo de 9.284 hom-

bres, distribuidos en tres brigadas: la 1ª, con 2.524 plazas, a las órdenes del teniente coronel D. José Aníbal Frías; la 2ª, 3.029, coronel Salvador Vergara y la 3ª, 3.731, teniente coronel Enrique del Canto. Comandante en Jefe del Ejército fue designado el general D. Estanislao del Canto y Jefe del Estado Mayor General, el teniente coronel D. Adolfo Holley y Secretario del E.M.G.E., el teniente coronel asimilado D. Emilio Körner.

La infantería estaba armada con fusiles Manlicher, de repetición y Grass y ello le significaba una marcada ventaja con respecto a las fuerzas gobiernistas. Los 5 escuadrones de caballería estaban mal montados y uno de ellos, en lugar de carabina, usaba fusiles Grass. La artillería contaba con 16 cañones Krupp de montaña y 12 Grieve anticuados.

De los 9.000 hombres de este Ejército, 4.000 correspondían a reclutas con sólo un mes de instrucción y algunos de ellos recibieron armamento sólo en el momento de embarcarse para el sur. "Pero ni Balmaceda ni sus generales se dieron cuenta de dos hechos... que pesaron decisivamente en los resultados de Concón y La Placilla: algunos de los supuestos reclutas habían hecho diez años antes las campañas de la guerra del Pacífico; y el trabajador de las salitreras y el minero del norte siempre han manifestado una marcada superioridad militar sobre el campesino del centro y del sur, hasta que a la larga el ejercicio de las armas los nivela. Además, al paso que los enrolamientos para elevar las fuerzas del Gobierno se habían hecho en su mayor parte compulsivamente, los soldados de la oposición se habían alistado *motu proprio*, movidos por la intensa propaganda revolucionaria o por simple espíritu de aventura". (Encina).

Continúa el autor: "La oficialidad estaba formada por los mismos *futres* que en la campaña del 79, dirigidos por un corto número de jefes de línea, habían vencido al Perú y a Bolivia y por oficiales adeptos a la causa del Congreso. En su totalidad, eran jóvenes ardorosos y apasionados que identificaban la causa de la revolución con la de la patria".

En cuanto a su moral, vale la pena conocer la opinión de D. Enrique Mac-Iver, testigo presencial de los hechos. "Lo que no faltó nunca —advierte— fue la seguridad absoluta del éxito". "Cada hombre era un convencido, no de que peleaba por una causa política, sino de que peleaba por Chile y por la libertad de Chile".

En la tarde del 19 de agosto los 16 buques que constituían el convoy se reunían a la cuadra de Quintero, a unos 60 millas de la costa. El desembarco se inició a las 7.30 del día 20. Al anochecer del mismo día la 2ª brigada ocupaba el caserío de Dumuño y ubicaba sus puestos avanzados en las alturas que dominan el valle del Aconcagua. La 1ª brigada se encontraba a las 10 de la noche enfrente de Concón Bajo y la 3ª brigada alcanzó Colmo al amanecer del día siguiente, por haberse extraviado de camino a causa de la espesa neblina.

3.—Planes del Gobierno

Las tropas balmacedistas estaban distribuidas así:

I. división, en Santiago, con 7.211 hombres. General D. Orocimbo Barbosa.

II. división, en Valparaíso. 7.265 hombres. General D. José M. Alcérreca.

III. división, en Coquimbo. 8.473 hombres. Coronel D. Ramón Carvallo O.

IV. división, en Concepción. 9.531 hombres. Coronel D. Daniel García V.

La III división se encontraba aislada. De las tres restantes, se podían reunir en Valparaíso o Concepción, como máximo, 16.000 hombres siempre que la batalla fuera postergada por tres o más días, a partir del momento de desembarco de los invasores.

Aun cuando tenían de su parte la superioridad numérica con respecto al Ejército congresista —eran más de 30.000 hombres contra 10.000— su consistencia espiritual no era de las mejores. La frecuencia con que —en forma individual o colectiva— oficiales y soldados gobiernistas se pasaron al bando contrario, es la mejor prueba de esta afirmación. “El origen de esto puede ser el sistema de reclutamiento, en gran parte forzoso; la indiferencia o falta de simpatía por la causa, que la propaganda opositora logró poner de su lado, a pesar de la inicial falta de interés; la falta de confianza en los caudillos, que es parte esencial en las contiendas civiles, así como también una defectuosa instrucción teórica y práctica”. (F. J. Díaz).

Las noticias sobre la llegada del convoy enemigo y desembarco consiguiente de las tropas en Quintero, se supieron en Valparaíso el 20 de agosto.

El corresponsal Eloy T. Caviedes resume así las disposiciones dictadas por el Gobierno para afrontar la emergencia: “En los primeros momentos, inducido el Presidente por el alarmista gobernador de Quillota, daba orden de concentrar en ese punto la división de Santiago; un poco más tarde la hacía avanzar a Quilpué; luego accedía a la idea de reunir ambas divisiones en Viña del Mar; aconsejaba después a Alcérreca que no precipitara la concentración en este último punto y que tuviera cuidado de que el Ejército constitucional no se dirigiera a La Calera; reiteraba estas mismas recomendaciones al coronel Pinto Agüero, jefe de Estado Mayor de la división de Valparaíso, diciéndole: “No concentre en Viña del Mar; La Calera y Quillota son puntos muy importantes”; aprobaba por fin la idea de Alcérreca de ocupar la línea del Aconcagua y ordenaba a la división de Santiago que avanzara en su refuerzo; se arrepentía de ello muy pronto e indicaba la altura de Viña del Mar como línea de defensa, recomendando que se entretuviese al enemigo como se entretiene una guagua, hasta el 22; volvía a sentirse alarmado por la noticia de un presunto ataque por La Calera y Quillota y, por último, haciendo un confuso guirigay de órdenes contrapuestas, ordenaba a Barbosa avanzar sobre Concón y le decía al mismo tiempo: “Conviene demorar la batalla”, como si en manos de Barbosa o de cualquier dictatorial hubiera estado retardar el ataque de los nuestros”.

Comenta, por su parte, el general Díaz que “la dirección de la guerra era ejercida hasta en los detalles, por el Gobierno, o por sus agentes políticos; de modo que los generales no eran sino simples ejecutores pro-

fesionales de órdenes superiores". Atentos a ser justos, debemos advertir, sí, que en el campo táctico el Presidente —que se reservó el Comando en Jefe del Ejército— dejó a sus generales en plena libertad de acción.

En la mañana del 21 se encontraban reunidos sobre el camino de Colmo a Vifia, entre Concón Alto y el cerro Torquemada, los efectivos de la I y II divisiones. Sus dos comandantes —los generales Barbosa y Alcérreca— se pusieron de acuerdo en dar la batalla al día siguiente, uno retirándose para estimular al enemigo a cruzar el Aconcagua y el otro, enfrentándolo para arrojarlo al mar. Pero a las 9.50, Alcérreca —que se encontraba más próximo al río— observó que el enemigo se aprontaba para atravesarlo por Colmo. Convino con Barbosa, en consecuencia, en dar la batalla inmediatamente.

4.—Batalla de Concón

El 21 de agosto la situación de las fuerzas beligerantes era la siguiente:

—*gubernistas.*—Ubicados a lo largo del camino Concón Alto - cerro Torquemada, vale decir en una línea que corría de N. N. E. a S. S. W. y paralela casi al litoral.

—*congresistas.*—La 1ª brigada en la ribera norte del Aconcagua, frente a Concón Bajo.

—la 2ª brigada en el caserío de Dumuño, unos 8 kilómetros al N. del Aconcagua, y

—la 3ª brigada en la ribera N. frente a Concón Alto. Las tres brigadas daban frente al sur.

El plan congresista consultaba un ataque frontal de la 1ª brigada (ref. con 1 regimiento de la 2ª y 2 de la 3ª) conjuntamente con un ataque de dichas 2ª y 3ª brigadas contra el flanco N.N.E. enemigo, en Concón Alto.

Entre los varios errores cometidos por el Mando balmacedista, llama la atención el hecho de que sus fuerzas hayan sido situadas en una línea casi perpendicular al río y no a lo largo de su ribera y el que no hayan sido ubicadas unidades en la parte baja de la ribera sur, a fin de obtener un mejor rendimiento del arma a través del tiro rasante en los momentos en que el adversario atravesara el obstáculo con el agua hasta el pecho.

La victoria fue obtenida, naturalmente, por el bando congresista. De los 8.000 hombres que, aproximadamente, participaron en la acción, quedaron sobre el campo más de 2.200 muertos y heridos; el número de prisioneros pasó de los 2.000 y casi todos ellos se incorporaron en el bando contrario. Más de 1.500 fugitivos se dispersaron por los campos y sólo se reunieron en Quilpué y alrededores a los cuerpos que más tarde llegaron de Concepción, alrededor de 2.000 hombres. Cayeron, además, en poder de los vencedores toda la artillería, el parque y varios miles de fusiles. Estos últimos tuvieron 400 muertos, 600 heridos y 122 desaparecidos, que corresponden —en su casi totalidad— a los ahogados durante el cruce del Aconcagua.



GENERAL OROCIMBO BARBOSA
General en Jefe del Ejército Presidencial
en la Guerra Civil de 1891.

5.—*Los bandos rivales el 22 y 23 de agosto.*

Amén de reponer sus bajas, el Ejército congresista había aumentado sus efectivos a 10.500 hombres y llegaron éstos más adelante a los 11.000 casi. Se encontraba en la imposibilidad, empero, de marchar hacia Viña del Mar a fin de afianzar los resultados de la victoria. Las unidades armadas con fusiles Manlicher habían agotado las municiones y no pudieron reponerlas con las arrebatadas al enemigo. Era preciso, pues, acarrear municiones desde Quintero, como asimismo los rollos de los infantes, para proteger a éstos del frío de la época y las raciones de viveres correspondiente. La atención y evacuación de los heridos necesitaban, también, de los elementos de transporte correspondientes. La tropa, por último, estaba muy fatigada después de dos días de marcha, de la penosa travesía del río y de cuatro horas de combate en terreno accidentado.

Informado en detalle respecto de la derrota de Concón, el presidente Balmaceda resolvió defender Valparaíso desde posiciones ubicadas en Viña del Mar. Bañados, su Ministro de Guerra, reveló en esos momentos una actividad sorprendente. Entre las 7.30 de la tarde del 22 y 1 de la mañana del 23, los 8.000 soldados del Gobierno (enterados con los 5.700 de la división de Concepción), ocuparon posiciones en los cerros en forma de semicírculo que, al sur del estero de Viña del Mar, cierran el camino a Valparaíso. El ala oeste quedó apoyada en Miramar, en el cerro del Castillo, en cuyo espolón se encuentra el fuerte Callao.

Su ala este corría a lo largo de la quebrada El Salto.

A las 2 de la mañana del día 23 la *Lynch* logró burlar el bloqueo de Valparaíso y pudo desembarcar 500.000 tiros que traía de Coquimbo y que tan angustiosamente necesitaban las tropas balmacedistas.

En una junta de guerra celebrada en la noche del 22, en el campamento de los revolucionarios, se acordó atacar la posición adversaria antes del amanecer. La orden respectiva disponía lo siguiente: "Mañana a las 4 A. M. las fuerzas del Ejército habrán ocupado las siguientes posiciones:

"La 1ª brigada, el Alto de las Cruces, al sur del camino que conduce a la punta de Las Salinas. La artillería de las tres brigadas, reunida bajo el mando del comandante Ortúzar, en la misma altura, ocupando posiciones que permitan hacer un fuego eficaz sobre el terreno situado entre la fábrica de azúcar y el fuerte Callao".

"La 2ª brigada se colocará en la posición de Buena Vista, reconocida en la tarde, frente a Viña del Mar".

"La 3ª brigada a retaguardia de la 2ª".

"El coronel Vergara, como jefe, al mando de las dos brigadas, tomará las posiciones de Viña del Mar y el fuerte Callao, moviéndose tan temprano, que a las 6 A. M. pueda estar en posesión de ellas".

"La ejecución del ataque se hará sin ruido. Fuerzas enemigas se atacarán resueltamente a la bayoneta".

"La 1ª brigada se concretará, hasta segunda orden, a la defensa de la posición ocupada".

"La artillería observará el avance de la 2ª brigada, manteniéndose lista para abrir instantáneamente sus fuegos sobre el punto en que se

presente resistencia al ataque, y, sobre todo, sobre la artillería enemiga cuando ésta entre en acción”.

“El comandante en jefe estará en la posición de la 1ª brigada”.

El coronel Vergara inició su avance a las 2.30. Le era preciso recorrer unos 800 metros bajo el fuego de artillería enemiga, “atravesar el estero que tiene cien metros de ancho y que traza 70 centímetros de agua, saltar el tajamar que protege la ciudad, salvar otros 200 metros descubiertos, desalojar al enemigo de la línea de carros del ferrocarril y tomarse las alturas artilladas, recorriendo algunos senderos en zigzag”. (Encina).

Vergara informó de estos obstáculos al General en Jefe. Una nueva junta de guerra acordó que, perdida la oportunidad del ataque, era preciso postergarlo indefinidamente.

6.—Batalla de Placilla.

I

En la imposibilidad de batir en una acción diurna las posiciones del Gobierno en Viña del Mar, se pensó en una ofensiva hacia Santiago o en la captura de Valparaíso por el sur. En un comienzo el general Del Canto rechazó esta última idea, ya que —al tener que realizar el Ejército una marcha de dos o tres días a través de un amplio arco— habría de perder el contacto con la Escuadra. Pero, al fin y cambiadas algunas ideas con el capitán de navío D. Jorge Montt y el secretario de la Escuadra, D. Ismael Valdés Vergara, se convino en la captura de Valparaíso, a través de un ataque en Placilla.

Retardadas por las lluvias y el mal estado de los caminos, las fuerzas de Del Canto alcanzaron Las Cadenas recién en la mañana del día 27. Como no era posible ya ocupar el Alto de Placilla antes que el enemigo, los jefes decidieron postergar la acción para el día siguiente.

II

El Presidente Balmaceda estuvo decidido a ponerse al frente de las tropas. El 22 en la tarde salió de Santiago en dirección a Quilpué. De allí hubo de retroceder a Quillota, ante la presencia próxima del adversario y el 25 se encontraba de nuevo en la capital. El general Barbosa se hizo cargo del Comando en Jefe del Ejército el día 23, a pesar de estar sumamente enfermo de una diabetes avanzada que ni siquiera le permitía mantenerse en pie. Informado de que el Ejército congresista marchaba hacia Placilla, se dirigió por el camino más corto (cuerda del arco) a oponerse a su avance.

Emplazó los 9.500 hombres a sus órdenes en un frente de 2.300 metros de frente y de considerable profundidad a ambos lados del camino de caracol que conduce de Casablanca a Valparaíso. La derecha (W) se apoyaba en la quebrada por cuyo fondo corre el estero de Placilla y a la izquierda, en otra quebrada, contigua al camino de Las Cenizas. “Eran

posiciones dominantes, desde las cuales se podía rechazar a un enemigo bastante más numeroso, siempre que no fallara la moral de las tropas".

Los reconocimientos de la posición que ocuparon las fuerzas balmacedistas convencieron al Mando adversario que debían resolverse por un ataque frontal, en "áspera y difícil repechada a pecho descubierto". Sus brigadas estaban formadas con frente al N. W. y distribuidas así: la 1ª, en el ala derecha (E); la 2ª, en el ala izquierda (W), y la 3ª, en el centro.

A pesar de la ventajosa posición que ocupaban los balmacedistas y de que el ataque adversario fue ejecutado cuesta arriba, la victoria se inclinó nuevamente hacia el bando congresista. Las bajas del Ejército vencido alcanzaron, aproximadamente, a 1.115 muertos y más de 2.500 heridos. ¡Más del 30% de sus efectivos! Entre los muertos se encontraron los generales Barbosa y Alcérreca, que —hasta el último momento— supieron cumplir con su deber de soldados. El Ejército vencedor tuvo 2.700 bajas, "según el cómputo más probable", lo que equivalía al 20% de sus efectivos. 800 correspondieron a la 1ª brigada, 780 a la 3ª, 373 a la 2ª, y el resto a la caballería, la artillería y cuerpos sueltos.

III

Las consecuencias de la batalla de Placilla fueron de carácter militar y de carácter político:

De carácter militar.—Victoria decisiva del Ejército congresista. El desbande de las fuerzas gobiernistas fue total, y no hubo, en lo sucesivo, una nueva resistencia. El nuevo Ejército de Chile fue organizado alrededor de las unidades que la Junta Revolucionaria creó en Iquique en los primeros meses de la contienda.

De carácter político.—Fin del sistema presidencial de Gobierno y su remplazo por el sistema parlamentario, que subsistió hasta septiembre de 1924.

D.—Conclusiones militares.

a) Esta Guerra Civil se distingue de las anteriores por su amplitud y alcances, por las fuerzas que tomaron parte en la contienda y por sus repercusiones nacionales. Fue una verdadera campaña, a diferencia de las revoluciones de 1851 y 1859, que, por lo breves, tuvieron características más bien de un estallido de incendio, apagado casi de inmediato.

b) En la Guerra Civil de 1891 tuvieron éxito los insurgentes, a diferencia de las anteriores.

c) Otra gran particularidad de este conflicto interno de 1891, es que en él intervino en forma muy importante la Armada. En las revoluciones de 1851 y 1859 la Marina no actuó.

d) Importancia decisiva tuvo el dominio del mar en la victoria de los congresistas. Sobre todo, por ser Chile un país de largas distancias y malas condiciones terrestres en esa época. Esto dio marcada ventaja al bando



GENERAL ESTANISLAO DEL CANTO
General en Jefe del Ejército Congressista
en la Guerra Civil de 1891.

que estuvo en condiciones de asegurar sus propias comunicaciones marítimas, negándose las al adversario.

e) Este mismo dominio del mar permitió a los congresistas destruir por partes a las fuerzas gobiernistas. Esto, sobre todo al comienzo de la contienda, en el teatro de operaciones norte. Posteriormente, el dominio del mar permitió a los congresistas transportar sus fuerzas a la zona central, para conquistar la capital y derribar el gobierno de Balmaceda.

f) Un Ejército victorioso en una guerra no adquiere por ello la seguridad definitiva de que sus procedimientos sean inmejorables.

Lo anticuado de la preparación profesional disminuyó el valor del Ejército gobiernista como fuerza combatiente. En cambio, la aplicación de nuevos métodos de instrucción y el uso adecuado de armas y tácticas más modernas dio ventajas a los congresistas. Esto constituyó una sorpresa para las tropas del Gobierno.

g) Planificación:

Los congresistas se cifieron a un plan muy sencillo en varias fases sucesivas.

(1) Conquista del norte.

(2) Hacerse fuertes en esa zona.

(a) Aprovechar las entradas de las salitreras en beneficio de su causa y privar al Gobierno de dichos fondos.

(b) Aprovechar, en beneficio de las fuerzas terrestres en organización, el potencial humano de dicha zona.

(3) Transportar la masa de sus fuerzas a la zona central, destruir las tropas gobiernistas, conquistar la capital y derribar el gobierno de Balmaceda.

Los gobiernistas, en cambio, no tuvieron un plan general claro. Se limitaron a reaccionar ante las actividades ofensivas del adversario, dispersaron sus fuerzas y fueron batidos en detalle.

h) Mando:

Bando del Gobierno: El mando militar supremo fue ejercido por el Presidente de la República, quien dio órdenes directas a los distintos jefes, cuando lo estimó conveniente. El resultado fue negativo, tal como se demostró en diversas oportunidades, entre otras, en Concón y Placilla.

Bando del Congreso: El mando político supremo fue ejercido por la Junta de Gobierno. El mando terrestre por el general D. Estanislao del Canto y el naval por el capitán de navío don Jorge Montt. Además, tuvo importantísimo papel el teniente coronel don Emilio Körner, quien se desempeñó como Secretario del Estado Mayor del general Del Canto.

i) Acción Psicológica:

Los congresistas hicieron sentir el peso de su propaganda entre la población civil e incluso entre las tropas del Gobierno. Esta propaganda a favor del bando del Congreso se vio reforzada por los sucesivos éxitos bélicos de los congresistas en el Norte.

Como conclusiones generales podemos destacar:

a) Importancia decisiva del dominio del mar. Permitió a los congresistas una buena aplicación de los principios de superioridad en la ofensiva e imposición de la defensiva al enemigo.

b) Importancia decisiva de la instrucción y material modernos en el éxito de los congresistas (principio de la sorpresa).

c) Importancia de la planificación definida, con objetivos claros (principio de libertad de acción).

d) Importancia de seguir persiguiendo los objetivos hasta lograr conquistarlos (principio de la tenacidad).

e) Importancia de la unidad de mando. Ejemplo positivo el de los congresistas, y negativo el de los gobiernistas (principio orgánico de la unidad de mando).

f) Importancia de la propaganda para:

(1) Conquista de los ánimos de la población civil.

(2) Firmeza de la moral de las fuerzas propias.

(3) Desintegración de la moral de las fuerzas contrarias.

NOTA: En lo que se refiere a los Principios de la Conducción a que se hace referencia en las conclusiones y comentarios de las Revoluciones de 1851, 1859 y 1891, se ha considerado el libro "Polemología Básica", del General de Ejército Bernardino Parada M. (Volumen XXXIII de la Biblioteca del Oficial).

BIBLIOGRAFIA

La Guerra Civil de 1891.

Francisco J. Díaz V.

Historia de Chile (T. XX).

Francisco A. Encina.

Memorándum de la Revolución de 1891.

Carlos Rojas Arancibia.

Últimas Operaciones del Ejército Constitucional

Eloy T. Caviedes

La Revolución de 1891

Anibal Bravo Kendrick.

A N E X O

Significado del poder naval en nuestra Historia.

Sin dejar de reconocer que la Junta de Gobierno de mediados de 1813 concedió al poder naval la importancia que le correspondía, no podemos olvidar que fue D. Bernardo O'Higgins quien más claramente intuyó, en su época, el significado de dicho poder para un país de tan extenso litoral como Chile. Había expresado después de la victoria magnífica de Chacabuco: "Ese triunfo y cien más se harán insignificantes si no dominamos el mar". Y puso manos a la obra de crear una Escuadra con un tesón incansable, con una voluntad arrolladora y en tal tarea lo acompañó, sin desmayo, su inteligente y abnegado Ministro Zenteno.

Croquis N.º 67

El 10 de octubre de 1818 y a las órdenes del almirante Blanco Encalada, zarpaban algunos barcos al encuentro de la flota española, que la componían la fragata *María Isabel* y varios transportes con tropas. La derrotaron completamente a la altura de la isla Quiriquina y cada uno de los vencedores pudo lucir en su brazo izquierdo un escudo verde con la siguiente inscripción: "Su primer ensayo dio a Chile el dominio del Pacífico".

Encontrábase nuestra Escuadra, a partir de entonces, en ventajosas condiciones para apoyar la acción del Ejército Unido durante las campañas de la Expedición Libertadora del Perú. Su nuevo Comandante en Jefe, Lord Thomas Alejandro Cochrane, el "genio sublime" —como lo llama Benjamín Subercaseaux— estimaba que los cuatro mil hombres reunidos para la magna empresa, reforzados por la marinería de desembarco y los reclutas que fuera posible enrolar en suelo peruano, eran suficientes para derrotar a las desmoralizadas tropas del Virrey Pezuela. Se trataba de una "empresa fácil y de éxito seguro" —opinaba el almirante— siempre que no se diera tiempo al gobernante español para conducir a Lima las fuerzas destacadas en el Alto Perú. La victoria a breve plazo sería la recompensa lógica a la audaz concepción del audaz caballero de los mares. No cabe la menor duda: se trataba de un hombre acostumbrado a vencer, que amaba vivir peligrosamente y que era capaz de arrastrar a sus subordinados hasta el mismo infierno, si hubiera sido necesario. Si las cosas ocurrieron de un modo distinto, fue por las razones que hemos conocido en los capítulos pertinentes; la Escuadra, a lo menos, prestó el servicio inapreciable de transportar al Ejército Libertador hasta el corazón mismo del virreynato y de proporcionar a San Martín la libertad de acción consiguiente en la iniciación de las operaciones militares.

Parte esencial de la victoria de las armas de la Patria, seis años más tarde, en Chiloé, la constituyó el apoyo estrecho de la Marina a la acción decidida de las unidades de tierra. Desde el primer momento, y pese a su energía e innegables aptitudes de conductor, el brigadier D. Antonio de Quintanilla debió subordinarse a la voluntad del general D. Ramón Freire y de las fuerzas anfibas a sus órdenes. El asunto terminó con la incorporación del alejado cuánto frío archipiélago al territorio de la República de Chile. El Gobierno, agradecido por el triunfo y por el comportamiento

extraordinario de las tripulaciones, grabó una medalla especial con la siguiente inscripción: "*Colmó su gloria en Chiloé la Marina de Chile*".

La libertad de acción fue también el factor primordial del éxito en la Campaña Restauradora del Perú que comandó el general D. Manuel Bulnes en 1838-39. D. Andrés de Santa Cruz quedó inhibido en sus movimientos, al comienzo de la contienda especialmente, en razón de que el dominio del mar — vedado a su bando — lo detentaba la resuelta Escuadra del adversario. El resultado fue Yungay. Tres años y meses antes había escrito el eminente Ministro Portales: "Yo encuentro más necesario en nuestra posición un buque de guerra que un Ejército. Por grande y bueno que éste sea, podemos ser insultados impunemente en nuestras costas y en nuestros puertos mismos por un corsario de cuatro cañones, que mientras armáramos un buque desarmado, estaría ya en disposición de partirse con sus presas sin zozobras".

El caso más elocuente nos lo presenta, sin duda, el conflicto del Pacífico de 1879 a 1883. Las fuerzas chilenas lograron la potencialidad y la libertad de acción necesarias sólo a partir de la campaña de Tarapacá, por obra y gracia de los barcos (y barquichuelos) a cuyo bordo se alineaban figuras del relieve de Arturo Prat, Carlos Condell, Juan José Latorre, Patricio Lynch, etc. Anteriormente no pudo moverse nuestro Ejército, por impedírsele ese coloso llamado *Huáscar*, comandado por el magnífico Miguel Grau. Preciso era eliminar a Grau y capturar el *Huáscar*, a fin de que nuestros soldados pudieran ser trasladados al teatro de operaciones respectivo, iniciar la campaña, batir al enemigo y alcanzar la meta anhelada: la victoria final. El *Blanco*, el *Cochrane* y la *O'Higgins* alcanzaron al temible monitor en Angamos y lo derrotaron para siempre, en la mañana del 8 de octubre de 1879. La Escuadra "que hasta entonces se había desempeñado en una forma más gloriosa que práctica, pasó a tomar una preponderancia manifiesta". (B. Subercaseaux).

Algo parecido ocurrió en la guerra civil de 1891. Triunfaron los rebeldes debido al apoyo valioso que en sus operaciones les prestaran los buques de la Marina de Guerra. Idéntica razón (mayor potencia de la Armada congresista; debilidad de la misma en el bando opuesto) condujo al desastre a las fuerzas que guarnecían la región salitrera: el Gobierno estaba materialmente — y espiritualmente — imposibilitado de mantener el enlace con ellas. Falto de apoyo y vencidos los balmacedistas, pudieron los revolucionarios trasladarse al centro del país, desembarcar sin dificultad en Quintero y obtener finalmente la victoria en los campos de Concón y de Placilla.

No está de más recordar que Inglaterra debió su situación preponderante en Europa en parte principal a su *poderío marítimo*, amén — naturalmente — de su hábil política de equilibrio en el continente. Sus victorias en la I y II Guerras Mundiales (en la parte que le corresponde) fueron las resultantes del susodicho poderío. Contó, sí — conforme lo ha observado algún autor —, con aliados provistos de Ejércitos poderosos y en el segundo de los conflictos, fue reforzada su Marina por un arma aérea de notable eficiencia y calidad.

Una lección que los chilenos no debemos echar en saco roto...

INDICE

QUINTA PARTE

GUERRA CONTRA LA CONFEDERACION PERU-BOLIVIANA

I.—ANTECEDENTES.

	Pág.
A.—Causas de la Guerra	7
1.—Reales o lejanas	7
a) Creación de la Confederación Perú-Boliviana	7
b) Intención y anexión de Quito, de Chile y del norte argentino ...	9
c) Labor subterránea de descomposición política	9
d) Expedición Freire	10
2.—Inmediatas o aparentes	12
El golpe de mano de V. Garrido	12

II.—SITUACION DE LOS BELIGERANTES AL INICIARSE LA GUERRA.

A.—Situación Política Interna y Externa	12
E.—Situación Económica	13
C.—Situación Militar	13
1.—Chile	13
2.—Confederación	15
D.—Conclusiones de carácter Político-Estratégico	16

III.—PRIMERA EXPEDICION RESTAURADORA.

A.—Organización	18
B.—Planes de operaciones	19
C.—Traslado y desembarco	20
D.—Marcha hacia Arequipa	20
E.—Ocupación de Arequipa	21
F.—Movimientos de las Fuerzas Confederadas	21
G.—Tratado de Paucarpata	23
H.—Conclusiones de carácter militar	23

IV.—SEGUNDA EXPEDICION RESTAURADORA.

	Pág.
A.—Desconocimiento del Tratado de Paucarpata	24
B.—Operaciones Marítimas	25
C.—El Nuevo Ejército Restaurador	26
D.—La Campaña de Lima	26
1.—Partida de la expedición	26
2.—Acciones preliminares	28
3.—Batalla de Guía	29
4.—Después de la batalla	31
5.—Concentración de las Fuerzas Confederadas	32
6.—Combate de Matucana	33
7.—Ocupación de Lima por los Confederados	34
8.—Acciones navales	36
9.—Conclusiones militares	37
E.—La Campaña del Norte	38
1.—Planes de Operaciones	38
2.—Movimientos en el departamento de Huaylas	39
3.—Combate de Buin	41
4.—Batalla de Yungay	42
5.—Conclusiones militares	47
V.—CONCLUSIONES FINALES DE CARACTER POLITICO-ESTRATEGICO.	
A.—Consecuencias de la guerra	49
1.—Inmediatas	49
2.—Futuras	49
B.—La situación de los beligerantes después de la guerra	50

A N E X O

—El general Bulnes y el coronel Plasencia	51
—Bibliografía	53

SEXTA PARTE

REVOLUCION DE 1851.

1.—Las medidas del Gobierno	55
2.—Acción de Monte de Urro	56
3.—Batalla de Loncomilla	57
4.—La revolución en el norte	58
5.—Conclusiones militares	59

SEPTIMA PARTE

REVOLUCION DE 1859.

1.—La caída de Talca	63
2.—Los Loros y Cerro Grande	64
3.—Conclusiones Militares	64

OCTAVA PARTE
GUERRA DEL PACIFICO.

I.—ANTECEDENTES.

	Pág.
A.—Causas de la guerra	67
1.—Reales o lejanas	67
a) ¿Hubo problemas limítrofes con Bolivia?	67
b) La pugna económica	72
c) La crisis financiera del Perú	76
d) Impulso expansivo del pueblo chileno	79
2.—Inmediatas o aparentes	79
a) Remate de las salitreras por Bolivia	79
b) Ocupación de Antofagasta por fuerzas chilenas	79

II.—SITUACION DE LOS BELIGERANTES AL INICIARSE LA GUERRA.

A.—Situación política interna y externa	80
B.—Situación económica	82
C.—Situación militar	83
1.—Chile	83
2.—Perú	94
3.—Bolivia	96
4.—Conclusiones político-estratégicas	97

III.—CAMPAÑA DE ANTOFAGASTA.

A.—Ocupación del territorio al S. del paralelo 23	98
B.—Captura de Calama	100
C.—Campana marítima	101
1.—Planes de campana chilenos	101
a) Del Gobierno	101
b) Del almirante Williams	101
2.—Plan de campana peruano	102
3.—Las operaciones y el combate Naval de Iquique	102
D.—Planes del Gobierno chileno	107
E.—Relevo del General en Jefe del Ejército	110
F.—Batalla Naval de Angamos	114
G.—Conclusiones militares	116

IV.—CAMPAÑA DE TARAPACA.

A.—Plan definitivo de operaciones del Gobierno chileno	119
B.—Asalto y toma de Pisagua	119
C.—Desplazamiento hacia el interior	121
D.—Combate de Dolores	125

	Pág.
E.—Batalla de Tarapacá	130
F.—La retirada del Ejército peruano	135
G.—Conclusiones militares	138
V.—CAMPAÑA DE TACNA Y ARICA	
A.—Intervalo entre dos campañas	139
B.—Planificación	141
C.—De Pisagua a Ilo	145
D.—Expedición a Mollendo	145
E.—Expedición sobre Moquegua. Combate de Los Angeles	146
F.—Operaciones navales durante la campaña	147
G.—Relevo del general Escala	148
H.—Avance al valle del Sama	150
I.—Situación de los Ejércitos aliados	152
J.—Batalla de Tacna	153
K.—Asalto y toma de Arica	157
L.—Conclusiones militares	161
VI.—CAMPAÑA DE LIMA.	
A.—Relaciones entre la Política y la Estrategia	166
B.—Intentos de intervención extranjera	170
C.—La expedición Lynch	171
D.—Expediciones contra montoneras peruanas	172
E.—Las fuerzas beligerantes	173
F.—Desembarco en Pisco	175
G.—De Arica a Lurín	176
H.—Batalla de Chorrillos	177
1.—Los preparativos	177
2.—La posición peruana	178
3.—El plan de ataque chileno	182
4.—La batalla	184
5.—Consecuencias de la batalla	188
I.—Batalla de Miraflores	188
1.—Situación después de Chorrillos	188
2.—Desarrollo de la batalla	190
3.—Consecuencias de la batalla	192
4.—Consecuencias de la campaña	192
5.—Relaciones político-militares después de la campaña	192
J.—Conclusiones militares	193
VII.—CAMPAÑA DE LA SIERRA.	
A.—Situación política	198
B.—Operaciones militares	199
1.—Expedición Letelier	199
2.—Expedición a Junín	202
3.—Campaña de Huamachuco	208
a) Columna Arriagada	208
b) Columna Gorostiaga	209
C.—Campaña de Arequipa	210

VIII.—TERMINO DE LA GUERRA.

	Pág.
A.—Pacto de tregua con Bolivia y tratado de paz con Perú	212
B.—Las grandes potencias	214
C.—Cáceres y el tratado de Ancón	215
D.—Conclusiones militares	215
Bibliografía	219

NOVENA PARTE

GUERRA CIVIL DE 1891.

I.—CAUSAS	221
II.—LAS FUERZAS EN PRESENCIA	221
A.—El Ejército y la Marina de postguerra	221
B.—Las fuerzas del Gobierno	223
C.—Las fuerzas del Congreso	224
1.—La Armada	224
2.—El Ejército	224
III.—LAS OPERACIONES.	
A.—Operaciones navales	225
B.—Operaciones en el teatro norte	226
1.—Las guarniciones nortinas	226
2.—Combate de Zapiga	227
3.—Combate de Alto Hospicio	227
4.—Captura de Pisagua	228
5.—Combates de San Francisco y de Huará	228
6.—Combate de la Aduana de Iquique	229
7.—Batalla de Pozo Almonte	230
8.—Retirada de los presidenciales de Antofagasta, Atacama y Tacna	231
a) El destacamento Camus	231
b) La guarnición presidencial de Tarapacá	231
c) La guarnición presidencial de Atacama	232
9.—Hundimiento del Blanco Encalada	232
C.—La campaña del sur	233
1.—Actividades de congresistas	233
2.—La ofensiva congresista	233
3.—Planes del Gobierno	234
4.—Batalla de Concón	236
5.—Los bandos rivales el 22 y 23 de agosto	238
6.—Batalla de Placilla	239
D.—Conclusiones militares	240

A N E X O

Significado del poder naval en nuestra Historia	245
---	-----

